

Los mocasines de otro hombre CRAIG JOHNSON

Siruela/ Policiaca

STAURANT



Craig Johnson

Los mocasines de otro hombre
El cuarto caso del *sheriff*
Walt Longmire

Traducción del inglés de
María Porras Sánchez

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Créditos

Edición en formato digital: diciembre de 2014

Título original: *Another's Man Moccassins*

En cubierta: fotografía de © Andrey Bayda / Shutterstock.com

© 2008 by Craig Johnson. By arrangement with the Author.

All rights reserved.

© De la traducción, María Porras Sánchez

© Ediciones Siruela, S. A., 2015

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16280-72-8

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

Dedicado a Bill Bower y a todos aquellos locos de atar que la mañana del 18 de abril de 1941 despegaron del portaviones *USS Hornet* para surcar un cielo frío y gris... Y a todos aquellos que han servido en el ejército antes y después.

Agradecimientos

Un escritor, al igual que un *sheriff*, es la encarnación de un grupo de personas y, sin su apoyo, estaríamos en apuros. He tenido la suerte de contar con la bendición de un buen grupo de amigos y compañeros que han hecho que este libro sea posible. Esta novela es una obra de ficción y no hay que olvidar que los chicos del 377 Escuadrón de Seguridad de la base aérea de Tan Son Nhut componían unas fuerzas del orden de primera.

Me gustaría dar las gracias a Kara Newcomer, historiadora de la División Histórica del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, y a los muchachos del rancho Willow Creek. A Janet Hubbard-Brown y Astrid Latapie, por echarme una mano con el francés que se hablaba en Indochina, y al personal y a los médicos del VA Medical Center de Fort Mackenzie, en Sheridan, sin olvidar a Hollis W. Hackman y Chuck Guilford.

Gracias a mis altos mandos: Gail Hochman, Kathryn Court, Alexis Washam y Ali Bothwell Mancini; a mi oficial a cargo de la logística, Sonya Cheuse; y a Susan Fain, mi asesora militar. Gracias a Marcus Trueno Rojo por quitarle el silenciador al Jeep para convencer al enemigo de que llevábamos tanques. Y medalla al mérito a Eric Boss por conseguir todo lo que pude necesitar, cerveza incluida. Muchas gracias a James Crumley por la cantina y a Curt Wendelboe y Rob Kresge por aguzar el oído y advertir que todo estaba en calma... sospechosamente en calma.

Y, sobre todo, gracias a la persona con la que más disfruto compartiendo trinchera: mi esposa, Judy.

LOS MOCASINES DE OTRO HOMBRE

Gran Espíritu, no permitas que juzgue a mi semejante hasta que no camine una milla calzado con sus mocasines.

Antigua plegaria india

—Dos más.

Cady me miraba sin decir nada.

Llevábamos así una semana. Habíamos llegado a un punto muerto, y ella estaba satisfecha con sus progresos. Yo no. El fisioterapeuta del Hospital Universitario de Pennsylvania, en Filadelfia, me había advertido de que esto podía suceder. No es que mi hija fuera perezosa, era algo mucho peor: estaba aburrida.

—¿Dos más?

—Ya te he oído... —Cady se dio un tirón de los pantalones cortos y evitó mi mirada—. Tu voz es difícil de ignorar.

Me acodé en una rodilla y me llevé el puño al mentón, retrocedí un poco en el banco de abdominales y eché un vistazo a mi alrededor. No estábamos solos. Había un chico con una camiseta del Quarterback Club de Durant que estaba intentando levantar sus sesenta y cinco kilos de peso en una de las máquinas del gimnasio. No sabría decir qué pintaba allí, pues no había televisores ni era un gimnasio tan pijo como el del piso de abajo. De hecho yo entendía todos los aparatos... básicamente porque no hacía falta enchufarlos, pero no podía dejar de preguntarme qué hacía él allí. Quizá se debía a la presencia de Cady.

—Dos más.

—Que te den.

El chaval se rio por lo bajo y yo me quedé mirándolo. Luego me giré hacia mi hija. Eso era algo positivo: a veces la rabia ayudaba a que terminara antes, a pesar de que me privaba del lujo de la conversación durante el resto de la noche. Hoy no me importaba, ella había quedado para cenar y luego tenía que volver a casa para contestar una llamada importante. En cambio, yo estaba sin plan. Y tenía todo el tiempo del mundo.

Mi hija se había cortado su melena cobriza para igualarse el pelo, que había empezado a crecerle alrededor de la incisión en forma de U que le habían practicado y que había permitido que su cerebro malherido saliera adelante. Se le notaba únicamente una cicatriz en el nacimiento del pelo. Era preciosa, lo malo es que lo sabía.

Era capaz de conseguir lo que se propusiera. Su belleza equivalía a un acceso rápido a todo en la vida. Me sentía afortunado cada vez que me llevaba consigo.

—¿Dos más?

Ella recogió su botella de agua y dio un trago, sosteniéndome la mirada con calma. Los dos estábamos vestidos de gris y permanecimos sentados sin dejar de mirarnos. Luego ella me tiró del cuello de la camiseta con un dedo, pasando una uña por la clavícula al descubierto.

—¿Y esta?

Que fuera guapa no significaba que fuera tonta. El despiste era otra de sus tácticas. Y yo tenía cicatrices como para despistar a la Primera División al completo. Hubo un tiempo en el que ella recordaba mi cicatriz, pues la había visto en numerosas ocasiones. Su pregunta era un síntoma de la pérdida de memoria que mencionara el doctor Rissman.

Ella continuaba dándome golpecitos en el hombro con el dedo.

—Esa.

—Dos más.

—¿Y esa?

Cady nunca se rendía.

Ese era un rasgo común a todos los Longmire y, en nuestra diminuta familia, se hacía trueque con las historias, se consideraban un intercambio de información por emociones, a la par que un ejercicio de estética. Por eso le contesté.

—Me la hice en el Tet.

Cady dejó la botella de agua sobre el suelo de goma.

—¿Cuándo?

—Antes de que tú nacieras.

Bajó la cabeza y me miró a través de sus pestañas, con una media sonrisa que le tensaba el pómulo.

—Pero ¿pasaban cosas antes de que yo naciera?

—Bueno, nada que fuera demasiado importante.

Ella inspiró hondo, se agarró a ambos lados del banco y se esforzó todo lo posible para subir los quince kilos de peso con las piernas. Poco a poco las pesas alcanzaron el máximo y luego, lentamente, bajaron. Un momento después ella había recuperado el aliento.

—Fuiste inspector marine, ¿verdad?

Asentí.

—Pues sí.

—¿Por qué los marines?

—Era la guerra de Vietnam y, como me iban a llamar a filas igualmente, decidí escoger algo por mí mismo.

No dejaba de sorprenderme lo que su cerebro dañado había elegido recordar.

—¿Cómo era Vietnam?

—Todo era muy confuso, pero conseguí conocer a Martha Raye.

No satisfecha con mi respuesta, continuó estudiando mi cicatriz.

—No tienes ningún tatuaje.

—No. —Suspiré para darle a entender que sus tácticas no estaban dando resultado.

—Yo tengo uno.

—Tienes dos. —Carraspeé en un intento de poner fin a la conversación. Ella se remangó la manga de la camiseta de la marca Philadelphia City Sports, dejando al descubierto el desvaído tótem cheyene en forma de tortuga que llevaba tatuado en el hombro. Probablemente no fuera consciente de que había comenzado un tratamiento para

eliminarlo; había sido idea de su exnovio, pero eso había sucedido antes de su accidente—. El otro lo tienes en el culo, pero no hace falta que lo veamos ahora mismo.

El chico dejó escapar otra risita. Me giré y le clavé una mirada aún más intensa que antes.

—Oso estuvo contigo en Vietnam, ¿verdad?

Estaba sonriendo cuando me volví hacia ella. Todas las mujeres importantes de mi vida solían sonreír al hablar de Henry Oso en Pie. Era una costumbre un poco molesta, pero Henry era amigo de toda la vida, el mejor, así que lo tenía superado. Era el propietario de El Poni Rojo, un bar en el límite de la reserva de los cheyenes del norte, a poco más de un kilómetro de distancia de mi cabaña, y Cady iba a cenar con él. No me habían invitado. Mi hija y él estaban conchabados. Lo cierto es que llevaban conchabados prácticamente desde que ella nació.

—Henry trabajaba sobre el terreno, con el Grupo de Operaciones Especiales. No combatimos juntos.

—¿Cómo era él entonces?

Me quedé meditando la pregunta.

—Los años le han suavizado un poco el carácter. —La sola idea asustaba—. ¿Dos más?

Sus ojos grises relampaguearon.

—Una más.

Sonreí.

—Una más.

Cady volvió a situar sus esbeltos brazos a ambos lados del banco y observé cómo sus piernas musculadas subían y bajaban los sesenta y cinco kilos. Esperé un momento, luego me incorporé penosamente, le di un beso en la cicatriz en forma de herradura y la ayudé a levantarse. La recuperación iba a las mil maravillas, gracias sobre todo a las ventajas de la juventud y a su estupenda forma física, pero los ejercicios de la tarde le pasaban factura y normalmente, cuando terminábamos, sus pasos eran vacilantes.

La sostuve de la mano y recogí la botella de agua, tratando de ignorar que hacía apenas dos meses mi hija era una brillante y prometedora abogada que vivía en Filadelfia y que ahora estaba en Wyoming esforzándose por recordar si tenía tatuajes y cómo se caminaba sin ayuda.

Nos dirigimos a las escaleras en dirección a las duchas del piso de abajo. Cuando pasamos junto al chaval de la otra máquina este miró a Cady con admiración y luego se volvió hacia mí.

—Oiga, ¿sheriff?

Me detuve un instante y dejé que Cady se apoyara en mi brazo.

—¿Sí?

—J. P. nos contó que usted una vez levantó seis discos.

Continué mirándolo.

—¿Qué?

El chico hizo un gesto en dirección a las pesas en los estantes de la pared.

—Jerry Pilch. El entrenador de fútbol americano. Dijo que en su último año, antes de

irse a la Universidad del Sur de California, era capaz de levantar una pesa de seis discos. –El chico continuaba mirándome fijamente–. Eso son casi ciento cuarenta kilos.

–Bueno, sí. –Le guiñé un ojo–. Jerry siempre ha tenido cierta tendencia a exagerar.

–Eso mismo pensé yo.

Me despedí del chaval con un gesto de cabeza y ayudé a Cady a bajar las escaleras. En realidad habían sido ocho discos, pero eso había sucedido hacía una eternidad.

Como a mí me resultaba menos complicado ducharme que a Cady, normalmente acababa antes que ella y me iba a esperarla al banco que había junto al puente del arroyo Clear Creek. Me calé mi sombrero de verano de hojas de palma, me puse mis Ray-Ban de hacía diez años y me coloqué el asa de la bolsa de deportes para no clavarme en el pecho la estrella que me identificaba como *sheriff* del condado de Absaroka. Empujé la puerta de cristal y me encontré con el ocaso glorioso de una tarde de verano de las llanuras altas. Nos encontrábamos en plena época de vacaciones, el fin de semana del rodeo se aproximaba y las calles estaban llenas de forasteros.

Giré a la izquierda para dirigirme al puente. En el banco me senté junto a un hombre corpulento con cola de caballo y coloqué la bolsa del gimnasio entre ambos.

–¿Cómo es que no me habéis invitado a cenar?

El representante del pueblo cheyene continuó con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, absorbiendo la calidez del sol de la tarde.

–Ya hemos hablado de esto, tú.

–Es sábado por la noche y no tengo ningún plan.

–Ya encontrarás algo que hacer. –Inspiró hondo. Ese era el único signo que confirmaba que el indio no estaba hecho de madera, como los que se colocaban como reclamo a la puerta de un estanco–. ¿Dónde está Vic?

–Renovando su permiso de armas en Douglas.

–Maldición.

Pensé en mi temible ayudante de Filadelfia: era capaz de disparar, beber y jurar mejor que cualquier otro poli que yo conociese; no me quedaba demasiado claro si era algo positivo que se encontrara representando a nuestro condado ante la academia de policía de Wyoming.

–Pues sí, este fin de semana Douglas no será un lugar seguro.

Él asintió de forma casi imperceptible.

–¿Cómo va todo eso?

Me llevó un momento entender a qué se referiría con «todo eso».

–La verdad es que no estoy seguro. –Él levantó un párpado mínimamente y me estudió como si fuera miope–. Parece que tenemos un problema de sincronización. –El párpado se cerró. Dejamos que transcurriera un momento de silencio–. ¿Dónde vais a ir a cenar?

–No te lo voy a decir, tú.

–Venga.

Su rostro continuaba impasible.

–Ya hemos tenido antes esta conversación.

Era cierto, la habíamos tenido. Oso era de la opinión de que lo mejor para nuestra salud mental era que Cady y yo no pasáramos juntos todas y cada una de las horas del día. Me resultaba difícil, pero iba a tener que perderla de vista de vez en cuando.

—¿Os quedáis en el pueblo o vais a Sheridan?

—No te lo voy a contar.

Me distrajo el resplandor del *flash* de una cámara y me giré a tiempo de ver a una forastera sonreír y continuar su camino en dirección al café La Abeja Hacendosa, donde probablemente acabaría cenando yo solo. Me volví para mirar el imponente perfil de Henry Oso en Pie.

—Deberías sentarte conmigo más a menudo, soy un hombre fotogénico.

—Antes de que llegaras las fotos eran más frecuentes, tú.

Lo ignoré.

—Es alérgica a las ciruelas.

—Sí.

—No estoy seguro de que recuerde eso.

—Yo sí.

—Nada de alcohol.

—Sí.

Pensé en esa recomendación y fui completamente sincero.

—Dejé que se tomara una copa de vino tinto el fin de semana pasado.

—Lo sé.

Me giré para mirarlo.

—¿Te lo ha contado ella?

—Sí.

Completamente conchabados. Estaba celoso, tenía una vaga sensación de que Oso estaba haciendo más progresos que yo intentando que Cady volviera a ser la misma de siempre.

Estiré las piernas y las crucé a la altura de los tobillos: mis botas necesitaban un remiendo urgente. Me ajusté el cinturón del arma para no clavarme el martillo de mi Colt 45 en el costado.

—¿Sigue en pie lo de los rotarios del viernes?

—Sí.

El club rotario iba a acoger un debate entre el fiscal Kyle Straub y yo. Éramos los dos candidatos al puesto de *sheriff* del condado de Absaroka. Después de sobrevivir a cinco elecciones y veinticuatro años de servicio, los debates por lo general se me daban bien, pero creía que podía serme útil algo de apoyo entre el público y por eso le había pedido a Henry que me acompañase.

—Considéralo como un servicio público: la mayoría de los rotarios no han conocido nunca a un americano nativo.

Con ese comentario conseguí que volviera a abrir el ojo y que se volviese hacia mí.

—¿Te gustaría también que me pusiera una pluma en la cabeza, tú?

—No, me limitaré a presentarte como a un fiero piel roja.

Cady apoyó una mano en mi hombro y se inclinó hacia delante para dejar que el representante del pueblo cheyene depositara un beso en su mejilla. Llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta de tirantes y me alegró ver que lucía la chaqueta de cuero con flecos y tachuelas que le había regalado yo años atrás. Las noches de julio todavía podían ser frescas al pie de las montañas Big Horn.

Le dio un golpecito a mi sombrero y dejó su bolsa del gimnasio encima de la mía. Se volvió hacia Henry.

—¿Estás listo?

Él abrió el otro ojo.

—Listo.

Se levantó sin ningún esfuerzo y pensé que, si actuaba rápido, igual conseguía una respuesta.

—¿Adónde vais?

Ella sonrió cuando Oso rodeó el banco y la cogió por el codo.

—No me está permitido decírtelo.

Se suponía que el actual pretendiente de Cady, y también hermano de Vic, iba a venir el martes desde Filadelfia para pasar unas vacaciones en el Lejano Oeste. Todavía no había conseguido que me contaran con quién iba a alojarse.

—Que no se te olvide que Michael va a llamar.

Ella negó con la cabeza al pasar delante de mí, deteniéndose para levantar mi sombrero y darme un beso en la coronilla.

—Sé cuándo llama, papá. Llegaré a casa mucho antes —respondió, y me caló el sombrero bien fuerte.

Volví a colocármelo y los observé cruzar la acera, donde Henry la ayudó a subir a *Lola*, su descapotable T-Bird celeste de 1959. Gracias a la pericia de los mecánicos del sur de Filadelfia casi no se notaban los desperfectos que yo le había causado al viejo automóvil, y me detuve a admirar cómo el sol de Wyoming resplandecía contra los flancos del Thunderbird. Al ver que el motor no arrancaba, albergué momentáneamente la esperanza de que no se marcharían, pero el viejo Y-Block prendió y soltó una ligera estela de carbono en la calle. Luego Henry metió la marcha y ambos desaparecieron.

Como de costumbre, yo me quedaba con las bolsas del gimnasio y él con la chica.

Sopesé mis posibilidades. Podía elegir entre el burrito precocinado del supermercado Kum-and-Go, los pimientos rellenos de la residencia de ancianos de Durant, la empanada de carne de la cocina de la cárcel o ir al café La Abeja Hacendosa. Me hice con mi colección de bolsas y atravesé el bullicio del puente sobre el Clear Creek antes de que Dorothy Caldwell cambiara de opinión y le diera la vuelta al letrero en cursiva que colgaba de su puerta.

—¿No te apetece lo de siempre?

—No.

Me sirvió té helado y me miró con el puño apoyado en la cadera.

—¿Es que no te gustó la última vez?

Me esforcé por recordarlo y me rendí.

–No recuerdo qué fue lo de la última vez.

–¿La enfermedad de Cady es contagiosa?

Ignoré su comentario y traté de decidir qué pedir.

–Me apetece experimentar. ¿Todavía preparas comidas del mundo los fines de semana? –Así intentaba Dorothy ampliar los horizontes culinarios de nuestro rincón de las llanuras altas.

–Así es.

–¿Y en qué parte del mundo estamos?

–En Vietnam.

No me llevó mucho responder.

–Paso.

–Está muy rico.

Enlacé los dedos y me acodé en la barra.

–¿Qué es?

–Pollo con citronela. –Dorothy continuaba mirándome fijamente.

–¿El plato de Henry?

–Fue él quien me pasó la receta.

Me sentía fulminado por su mirada.

–De acuerdo.

Se dispuso a prepararme el entrante mientras me tomaba el té a sorbos. Eché una ojeada a las otras cinco personas que había en el acogedor café pero no reconocí a ninguna de ellas. Debía de haberme entrado sed al ver a Cady ejercitarse, porque me bebí un tercio del vaso de dos tragos. Lo dejé sobre la superficie de formica y Dorothy me lo rellenó al instante.

–No sueles hablar mucho del tema.

–¿De qué?

–De la guerra.

Asentí mientras ella dejaba la jarra de plástico en la barra, a mi lado. Giré el vaso asiéndolo por la marca de la condensación.

–Es curioso, el tema ha salido esta misma tarde. –Mis ojos se encontraron con los suyos, casi ocultos bajo el pelo plateado–. Cady me ha preguntado por la cicatriz que tengo en la clavícula, la ofensiva del Tet.

Ella asintió levemente.

–Seguro que la había visto antes, ¿no?

–Sí.

Dorothy inspiró hondo.

–No pasa nada, mejora cada día que pasa. –Extendió una mano y me dio un ligero apretón en el hombro, justo a la altura de la mencionada cicatriz–. Pero ten cuidado... –Dorothy parecía preocupada.

Levanté la vista para mirarla.

–¿Por qué?

–Los recuerdos de ese tipo suelen venir de tres en tres.

La observé mientras ella así la jarra de té y rellenaba los vasos de los otros clientes. Pensé en Vietnam. Y pensé en el hedor, en el calor y en los muertos.

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1967

Había hecho el trayecto en helicóptero con ellos.

Un especialista de cuarto rango me preguntó dónde iba y observó cómo yo intentaba no vomitar sobre los muertos que transportaba el Huey en la zona de carga. No eran los cadáveres los que me ponían enfermo, había visto muchos. Lo que pasaba es que no me gustaban los helicópteros. Aquellos hombres salieron en helicóptero en dirección a un lugar en el exterior del perímetro de defensa –la base aérea de Khe Sanh, en la zona desmilitarizada– cuando fueron alcanzados por un disparo de mortero. Estaban envueltos en ponchos de plástico porque al ejército se le habían agotado las bolsas para cadáveres. También se les había agotado la comida, las municiones y las medicinas. De las pocas cosas que parecían andar sobrados era de muertos. El joven médico militar me dirigió una sonrisa con unos labios tan finos que se asemejaba a una mueca cadavérica y me dijo que no me preocupara. Me contó que, en caso de resultar herido, tardarían veinte minutos en llevarme al hospital de campaña de la base y que, si mis heridas eran críticas, en doce horas estaría en Yokosuka, Japón. Mientras hablaba, hacía gestos en dirección a los bultos envueltos en plástico que había detrás de él. Al igual que a ellos, me importaba una mierda lo que dijera.

Poco después me encontraba analizando el interior verde cromado de un barracón Quonset mientras un enjuto oficial de Operaciones de Investigación de las Fuerzas Aéreas me escrutaba a través de sus gruesas lentes y del sudor. Estaba mirando fijamente la gorra de mi uniforme, así que me la quité de un tirón y volví a concentrarme en él. Yo también estaba sudando. En teoría, las tropas estadounidenses estábamos allí para ganarnos el corazón de la población civil, pero la mayor parte del tiempo nos limitábamos a sudar. Desde que había llegado a Vietnam seis meses atrás no podía evitar la sensación de estar derriéndome.

El mayor me hizo esperar un plazo de tiempo considerable para darme a entender que había quebrantado el decoro militar al no descubrirme y lo descontento que estaba conmigo.

–¿Qué demonios se supone que debo hacer contigo?

La mayor parte de la humedad de mi cuerpo se reconcentraba entre los omóplatos, empapando el tejido de mi traje de faena.

–No estoy seguro, señor.

–¿Qué demonios es un MOS 0111?

–Un policía marine, señor. Un oficial investigador.

No dejaba de mover la cabeza como si no diera crédito.

–Sí, he recibido la orden de la Fuerza Expedicionaria de Marines. Tus credenciales han sido confirmadas por el capitán preboste de Chu Lai, por lo que entiendo que el mando del batallón ha decidido que ahora eres problema nuestro. –Levantó la vista y me

observó. Tenía esa mirada, la misma mirada a la que tantas veces me había enfrentado en el breve periodo que llevaba en contienda. El oficial era mayor: los años se le habían echado encima sigilosamente desde que operaba sobre el terreno y ya nunca podría sacudírselos. La contienda había hecho presa de él, la guerra era su religión y había perdido la juventud al mismo tiempo que la vista—. Así que inspector marine, ¿eh?

Permanecí en silencio y me concentré en la pared ondulada intentando no fijarme en la foto de DeDe Lind, la Miss Agosto 1967 de la revista *Playboy* que había allí colgada.

Estábamos en diciembre.

El mayor volvió a hojear mi historial de servicio como si le pareciera un disparate.

—¿Investigar? Diablos, ni siquiera sabía que los malditos marines sabían leer. —Pasó la página e intuí que los problemas no habían hecho más que empezar. Levantó la vista lentamente—. ¿Estudiante de Literatura Inglesa?

—Me matriculé para jugar al fútbol americano, señor. —Había descubierto que en las Fuerzas Armadas era conveniente restarle importancia a los estudios universitarios, y el deporte siempre era una táctica de distracción rápida y efectiva.

Parpadeó tras sus gafas y frunció el ceño como si se estuviera planteando que quizá yo no fuera el completo gandul que se imaginara segundos antes.

—¿De qué jugabas?

—De *tackle* en la línea ofensiva, señor.

—¿En las trincheras? Extraordinario. Yo también jugué un poco en el instituto.

Me figuré que eso habría sucedido cuando los cascos aún eran de cuero.

—¿De verdad, señor?

—De corredor.

—Sí, señor. —Carne de banquillo, seguro.

Estudió mis documentos un poco más.

—No jugué mucho. —Como no sabía qué replicar, me quedé allí quieto con la boca cerrada, otra táctica que había aprendido después de tratar con la jerarquía militar—. Mira, alguien le debe un favor a alguien y ese es el motivo de que te encuentres aquí. —Se reclinó en su silla metálica verde, que era casi de la misma tonalidad que las paredes cromadas, y finalmente se dio cuenta de que aún me encontraba en posición de firmes—. Descanse. —Dejó caer mis papeles y se concentró en mi persona mientras yo separaba ligeramente las piernas y me llevaba las manos a la espalda. Todavía sostenía la gorra en la mano—. Tenemos un problemilla en la base; alguien está introduciendo drogas, no es nada serio. Ya hay algunos hombres muy valiosos investigando el asunto. No estoy haciendo más que suposiciones pero creo que el capitán preboste quiere que uno de sus MOS 0111 novatos se enfangue un poco.

Continuó mirándome fijamente y me figuré que esperaba algún tipo de respuesta.

—Sí, señor.

—Me resulta un misterio que los chicos del traje de camuflaje no os encarguéis de vuestros propios problemas, teniendo tantos, pero ya que estás aquí trataremos de sacarle provecho al asunto. —Volvió a repasar los papeles de su escritorio—. Eres nuevo y a la gente no le llevará demasiado tiempo imaginarse qué estás haciendo aquí. De modo

que lo mejor que puedes hacer es mantener el pico cerrado y hacer lo que se te diga. ¿Me has entendido?

—Sí, señor.

—El trabajo que has hecho hasta ahora siempre ha estado bajo la supervisión directa de los investigadores de la marina; a partir de ahora vas a trabajar con el personal de seguridad de las Fuerzas Aéreas y con el Servicio de Inteligencia del ejército, que sin duda te parecerán unos tipos mucho más capaces que los marineritos.

—Sí, señor.

—Te voy a poner con Mendoza, que pertenece al Escuadrón de Seguridad de la 377, nuestra división aérea, y con Baranski, del Servicio de Inteligencia. Llevan trabajando en el caso unas cinco semanas y tú les servirás de gorila.

—Sí, señor. —Aunque el mayor eructara, yo continuaría respondiendo lo mismo.

—Ambos son sargentos primeros y acatarás cualquier orden que te den. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Son de la promoción de 1966. —Metió los documentos dentro de la carpeta y me los entregó—. Eso significa que todavía tienes la posibilidad de ganarte un galón de los tuyos, algo así le da sentido al sacrificio que supone la guerra.

—Sí, señor.

—Rompa filas.

Cuando llegué a la oficina que había en el exterior y le entregué mis documentos al oficial correspondiente de las Fuerzas Aéreas, había dos sargentos primeros apoyados junto a la puerta de entrada. Uno de ellos era moreno y de baja estatura. El otro era alto, con aspecto de gigoló y bigote a lo Errol Flynn. Tenía el pelo rubio, ojos azules marca de la casa y traje de faena. Me tendió la mano y yo se la estreché, reconociendo en el apretón a un hombre despreocupado y seguro de sí mismo.

—¿Eres la nueva mascota que nos envían los marines?

—Pues sí.

Encendió un Camel y giró la cabeza para mirar a su compañero, que ahora me tendía la mano. También se la estreché. Hablaba con un marcado acento tejano.

—Soy Mendoza. Y él es Baranski.

Yo ya había leído sus nombres en sus placas identificativas, bien visibles sobre su bolsillo derecho, al igual que ellos también habrían leído la mía, pero este era un protocolo distinto. Volví a calarme la gorra.

—Longmire.

—¿*Sheriff* Longmire?

Cuando me giré, me encontré con Rosey Wayman, una de las pocas mujeres que integraban la patrulla de carreteras de Wyoming. La habían trasladado del destacamento de Elk Mountain hacía unos seis meses y, desde entonces, había causado bastante revuelo en las montañas Big Horn.

—Pero bueno, si es la belleza de la autopista. —La observé mientras su sonrisa habitual dejaba al descubierto unos hermosos dientes blancos y sus ojos azules centelleaban.

Quizá mi noche estuviera mejorando. Me pregunté cuándo volvería Vic.

—Siento molestarte, Walt, pero tenemos un aviso y Ruby me ha dicho que te encontraría aquí.

—¿Qué tenemos?

—Unos granjeros han hallado un cuerpo en la carretera del Oso Solitario, cerca de la Ruta 249.

Puede que mi noche estuviera empeorando.

Eso quedaba cerca de Powder Junction. Estábamos en el mes de julio y no hacían falta grandes dotes deductivas para imaginarse qué estaría haciendo alguien del pueblo allí, en esa parte remota de la red de carreteras del condado.

—¿Segadores o empacadores?

—Empacadores. Por lo visto segaron la semana pasada.

En verano, en Wyoming no quedaba ni una hectárea de pasto sin cortar. El Departamento de Transportes normalmente subcontractaba la siega de los pastos que bordeaban las autovías a los granjeros locales que pujaran más a la baja. De este modo, algo que era propiedad del estado se convertía en un bien privado, conocido por el nombre de «heno enlatado».

Levanté el pulgar en dirección a la patrullera rubia para indicarle que me hacía cargo cuando Dorothy volvía con un plato lleno de pollo y citronela.

—¿Me lo pones para llevar?

No importa en qué sector de las fuerzas de seguridad trabajes, siempre hay una tarea que temes. En las jurisdicciones más difíciles seguramente ese temor tenga que ver con los terroristas, los asesinos en serie o las bandas de narcotraficantes, pero para un *sheriff* del oeste lo más temible siempre será el hallazgo de un cadáver arrojado en mitad de ninguna parte. A día de hoy, en el condado de Sheridan, al norte, tienen dos casos de asesinato sin resolver y en el de Natrona, al sur, tienen cinco. Hasta hacía veintiocho minutos, nosotros no teníamos ninguno. Y, de repente, ahí estás, junto a una carretera con una víctima, sin identificación, sin escenario del crimen, sin sospechosos, sin nada.

Me bajé del coche patrulla de Rosey y saludé con un gesto de la cabeza a Chuck Frymyer y a Superduro, mis dos ayudantes asignados al sur del condado.

—Walt. La chica está al pie de la colina.

Nos dirigimos hacia dos empacadoras gigantescas estacionadas al borde de un desagüe grande que pasaba bajo la carretera. El teniente Cox, comandante de la división de la patrulla de carreteras, se encontraba con dos de sus hombres en mitad de la pendiente mirando la zanja de más abajo, mientras estos tomaban notas. El suceso había ocurrido cerca de su carretera, pero estábamos en mi condado.

—Eh, Karl.

—Walt. —Señaló con la cabeza una pieza de maquinaria donde había sentados dos *cowboys* entrados en años, uno con un ajado sombrero de paja y el otro con una gorra de béisbol del rancho Rocking D—. ¿Conoces a estos caballeros?

—Claro. —Ambos se levantaron al verme. Den y James Dunnigan eran un par de

miseros granjeros que tenían un rancho cerca de Bailey. James era un poco tontorrón y Den simplemente era un mal bicho.

—¿Qué tal te va, James?

Den guiñó los ojos y comenzó a hablar.

—Cuando estuvimos segando hace dos días ella no estaba aquí...

James lo interrumpió.

—Eh, Walt.

—¿Qué tenemos aquí?

Aunque imaginé que los de la patrulla ya les habrían tomado declaración, creí conveniente darles a los hermanos otra oportunidad de contar la historia antes de proseguir.

—Ya se lo he dicho a ellos. —Den hizo un gesto en dirección a los agentes de carreteras. Probablemente había sido un día largo, era sábado por la tarde y seguro que creía que ya lo habían retenido bastante.

—Cuéntamelo a mí. —Quería sonar amistoso y al mismo tiempo asegurarme de que entendía que no era una pregunta. Frymyer había sacado su bloc y estaba tomando notas.

James continuó con voz calmada e hizo todo lo posible para concentrarse en la conversación que teníamos entre manos.

—Estábamos empacando y nos topamos con ella.

—¿Y qué hicisteis después?

Él se encogió de hombros.

—Apagamos la máquina y llamamos al 911.

—¿Os acercasteis al cuerpo?

—No, yo no.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Miré de reojo a Den, que estaba parpadeando sin parar.

—¿Den?

Él se encogió de hombros.

—Fui hasta el borde del desagüe y le grité. —Otro pestañeo—. Pensé que igual estaba durmiendo. Entonces vi que no respiraba.

Hice que Den me mostrara la ruta exacta que había cogido y luego subí con mis dos ayudantes a lo alto del desagüe, por donde era improbable que hubiera pasado alguien. Me puse en cuclillas como los cazadores y esperé mientras Cox despedía a los hermanos Dunnigan.

Me giré hacia Chuck.

—¿Sabes desmontar una empacadora?

El chico de la perilla rubia me sonrió.

—Nací para eso.

—Ve y encárgate de abrir esa y comprueba el contenido. Luego parte las dos últimas balas que hay hacia el norte. Si iba caminando o corría huyendo de alguien quizá haya

dejado caer su bolso o alguna otra cosa por el camino. –Frymyer se detuvo un momento y me quedé mirándolo—. ¿Necesitas ayuda?

Miró las pacas de una tonelada.

–Sí.

Miré a Superduro y este se marchó con Chuck.

Todavía había mucha luz –así era el verano del norte– y podía verse perfectamente el lugar donde esa joven había pasado los últimos momentos de su vida. Iba vestida de forma provocativa, algo poco apropiado teniendo en cuenta el entorno. Llevaba una minifalda, un top rosa anudado al cuello e iba descalza. Su pelo largo y oscuro se había enredado con las hierbas altas, el implacable viento de Wyoming era el responsable, dejando al descubierto una delicada estructura ósea. Tenía los ojos cerrados y uno podía pensar que estaba dormida salvo por el matiz azulado de la piel de su rostro, por el ojo hinchado y por el hecho de que, desde el ángulo en el que yo me encontraba, se percibía que tenía el cuello roto.

Oí que Cox se acercaba y se agachaba a mi lado.

–¿Has perdido peso?

–Sí, voy al gimnasio con Cady todos los días.

Él asintió.

–¿Cómo le va?

–Está bien, Karl. Gracias por preguntar. Oye, hablando de Cady, ¿te importaría pedirle a Rosey que llame a mi oficina para que le digan que no iré a casa esta noche?

–Cuenta con ello. –Se echó hacia atrás su sombrero de guardabosques reglamentario—. Los del Departamento de Investigación Criminal están de camino. Creo que vendrá la malvada bruja del oeste en persona.

Asentí. T. J. Sherwin siempre buscaba cualquier excusa para venir a las montañas en verano. El teniente cogió una brizna de hierba y se llevó el extremo cortado a la boca.

–Hemos peinado la zona hasta Casper, Walt, pero no hemos hallado ningún vehículo abandonado. –Echó un vistazo a mis ayudantes—. ¿Vais a comprobar la empacadora?

–Sí.

–Bien. Mis chicos no sabían ni por dónde empezar a mirar. –Estudió el cuerpo de la joven muerta y luego me miró—. Tengo hombres preguntando en los restaurantes chinos de Sheridan, Casper y Gillette para averiguar si alguien ha desaparecido...

–No te molestes. –Me pasé una mano por la cara—. La chica es vietnamita.

—No vino hasta aquí caminando descalza. —Bajo el zumbido constante de los generadores, T. J. Sherwin observó a los técnicos cerrar la cremallera de la bolsa de plástico negra y colocar cuidadosamente el cuerpo de la mujer asiática en una camilla. El resplandor amarillo y plano de las luces de emergencia otorgaba un aspecto cetrino incluso a los vivos.

Cerré los ojos.

—¿Es reciente?

Se estaba haciendo tarde y la calidez del sol hacía rato que había sido reemplazada por las estrellas y un aire fresco y seco se había levantado de las montañas Big Horn. Llevaba sin llover más de un mes.

Ella se cruzó de brazos para darse calor.

—Menos de doce horas. —La rodeé con el brazo porque no quería que pasara frío y porque me apetecía. Había sido la patóloga forense de la División de Investigación Criminal de Wyoming durante la mitad de mi mandato en el condado de Absaroka. En un principio me tomó por un tipo anticuado, pero en los últimos diecisiete años me había cogido cariño—. No la mataron aquí. El análisis preliminar indica que murió de asfixia, estrangulada a manos de alguien con mucha fuerza. Quienquiera que fuese, comenzó estrangulándola y acabó rompiéndole el cuello.

—No se esforzaron mucho por ocultar el cadáver.

Sentí su mirada clavada en mí.

—No, no lo hicieron.

Eché un vistazo rápido a la carretera que discurría hasta la autovía.

—Hay una salida a un kilómetro y medio más arriba. —Observé la hierba intacta al otro lado del desagüe—. Tendremos que buscar señales por si fue arrastrada o marcas de pisadas más al norte. Vamos a tener que comprobar los arcones de aquí a la 249 y a la 246, en el brazo sur del río Powder. —Ella se estremeció y se guareció un poco más bajo mi brazo—. ¿Mis chicos ya han terminado con las balas de heno?

Ella soltó una risita.

—Seguro que te adoran.

—Pues sí. —Observé a los técnicos cargar a la mujer fallecida en la furgoneta Suburban para trasladarla a Cheyenne—. Entonces, ¿no vas a quedarte?

—Tengo demasiadas cosas que hacer. —Abandonó mi protección y comenzó a subir la pendiente para dirigirse a los vehículos de emergencias que salpicaban con sus brillantes luces intermitentes, azules, rojas y amarillas, las flores silvestres que crecían bajo la salvia.

Me disponía a seguirla cuando me detuve, suspiré para mis adentros y le pregunté a gritos:

—¿Alguien ha registrado esa cosa ya?

Ella se giró.

—¿El túnel del desagüe? No, creo que iban a esperar a que se hiciera de día.

—¿Quieres compañía? —Superduro me pasó su linterna Maglite.

Cogí medio sándwich de huevo y negué con la cabeza.

—No. —La comida acababa de llegar y sabía que estarían hambrientos. Imaginé que podía fisgar por mi cuenta—. Pero me llevaré uno de esos vasos de café.

Era una noche despejada y la luna llena y el halo de la Vía Láctea iluminaba lo bastante la zona que rodeaba el túnel, aunque este quedara a oscuras. Pasé una pierna por encima del guardarraíl y comencé a bajar el terraplén hasta la entrada que había al otro lado de la carretera del Oso Solitario. No esperaba encontrarme con ningún culpable temblando en la boca del túnel. Me imaginaba que quienquiera que hubiera asesinado a esa joven habría regresado a su vehículo y se habría machado en él, pero nunca estaba de más echar un vistazo.

Abrí el vaso de plástico, retiré la tapa, me la guardé en el bolsillo trasero de los vaqueros en un intento por mantener limpio el condado de Absaroka y me metí en la corriente de centímetro y medio de profundidad del Murphy Creek.

Tras darle un sorbo al café, escuché el sonido distante de los tráileres de nueve ejes en la I-25 y dirigí el haz de luz de la potente linterna hacia la boca en penumbra del desagüe. Había algo que impedía ver el otro lado con claridad. Entré en el túnel y oí el eco de mis pasos rebotar contra los muros de cemento. La hipótesis más probable es que se tratara de una res joven que hubiera seguido el lecho del arroyo y hubiera quedado atrapada o se hubiera extraviado; hay pocos seres en la naturaleza tan despistados como una vaquilla, no hay más que preguntárselo a cualquier *cowboy*.

Al adentrarme vi algunas carcasas de conejo y unos huesos de ciervo. A un lado se distinguían algunos tablones rotos de madera y chapas sueltas procedentes de camionetas con un batiburrillo de mantas, lonas y cajas de cartón apiladas encima. Quizá fueran los desechos y despojos arrastrados por el Murphy Creek, pero no creía que la corriente de agua fuera tan fuerte.

Creí ver que algo se movía, pero probablemente fueran las sombras que arrojaba la linterna. La pila de restos olía a muerto y el hedor fue a más cuando me aproximé y tiré ligeramente de una de las mantas de aquel bulto tamaño sofá: debajo había más cartón. Alguna criatura debía de haber anidado en aquel montículo que obstruía el túnel y que despedía tal tufo que me lloraban los ojos.

Una voz de alarma muy arraigada dentro de mí me alertó y me cambié el vaso de café a la mano donde llevaba la linterna. Saqué el Colt 1911 y lo empuñé con la derecha, cargado y amartillado. Luego le quité el seguro, me incliné tanto como me atreví y entonces reconocí la manta como una de las que utilizaban para envolver objetos pesados en un establecimiento de alquiler de camionetas.

Estaba apuntando con el arma a una montaña de basura.

Me disponía a ponerle el seguro a la pistola y volver a enfundarla cuando algo se revolvió bajo la pila y el cúmulo de mantas, cartón y olores explotó ante mí, levantándome del suelo por completo y empotrándome contra la pared opuesta del túnel. La linterna desapareció, el café se derramó por todas partes y la 45 milímetros se disparó cuando contraje los dedos a causa del impacto contra el muro de cemento. El sonido del aire comprimido al salir la bala me taponó los oídos como si me hubiera metido los dedos. Al caer, me deshinché como un globo.

Fuera lo que fuese aquello, se trataba de algo grande, más grande que yo, y también peludo. Me agarró del pecho y me echó hacia atrás. Me rugía en la cara mientras me golpeaba. El Colt cayó al suelo con un chapoteo.

Aunque sentía que me iba a reventar la cabeza, me defendí de aquella cosa atacándola a puñetazos y patadas, pero se apretaba contra mí con la fuerza de una pala mecánica. Mi única esperanza era apartarme de aquello antes de que clavara sus zarpas en mí o me arrancara media cara de un mordisco.

Conseguí propinarle un porrazo en la cabeza de casualidad, pero aun así me lanzó a un lado y caí entre la basura. La idea de que me vapulearan hasta matarme o que me devoraran vivo en mitad de la oscuridad en un túnel de irrigación me dio fuerzas renovadas para pelear. Levanté el puño y lancé un gancho tan fuerte como me permitía esa incómoda posición. Eso me valió un momento de tregua y aproveché la ventaja para levantar la cabeza, pero un momento después la cosa estaba de nuevo encima de mí.

Tenía que haberme protegido bien el cuello porque empezó a estrangularme. Le pegué con ambos puños pero fue igual que golpear un suelo de cemento. Probé a dar patadas pero el peso de aquella cosa me inmovilizaba. Sentía los vasos sanguíneos de la cabeza a punto de explotar y la visión se me estaba nublando.

Veía fogonazos de luz donde no los había y también unas caras en ellos. Todas eran rostros de mujer. Vi a mi madre en una verde colina, sus pupilas azul pálido despedían destellos bajo el sol del verano. Vi a mi esposa la primera vez que le pedí que bailara conmigo, y el delicado gesto de sus dedos al enlazarse con los míos. Vi a Victoria Moretti, acercando su rostro hacia el mío con el albornoz abierto. Vi a mi hija, su mirada decidida en la sala de pesas, y no podía pensar en otra cosa que no fuera: «Papá, está bien».

Más chapoteos y otras voces se superpusieron a los rugidos de la criatura que me tenía aprisionado bajo su cuerpo. Hice un último intento por hundirle los pulgares en el cuello y mis dedos se dirigieron automáticamente al frágil y quebradizo cartílago de la laringe, un método que había utilizado para sobrevivir en Khe Sanh.

Si iba a morir, quería llevarme conmigo al otro barrio a aquella cosa.

Oí un golpe fuerte y sentí que el peso de mi atacante se desplomaba hacia un lado, un momento antes de que las caras de las mujeres desaparecieran en un fundido en negro.

Me senté en la ladera de la colina mientras los de emergencias me examinaban la nuca.

Yo carraspeaba sin parar y me estaba masajeando las cuencas de los ojos con el pulgar y el índice para intentar ver solo las estrellas de verdad.

Superduro estaba a mi lado y T. J. me había traído otro café. No sabía si sería capaz de tragarlo, pero solo con tener el vaso en la mano ya me sentía más reconfortado. Todos contemplamos el tenue resplandor del amanecer que se perfilaba en el horizonte, en dirección a las colinas de Pumpkin Buttes y la pradera Thunder Basin. Se lo agradecí con un gesto de la cabeza y me aclaré la garganta, incapaz de pronunciar palabra por el momento.

T. J. echó un vistazo a los de emergencias, que estaban terminando su trabajo.

—¿Entiendo que se va a poner bien?

Cathi se inclinó hacia delante y me miró a la cara mientras terminaba de curarme la nuca.

—Al largo brazo de la ley le saldrá un chichón, pero esta no es la primera vez que lo remendamos.

Superduro esbozó su lenta sonrisa y dirigió la mirada hacia la pradera y al muro de roca rojiza.

—Dios todopoderoso, ¿habéis visto el tamaño de ese hijo de puta?

Tragué y probé a beber un sorbo de café. Sabía bastante bien pero me provocó otro ataque de tos.

—¿Qué utilizasteis para quitármelo de encima? —Mi voz sonaba ronca y jadeante.

—Un tablón de madera. —Se quedó pensando en ello mientras Cathi y Chris recogían su equipo para cambiar de escenario—. Creo que lo pillaste por sorpresa.

—No tanto como él a mí.

La criatura de la cueva era del tamaño de un oso grizzli e hicieron falta cuatro hombres para sacarlo del túnel. Vi que le habían sujetado las manos con grilletes para los tobillos porque las esposas no habrían abarcado sus muñecas. Era un indio de la tribu cuervo, a juzgar por lo que pudimos ver.

Fui a levantarme pero me sentí un poco mareado y volví a sentarme. T. J. me puso una mano en el hombro para que no me moviera.

—Tómatelo con calma.

Suspiré.

—¿Todavía está vivo?

Superduro soltó un bufido.

—Sí. Le di lo bastante fuerte como para tumbar a una mula, pero todavía respira.

Observé cómo Chris, Chuck y dos agentes de la patrulla de carreteras cargaban con el hombre inconsciente colina arriba. Su pelo colgaba rozando la hierba, enganchándose aquí y allá como si quisiera detener el progreso del cuerpo. Como si la melena, al igual que la de la chica vietnamita, quisiera permanecer allí hasta que todos los enigmas se resolvieran. Llevaba una vieja chaqueta del ejército, rasgada y harapienta, encima de los restos de una camisa vaquera y un jersey de lana. Los andrajos de un mono a cuadros apenas si le cubrían las piernas. Lo llevaba todo raído y sucio, a excepción de los mocasines finamente bordados con cuentas que calzaban sus pies descomunales. Era la

primera vez que veía un diseño así.

Traté de levantarme y esta vez lo conseguí, subí la colina tambaleándome con la ayuda de Superduro.

—¿Alguien podría registrar el túnel?

—Irán a hacerlo ahora, aunque nadie se muere de ganas. El sitio huele tan mal que le entrarían arcadas incluso a un gusano que viviera entre tripas.

Señalé al gigante con la cabeza.

—¿Qué hay de él?

—Lo vamos a llevar al hospital y seguramente luego vaya a nuestra cárcel.

—¿Habéis encontrado algo en el túnel que lo relacione con la mujer vietnamita?

Él negó con la cabeza.

—Aún no, pero creímos que intentar estrangular al *sheriff* era razón suficiente para detenerlo.

Nos quedamos mirando mientras cargaban la camilla en la ambulancia. La suspensión trasera se resentía bajo el peso de una mujer, cuatro hombres y un indio muy grande.

—¿Le habéis dado un tranquilizante o algo?

Superduro dejó escapar una carcajada poco entusiasta.

—No nos hizo falta. Tú casi le destrozabas la laringe y yo casi le abro la cabeza.

Cerraron las puertas de la ambulancia y se marcharon en dirección al hospital de Durant. Cuando el sonido de las sirenas se extinguió, Superduro anunció en voz baja:

—Menudo PI.

No me molesté en traducir el acrónimo, pero sabía que no se refería a la letra del alfabeto griego.

T. J. se había marchado con el personal del DCI tras asegurar que se pondría en contacto con nosotros tan pronto como averiguara algo, por lo que Rosey fue la que finalmente me llevó de regreso a la oficina. Todavía era temprano y la oscuridad comenzaba a replegarse del condado. Ruby, mi telefonista, siempre era la primera en llegar, pero estaba cuidando de Perro y aún no se había presentado. Mi perro, Perro, aún no tenía nombre y, después de llamarlo Perro durante casi un año, me preocupaba darle uno de verdad por si se confundía. O quizá lo que me preocupaba era que me confundiera yo.

Saqué provecho de la situación y regresé a las celdas de detención a echar una cabezadita rápida en uno de los catres. Traté de dormir bocarriba pero, al tener los músculos del cuello resentidos, me sentía como si me estuvieran estrangulando y, como la especie de kipá de vendas que me habían colocado en la coronilla hacía que la postura fuera todavía más incómoda, no tuve más remedio que ponerme de lado y quedarme mirando los barrotes.

¿De dónde había salido el gigante y qué estaba haciendo allí?

Si había matado a la mujer, ¿por qué dejarla en un lugar tan visible? ¿Por qué no la había arrastrado consigo al túnel?

Además, ¿qué demonios estaba haciendo una chica vietnamita en el norte de Wyoming

y, sobre todo, en la carretera del Oso Solitario?

Quizá sabría más cuando T. J. llamara con el informe oficial.

Pensé en la cara de la chica, la cianosis de la piel, la hemorragia subcutánea alrededor de los ojos. Supuse que hallarían unas pequeñas abrasiones lineales en el cuello, o bien dejadas por el autor de los hechos o bien por la víctima al tratar de desprenderse del brazo o las manos de su atacante.

Pensé en la estructura ósea, que delataba su nacionalidad. Cuando pasas algún tiempo en el Sudeste Asiático eres capaz de captar las diferencias básicas bastante rápido. Y yo había estado en Vietnam, vaya que sí.

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1967

—Aquí no *money*, zorrita *babysan*. Él marine y marines no bum-bum. Él marine y no bum-bum, ellos solo matar. —Baranski se echó a reír, encantado con su gracia, elegancia e incomparable estilo.

Yo sonreí, me encogí de hombros mirando a la chica y eché otro trago de cerveza Tiger, con su imagen flotando en el sempiterno sudor y en aquella atmósfera extraña. Ella negó con la cabeza y extendió una pierna provocativamente para probar esa teoría.

—Él no asesino.

Tighten up, de Archie Bell and The Drells, atronaba la habitación mientras la diminuta vietnamita se contoneaba al ritmo de la música. Baranski cruzó las piernas por los tobillos en la silla que tenía delante y soltó un eructo lo bastante fuerte como para hacer vibrar los cristales del bar Buenos Chicos Buenos Ratós, en caso haber habido... ventanas, se sobreentiende. El bar estaba junto a la Puerta 055, cerca del viejo fuerte francés conocido entre la tropa como Hotel California. Yo había estado hacía poco en California y, bajo mi punto de vista, aquello no se le parecía en absoluto.

Los muros de cemento de la antigua fortaleza tenían más de seis metros de alto y uno de grosor y formaban un rectángulo encalado. Todas las puertas tenían forma de arco y eran de hierro macizo, y yo esperaba ver salir de ellas en cualquier momento a Franchot Tone desfilando con sus legionarios franceses. Había una compañía de las ARVN, las Fuerzas Armadas de la República de Vietnam, acantonada en el fuerte, pero la verdadera acción estaba justo al lado del bar, donde estaba el depósito civil de cadáveres y un cementerio con miles de lápidas blancas. Resultaba extraño que el bar estuviera junto al camposanto, pero yo había visto cosas mucho más extrañas desde que estaba en Vietnam. Ya te digo.

—Hermanita, ¿tú conocer especialistas de las Fuerzas Armadas del Tío Sam? —Baranski me señaló con un gesto—. Este asesino número uno.

Ella le sonrió y luego volvió a escrutar-me, aunque su opinión no había cambiado. Su mirada era dura pero tenía una sonrisa deslumbrante. Una dentadura bonita, algo no muy habitual por esos lares.

—¿Cómo llamas tú, asesino número uno?

Yo me incorporé y me puse de pie con mis casi dos metros tan rápido como el calor y las ocho cervezas que llevaba en el cuerpo me lo permitieron; los modales que me había

enseñado mi madre se impusieron al alcohol.

–Señorita, se presenta el teniente Walt Longmire, del gran estado de Wyoming.

Baranski encendió otro Camel y sonrió.

–Asesino y una mierda. Coño, este tío es un *cowboy*.

Mendoza levantó la cabeza lo suficiente para hacer la siguiente declaración:

–Y un carajo. Soy tejano, yo sí soy el puto *cowboy*.

Baranski se quitó el cigarrillo de los labios y declaró con autoridad:

–Tú lo que eres es un frijolito, gilipollas.

La superficie pegajosa de la mesa amortiguaba la voz de Mendoza.

–¿Y tú qué sabrás, paleta de Indiana?

Me giré al oír que la chica chasqueaba los dedos y me señalaba con el índice, tenía práctica realizando maniobras de distracción.

–*Cowboy* mejor que asesino. USA, número uno.

Le sonreí.

–Pues claro que sí. –Ella soltó una carcajada rápida y se dispuso a buscar unos objetivos económicamente más rentables en la barra, si es que se podía definir como tal la fila de bidones de doscientos litros color celeste y contrachapado que la conformaban–. ¿Oiga?

Ella volvió la cabeza y me dedicó un guiño lascivo.

–¿*Cowboy* cambia opinión?

–No, señorita, solo quiero saber su nombre.

Su mirada se suavizó y se giró por completo para presentarse formalmente.

–Mai Kim, mucho gusto de conocer. –Inclinó la cabeza y, de repente, me sentí como un dignatario extranjero en visita oficial en lugar de un oficial investigador que cobrase la friolera de 479, 80 dólares al mes.

–El gusto es mío, Mai Kim. –Ella permaneció donde estaba durante un momento, considerando el lugar y su situación, luego parpadeó lentamente como si se avergonzara, dio media vuelta y se alejó. Sin contonearse.

Me quedé mirando el paisaje de botellas vacías para permitir que se retirase discretamente y me fijé en que había un piano de pared desvencijado junto a la barra.

–Mai Kim, ¡ya que vas, diles que apaguen esa música de negratas! –vociferó Baranski tras echar otro trago de su cerveza 33 Export–. Joder, llevo aquí casi dos meses y nunca supe cómo se llamaba.

Yo continué estudiando el piano mientras unos cuantos pilotos negros se quedaban mirando nuestro grupo. Dejé la botella de cerveza sobre la mesa, miré a Baranski y decidí ir directo al grano.

–Entonces, ¿qué problema tenéis aquí con las drogas?

Él sonrió.

–Que no hay bastantes, ese es el problema. –Como no le sonreí, se vio obligado a continuar–. ¿Qué es lo que has oído?

–Que gran parte del personal que pasa por aquí acaba colocado.

Él negó con la cabeza y suspiró.

—¿Eso es lo que opina el capitán preboste?
Rasqué la etiqueta de la botella con el pulgar.

—Pues sí.

La mesa permaneció en silencio durante un minuto.

—Mira, este país está infestado de drogas, y mucha de esa mierda la ha traído la mismísima CIA. El *bhanj* crece por todas partes, hay opio en las tierras altas y abunda la heroína *mathuyi*, la producción artesanal por excelencia. —Levantó la botella y la entrechocó con la mía para brindar—. No tienes más que escoger tu veneno. Joder, fíjate en eso.

Llamó con un gesto a un capitán de las ARVN que se separó de un grupo que había acodado en un extremo de la barra y se aproximó a nosotros luciendo unas botas lustrosas, un mono de piloto azul celeste y, lo más inverosímil, un pañuelo blanco de seda al cuello. Como adjuntos de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, a los pilotos vietnamitas les estaba permitido escoger sus uniformes libremente, aunque la mayoría de ellos eran más bien extravagantes.

Sonrió e hizo una inclinación de cabeza en dirección a Baranski mientras el ídolo de la *matinée* se volvía hacia mí.

—Teniente Longmire, te presento a Hollywood Hoang. —El hombrecillo me tendió la mano y yo se la estreché. Tenía las uñas limpias, cortas y brillantes, y la piel suave a base de loción; lo tomé por un dandi—. Hollywood puede conseguirte cualquier cosa que necesites. —Le sonrió al piloto de helicóptero—. Hollywood, necesito agenciarme medio kilo de hierba *montagnard*, ¿cuánto pides?

—Un cartón Marlboro. —Su acento sonaba vagamente francés y, a pesar de la ausencia de preposiciones, parecía una persona culta. Me echó un vistazo—. ¿Esto para usted, teniente?

—No.

Baranski se echó a reír.

—¿Entiendes a lo que me refiero?

El piloto lo interrumpió.

—Medio cartón.

—No es necesario, gracias.

—Medio cartón es precio muy bueno.

—Seguro que sí, pero no me interesa.

Se encogió ligeramente y sonrió.

—Si necesita cualquier cosa, yo consigo.

Lo observé tambalearse de regreso a la barra y miré de reojo a Baranski.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Exactamente eso. Cualquier cosa que quieras, él te la puede conseguir. Cuando la guerra contra los franceses, Hoang formaba parte de la oficina central de Vietnam del Sur, pero ahora tiene contactos con la CIA, de manera que te puede conseguir todo lo que necesites. —Me observó mientras yo rascaba el resto de la palmera de la etiqueta de la cerveza sin despegar la vista de la mesa—. Oye, no pongas esa cara tan larga,

Longmire. En el cuartel general de tu batallón no tienen ni puta idea. ¿Sabes cuánta gente entra y sale de aquí cada día? –Se reclinó en su silla, trazó un gesto en el aire con el cigarrillo y se echó a reír–. Esta base aérea tiene casi el mismo tamaño que el aeropuerto de La Guardia allí en casa. Por aquí pasa gente de las fuerzas aéreas, de la marina y personal del ejército, sin mencionar a vosotros, marines paletos. Tenemos survietnamitas, camboyanos, tailandeses, laosianos y algún alemán que otro del Ejército Popular Nacional entrando y saliendo de aquí cada día. ¿De veras crees que tenemos la más remota idea de qué traen consigo cuando llegan, qué se llevan al salir o qué podrían haber dejado aquí durante su estancia?

Levanté la mirada.

–Un trabajo duro.

–Más bien una misión imposible. –Inspiró hondo y se inclinó hacia delante, acodándose en la mesa, y me miró por encima de las botellas vacías–. Hay mierda por todos lados, y si vas por ahí haciendo preguntas estúpidas y causando problemas solo conseguirás que te maten. Lo que hagas con tu vida es asunto tuyo. –Señaló con el dedo a su actual compañero, todavía inconsciente sobre la mesa–. Pero si sigues así conseguirás que nos liquiden y de eso ni hablar. *Capisci?*

Lo miré sin comprender, tratando de asimilarlo todo.

–Mira, puto novato. Me enviaron aquí hace seis semanas. Bebo demasiado, fumo demasiado, persigo alguna *aodai* que otra... –Eché un vistazo a su alrededor y luego se me acercó aún más–. Me limito a actuar según el plan de acción. Soy un investigador vinculado al Servicio de Inteligencia. Entonces va y se presenta el teniente de segunda Walter Longmire y resulta que ha llegado un *sheriff* nuevo a la ciudad, ¿no? Que te jodan. –Permanecemos sentados en silencio, evitando mirarnos, escuchando la música y la cháchara de los de la barra–. Por qué no me dices qué se le ha metido entre ceja y ceja a los jefes del batallón y, a cambio, yo intento restringir nuestro ámbito de actuación.

–James Tuley, soldado de primera del Cuerpo de Marines, de Toledo, Ohio.

Baranski pensó en ello.

–No lo conozco. –En el *jukebox* empezó a sonar la sección de viento de *Rescue me*, al tiempo que el oficial rubio gritaba–: ¡Joder! ¡He dicho que no más música de negros!

Otros soldados afroamericanos se nos quedaron mirando mientras yo me ponía de pie despacio.

–Bueno, pues has perdido tu oportunidad. Hará dos semanas que murió de una sobredosis de heroína en pleno vuelo tras despegar de esta misma base.

Él agitó la cabeza y se dispuso a pedir otras dos cervezas.

–Déjame adivinar: en el puto Ohio hay un gobernador Tuley o un senador Tuley que quiere saber por qué su chavalín murió de sobredosis en el soleado Vietnam del Sur.

No añadí nada. No dije que el padre de James Tuley no era ni senador ni gobernador, sino un simple vigilante nocturno en una fábrica de recambios de automóviles. No mencioné a un oficial investigador del Cuerpo de Marines que se había interesado por el caso cuando leyó que fue hallada una copia de *Matar a un ruiseñor* en el cadáver de aquel chico que había crecido en un barrio difícil de Toledo.

Cogí una cerveza de la bandeja de la camarera y me encaminé al piano destartado del final de la barra. Algunas caras se giraron al verme pasar. Ya era hora de que los asiduos al Buenos Chicos Buenos Ratons se familiarizasen con la música en directo y con las maravillas de James P. Johnson, Fats Waller, Joe Turner, Art Tatum y los Harlem Stride.

Auténtica música para el alma.

—Arriba, empieza el día con alegría.

Me aparté el sombrero de la cabeza lo bastante para distinguir dos botas de Paul Bond hechas a mano y dos rodillas, una artificial y otra de carne y hueso. Bajé el sombrero y la visión desapareció por completo.

—Lárgate.

Él pegó una patada en los bajos del catre.

—Levántate, tenemos trabajo que hacer.

Lucian Connally había sido el *sheriff* del condado de Absaroka durante los veinticuatro años que antecedieron a mi mandato. Era un viejo duro de roer que había perdido la pierna a manos de unos contrabandistas vascos en los años cincuenta. Yo estaba a punto de arrancarle la prótesis y usarla para atizarle hasta matarlo.

—He estado toda la noche trabajando, viejo, vete de aquí.

—Vaya, pues algo habrá que no hiciste bien porque el indio que mandaste llevar al Durant Memorial está poniendo todo el hospital patas arriba.

Volví a retirar el sombrero.

—¿Qué?

—Ha vuelto en sí y se las está haciendo pagar a los blancos por lo que le hicieron a su gente en la masacre de Sand Creek.

Me bajé del catre.

—Esos eran cheyenes y él es cuervo.

—Es un indio cabreado, eso es lo que es.

Aquello era un desastre.

El personal de urgencias, creyendo que los de emergencias le habrían inyectado un sedante al hombre herido, lo habían conducido a una consulta y lo habían dejado allí hasta que un internista saturado de trabajo pudiera examinarlo. Un niño con una infección de oído, un hombre mayor con dolores en el pecho y una mujer a la que se le había adelantado el parto distrajeron al médico.

Entretanto, el gigante durmiente había despertado.

Por fortuna, Superduro y dos de los agentes de la patrulla de carreteras continuaban en el hospital cuando comenzó la fiesta. El indio había lanzado la camilla por los aires y luego había comenzado a arrancar los sofisticados aparatos médicos para arrojarlos unos sobre otros. Lo habían atacado en grupo pero habían corrido la misma suerte que la camilla y la carísima maquinaria. Las tornas cambiaron cuando Frymyer se unió a la contienda y los cuatro hombres fueron capaces de reducir al indio el tiempo necesario para que el médico le inyectase suficiente cantidad de Largactil como para tumbar a un

búfalo.

Los dos agentes de la patrulla que habían participado en esta melé estaban sentados en el capó de uno de sus coches patrulla, a Ben Helton todavía le sangraba la nariz y Jim Thomas se acariciaba la mano que tenía vendada hasta el codo.

Lucian me dio un codazo cuando llegamos hasta ellos. No pudo evitar darles la puntilla.

—¿Qué tal estáis, chicas?

Ben, el mayor de los dos y el de la nariz rota, respondió con voz nasal y amortiguada por los algodones y las gasas; se le iban a poner dos hermosos ojos morados.

—Que te den, viejo. ¿Dónde demonios estabais?

Lucian respondió como si fuera la cosa más evidente del mundo.

—Pues a cubierto, como debe ser.

Jim, el otro patrullero herido, asintió.

—Si se vuelve a despertar, llamad a la guardia forestal y pedidles que traigan una escopeta de dardos tranquilizantes.

Continuamos hasta urgencias, donde encontramos a Frymyer sentado en la puerta del pasillo. Tenía las manos ensangrentadas y el uniforme hecho jirones. También llevaba un brazo en cabestrillo con la manga rasgada hasta la altura del codo, mostrando unos bíceps de tamaño prodigioso. Tenía un lado de la cara completamente magullado, desde la cuenca del ojo hasta la mandíbula y, cuando nos miró, comprobamos que tenía el ojo casi cerrado.

—¿Te encuentras bien?

Él asintió y luego se tocó con delicadeza la hinchazón de la cara.

—Superduro se ha dislocado el brazo.

Lucian me miró de reojo.

—Quizá no sea tan duro como creíamos.

Frymyer se dispuso a levantarse pero yo me incliné para ponerme a su altura. Le subí lo que quedaba de manga hasta el hombro. Era una lástima que se le hubiera roto la camisa ya que acababa de recibir un juego de insignias de la oficina del *sheriff* del condado de Absaroka y él mismo se las había cosido.

—Te he preguntado cómo estás tú.

—Supongo que bien. —Se tanteó el interior de la boca con la lengua—. Aunque creo que se me mueven algunos dientes.

Lo observé detenidamente, a él y a su camisa destrozada, y me fijé en la placa identificativa que llevaba en el pecho, donde se leía FRYMIRE.

—¿Tu nombre se escribe con i latina, no con y griega?

Él movió la mandíbula.

—Sí, como el tuyo. —Intentó sonreír pero se arrepintió de inmediato—. No pasa nada, de todas formas me dejan cobrar los cheques. —Se detuvo y miró por el pasillo, donde se había producido la masacre—. El médico dice que no pueden hacerse cargo de un tipo como él y que, tan pronto como lo remienden, tendremos que llevárnoslo.

Regresé a las celdas de detención y observé al enorme indio mientras dormía.

Lo habían acarreado desde el hospital y ahora descansaba plácidamente, por usar la jerga de las enfermeras. Decir que tenía el pecho tan ancho como un toro era quedarse corto. Carraspeó y tragó saliva unas cuantas veces en sueños; yo observé cómo los músculos se le inflaban y se le relajaban bajo las vendas.

El informe del hospital de Durant señalaba que había sufrido una hemorragia en los músculos del cuello que rodean la glándula tiroidea y se sitúan sobre la laringe, con una ligera fractura del hueso hioides y posibles daños en el esófago y la tráquea.

Pensé en la mujer vietnamita. Si hubiera sido un tipo medianamente normal sin duda lo habría matado pero, por el momento, me alegraba de no haberlo hecho.

Lo habían bañado y lo habían vestido con ropa de hospital, con una de esas batas que te dejan el culo al aire que le ponen a todo el mundo. Debía de ser una talla XXXXL, pero aun así le estaba estrecha de hombros. Se me ocurrió una idea y fui a por unos pantalones de chándal gigantes a mi despacho en los que ponía «Club de Atletismo de Chugwater», un regalo de Vic, y los colgué de los barrotes. Si estuviera en su lugar, al despertarme lo primero que querría sería un par de pantalones.

Le habían retirado el pelo de la cara y entonces pude echarle un buen vistazo por primera vez. De rostro ancho, daba la sensación de que la piel se hubiera estirado para adaptarse a su desproporcionado cráneo. Tenía la frente recia, nariz muy prominente y boca ancha, de labios carnosos. En la sien izquierda se observaba una hendidura drástica y una masa de tejido cicatrizado. No se podía definir como un rostro hermoso pero, sin duda, reflejaba toda una vida, una vida dura. Tenía arrugas profundas y, a pesar de que a veces resultaba difícil calcular la edad exacta de los indios, supuse que él y yo no nos llevaríamos mucho.

El hospital nos había enviado su ropa, que estaba depositada en una bolsa de basura sobre la encimera de la cocina. Pensé que podía buscar los mocasines y llevárselos a la celda y luego consideré que ese era el momento ideal para registrar sus efectos personales.

Me puse unos guantes de látex.

Los mocasines estaban encima del montón. Estaban finamente bordados con cuentas haciendo un dibujo que, a pesar de ser del estilo cuervo, no me sonaba. Que era cuervo no había duda, pero quizá fuera una variación sobre otro tema más habitual. Las suelas aún estaban húmedas a causa de nuestro altercado en el túnel y tenían algo de barro seco en los bordes pero, por lo demás, no tenían ni una sola marra. Fueran cuales fuesen las costumbres del gigante, los mocasines eran importantes para él. Los coloqué en el interior

de la celda y continué con mi búsqueda.

Había algunos artículos personales metidos en una bolsa hermética de plástico. La saqué y revisé el contenido: encontré un pañuelo bandana, una caja de cerillas del bar Grupo Salvaje de Powder Junction y un viejo cuchillo Ka-Bar que parecía una antigüedad de la guerra de Vietnam, una de las buenas, con una petaca por separado que contenía una piedra de afilar. Abrí la funda y extraje el cuchillo: tendría unos veinte centímetros de largo. Saqué la hoja del todo y rocé el borde afilado, luego volví a envainarlo y lo dejé sobre la cocina para guardarlo con el resto de sus pertenencias.

Bajo la bandana había una funda de fotos de plástico rosa, la clase de objeto que tendría una niña. Los bordes estaban adornados con un doble pespunte y el vinilo transparente que conservaba las fotos se había vuelto opaco y quebradizo. Solo había dos fotografías.

La primera mostraba a una mujer mirando a su derecha, el tipo de secuencia de cuatro fotos que se adquiría en los salones recreativos, en blanco y negro y con la emulsión un poco desvaída en los bordes. Tenía el pelo oscuro y parte de la melena le caía sobre la cara, ocultando parcialmente su sonrisa. Era una mujer bastante hermosa, de una belleza simple, sin artificios.

En la otra foto aparecía la misma mujer sentada en una estación de autobús de las que hay desperdigadas por toda la zona de las altas llanuras, normalmente situada junto a una pequeña cafetería o un restaurante Dairy Queen. Estaba sentada en un banco con un niño y una niña pequeños. Lucía la misma sonrisa pero en esta foto llevaba el pelo recogido en una coleta, de modo que tenía el rostro despejado. Miraba fijamente a la cámara mientras les hacía cosquillas a los dos niños, que levantaban la cabeza con los ojos cerrados y la boca abierta, desternillados de la risa.

El hombre que estaba tomando la foto debía de tener el sol a la espalda, porque se veía la enorme sombra que proyectaba. No hacía falta demasiada imaginación para figurarse quién era. Detrás de la familia sonriente había un anuncio de hojalata de un refresco de cola del que colgaba una pizarra donde alguien había escrito a mano descuidadamente: «Autobuses Río Powder, Hardin 12:05». Y en letra más pequeña: «Los indios deben esperar FUERA». Me fijé en el borde manchado de la foto y distinguí la fecha: 6 de agosto de 1968. Cerré la funda y la dejé a un lado.

Bueno, ya no había duda de que pertenecía al pueblo cuervo.

La bolsa de plástico también contenía un saquito de medicina india cosido a mano, con algunos flecos sueltos aquí y allá. El bordado de cuentas era de un diseño primitivo, parecía un animal con una especie de línea ondulada atravesándole el cuerpo. Quizá fuera un oso o un búfalo, ya que eran los dos únicos animales que los indios representaban con una línea de corazón. Coloqué el saquito y la funda de las fotos tras los barrotes, junto a los mocasines.

La chaqueta del ejército era una prenda estándar pero no me sorprendí al no encontrar ninguna marca identificativa en ella. Estaba en un estado penoso y olía mal, pero tenía dibujado en la espalda un escudo de guerra y las palabras PODER ROJO en un color carmesí ya desvaído.

Necesitaba a mi experto.

Doblé el resto de la ropa y devolví las pertenencias a la bolsa, incluí el cuchillo y cargué con todo hasta la mesa de Ruby en la recepción. Me senté en la esquina de su escritorio y tiré los guantes a la papelería. Perro se quedó mirándolos pero yo le advertí que no y me agaché para rascarle la cabeza.

—Gracias por venir a trabajar en domingo.

Ella sonrió.

—Tenía cosas que hacer en el ordenador de todas formas.

—Quizá tengamos que llamar a Ferg.

—Está pescando en las Big Horn. No podrás localizarlo hasta mañana, y eso con suerte.

Suspiré.

—¿Todavía no tenemos noticias de Saizarbitoria?

Ella negó con la cabeza, mirando más allá de donde yo estaba, en dirección al antiguo *sheriff* que dormía en el banco que había a mi espalda.

—Tenemos a Lucian.

—Ajá. ¿Qué hay de Superduro y de Frymire?

—Han regresado a sus respectivas guaridas a lamerse las heridas.

Asentí.

—¿Sabemos algo del DCI o de los de la patrulla de carreteras?

Ruby tenía aspecto de estar cansada de responder a mis preguntas.

—No.

Aunque no le correspondía trabajar los fines de semana, nueve de cada diez veces te la encontrabas en la oficina contestando el teléfono y poniendo a punto la pesada maquinaria de las fuerzas del orden del condado de Absaroka. Extendí un brazo y le di una palmadita amistosa en el hombro.

—Oye, ¿has oído lo de mi pelea?

Ella parpadeó con sus ojos color azul neón, la viva imagen de la inocencia.

—He oído que el tipo barrió el suelo contigo.

—Eso es lo que hizo exactamente.

—¿No te estás haciendo un poco mayor para ese tipo de estupideces?

Noté el vendaje y el bulto en la nuca.

—Él estaba peleando, yo solo intentaba escapar con vida. —Ella negó con la cabeza como si yo no tuviera remedio, por lo que decidí cambiar de tema—. ¿Qué hay de mi hija y del cheyene?

—Hace como una hora estaban terminando de almorzar y se disponían a hacer los ejercicios.

Hice un mohín.

—Pero esa es mi tarea.

—Pensaron que estarías ocupado.

—Lo estoy, pero eso no significa que no pueda hacerme cargo de mis obligaciones. —Me levanté, sintiéndome excluido, y volví a cambiar de tema—. Supongo que deberíamos empezar por contactar con el centro de veteranos de Durant y también con el de

Sheridan. Quizá hayan oído hablar de este tío. Un indio así de grande no pasa fácilmente desapercibido.

Ella escrutó mi mirada, resuelta y triste al mismo tiempo.

—¿Qué te pasa?

Evité esos detectores de mentiras azules y precisos que se clavaban en mí.

—Quizá debería pasarme a ver si está bien.

Ella se tapó la sonrisa con una mano y se giró hacia el ordenador, poniendo cara seria.

—Quizá deberías.

No me moví, intentando parecer un valiente y no perder terreno.

—Henry no conoce su rutina de ejercicios.

Ella seguía sin mirarme.

—Claro.

—Creo que me pasaré por el gimnasio.

Ella asintió.

—Vale, hazlo.

Tras dejar las cosas claras, bajé las escaleras medio desmoronadas de detrás del juzgado, pasé ante la barbería Uptown y el hotel Owen Wister y accedí por la entrada del callejón al centro de rehabilitación de Durant. Hacia la mitad de la escalera que subía al viejo gimnasio oí la voz de Henry, paciente pero insistente.

—Dos más...

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1967

—No.

Ella me miró sin comprender, sintiéndose herida, volvió a cruzarse de piernas bajo su *yukata* de seda y alisó el periódico *Barras y Estrellas*. La publicación militar se había convertido en su libro de texto favorito.

Aún era temprano en el bar Buenos Chicos Buenos Ratos y éramos las dos únicas personas allí. El camarero, Le Khang, llegaba poco después de las seis y preparaba café, pero se marchaba rápidamente al ver que había poco margen de beneficio en mi consumición. Durante los últimos tres días ni siquiera se había presentado, dejando a Mai Kim a cargo del café. Siempre que iba me la encontraba en el bar, deseosa de recibir otra clase de inglés. Había acercado un taburete de la barra y estaba allí sentada y expectante.

—¿Otra clase, sí?

—No. —Dejé escapar el aire de los carrillos hinchados y pasé los dedos por las teclas del piano, cargándome el *Concierto para piano n.º 2* en do menor, que encajaba con mi ánimo melancólico. Era el adagio sostenido que mi madre me había inculcado una tarde tras otra. En cierto modo, el sonido de Harlem no le iba a las mañanas silenciosas junto a la Puerta 055 de la base de Tan Son Nhut.

Sin darse por vencida, Mai Kim abrió la copia amarillenta y arrugada de *Barras y Estrellas*. Yo ya había hecho mi parte para ganarme el corazón de los lugareños ayudándola con el idioma. Se había decidido por un artículo que prevenía contra el peligro de usar explosivos C-4 para cocinar y se había mosqueado porque no me había

entusiasmado en absoluto su presentación. Se aclaró la garganta y se sentó con la espalda recta.

–«*Cochinar* con fuego...».

La corregí automáticamente.

–Cocinar, no *cochinar*.

–Cocinar con fuego...

–Mai Kim, de verdad que no me apetece hacer esto hoy.

Ella alisó la página con un gesto brusco para hacerme saber que no le había gustado mi interrupción.

–¿Qué pasa a ti?

–Nada, es solo que no quiero hacer esto ahora mismo.

Ella me observó por encima del periódico mientras yo le daba un sorbo al café que me había dejado antes en una esquina del piano.

–«La comandancia ha *pu-bicado* una direc-to-ra...».

–Ha publicado una directriz.

Ella se sintió dolida.

–Eso digo yo.

–No, no es cierto.

Volvió a su lectura.

–«Re-la-ti-va al uso del *ex-po-lo-si-vo pa-lás-tico C-4*...».

–Explosivo plástico.

Ella asintió y estudió la página como si esta hubiera intentado engañarla.

–Explosivo plástico.

Era una imitadora excelente y una alumna bastante buena.

–Mai, ¿por favor?

–«*Re-si-dos* pueden causar *enveneno* por C-4 y los vapores en lugares *cercados*...»

–Lugares cerrados.

–Lugares cerrados, eso digo.

–No, no es cierto.

Ella me ignoró y continuó.

–«Pueden ser *entremadamente* peligrosos. El *espelista* en *almas* Mack Brown *afilmó* que los intentos de apagar los *residos* de C-4 con el pie pueden producir explosiones...».

–Se giró hacia mí, miró por encima del borde de su taza y me guiñó el ojo—. Esa sale bien, ¿sí?

–Casi, casi.

Entonces advirtió mi gesto desinteresado y se detuvo a estudiarme.

–¿No gusta café, *cowboy*?

–No, tu café está bueno. –Continuaba interpretando a Rajmáninov con un solo dedo—.

¿Alguna vez has tenido un trabajo de mierda que no te gustaba nada? –Levanté la vista para encontrarme con esa diminuta prostituta sentada en el bar Buenos Chicos Buenos Ratos—. Olvida la pregunta.

La historia de Mai Kim no era una excepción en las zonas rurales de Vietnam. Fue

vendida al cumplir los once años. Ahora tenía quince y los cuatro años que había desempeñado la profesión más antigua del mundo le habían pasado tanta factura como al mayor que me había recibido. Quizá el lugar tuviera la culpa, la juventud no podía mantenerse sin inocencia.

Ella parpadeó y dobló el periódico en su regazo.

—¿No te gusta aquí?

Me giré en la destartalada banqueta del piano y me apoyé la taza de café en la rodilla, prestándole por fin toda mi atención. A lo lejos se distinguía un grupo de helicópteros militares Kingbee arrancando motores y partiendo hacia su patrulla matinal. Había aprendido que esos H-34, con sus motores radiales de 32 cilindros situados justo debajo de la cabina, eran más lentos que los UH-1 pero resultaban muy codiciados por todo ese metal que separaba a los pilotos de quienquiera que les estuviera disparando.

—No es eso.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Qué ser entonces?

—Qué es entonces.

—¿Qué es entonces?

Sonreí al percibir su acento de Wyoming.

Baranski y Mendoza estaban cabreados conmigo por mi ingenuidad y mi tozudez y habían comenzado a dedicarle más horas a otras investigaciones, dándome todo el tiempo del mundo para sentarme a contemplar lo que no se estaba haciendo. Tal y como me había insinuado el mayor, los locales me habían calado rápidamente y cualquiera que fuera visto hablando conmigo era objeto de sospecha. Pero las putas continuaban hablándome. Mai Kim al menos lo hacía.

Miré a la cara a la que probablemente fuera mi única amiga allí y me pregunté si seguiría hablándome por mucho tiempo si yo no cumplía con mi parte del trato.

—Sabes lo que pasa con las drogas. —Ella asintió, concentrada—. Un chico murió después de visitar esta base aérea.

—Muchos hombres mueren después visitar base aérea.

La miré fijamente.

—Este era distinto.

Henry estaba estudiando al indio durmiente.

—No lo conozco, tú.

—¿Es cuervo? —Me apoyé en el mostrador.

Él inspiró profundamente.

—Sí, pero no es de la tribu del río ni de la montaña. Es de otro sitio.

Señalé los mocasines.

—Nunca había visto ese bordado de cuentas. Es geométrico pero no se parece a otros patrones de estilo cuervo que conozco.

Él se arrodilló junto a los barrotes y examinó el saquito de medicina y los mocasines, sin llegar a tocar ningún objeto, y asintió.

–Golpeado-en-la-barriga.

Esperé un momento.

–¿Te importaría contarle al impío rostro pálido qué quiere decir eso?

Él se giró y se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la celda, un gesto que Perro tomó como una invitación para ir a reunirse con él.

–Me refiero a los *eelalapi'io*, un clan que fue expulsado, uno de los trece clanes maternos exógamicos. O, para ser más exactos, el cuarto clan asociado a los *ackya'pkawi'a*, u honores de guerra inmerecidos. –Lo observé mientras pensaba en ello, tratando de organizar la información primero y de traducirla después para que me resultara comprensible a nivel lingüístico y cultural–. En torno a 1727 había una partida de guerreros cuervo conducidos por Joven Búfalo Blanco que solía realizar incursiones en la zona de Fat River y un día regresaron con un animal extraño. El animal era tan grande como un alce y tenía los cuernos redondeados, la cola larga y crines. No tenía cuernos y la tribu estaba muy interesada en el nuevo hallazgo. Un guerrero valiente se acercó demasiado a los cuartos traseros del animal y lo tocó. La criatura golpeó al hombre con la rapidez del rayo, lo arrojó al barro, donde él se revolvió llevándose las manos al estómago.

–Vale, era un caballo, ¿de ahí viene Golpeado-en-la-barriga? –Tiré de la chaqueta militar verde oliva que estaba encima de la bolsa, crucé la habitación y me senté en la silla con los brazos cruzados encima del respaldo–. Todo esto no tiene ningún sentido. A no ser que tenga un escondrijo que mi gente no haya sido capaz de encontrar.

–¿No llevaba nada encima? –Henry continuaba acariciando a Perro.

–Solo las cerillas, el cuchillo, la funda con las fotos y el saquito de medicina india, aunque Saizarbitoria ha bajado hasta allí para revisar todo lo que queda en el túnel. –Notaba que Henry albergaba las mismas dudas que yo–. ¿Por qué iba a dejar a la chica fuera, donde cualquiera pudiera verla?

Dejó de acariciar a Perro y le tiró de broma de una de las orejas.

–Tengo entendido que no es un individuo razonable.

–Ha tratado de matar a todo aquel que se le ha acercado, si es a eso a lo que te refieres. –Él asintió y, mientras yo meditaba sobre la historia, me acordé de la gasolinera Búfalo Blanco de la reserva–. ¿El Joven Búfalo Blanco de la historia es un ancestro de Brandon Búfalo Blanco?

–Es probable, tú.

Eché un vistazo a la celda.

–¿Estará Brandon emparentado con él?

El representante del pueblo cheyene giró la cabeza y observó al cuervo de la celda de detención.

–Conozco a casi toda la familia de Brandon. Su padre es cheyene, pero los Búfalo Blanco son cuervo y es posible que algunos de ellos adoptasen a los parientes de la madre. –Luego negó con la cabeza y se giró hacia mí–. No conozco a este hombre, pero no estoy familiarizado con algunos de los clanes cuervo, sobre todo con los Golpeado-en-la-barriga. –Levantó un pulgar en dirección a la celda que había a su espalda–. Se parece

a Brandon.

—¿Te refieres al número de toneladas?

Henry soltó un bufido a modo de respuesta.

—Puedo hacer algunas llamadas e investigar en los escritos tribales. —Permaneció inmóvil un momento y entonces supe que eso no era todo.

—¿Qué?

—La bolsa de medicina india pertenece a una hermandad guerrera: Perros Locos y Lanza Torcida. —Perro levantó la vista al oír su nombre, pero Henry le rascó detrás de las orejas y el animal volvió a apoyar su cabezota en el regazo del indio.

—¿Eso es preocupante?

Él asintió de manera casi imperceptible.

—Son grandes guerreros, tú.

Levanté la parte de atrás de mi sombrero y me toqué el chichón vendado de nuevo.

—Eso pueden atestiguarlo un ayudante, dos agentes de la patrulla de carreteras, un par de celadores del hospital y yo mismo.

—Los Perros Locos son la quinta hermandad guerrera y la menos organizada: están comprometidos a morir en el campo de batalla.

No era la primera vez que oía esa clase de cosas.

—¿Kamikazes?

—En cierto modo. No se trata de una muerte tonta o inútil, tiene que ser en beneficio de la batalla que se esté librando. —Se detuvo un momento—. Se dice que estos individuos suelen llevar un estilo de vida muy temerario.

Yo asentí con total solemnidad.

—¿Y qué hay de la Lanza Torcida?

Henry tomó aire y volvió a mirarme.

—Cada primavera los líderes de las hermandades guerreras entregan cuatro lanzas a sus nuevos miembros. Estos jóvenes han de plantar las lanzas al encontrarse con el enemigo y atarse a ellas, combatiendo si es necesario hasta la muerte. Cuando se realizaban incursiones ellos cubrían la retaguardia y proporcionaban un mayor aliciente al resto de guerreros, que acudían al rescate de los más jóvenes.

Abrí los brazos y le lancé la chaqueta militar.

—¿Qué opinas de esto?

Él se giró hacia un lado para no molestar a Perro y abrió la chaqueta igual que yo había hecho. Desabrochó los botones de presilla y los examinó, algo que a mí no se me había ocurrido.

—Fabricado por Scovill; es una prenda para climas tropicales, pues no tiene botones para el forro. —Henry levantó la vista—. Este hombre parece de nuestra edad, tú.

—Pues sí.

—Puede que sea un excedente del ejército o bien... —Dejó la frase a medio formular, flotando entre los dos.

—¿O bien qué?

Sus manos oscuras alisaron las amplias espaldas de la chaqueta militar. Se detuvo en el

escudo indio con cuernos y en las palabras PODER ROJO.

—O bien... es uno de los nuestros.

Y Henry Oso en Pie no se refería a los indios.

Santiago Saizarbitoria había tenido una mañana dura: no había sido apaleado por el indio como el resto de nosotros pero el registro del túnel había recaído en él. No tenía claro qué era peor. Saizarbitoria representaba a la minoría vasca en nuestra pequeña oficina y fue mi segunda apuesta cuando me propuse bajar la media de edad de los cincuenta. Se había trasladado desde Rawlins, donde había trabajado en las instalaciones de máximo riesgo de la única penitenciaría de alta seguridad del estado, lo que en mis tiempos venía siendo la cárcel a secas. Vic le había puesto el sobrenombre de Sancho incluso antes de conocerlo. En nuestro organigrama local, él era la pieza situada más abajo en el tótem, de modo que normalmente trabajaba los domingos porque le tocaba y porque tenía una esposa embarazada y le convenía hacer horas extra. Estaba sentado en el banco de la recepción bebiendo una taza de café y tonteando con Ruby. Henry continuaba al teléfono.

Perro estaba intentando meter las narices en uno de los sacos de basura que había a los pies de Sancho, pero él le apartó el morro. Perro no se lo tomó a mal y se aplastó en el suelo al lado del banco, esperando a que el ayudante abriera las bolsas. Santiago señaló una de ellas.

—Entre sus pertenencias había muchas cosas muertas.

Eché un vistazo a la bolsa que estaba atada.

—¿Cosas muertas?

—Cráneos, pezuñas y ese tipo de cosas. Creo que no deberíamos abrir esta aquí dentro, sobre todo con el calor que hace.

—Deseo concedido. ¿Y la otra?

Parecía un poco abatido.

—Esto no te va a gustar.

Metió una mano dentro y sacó un bolsito barato que había preservado en una bolsa hermética de plástico.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Tras recorrer las tres cuartas partes del túnel.

Mientras Santiago me seguía hasta el mostrador que había frente a las celdas, sentí que todo aquello tenía algo de irrevocable. Nos pusimos los guantes de látex desechables de rigor y comenzamos con el análisis preliminar. Perro nos siguió, a nosotros y a la segunda bolsa.

Era un bolso de los que se colgaban al hombro y tenía un lado cubierto de barro. Como no tenía la cremallera echada, el agua del Murphy Creek había penetrado en el interior y estaba empapado. Comenzamos abriendo el compartimento principal. Había un pañuelo de seda de imitación, que yo abrí con cuidado en dirección a la puerta.

—No parece un artículo caro.

Saizarbitoria asintió y continuó escribiendo en el listado de efectos personales que tenía

en el sujetapapeles apoyado en el regazo.

—De no ser por el barro el bolso parecería nuevo.

—Sí. —Dejé caer el pañuelo en una bolsa para pruebas y volví a meter la mano en el bolso, para extraer unas llaves unidas a un mando a distancia—. GM: General Motors.

Mi ayudante se quedó mirando el llavero.

—Sí.

Había otras llaves pero en ninguna se distinguía la marca de fábrica ni número alguno. Las dejé caer en otra bolsa y las aparté.

También había una novela con una joven con las ropas rasgadas ante un acantilado y el océano a sus pies en la portada. Estaba escrita en francés y el primer cuarto del libro estaba muy sobado pero carecía de interés, al igual que el resto del contenido. También hallamos un monedero con cremallera a juego con el bolso, que contenía unos dieciocho pavos en monedas de un cuarto de dólar.

Cogí el bolso y comencé a pensar en la chica a quien había pertenecido. Era posible que fuera una hija del polvo, hija de madre vietnamita y padre americano. A pesar de ser de segunda generación, sus rasgos seguían pareciéndome completamente asiáticos.

—¿Sancho? —Él levantó la vista—. Investiga las llaves del coche.

Él garabateó algo en el margen de su libreta.

—Dalo por hecho.

Había un compartimento lateral en el bolso. Abrí la cremallera y encontré una fotografía que se había pegado a una arruga del interior, de tal manera que habría sido imposible verla de casualidad. Me giré y miré a Santiago.

—Sin contar con las monedas no llevaba ni dinero, ni carné de identidad, pero sí un libro en francés. ¿No te resulta extraño?

—Sí. —Santiago levantó la vista del sujetapapeles—. ¿Qué has encontrado entre sus efectos personales?

Eché un vistazo al gigante durmiente de la celda número 1.

—Tenía una funda de plástico infantil con algunas fotos, nada incriminatorio, y ningún objeto reciente salvo una caja de cerillas del bar Grupo Salvaje.

—¿Quieres que vuelva a Powder Junction?

—Sí, por favor. Me temo que Superduro y Frymire van a tener que guardar cama por un tiempo y aún no he sabido nada de Ferg.

Extraje la foto del interior del forro del bolso y le di la vuelta para mirarla. Era antigua, estaba descolorida a causa del sol y tenía los bordes arqueados allá donde el agua había mojado el papel. Era una instantánea de una mujer asiática sobre un taburete. Estaba leyendo un periódico y a su derecha había un hombre sentado frente a un piano de espaldas a la cámara. Llevaba puesto el traje de faena y tenía el rostro parcialmente girado hacia la cámara. Era grande, joven y musculoso, con cara aniñada y el pelo rubio cortado a cepillo.

Era yo.

Mi hija me cogió de la mano. Ruby y Henry estaban sentados en la mesa de la recepción y me miraban. Henry aún tenía el auricular pegado a la oreja.

Saizarbitoria había dispuesto las fotografías del cadáver de la joven sobre el escritorio de Ruby y ahora estaban desparramadas junto a la maltrecha instantánea. Había enviado a Sancho a Powder Junction para que hiciera algunas preguntas en el bar Grupo Salvaje. Lucian estaba tumbado en el banco de la entrada y gracias a Dios que seguía dormido.

—¿Papá? —Cady se acercó un poco más, estaba sentada a mi lado con los brazos enlazados con los míos y la barbilla apoyada en la cicatriz de mi clavícula—. Papá, ¿es posible que...?

Me quedé mirándola y me pareció que parte de ella deseaba que fuera cierto.

—No.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo aquí?

—No tengo ni idea.

Ruby volvió a echar un vistazo, estudiando las fotos con renovada energía. Me enfrenté a aquella mirada azul y ella asintió.

—Walt, podrían estar emparentadas.

Comparé sus caras. Se parecían pero, con las magulladuras y la decoloración de la víctima en nuestras fotos, era difícil aventurarse.

O quizá es que no quería hacerlo.

Henry comenzó a hablar por teléfono en cheyene. Yo entendía las referencias a Brandon Búfalo Blanco, pero eso era todo.

Mai Kim sonreía a la cámara y tenía una soberbia dentadura, tal y como yo recordaba. A pesar de ello, su pose denotaba cierto nerviosismo, una tensión involuntaria que demostraba que no estaba acostumbrada a que la fotografieran.

Pensé en el cuerpo de la joven fallecida junto a la autopista y traté de conectarlo con la mujer sonriente de la antigua fotografía y con la imagen que conservaba en mi memoria. Extendí un brazo y le di la vuelta a una de las fotos de manera que el perfil de la mujer coincidiera con la instantánea. Parte de la estructura ósea era idéntica.

Eché un vistazo a Henry pues me pareció que lo habían vuelto a poner en espera. Él señaló las fotos con la cabeza.

—Es posible, tú.

Crucé la habitación para sentarme en el banco junto a la escalera, procurando evitar las botas de Lucian. Lo último que necesitaba es que se despertara. Estuve sentado pensando y mirando las formas que describían los rayos de sol en el suelo de listones de madera. Pensando en Vietnam, en Tan Son Nhut y en Mai Kim, recordando el calor, la

luz extraña y la ambigüedad moral en el ambiente.

—¿Quién era ella?

La voz de Cady me pilló desprevenido y levanté la cabeza. Pensé en todos los recuerdos que se obstinaban en atormentarme últimamente y en la recriminación, la duda, el orgullo herido, la culpa y toda la amargura que acarreaba el debate moral en torno a una guerra más que acabada. Permanecí allí sentado con la misma sensación que me había entrado en el túnel, cuando el enorme indio trató de estrangularme. En ese momento me atenazaba un pasado que había regresado para dejarme turbado, inquieto y a la deriva.

Me mordí el interior de la boca y fijé la vista en el suelo.

—Era camarera en una base aérea donde fui destinado para llevar a cabo una investigación. —Miré a Henry brevemente—. La conociste cuando pasaste por allí.

Él asintió.

—Antes del Tet.

—Sí. —Mis ojos regresaron a los trazos de sol que barrían el suelo a nuestros pies y observé el polvo en suspensión atravesado por unos rayos que parecieron muy lejanos.

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1967

Ráfagas de polvo, piedrecillas y porquería barrían la pista de aterrizaje y los dos rotores del gigantesco Chinook obligaban a todo el mundo a agacharse y apartar la vista. El viento que levantaban las hélices era lo bastante potente para arrojar me al suelo y hacer saltar fragmentos de asfalto de más de cuarenta y cinco kilos. Seguí con los ojos cerrados y esperé a que se me pasara el escozor. El gran helicóptero aterrizó, los tiradores se relajaron y las ametralladoras de calibre 50 cayeron flácidas, como si las ganas de pelea hubieran abandonado la aeronave.

Y así era.

Noté que alguien me agarraba del hombro y me alejaba a tirones del viento arremolinado e inmundado.

—¡*Ya-tah-hey*, rostro pálido!

Había recibido un mensaje del cuartel general del batallón indicando que le diera prioridad absoluta al grupo de operaciones especiales, bajo las órdenes del mando para la asistencia militar. Todos los tipos de la cabaña de comunicaciones querían saber de qué iba aquello, pero yo me llevé tranquilamente el mensaje cerrado a la calle para abrirlo y leer una breve nota. «Hue y Dong Ha en las últimas veinticuatro. Nos detendremos de permiso mañana a las 18:00. *Nah-kohe*».

Cuando volví a ver algo, nos encontrábamos de pie en el borde de la pista de aterrizaje y comprobé que Oso estaba armado hasta los dientes y que llevaba colgadas un montón de armas con el seguro quitado, listo para vérselas con la muerte como si tal cosa. El representante de la nación cheyene, del equipo de reconocimiento Uno-Cero de Wyoming, portaba una mina antipersona Claymore en un saquito de lona y el correspondiente detonador de fabricación casera metido en el bolsillo del pecho, una banda de minigranadas V-40 del tamaño de una pelota de golf, un fusil CAR-15 y un

lanzagranadas M79 recortado. Iba cargado con todos los tipos de cartucheras que yo conocía, a las que había que sumarle el tomahawk de las Fuerzas Especiales que llevaba a la espalda. Le di un toquecito con el dedo al explosivo que llevaba en el pecho.

—Será mejor que desconectes el detonador de ese cacharro, tenemos un montón de frecuencias de radio operativas en la zona y tienes muchas probabilidades de acabar saltando por los aires.

No se movió ni un ápice.

Meneé la cabeza y me quedé mirándolo.

—¿Creías que ibas a tener que luchar para entrar aquí?

Me dirigió una sonrisa de labios apretados.

—Entrar o salir, lo mismo da, tú.

No viajaba solo. Junto a él había otro integrante del equipo de reconocimiento, un *montagnard*, como habían bautizado los franceses a los originarios de las montañas centrales de Vietnam. Mediría la mitad que yo, pero el hombrecillo tenía un aspecto fiero y la mirada bajo su salacot era huraña. Iba armado con un fusil M16 recortado, además de una pistola High Standard calibre 22, un minimortero de 60 milímetros con munición y un cuchillo Bowie modelo Randall de 1914 de las Fuerzas Especiales.

—Walt, te presento a *Babysan* Quang Sang.

Le tendí la mano.

—Encantado de conocerte. —Me miró la mano como si fuera la primera que había visto en su vida. Esperé un momento y luego la dejé caer—. Venga, os invito a una cerveza.

Cuando nos giramos para mancharnos, Henry se tropezó con un teniente coronel que se dirigía en dirección contraria. Los movimientos de Oso se ralentizaron hasta que se quedó completamente inmóvil.

—Mira por dónde vas.

El enjuto coronel se quedó mirando un momento al arsenal que tenía delante y al indio alto con un amuleto de hueso en forma de caballo colgado al cuello, la insignia que lo identificaba como parte de un equipo de reconocimiento y la placa donde se leía «Oso en Pie». Aquel hombre con aspecto de pájaro no podía apartar los ojos del indígena, que parecía a punto de sacar el cuchillo y lanzarse al gaza del oficial. Al coronel le llevó un momento responder pero, cuando por fin lo hizo, fue con una sonrisa.

—Querrá decir mira por dónde vas, *señor*.

Aquellas prometían ser unas cuarenta y ocho horas de lo más estimulantes.

Cuando llegamos al Buenos Chicos Buenos Ratós, el bar estaba muy animado y no quedaban mesas libres, por lo que nos acercamos furtivamente hasta la barra como un trío de tramperos del gran noroeste estadounidense. Pedí tres cervezas Tiger, me giré para brindar con el mejor amigo que tenía en el mundo y grité para hacerme oír entre la multitud:

—¡Me alegro de verte con vida!

—¡Me alegra estar con vida! —Henry echó un vistazo hacia atrás y comprobó que el pequeño *montagnard* estaba a punto de ser engullido por la multitud. Soltó su cerveza, se giró para levantar a Babysan y lo dejó en la barra entre los dos. Quang Sang nos sonrió

como si aquello le pasara a diario y se pimpló la cerveza de un trago. Le Khang me echó una mirada de advertencia desde el otro lado de la barra pero volvió a concentrarse en secar vasos cuando Henry se quitó la gorra y la colocó entre ambos—. Entonces, ¿es aquí donde estás pasando la guerra, tú?

—A veces voy en misión de reconocimiento hasta el piano. —Él asintió, a sabiendas de que estaba mintiendo—. Henry, te han cortado el pelo.

Él sonrió.

—Y a ti también.

Durante un momento permanecimos en silencio y me sentí en la obligación de preguntarle:

—¿Adónde iréis después?

Él miró a su alrededor por precaución y llegó a la conclusión de que no había ningún combatiente del Vietcong en las inmediaciones.

—¡A la colina 861 y luego al otro lado de la frontera con Laos!

—No sabía que allí estuvieran en guerra.

Él se encogió de hombros y le dio un sorbo a la cerveza.

—No lo están.

Asentí.

—¿Qué hay en la colina 861?

—El Vietcong. —Sonrió—. Pero ¡serán muchos menos en las próximas veinticuatro horas!

—Le propinó un codazo al *montagnard*—. ¡Río Powder!

El diminuto montañés respondió con un chillido tan agudo que podría haberlo soltado cualquier mujer del bar.

—¡Lío Powder! ¡Vamos allá, ancho dos *kilómetros* y hondo dos *centímetros*!

El representante del pueblo cheyene no cabía en sí de orgullo.

—Pensé que si iba a formar parte del equipo de reconocimiento Wyoming, debía conocer los dichos locales.

—Lo que hay que oír.

—¿Te gustaría escuchar su interpretación de *Cowboy Joe*?

Negué con la cabeza y volví a mirar a Henry.

—Te has vuelto un salvaje.

Él sonrió, pero esta vez su sonrisa era radiante.

—Siempre he sido un salvaje, tú. —Se llevó la cerveza a los labios y la vació de tres tragos, soltándola con fuerza junto a la rodilla de Quang Sang. El diminuto hombrecillo hizo lo propio, así que yo también golpeé la barra con la mía y levanté la mano con tres dedos en alto.

Henry señaló a Babysan con el dedo.

—¿Conoces la historia de su gente?

—Un poco.

Él se aproximó a mí y a partir de ahí la conversación se desarrolló a un volumen más razonable sobre las rodillas de Babysan. Les pasé sus respectivas cervezas.

—Son una mezcla de tribus malayas, chinos de la etnia Han, polinesios y mongoles. —

Volvió a regalarme una sonrisa radiante—. ¿Sabías que los mongoles eran capaces de cabalgar cuatrocientos kilómetros al día?

Esbocé una mueca.

—Eso deja al Pony Express a la altura del betún. —Le dio un trago a su cerveza—. No se llevan bien con los demás vietnamitas. Se creen que son un puñado de montaraces degenerados que no durarían ni veinte minutos fuera de sus bosquecillos. La gente de las llanuras los llama... —Miró a su alrededor, repasando despectivamente a los survietnamitas en el bar atestado— ... salvajes.

Los dos asentimos.

—Creo que lo pilló.

—Se burlan de ellos porque su piel es más oscura y su pronunciación diferente, aunque normalmente hostigan al Vietcong con arcos y flechas.

—Lo he pillado.

—Tienen una economía basada en el intercambio, por lo que el dinero no significa nada para ellos. Los franceses solían pagarles con cuentas de colores...

—Te digo que lo he pillado.

—El Tío Sam le paga a Quang Sang sesenta pavos al mes y aun así es el tipo mejor pagado de su tribu. —Me abstuve de hacer comentarios—. Nunca había visto una ética guerrera tan sólida como la de esta gente. —A pesar de que estábamos cerca, había levantado la voz hasta alcanzar el volumen de antes—. Han abusado de ellos los vietnamitas, los comunistas, los franceses y, ahora, nosotros. Y cuando esta guerra infame termine, te garantizo que ellos serán los que pagarán el precio más alto.

Tomé aliento y esperé a que el tipo más radical de las inmediaciones se calmara. Henry siempre había sido bastante exaltado, pero me daba la sensación de que el carácter se le había agriado en los últimos años: quizá fuera culpa de la guerra o de los tiempos que nos había tocado vivir.

—Supongo que te ha mosqueado un poco que te llamara salvaje.

Él le pegó otro trago a la cerveza, estiró la mandíbula y volvió a mirarme.

—Sí.

—Lo siento. A veces me creo gracioso. —Nos observamos mutuamente mientras yo sorbía mi cerveza, ahora más despacio.

La hora bruja ya había pasado. Les había presentado a Mai Kim a los dos. Habíamos trasladado la fiesta a la banqueta del piano y Henry y yo observábamos cómo Babysan y ella bailaban lentamente al ritmo de *Hurt so bad*. Mientras, yo acompañaba a Little Anthony and The Imperials con una melodía a un dedo. Era una banqueta grande, lo cual era excelente, ya que la nación cheyene y yo prácticamente la llenábamos. Él se encontraba de cara a la pista de baile mientras yo me concentraba todo lo que me lo permitía la borrachera en las teclas del piano.

Henry Oso en Pie se estaba balanceando al ritmo de la música pero me dio un empujón en el hombro y se detuvo. Me volví para mirarlo y señaló la pista de baile con la botella de cerveza. Me giré a medias sobre la banqueta y eché un vistazo a la pareja. Eran los únicos bailarines que quedaban y se mecían bajo el resplandor verde y rojo de

las tenues luces de Navidad y las sombras de los focos provenientes de la base aérea.

Después de varias vueltas, Babysan Quang Sang me dedicó un gesto con el pulgar levantado.

—Creo que le gusto.

Henry sonrió.

—Creo que ella le gusta más, tú. Antes estaba negociando cómo alcanzar el amor verdadero, pero le dije que sus servicios corrían de tu cuenta. Lo he arreglado con ese piloto de ahí.

Agité la cabeza y volví la vista hacia la barra. Hollywood Hoang levantó una copa de algo que parecía champán para cerrar el trato y yo volví la vista hacia Mai Kim.

—Es una buena chica.

Noté que Henry estaba escrutando mi perfil y volví a concentrarme en el piano. Él no dejaba de observarla.

—¿Te lo has montado con ella? —Me encogí de hombros y negué con la cabeza—. ¿Por qué no? —Él echó un trago a su cerveza, yo otro a la mía y permanecemos callados más tiempo del que cualquier persona sobria habría sido capaz—. ¿Todavía sales con aquella rubia de Durant?

Por lo que yo recordaba, Henry solo había visto a Martha en una ocasión, en el baile en un rodeo del condado, pero al cheyene no se le escapaba ni una.

—No sé si se le puede llamar salir. No sé nada de ella desde hace mes y medio.

Él soltó un bufido.

—Walter... —Siempre me llamaba Walter cuando me veía a punto de soltar un montón de mierda filosófica sobre mí mismo, como si mi diminutivo no pudiera aguantar tanta presión—. Estamos en guerra.

—Sí, me he dado cuenta incluso estando aquí.

—Se da una cierta suspensión de las reglas habituales del compromiso, tú.

—No estamos comprometidos.

—Es como si lo estuvieras. Mierda, Walt, le das la mano a una mujer y te sientes en la obligación de serle fiel durante el resto de tu vida. —No contesté nada pero continué punteando las teclas y el silencio volvió a adueñarse de nosotros.

Entre otras muchas cosas, la intendencia de la USO tenía un afinador de pianos que estaba de gira por Asia, pero dado que el Buenos Chicos Buenos Ratos se encontraba técnicamente fuera de la base, la organización no nos lo había enviado. Subí una octava pero tampoco sonaba de maravilla.

—Lo siento, tú.

Sin saber si lo había oído bien, me giré.

—¿Qué?

Él continuaba mirando a los bailarines.

—Siento haberte gritado.

—No importa.

—Sí que importa.

Volvió a quedarse callado.

Oso no hacía este tipo de declaraciones a la ligera y yo había aprendido a prestarle atención cuando empleaba ese tono de voz.

—No estoy seguro de que vaya a sobrevivir a esta guerra y no me gustaría que pensaras mal de mí.

Permanecí sentado mirándolo fijamente mientras decidía qué parte quería rebatirle primero, y al final me decidí por lo más importante.

—Por supuesto que vas a sobrevivir a esta guerra. —Él continuaba sin decir nada—. Llegará el día en que seamos un par de viejos gordos que continuarán juntándose a beber cerveza y a hablar de lo bien que me vendría echar un polvo. —Hasta a mí me sonó simplista, así que me detuve—. Sé que es duro estar ahí fuera...

—No es duro. —Giró la cabeza pero no llegó a mirarme—. Me gusta la noche. Veo a mis ancestros en la oscuridad, siento un millar de pisadas mortalmente quedas. Los espíritus están conmigo y puedo verlos. Pero la última vez que salí en misión de reconocimiento fue distinta. —Sus ojos se giraron como proyectores—. Me vi a mí mismo.

Esperé a que continuara.

—Pero no pasó nada porque él no me vio. Mientras mi espíritu camine detrás de mí, como una sombra, estaré a salvo.

Continué a la espera.

—Si alguna vez me ve, estaré en apuros.

—Es una verdadera lástima, tú.

Aparté los ojos de la carretera y le eché un vistazo.

—¿El qué?

Debido a la tardanza del DCI en contestar, a que los administrativos del centro de veteranos no trabajaban hasta el día siguiente por la mañana, a que Brandon Búfalo Blanco no contestaba a nuestras llamadas y a mi incapacidad para estar quieto, habíamos decidido desplazarnos hasta Powder Junction para hablar con el camarero del bar Grupo Salvaje.

—Que la chica haya viajado tan lejos buscando a un pariente...

—No somos parientes.

Él sonrió.

—Te creo, tú. —Señaló a Cady con un gesto—. Si no fuera por esta señorita que se sienta entre nosotros, estaría dispuesto a apostar que eres virgen.

Ella ignoró a Henry.

—Está claro que ella pensaba que estabais emparentados, de lo contrario ¿para qué iba a venir hasta Wyoming?

—¿Y cómo si no iba a saber quién eras y, lo que es más, dónde estabas? —Henry miró por la ventanilla el paisaje que discurría junto a nosotros y el perfil de las montañas Big Horn—. ¿Quién te conoce de entonces y quién dispondría de esta clase de información a día de hoy?

Pensé en ello y el mero hecho de hacerlo me resultó deprimente.

—¿De veras crees que la chica pensaba que estábamos emparentados y vino a verme

desde Vietnam?

–En el peor de los casos.

Moví la cabeza con incredulidad.

–¿Por qué no escribirme o llamarme?

–Quizá las circunstancias no se lo permitieron.

La radio interrumpió el debate filosófico. Se oyeron interferencias.

–Unidad uno, hemos recibido el informe del DCI y Saizarbitoria me ha pedido que te diga que se despistó y que les ha llevado los objetos personales a ellos, pero que te entregará todo cuando llegues. Quiere saber tu 10-40. Cambio.

Traté de agarrar el micro del salpicadero pero Cady fue más rápida. Siempre le encantó apretar botones.

–Recibido, base. Nuestro 10-40 es... –dijo, y me miró.

–Tú has empezado, ahora termina.

La voz de Henry retumbó en su pecho.

–Kilómetro 410.

Ella me sacó la lengua y volvió a encender el micro.

–El kilómetro 410, a menos de dos kilómetros al norte de Powder Junction.

Me incliné hacia delante y añadí de mi propia cosecha:

–Estamos a menos de un minuto. Dile que no se quite la placa.

Salimos de la autovía, pasamos bajo un paso a desnivel y vimos a dos niños que parecían hermanos en la esquina de la escuela de verano, saltando al unísono y agitando las manos por encima de sus cabezas. Nos saludaron al pasar.

Les dije adiós con la mano, imaginando que seguramente no habría mucho que hacer en esta zona al sur del condado.

Giré a la derecha en Main Street y aparqué en diagonal junto a la unidad de Sancho. En la acera había una motocicleta parcialmente tapada con una lona con matrícula provisional de Illinois. También había un Buick destartado color granate con matrícula de California torpemente aparcado en un extremo de la acera y, estacionado al lado, un Land Rover verde oscuro que ostentaba el nombre del modelo en el costado, «Defender 90». Ni siquiera durante la temporada turística se veían muchos de esos. Nos apeamos del vehículo y caminamos por la tablazón de madera. Entonces me fijé en que el Land Rover también llevaba matrícula de California.

El bar Grupo Salvaje no se diferenciaba demasiado de otros bares de las altas llanuras: un local lleno de recovecos con tres mesas de billar y una cafetería adyacente, aunque tenía algunos detalles que lo hacían diferenciarse del resto de garitos del condado. Reflejando la influencia de los pastores australianos y neozelandeses afincados en la zona, había un póster del equipo de rugby de los All-Blacks junto a la puerta y una bandera australiana hecha jirones sobre el *jukebox*.

Al final de la barra había una tele de pantalla plana, sin duda una adquisición reciente, y debajo estaba sentado un hombre de pelo oscuro con chaqueta de cuero y gafas de sol. Estaba viendo con gran interés cómo los Rockies recibían una paliza a manos de los Dodgers. Sonrió, soltó un grito y levantó un puño mientras los de Los Ángeles llenaban

sus bases. No había más clientes en la cafetería.

La barra estaba situada a lo largo de la pared izquierda y Saizarbitoria estaba sentado en el taburete más cercano a la puerta. Estaba tomando una taza de café en compañía del camarero, un chico fibroso con tatuajes en forma de llamaradas y la cabeza afeitada. Rondaría los treinta.

—¿Qué hay, *sheriff*? ¿Vais a tomar algo?

Miré a mi hija, que a su vez lo miró a él.

—Una Coca-Cola light.

Nos señalé a Henry y a mí.

—Té helado.

Me senté en un taburete junto a Sancho y cogí el informe que acababa de escribir de debajo de la bolsa de objetos personales que mi ayudante sujetaba entre los dedos. El camarero se llamaba Phillip Maynard y vivía cerca de allí, pero se había mudado desde Chicago hacía una semana escasa. Volvió con nuestras bebidas y sus ojos repararon en Cady.

—¿Eres nueva por aquí?

Ella atrajo la lata de refresco hacia sí.

—No.

Me crucé de brazos sobre la barra y atraje su atención.

—¿Y tú?

Él me miró y advirtió rápidamente el parecido familiar.

—Ajá.

Le di un sorbo al té.

—Entonces, ¿anteanoche estuvo aquí una mujer asiática?

—Sí.

Señalé a Saizarbitoria con la cabeza.

—¿Te ha enseñado la foto?

—Sí.

—¿Es la misma mujer?

Él se llevó las manos a la espalda y trató de echarle una ojeada al informe.

—No estoy seguro, pero la ropa es la misma.

Yo asentí.

—¿Vienen muchas mujeres asiáticas por aquí?

Él se detuvo un segundo.

—Ni idea, comencé a trabajar en este bar hace menos de una semana. Igual vienen en manada, pero no lo sé.

—¿Cuándo estuvo aquí?

—El viernes por la tarde, antes de que esto se llene de gente a la salida del trabajo.

—Vale. ¿Y eso a qué hora es?

Él se lo pensó y se encogió de hombros.

—A las cuatro y media ya se había ido. No se quedó mucho rato.

Me terminé la bebida y miré a Henry, que aún no había tocado la suya. Seguí la

dirección de su mirada y comprobé que no le quitaba los ojos de encima al hombre de las gafas de sol de la esquina, que nos dirigió una sonrisa preocupada y luego volvió a concentrarse en la liga nacional de béisbol.

—¿Y qué tomó?

Maynard me rellenó el vaso.

—Creo que una copa de vino solamente. —Meditó un poco más—. Y una bolsa de galletas saladas.

—¿Dijo algo?

Él metió la mano bajo la barra y le dio un sorbo a la cerveza que sacó de allí.

—No —contestó, y volvió a fijarse en Cady.

Yo estudié el informe.

—Aquí pone que llegó a mediodía.

—Sí.

—¿Cuatro horas y media? —Me quedé mirándolo—. ¿Eso no te parece mucho rato?

Se le estaban subiendo los colores.

—Bueno, lo cierto es que hay gente que se pasa aquí el día entero.

—¿Y en cuatro horas y media no dijo ni una palabra?

—En nuestro idioma no; habló en francés y dijo algo en vietnamita.

Le lancé una mirada penetrante.

—¿Vietnamita?

Él asintió.

—Trabajé de lavaplatos en un restaurante vietnamita de Chicago. No hablo el idioma pero sé reconocerlo.

—¿Con quién estuvo hablando?

—Consigo misma.

—¿Había alguien más aquí?

Él estudiaba la barra.

—Un par de granjeros que entraron para resguardarse del sol un rato.

—¿Sabes cómo se llaman?

—No.

—¿Alguna vez los habías visto antes?

Él negó con la cabeza.

—Como ya he dicho, llevo aquí menos de una semana.

Eché un vistazo a Henry, que seguía sin apartar la mirada del hombre de la esquina, quien parecía seguir disfrutando del partido de béisbol.

—¿Qué pinta tenían?

—Pues trabajadores del campo, gente de por aquí, no parecían temporeros.

Pensé que tal descripción encajaba con los hermanos Dunnigan, los mismos que habían estado segando los arceles junto a la carretera del Oso Solitario.

—¿De unos sesenta años? ¿Uno de ellos lleva un sombrero de paja y el otro una gorra de béisbol con el nombre de un rancho escrito y guiña mucho los ojos?

Él comenzó a asentir antes de contestar.

–Sí, esos mismos.

–¿Hablaron con ella?

–Un poco, sí.

–¿Oíste algo de la conversación?

Él se encogió de hombros.

–Estaban intentando ligar con ella. Lo cierto es que era una chica guapa.

–¿Se marcharon juntos?

–No, la chica se fue antes que ellos. –Se detuvo un segundo y entonces supe que estaba planteándose cambiar esa parte de la historia–. Bueno, la verdad...

El truco en este tipo de situaciones es darle a entender al interrogado que sabes que hay más y dejar que él termine la historia.

–¿Sí?

–Se marcharon después de que ella saliera. –Guiñó parcialmente un ojo y ladeó la cabeza–. Lo cierto es que se pusieron un poco pesados con ella, ahora que lo pienso.

Asentí.

–¿Algo más? Es una investigación por homicidio, así que no omitas nada.

–Pagó en monedas de un cuarto de dólar.

–¿En monedas de un cuarto?

–Sí.

Yo no dejaba de mirarlo.

–Qué extraño.

Él asintió, ansioso por coincidir conmigo.

–Eso mismo pensé yo.

–No tienes previsto marcharte a ninguna parte, ¿verdad? –Le devolví el informe a Santiago y me levanté–. Entiendo que podemos ponernos en contacto contigo en la dirección que mi ayudante tiene en el informe, ¿no?

–Sí, pasaré aquí todo el verano. Aún no tengo teléfono, pero estoy en ello. –Sacó un móvil negro y delgado del bolsillo trasero del pantalón–. Tengo este, pero solo funciona en el aparcamiento que hay junto a la consulta del veterinario. –Señaló calle arriba con la cabeza–. Han pintado unas piedras para señalar el sitio y han puesto un cartel que dice «Cabina de teléfonos».

–Bienvenido a Wyoming.

De repente parecía con ganas de charla.

–Supuestamente tienen WiFi en el motel, pero aún no he conseguido encontrarlo.

Me puse de pie, ansioso por terminar el interrogatorio y continuar con mis pesquisas por el resto del local.

–De acuerdo, mantennos informados, ¿vale? –Rodeé a Cady y caminé hasta donde estaba el hombre de pelo oscuro y gafas de sol, que parecía seguir completamente absorto en el partido de béisbol. Me fijé en que en ese momento estaban pasando anuncios.

–Hola.

Él apartó la vista de la tele y se levantó, bajándose las gafas de sol con el índice para

mirarme por encima de ellas con sus ojos almendrados.

—Estoy bien, *sheriff*. ¿Y usted cómo se encuentra?

Su cordialidad me pilló desprevenido, por no mencionar lo incongruente de la respuesta, pero cuando uno lleva placa se acostumbra a ese tipo de reacciones.

—Bien, gracias. ¿El Land Rover de ahí fuera con matrícula de California es suyo?

—Sí, señor. —Aparentaría unos cincuenta años, quizá alguno más, y parecía estar en una forma física excelente—. ¿Hay algún problema, agente?

—¿Está de paso?

Se detuvo al comprobar que yo no respondía a su pregunta.

—Estoy interesado en comprar un terreno con vistas a mi jubilación y he venido a visitar una propiedad.

—¿Está por la zona?

—Sí, señor.

—¿Y a qué se dedica, señor...?

Él extendió la mano y me la estrechó con fuerza.

—Tuyen. Trabajo en la industria del cine, distribuyendo películas asiáticas en el mercado estadounidense.

—¿Le importa si le echo un vistazo a su documento de identidad? —Se llevó la mano de inmediato al bolsillo trasero, sacó una cartera de piel negra, se la acercó y extrajo el carné de conducir para entregármelo. Y se quedó esperando. Se llamaba Tran Van Tuyen y vivía en Riverside, California. Hasta en la foto sonreía. Tenía cincuenta y siete años. Memorice el número del carné y se lo devolví—. Gracias.

—¿He hecho algo malo?

—No, estamos investigando un incidente en el que se ha visto envuelta una joven de fuera del estado, así que estamos verificándolo todo. —Dejó de sonreír solo por un instante—. Señor Tuyen, ¿es usted vietnamita?

Él parpadeó y yo me sentí culpable por el mero hecho de preguntarlo.

—Sí. —No añadió nada más.

—Mi pregunta se debe a que la chica que acabo de mencionar tiene su misma nacionalidad.

Él se quedó mirando fijamente el taburete que nos separaba.

—Ya veo.

—Por casualidad no sabrá nada del tema, ¿verdad?

—¿Qué aspecto tenía esa joven, si puede saberse?

—Pelo largo y oscuro, unos veinticinco años, vestía un top rosa y una falda negra.

Dio la impresión de que pensó en ello pero que le apenaba que le hubiera preguntado.

—No, *sheriff*, me temo que no. —Observé algo que interpreté como un torrente de emociones, una mezcla de pena, sentimiento de pérdida y también sospecha—. ¿Qué le ha sucedido?

—Se trata de una investigación en curso, por lo que no me corresponde divulgar ese tipo de información por el momento. —Oí que daban comienzo los entrenamientos y pensé que mi frase había sonado exactamente igual que una grabación y que después de

terminar debería haber soltado un pitido. No era la primera vez que tenía esa sensación—. ¿Va a quedarse durante un tiempo por la zona, señor Tuyen?

El hombre parecía preocupado pero contestó con la misma sonrisa bien ensayada.

—Sí, la propiedad que he venido a ver está cerca del pueblo de Bailey. Eso cae por aquí, ¿verdad?

—No tiene más que continuar y seguir la estatal 192. ¿Cómo se llama la finca?

—¿Perdone?

Me incliné sobre la barra y traté de leer sus intenciones.

—La propiedad que está interesado en comprar, señor Tuyen. —Sacó un documento que resultó ser un fax de una de las inmobiliarias de Durant. Lo estudié con atención—. El rancho Red Fork... es un lugar hermoso. —Le devolví el documento y vi que estaba fechado el día anterior—. ¿Richard Whitehead se muda?

—Me temo que no lo sé. Lo único que sé es que la propiedad está a la venta. —Volví a guardarse el papel en el bolsillo, el carné en la cartera, sacó un billete de diez y luego se levantó y guardó la billetera en la chaqueta. Mediría alrededor de uno ochenta, era muy alto para ser vietnamita; tenía las muñecas anchas y sus movimientos eran muy precisos.

—¿Le importa que le pregunte dónde se está alojando?

—En el motel Hole in the Wall, habitación número 3. —Cogió la botella vacía y la depositó en la parte de atrás de la barra—. Voy a echarle un vistazo a la propiedad cuando salga del bar. No irá a detenerme a dos kilómetros de aquí, ¿verdad? —Suspiró—. Porque si es lo que piensa hacer, puedo someterme al control de alcoholemia ahora mismo.

Incliné la cabeza hacia él.

—Tengo la sensación de que lo he ofendido, señor Tuyen. —Él no dijo nada—. Si lo he hecho, tenga por seguro que no era mi intención. Lamento informarle de que en Wyoming no hay demasiados vietnamitas y tendrá que perdonarme si me resulta extraño que de repente aparezcan dos. —Continué mirando al hombre y una mezcla de sentimientos entraron en conflicto. Cabía la posibilidad de que mi actitud rayara el racismo.

Sonrió tan levemente que era difícil saber si había llegado a hacerlo. Sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa y me la entregó. Dejó caer la cabeza y se dirigió a la puerta. Volvió la vista cuando lo seguí y se detuvo un momento con la cabeza todavía gacha. La sonrisa se le había borrado. Después empujó la puerta y desapareció.

Santiago se puso de pie y dejó un billete de cinco sobre la barra.

—Si se te ocurre algo, aquí tienes mi tarjeta. Llámame, ¿de acuerdo?

Phillip Maynard dio unas palmaditas sobre la pasta y la tarjeta. Cuando nos íbamos, añadió, dirigiéndose sobre todo a Cady:

—Volved cuando queráis.

Detrás de nosotros, la puerta de cristal se cerró de un portazo renqueante. Tran Van Tuyen se dirigía con su Land Rover hacia el oeste, una rauda estela esmeralda pasando frente al sepia antiguo de la calle principal de Powder Junction.

Hacía una tarde de verano absolutamente preciosa y, como siempre, respiré hondo al recordar que era la estación que compensaba el resto del año. Y me sentí como una

mierda.

Cady me cogió del brazo, leyendo como siempre mis emociones a flor de piel mientras yo intentaba aparentar imperturbabilidad. Luego me abrazó.

—¿Qué sucede?

—¿Qué significa WiFi?

—Papá...

Inspiré con fuerza y metí un pulgar en la pistolera.

—Me temo que acabo de incurrir en cierta discriminación racial. —Observé a Tuyen continuar por la carretera y vi cómo el vehículo verde brillante giraba por la 192 y luego pasaba bajo el paso a desnivel de la I-25. Le estreché el brazo a Cady—. Has causado sensación ahí dentro. —Le cogí prestado un boli a mi ayudante y garabateé el número de matrícula de Tuyen en la bolsa con las pertenencias de la vietnamita fallecida. Leí su tarjeta de visita: Distribuidora Hermanas Trung, con una dirección en Culvert City y tres números de teléfono. Eché un vistazo al representante del pueblo cheyene tras devolverle el boli a Saizarbitoria—. ¿Tú qué piensas?

Henry tomó aliento.

—Sí, Walter, eres una persona llena de prejuicios y hace tiempo que tenía ganas de comentártelo.

Asentí y hurgué en la bolsa de objetos personales mientras los demás me observaban.

—En realidad solo odio a los pieles rojas.

Él asintió.

—No me esperaba menos, tú.

Saqué la bolsa de plástico que andaba buscando y le devolví la grande a Sancho, que sonreía y meneaba la cabeza al oír nuestras bromas.

—No le has preguntado por el indio y las cerillas, jefe.

—No, no lo he hecho... Envíale estos dos números a Ruby por radio y veamos qué averigua; luego contacta con el motel Hole in the Wall para ver si efectivamente se ha registrado, y alerta a los de la patrulla de carreteras por si decide marcharse a alguna parte.

—Entendido. —Desapareció en su unidad, dejándonos allí de pie en la antigua acera de madera al oeste de Powder Junction.

La nación cheyene y mi hija me observaron mientras yo hurgaba en la bolsa de plástico. Ella se tocó un mechón de pelo corto próximo a la cicatriz.

—¿Qué estás haciendo, papá?

No contesté pero sostuve en alto el manojito de llaves, aún dentro del plástico, y pulsé el botón. Las luces del Buick granate al final de la acera se encendieron y las puertas del cacharro se abrieron.

El vehículo en cuestión había sido robado en una población mediana al sur de California llamada Westminster que, según el telefonista de la oficina del *sheriff* del condado de Orange, era conocida como Little Saigon. Ruby nos contó que había hablado con un joven encantador que le había confirmado el robo del coche, aunque tampoco es que hubiera sido el robo del siglo. Dijo que había sido sustraído de una planta de reciclaje y que el anterior dueño, Lee Nguyen, había declarado que donó el Buick a la caridad pero que la organización debía de haber decidido que no merecía la pena repararlo.

Después de analizar el automóvil tan a fondo como nos permitían nuestras limitadas posibilidades, cargamos el oxidado sedán en un camión con plataforma y lo mandamos a Cheyenne. Las huellas que tomamos del vehículo pertenecían probablemente a una mujer, a juzgar por el tamaño, o quizá a un niño, y los restos de tierra en el interior parecían provenir de las inmediaciones. El maletero estaba vacío y lo único que encontramos en la guantera fue el recibo de una bomba de agua nueva que le habían instalado en Nephi, Utah, apenas tres días antes.

Mandé a Henry y a Cady de regreso a Durant en mi camioneta porque Cady parecía un poco cansada y conseguí que Saizarbitoria me acercara a la delegación de la oficina del *sheriff* en Powder Junction. Conducíamos con las ventanillas bajadas ya que el Suburban no tenía aire acondicionado. Santiago se hizo oír por encima del ruido del viento caliente y del monstruoso motor que consumía un litro cada tres kilómetros.

—El camarero no parecía demasiado sorprendido por lo del Buick.

Habíamos regresado al bar para volver a interrogar al tipo. Declaró que se había fijado en el coche aparcado pero que no le había dado importancia. Dijo que, a pesar de llevar poco tiempo allí, había visto que mucha gente, cuando se pillaba una cogorza, prefería dejar el coche o la camioneta en la calle para que no los atosigáramos. Le pregunté si muchos de ellos venían de California, a lo que respondió que no se había fijado en la matrícula.

—¿Parecía más nervioso que la primera vez que lo interrogamos?

El vasco se lo pensó.

—Sí, así es.

—¿Y a qué crees que se debe?

—¿Al tipo de la esquina, a Tuyen?

—Yo también lo creo. —Aparcamos frente al edificio anexo al Departamento de Transportes de Wyoming, donde teníamos una pequeña oficina—. Llamaré a Ruby para comprobar si ha descubierto algo sobre el tal Tuyen o si ha tenido noticias del DCI. Tú encárgate de averiguar algo sobre el recibo de Nephi. —Le entregué la bolsa de plástico

donde habíamos guardado el recibo.

Me miró, un poco preocupado.

–Creo que aquí solo tienen un teléfono.

Íbamos a tener que adaptarnos a las limitaciones de Powder Junction.

–Entonces la llamaré por radio. –Cogí el micro del salpicadero y me detuve cuando él se disponía a cerrar la puerta de la unidad–. Una cosa más. Llama a Maynard en una hora o así y dile que necesitamos que venga a hablar con nosotros a la oficina mañana por la mañana.

Santiago sonrió.

–¿A qué hora?

–Que sea temprano.

Mi ayudante continuó sonriendo y se ajustó las gafas de sol como una estrella de cine. No era difícil imaginárselo en plan D'Artagnan, con sombrero de mosquetero, pluma y espada.

–¿Eso significa que me asciendes a primer ayudante del *sheriff* para la delegación de Powder Junction de la oficina del *sheriff* del condado de Absaroka?

–Serás el PASDPJ interino de la OSCA. Suena impresionante, ¿no crees? Me aseguraré de que te instalen una segunda línea telefónica. –Mientras Saizarbitoria entraba en la oficina, pulsé el botón del micro y canté el estribillo de Ruby, *Don't Take Your Love to Town*.

Interferencia.

–Haz el favor de parar. Cambio.

–Entonces, ¿tienes alguna novedad?

Interferencia.

–Tengo información sobre el tipo de California.

–Soy todo orejas.

Interferencia.

–Tran Van Tuyen se convirtió en ciudadano americano en 1982 , cuando consiguió un certificado para trabajar como técnico. Está limpio, no tiene pendiente ni una multa de aparcamiento.

–Bueno, merecía la pena intentarlo.

Interferencia.

–No vas a volver a ponerte a cantar, ¿verdad?

Pulsé el micro y la ignoré.

–Continúa indagando. Dijo que había venido para ver una finca, el rancho Red Fork. Intenta hablar con Bee Bee y pregúntale si alguna vez ha oído hablar del tipo y luego llama a Ned Tanen, de la oficina del *sheriff* del condado de Los Ángeles, y pídele si puede investigarlo.

Interferencia.

–Recibido.

–¿Sabemos algo del DCI?

Interferencia.

–Acaban de enviarme por fax el informe. –Ruby hizo una pausa y yo me quedé pendiente de la radio en silencio–. Han identificado a la chica.

–¿Quién era?

Interferencia.

–Su nombre era Ho Thi Paquet. Al parecer era una inmigrante ilegal vietnamita y hace seis semanas fue detenida en Los Ángeles por prostituirse. Habían fijado fecha para deportarla pero todavía no he averiguado qué hacía en Wyoming.

–Pídele a Ned que hable con sus amigos en el departamento del *sheriff* del condado de Orange y que mencione su nombre, junto con el de Lee Nguyen y Tran Van Tuyen. A ver si pueden descubrir algo en Little Saigon. ¿Alguna otra cosa?

Interferencia.

–Será mejor que leas tú mismo el informe. ¿Cuándo vas a volver?

–Voy a ir pitando a ver a los hermanos Dunnigan y luego le pediré a Saizarbitoria que me lleve de regreso a Durant. Supongo que puedo dejarle que pase una noche más con su mujer antes de condenarle al exilio en Powder Junction. ¿Cómo está Perro?

Interferencia.

–Está bien.

–Gracias, Ruby. –Hice una pausa–. ¿Cady y Henry han llegado ya?

Interferencia.

–Sí, están pensando en ir a cenar más tarde.

–¿Han dicho adónde irán?

Interferencia.

–No me está permitido decirlo.

Siempre conchabados.

Interferencia.

–Tengo un encuentro de mujeres metodistas a las siete, ¿crees que podrías llegar para las seis y media?

Me saqué el reloj de bolsillo de los vaqueros y le di la vuelta.

–Eso está hecho.

Interferencia.

–Más te vale.

Después de hablar con Santiago, requisé nuestro único vehículo y me dirigí al rancho Rocking D y al pueblo fantasma de Bailey. Los dos niños que vimos antes en el patio vallado continuaban en el mismo sitio. Me llevó un minuto encontrar los botones correspondientes en ese Chevrolet ajeno pero, cuando por fin conseguí encender la sirena y las luces, comprobé que se ponían a dar saltos alternos, sin dejar de saludarme con la mano mientras yo tomaba el desvío para dirigirme hacia el oeste.

Ah, los pequeños placeres.

En un tiempo existió una mina de carbón cerca del pueblo pero, a consecuencia de los caprichos de la geología y del desastre que había acabado con la vida de diecisiete mineros justo a principios del siglo XX, Bailey había echado el cierre. Todo lo que

quedaba de la población eran algunos edificios adosados a la falda de la cadena montañosa de las Big Horn y un cementerio.

Reduje la velocidad para echarle un vistazo a los edificios abandonados a la luz de la última hora de la tarde, estructuras verticales que se empeñaban en sumarse al paisaje horizontal. Solo quedaban seis en pie, algunos eran de madera y otros de piedra, un par de ellos conservaban los escaparates y solo uno era digno de un segundo piso. El viejo acerado de madera grisácea estaba combado y las tablas se habían salido del soporte, pero los tablones de 5x20 sin desbastar seguían allí, aguardando el ruido de los pasos de unas botas silenciosas.

Al final de la calle había un cuartel sindical donde antaño se reunían los trabajadores y una taberna, además de algunas cabañas sin tejado construidas junto a las colinas de piedra que se erguían tras el pueblo abandonado. El cementerio, cubierto de maleza, estaba en el lado opuesto. Habían erigido diecisiete lápidas pero estas no honraban a los cuerpos. Los desafortunados mineros perdieron la vida al toparse con una bolsa de gas. La explosión resultante había hecho temblar la tierra y sus efectos se habían notado hasta en Powder Junction, a más de treinta kilómetros.

No se recuperó ningún cuerpo y siempre que pasaba con el coche junto a ese solitario enclave dejado de la mano de Dios me sentía raro.

En el estado no quedaban demasiados pueblos fantasma; la mayoría habían sido desmontados y trasladados a parques temáticos u otros destinos turísticos a lo largo de la I-80. Aunque suponía que sería positivo deshacerse del peligro de incendio, me iba a dar pena si llegaba el día en que desapareciera. Uno de los edificios ya estaba parcialmente quemado. Unos chavales de Casper que habían bebido demasiada cerveza y muchos chupitos habían decidido averiguar cómo de rápido ardían unos edificios centenarios. Tuvimos suerte de que el incidente sucediera en invierno, ya que la nieve había acotado los daños y todo había acabado con una pared derruida, una multa por conducir en estado de embriaguez y tres menores arrestados por posesión.

Dudaba que muchos turistas subieran por la carretera 190 hasta llegar al camino de tierra de Bailey Mountain, y los que lo hacían seguramente tomaban lo que veían por el auténtico paso Hole-in-the-wall, el célebre paraje que fuera la guarida de los forajidos Butch Cassidy y Sundance Kid. Atravesando un cañón lateral, el camino se apartaba del río y de las formaciones de arenisca roja y pasaba por un desfiladero tan estrecho que solo cabía un carromato. En un lugar así, un puñado de hombres podía mantener a raya a un ejército de *sheriffs*, pero nunca tuvieron que hacerlo, pues la reputación del Grupo Salvaje les hizo todo el trabajo duro.

Los novelistas tratarán de convencerte de que este escenario espectacular fue el «agujero en la pared» cuya fama se extendió por todo el Oeste. En realidad, en el mejor de los casos se trata de una invención cinematográfica y, en el peor, de una mentira a causa de la ignorancia. El verdadero Hole in the Wall se encuentra a casi cincuenta kilómetros en dirección sur y casi no se distingue, pues no es más que una ligera brecha en las colinas, con espacio apenas suficiente para que pase un hombre montado a caballo. Mi padre solía describírmelo como el lugar histórico menos memorable de todo

Wyoming.

El terrero había pasado a ser propiedad privada y formaba parte del rancho Willow Creek. Ferg llevaba años dándome la lata para que lo enviara allí y así pudiera pescar un poco en la antigua guarida de los cuatrerros, donde el arroyo Buffalo Creek discurre por el cañón y desemboca en un prado que dibuja un triángulo perfecto. La docena escasa de cabañas de troncos que albergaron a Butch, a Sundance y al Grupo Salvaje hacía mucho que había desaparecido. La última cabaña se la llevaron a Cody para exhibirla en el museo de Búfalo Bill.

Pasé por delante del colegio Bailey, uno de los últimos bastiones de la educación pública, formado por una única aula a la que ahora solo asistían dos estudiantes. Me preocupaba pensar en la escuela cerrada, las cabañas desmanteladas y los pueblos fantasma borrados del mapa. Me recordaban que la mayor parte de mi vida ya había transcurrido. Yo había comenzado mis estudios en un colegio muy parecido a ese y había pasado mi infancia en un pueblo muy semejante a lo que Bailey habría podido llegar a ser de no haber acaecido una catástrofe en la mina.

Pensé en Cady mientras conducía; en Michael, que estaba a punto de llegar; en Vic; y luego en las próximas elecciones de noviembre y en el debate del viernes.

Intenté dejar de pensar y colgué el sombrero en el enganche que había anclado al salpicadero. En Powder Junction deteníamos a mucha gente por conducir en estado de embriaguez y me figuré que Superduro había improvisado ese artilugio para esposar a los conductores borrachos al vehículo.

El camino estaba en mal estado –resultaba evidente que no lo habían allanado desde principios de la primavera– y los surcos y los baches no me permitían ir con esa unidad de veinticinco años de antigüedad a más de cincuenta por hora. Las nubes de polvo me ocultaron la vista por el retrovisor cuando giré a la derecha y continué conduciendo a través de los pinos matorral y los álamos negros desperdigados que crecían en las cañadas. Era como si la vida hubiera decidido escaparse y ocultarse en estas grietas afiladas del árido paisaje y luego hubiera olvidado regresar.

Continué conduciendo a lo largo de una quebrada pequeña donde las golondrinas sobrevolaban las aguas termales de las colinas bermejas dando piruetas, y eché un vistazo por encima del borde, donde se divisaba el arroyo que aún llevaba algo de nieve fundida de las montañas Big Horn. El rancho de los Dunnigan parecía un sitio bastante bueno para pescar, pero ya me había fijado en los carteles de «Prohibido cazar» y me imaginé que los hermanos, que no daban nada gratis, tampoco regalarían los peces.

Eran un viejo par de apuestos solterones. Me imaginé que no se habían casado porque eran demasiado tacaños como para plantearse tener una mujer. Según decía Lucian, su padre, Sean Dunnigan, era idéntico a ellos. La diferencia es que en los difíciles años treinta no le quedó más remedio que casarse con Eileen si quería comer, pues estaba en la más absoluta bancarrota. Y así vinieron al mundo Den y James.

Se decía que Eileen tocaba el violín en el porche del rancho, un sonido solitario y constante que resonaba por todo el cañón. Ella nunca se acostumbró a aquel lugar tan aislado, empezó a perder la cabeza y murió a finales de los setenta. Sean la siguió poco

después, evidentemente se había acostumbrado a la música de la única mujer que había conocido.

Los hermanos eran buenos trabajadores y dos tipos duros, lo bastante duros como para sobrevivir a todos sus vecinos, y habían comprado poco a poco las tierras adyacentes y los derechos minerales y acuíferos hasta que prácticamente se adueñaron de casi toda la cañada del Beaver Creek.

James era el mayor y había heredado el rancho, a pesar de que una yegua cascarrabias le había pegado una cox en la cabeza cuando era adolescente y lo había dejado «un poco tocado», según decían los lugareños.

Den siempre supo que James heredaría la propiedad. Esta regla de sucesión lo había jodido, pero había tomado su parte correspondiente y, poco después, había aceptado un trabajo en un correccional en Deer Lodge, Montana. Incluso había estado prometido con una mujer, pero ella se hartó después de pasar diez años de novios sin perspectiva de casarse. Den había regresado a petición de su padre cuando quedó claro que James no iba a ser capaz de ocuparse del rancho por sí mismo y que Sean estaba demasiado viejo para ayudar.

Conocía a los Dunnigan por motivos profesionales, sobre todo a Den. Fue a consecuencia de varios incidentes: uno en el que casi mata a otro granjero con una pala durante una pelea por los derechos del agua y otro en el que había roto una botella en el bar del pueblo y había amenazado con hacerle una traqueotomía casera a un *cowboy* de rodeo. Al margen de eso, nuestra relación se limitaba a las denuncias de Den cuando James desaparecía. Solía hacerlo de forma periódica. Un par de años atrás, durante la temporada de caza y de las primeras nieves, acudimos junto con la patrulla de carreteras y el equipo de búsqueda y rescate del condado y al final encontramos a James sentado en el bar Hole in the Wall. Afirmó con rotundidad que había llamado a su madre y le había explicado que se encontraba bien y que iba a pasar la noche en el pueblo.

El único problema era que su madre llevaba muerta un cuarto de siglo.

Pasé junto a la cerca para el ganado y aparqué junto a un Ford Highboy de 1976 turquesa y blanco; el motor estaba en marcha pero el interior estaba vacío. La casa del rancho era sencilla, una estructura horizontal con un tejado poco inclinado. Cerca de ella habían levantado una nave metálica que tendría cuatro veces el tamaño de la casa.

Cuando llegué a la vereda, Den se disponía a salir por la puerta delantera. Sus ojos, normalmente entrecerrados, se abrieron más de lo habitual, dando a entender que no se alegraba de verme lo más mínimo. Llevaba puesto un sombrero de paja blanco y limpio que se veía tan rígido que parecía de plástico, con una cinta hecha de crin negra de caballo trenzada. Vestía una camisa blanca recién planchada y unos vaqueros con la raya tan marcada que cortaban el aire a su paso. También lucía un pañuelo bandana rojo y blanco al cuello e incluso se había limpiado las botas.

—Supongo que tendré que apagar el motor de mi maldita camioneta.

Me detuve al llegar al único escalón que conducía a la casa.

—Lo siento, Den, necesito hablar contigo y con James.

Permaneció allí mirándome otro momento y luego pasó junto a mí con sus andares patituertos —tenía las piernas tan arqueadas que dibujaban casi un círculo—, y llegó hasta el vehículo, metió la mano por la ventanilla del viejo Ford y apagó el motor. A través de la ventanilla trasera se distinguía un maltrecho Winchester 30-30 en un soporte para rifles.

Den regresó por la vereda de cemento y no se me escapó el olor a cerveza en su aliento cuando pasó ante mí. Lo seguí al interior de la casa sin que mediara palabra o invitación alguna.

La luz ambarina de la tarde bañaba el paisaje del río Powder e inundaba la cocina con un resplandor acogedor. James estaba sentado ante una mesa de formica con un vaso de chupito y una botella de licor de zarzamora Bryer's, que di por hecho que constituía su cena. Había una botella vacía de cerveza Busch y chapas de la misma bebida dobladas sobre sí mismas y esparcidas sobre la mesa, donde supuse que Den habría estado sentado antes de mi llegada. Las paredes estaban recubiertas de madera de pino nudosa y exhibían una serie de electrodomésticos que estuvieron a la última allá por los años cincuenta. Estaba seguro de que nada había cambiado en la cocina desde que la madre había fallecido.

El calor era opresivo a pesar del ventilador de tipo industrial que habían instalado en una de las ventanas. El mayor de los hermanos se levantó cuando yo entré, limpiándose las manos en los vaqueros y tendiéndome la derecha para saludarme. Parecía avergonzado de que lo hubiera pillado bebiendo en su propia casa.

—Hola, Walt. ¿Te gustaría tomar un café? Mamá nos lo prepara todas las mañanas.

Me abstuve de realizar ningún comentario.

—No, gracias. ¿Te importa que me siente, James? —Él me ofreció una silla y miró de reojo a su hermano, que continuaba de pie junto a la puerta con los brazos cruzados y el sombrero puesto—. Supongo que sabes qué estoy haciendo aquí, ¿verdad?

James volvió a sentarse y puso un brazo sobre la mesa.

—¿Es sobre la chica que encontramos?

—Pues sí.

Él asintió y luego se mordió los labios.

—¿Sobre el bar?

—Sí.

—La vimos allí.

Me quité el sombrero y lo dejé sobre el asiento de vinilo naranja de la silla que había junto a la mía.

—Eso tengo entendido.

James miraba fijamente la superficie de la mesa.

—Bueno, nosotros...

—No tenemos que decirte ni una puta palabra. No le hicimos nada a esa chica.

Me giré hacia Den, pero este tenía la mirada clavada en el linóleo.

—Que yo sepa nadie ha dicho que le hicierais nada.

Él encogió los brazos un poco más y continuó mirando el suelo fijamente.

–Pero ese es el motivo de que hayas venido, ¿no es así?

–Tengo una serie de preguntas que me gustaría haceros a ti y a tu hermano. –Esperé un instante–. ¿Por qué no te sientas y charlamos? –Den se sentó en un taburete plegable que había junto a la nevera. Yo me giré hacia James–. ¿Quieres contarme lo que pasó en el bar?

Le llevó un rato comenzar a hablar y no respondió a mi pregunta, sino que hizo un gesto en dirección a la botella que había en la mesa.

–¿Te gustaría tomar un poco, Walt? Iré a por un vaso limpio.

–No, gracias. –Esperé y me entró la sensación de que ahí podía haber algo más de lo que inicialmente yo había creído.

James se chupó los labios y se sirvió otro chupito del licor almibarado.

–El viernes hacía calor, de modo que hicimos una pausa a la una o las dos de la tarde. Ya sabes, para meternos una cerveza bien fría entre pecho y espalda. –Me fijé en que le temblaban las manos cuando dejó la botella en la mesa–. Ella estaba allí, sentada al final de la barra. Entonces Den y yo ocupamos unos taburetes cerca de ella. –Levantó la vista y sonrió con tristeza–. Era una chica guapa y no dejaba de mirarnos. –Sus ojos se posaron en el vaso de chupito lleno–. No somos más que un par de viejos jornaleros, Walt. No estamos acostumbrados a que las chicas guapas nos presten atención.

–¿Hablasteis con ella?

Den interrumpió el diálogo.

–Joder, pensamos que era japo. No hablaba ni una palabra en nuestro idioma.

Esperé y James retomó el relato.

–Tratamos de invitarla a un par de copas, pero ella no las aceptó. Después de un rato se levantó, nos dijo adiós con la mano y se marchó.

–El camarero te puede confirmar eso.

Me quedé mirando a Den.

–Y luego, ¿qué pasó?

Él volvió a cerrarse en banda y recuperó su gesto hosco, pero James se aclaró la garganta y yo me giré a tiempo para ver cómo soltaba en la mesa el vaso vacío. Me pareció que estaba más colorado de lo habitual.

–Salimos y, cuando íbamos a subirnos a la camioneta, la encontramos junto a su coche, como si nos hubiera estado esperando.

Den volvió a interrumpirlo.

–Pues claro que nos estaba esperando, joder.

Intenté que la conversación no se detuviera.

–Y entonces, ¿qué?

James carraspeó de nuevo. Definitivamente toda la sangre del cuerpo se le estaba subiendo a la cara.

–Necesitaba dinero para la gasolina... –Se sonrojaba cada vez más y, si no los hubiera conocido, habría dicho que los hermanos Dunnigan estaban a punto de explotar de pura vergüenza–. En fin, ella quería... intimar con nosotros.

Permanecí inmóvil en mi sitio para asegurarme de que le había oído bien.

–Creí que habíais dicho que no hablaba nuestro idioma.
James parecía a punto de sufrir un ataque al corazón.
–No lo hizo. No lo hizo, pero...
–Entonces, ¿cómo podéis saberlo?
Den se arrancó el sombrero de paja y lo arrojó contra los armarios de la cocina.
–Porque agarró a James por los huevos y señaló la bomba de la gasolina. ¡¿Tienes bastante con eso, joder?!

Me detuve en lo alto de las escaleras de la oficina y contemplé la recepción, oyendo los timbrazos ininterrumpidos del teléfono. Era tarde, pero todas las luces estaban encendidas y el bolso de Ruby descansaba en su silla junto a su jersey.

Me apresuré a contestar el teléfono pero, cuando fui a cogerlo, dejó de sonar. Me quedé mirando la lucecita roja que había dejado de parpadear y ahora estaba fija. Otra persona en el edificio había cogido la llamada.

Perro tampoco estaba allí. Recorrí el pasillo y pasé ante mi despacho a oscuras, donde busqué algún *post-it* en el marco de la puerta –usábamos los *post-it* para comunicarnos en prosa–, pero no había más que uno y era de Cady. Levanté el cuadradito amarillo hacia la luz y leí: «Papá, estamos en el Winchester, vente con nosotros». Ruby había añadido la hora del mensaje, las 18:17. Habían pasado cuatro horas de eso.

Como no se oía ningún ruido proveniente de la parte de atrás del edificio, continué hasta el final del pasillo donde se distinguía la luz encendida de las celdas y de la cocinita.

Me detuve ante la puerta y observé cómo Ruby se apartaba del teléfono de la pared adyacente y se sentaba en una de las sillas metálicas plegables para acariciar a Perro y retomar su labor de punto.

Me apoyé contra la pared y la llamé.

–¿Ruby? –No me oyó, a pesar de que Perro levantó la cabeza y meneó el rabo–.
¡Ruby!

Ella levantó la vista. Su mirada era severa.

–Me he perdido el encuentro de mujeres metodistas. –Sus ojos se volvieron hacia la celda y yo eché una ojeada al entrar para ver a nuestro único preso.

Estaba comiendo con los dedos y había apilado cuidadosamente un montón de envases de empanada precocinada junto a la puerta de la celda. No levantó la vista cuando me acerqué para mirarlo con más detenimiento. El pelo le colgaba encima de la cara y le rozaba las rodillas, pero se había puesto los pantalones del chándal que le había dejado y los mocasines.

–Entiendo que se ha despertado.

–Con mucha hambre.

Eché un vistazo a los envases a los pies del enorme indio.

–¿Cuántas se ha comido?

–La última vez que las conté eran ocho. Eso y tres latas de Coca-Cola light.

–Entonces supongo que su garganta no sufrió grandes daños. –Él no dejaba de masticar y yo fui hasta la silla de Ruby.

—¿Ha dicho algo?

—No.

—¿Cómo supiste que tenía hambre?

Ella levantó la vista para mirarme.

—Me tomé la libertad de suponerlo, dado que había estado viviendo en un desagüe bajo la carretera del Oso Solitario...

El gigante colocó el envase vacío encima de los demás, todo ello sin moverse del catre.

—¿Eso significa que quiere otro?

—Las últimas ocho veces ha significado eso.

Hurgué en la neverita y saqué la última empanada de carne, la saqué de la caja y la metí en el microondas. Pulsé los botones correspondientes, que había memorizado gracias a mis exquisitas e idénticas cenas, y me giré para hablar con mi recepcionista.

—¿Por qué sigues aquí? —Me crucé de brazos—. Sabías que yo volvería. —Ella continuó haciendo punto e ignoró mi pregunta.

Miré al interior de la celda. El enorme indio seguía sin moverse.

—¿Dónde está Lucian?

—Decidió marcharse a casa. —El microondas soltó un pitido y yo saqué el congelado del día, dejándolo rápidamente sobre la encimera y apartando los dedos para no quemarme.

—Deja que se enfríe o se lo comerá ardiendo.

Asentí, saqué un tenedor de plástico del cajón y lo dejé en el borde de la empanada.

—¿Y el informe del DCI?

—En tu escritorio —dijo, y siguió con su labor.

Me giré y me dispuse a ir a mi despacho a por el informe. Sostuve el *post-it* de mi hija en alto para que Ruby pudiera verlo.

—¿Se ha marchado a casa?

—Estaba hablando con ella cuando has llegado y, en respuesta a tu pregunta, sí, está en la cama, donde cualquier persona decente debería estar a estas horas.

Me detuve.

—Bien, ya que ahora pareces dispuesta a contestar mis preguntas, ¿te importaría decirme por qué sigues aún aquí?

Ella dejó el punto y me miró fijamente.

—¿Te gustaría saber por qué? —Se levantó y guardó las agujas y la madeja en una bolsa enorme de lona—. ¿Te gustaría que te enseñara por qué sigo aún aquí?

Suelo reconocer una pregunta cargada cuando la oigo, pero me limité a asentir y le dirigí la mirada rara que les reservo a los locos que le hacen al *sheriff* ese tipo de preguntas. Ella pasó tranquilamente junto a mí y desapareció por el pasillo. Perro la siguió pero se detuvo al llegar a la puerta. Yo me agaché y le revolví el pelo entre las orejas.

—¿Qué?

Ruby se había girado para mirarme.

—Ven aquí.

Me encogí de hombros, fui hasta donde ella estaba y los dos nos quedamos allí de pie

mientras Ruby aguzaba el oído. Un momento después volví a preguntarle:

—¿Qué?

Ella sostuvo el dedo índice en alto.

—Solo un minuto.

Todos prestamos atención, pero lo único que se oía era el aire acondicionado del edificio y el zumbido del ordenador de Ruby en la recepción.

—¿Qué?

De repente se oyó un sonido atronador, un gran impacto. Estaba dispuesto a jurar que una camioneta se había empotrado contra el edificio. De hecho, apoyé un brazo en la pared para sujetarme. No pasó mucho tiempo hasta que el sonido y las vibraciones se repitieron; habría jurado que la camioneta había dado marcha atrás y la había emprendido de nuevo con el edificio.

—¡Qué demonios...!

El estrépito y los golpes parecían provenir de la celda. Tropecé con Perro, que no dejaba de ladrar, y me apresuré a regresar a la sala, donde me encontré al gran indio arrojándose contra los barrotes con todas sus fuerzas y haciendo un ruido que nunca habría pensado que podría emitir un ser humano.

En los años cincuenta, Lucian había heredado el viejo edificio Carnegie, que había albergado la biblioteca del condado hasta que esta fue trasladada a la manzana de al lado, y había contratado a alguien para que instalara los barrotes de las celdas. Durante más de un cuarto de siglo yo no había tenido razones para preocuparme por la calidad del trabajo de albañilería, pero fue la primera cosa que me vino a la cabeza cuando vi al monstruo replegarse hacia la pared contraria de la celda y prepararse para otra embestida.

—¡Oye!

Retrocedí inconscientemente hasta la encimera de la cocina, dejando caer la empanada en el fregadero, y observé cómo unos ciento sesenta kilos de puro músculo se empotraban contra los barrotes.

Habría jurado que se habían movido.

—¡Oye! —Di un paso hacia delante, me llevé la mano a la pistola y pensé lo mucho que dolería si él y los barrotes acababan aterrizando encima de mí—. ¡Oye!

El gigante había empezado a retroceder para la siguiente embestida cuando me oyó y advirtió que estaba a menos de dos metros de él. Levantó la cabeza y he de admitir que me resultó extraño que alguien me mirase desde arriba. La melena ya no le cubría la cara del todo y dejaba al descubierto un ojo bajo las cicatrices. Adelantó las manos y las apoyó ligeramente sobre los barrotes. Llevaba un anillo de plata con lo que parecían incrustaciones alternas de coral y turquesa en forma de lobos corriendo. Seguro que a mí ese anillo me habría cabido en el dedo gordo del pie.

Levanté ambas manos para demostrarle que no pretendía hacerle daño, a pesar de que habría podido hacerlo, y permanecí mirando ese único ojo.

—No pasa nada, no pasa nada... No me iré a ningún sitio.

Se quedó donde estaba un momento y luego lentamente se sentó en el catre. Respiraba trabajosamente a causa del esfuerzo que había empleado en intentar echar la cárcel

abajo, y yo me limité a oír el resuello que le salía de la garganta vendada.

Un momento después, Perro dejó de ladrar y me fijé en que él y Ruby apenas si se habían asomado a la puerta. Menudos refuerzos. Me pasé la palma de la mano por la cara y la miré, me seguía faltando el aliento.

—¿No podías habérmelo dicho sin más?

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1968

Él negó con la cabeza.

—No, es confidencial.

Babysan Quang Sang no había visto nunca una hamburguesa y le dio un golpecito con el dedo para levantar el pan, como si estuviera desmontando una mina. Estaba hecha de búfalo de agua, o *boo*, y era el plato del día local. Se giró y miró a Henry, que cogió su hamburguesa y le pegó un mordisco. Unos segundos después el *montagnard* hizo lo propio y le dio un bocado, masticando tranquilamente y observando a Henry por si había más indicaciones.

—*Il ne gout pas comme le jambon.*

Henry se echó a reír.

—Dice que no sabe como el jamón.

Observamos cómo Babysan se las veía con las patatas fritas y yo estudié a ese indio alto, que habría encajado más arrancando cabelleras de hombres blancos en una tarde soleada junto al río Little Big Horn.

—Voy a decir algo que nunca pensé que diría.

Henry cogió una patata del plato de Babysan, la mojó en ketchup y se la metió en la boca a modo de ejemplo. Se giró y se acercó más a mí.

—¿Qué?

Babysan se comió parte de la patata y luego dejó caer el resto en el plato. Probablemente el vietnamita estuviera ya harto de los inventos franceses.

—Me das envidia. —Henry soltó una risotada con tanta fuerza como si le hubiera pegado un puñetazo y permaneció inmóvil, apenas a unos centímetros de mí, con una mirada más que inescrutable—. Envidio la transparencia de tu trabajo.

Él volvió a echarse a reír y meditó sobre ello. La pausa fue tan larga que podría intuirse que me daba la razón, pero para ese indio cheyene del norte, un intervalo así no era nada.

—¿Qué es lo que estás haciendo aquí exactamente, tú?

Yo también me permití una larga pausa.

—No mucho. El cuartel general me ha enviado para investigar una sobredosis, pero nadie quiere contarme nada. —Miré aquellos ojos que veían el mundo tal y como era y me avergoncé de mi tarea. Pensé en lo que estaba haciendo y si serviría para algo—. Este sitio es un desastre...

Henry le cogió otra patata frita a Babysan.

—Ese es el eufemismo más grande del siglo.

Antes de poder pensármelo dos veces, se me escaparon las palabras:

—Llévame contigo a Khe Sanh.

Volvió a mirarme y se echó a reír, pero se dio cuenta de que iba en serio, de modo que él también recobró la compostura.

—¿Estás mal de la cabeza, tú? Todos los que están allí destinados, incluyendo a todos y cada uno de los marines y al resto del personal, están deseando largarse, ¿y tú quieres ir?

—Sí.

Miró a su alrededor como si estuviéramos rodeados de tipos con camisas de fuerza y cazamariposas. Se quedó callado y luego bajó la cabeza como si yo nunca hubiera pronunciado palabra, los ojos apenas visibles bajo el birrete.

—Walt, allí te pueden matar.

—Es mucho mejor que quedarse aquí y morir de aburrimiento.

—Walter...

—Mira, tengo un permiso de tres días para ir a la playa en China Beach, pero no tengo ninguna intención de ir allí.

Había leído el informe con la mano apoyada en la barbilla.

Ella se quedó sin sentido casi de inmediato, aunque probablemente su corazón continuara latiendo otros quince o veinte segundos más. Tal y como supusimos, su atacante la estranguló utilizando el antebrazo, detalle que inducía a pensar que el asaltante era mucho más fuerte que la víctima.

La fallecida mostraba pequeñas abrasiones alargadas en el cuello que se había infligido con las uñas al intentar zafarse del brazo que la aprisionaba. Se analizaron algunas muestras de tejido bajo las uñas que, como yo había deducido, pertenecían a la propia víctima.

Lo más llamativo era la fractura del hueso hioides y la rotura de algunos cartílagos, con la consiguiente hemorragia de la glándula tiroides sobre la tráquea. Volví a leer el documento desde el principio y eché un vistazo al hombre tumbado en la celda.

No tenía lógica. ¿Por qué iba un hombre de ese tamaño y con tanta fuerza a estrangular a una mujer con el antebrazo si prácticamente podría haberle partido el diminuto cuello usando el índice y el pulgar?

El gigante se había terminado la última empanada de carne horas antes, había vuelto a poner en el mismo sitio el tenedor sin usar, luego había colocado el envase de plástico vacío encima de los otros y los había deslizado hacia delante entre los barrotes. Ahora dormía como un tronco y Sancho y yo estábamos manteniendo una conversación al ritmo de sus ronquidos.

Saizarbitoria había pasado una noche en casa con su mujer mientras yo me quedaba de guardia a cargo de Durant y de Powder Junction. Había llamado al motel Hole in the Wall y había averiguado que Tran Van Tuyen efectivamente se alojaba allí desde el miércoles. Sancho tomó un sorbo de café y luego le añadió más azúcar del bote que había en la encimera, igual que hacía Vic. Yo le di un sorbo al mío y acerqué el saco de dormir más a la pared, donde había dejado caer mi dolorida espalda. Bostecé y miré a mi ayudante, que se veía fresco y descansado.

—¿Qué hay del centro de veteranos?

Él volvió a probar el café y esta vez lo encontró de su gusto. Se acercó a mí y se sentó en la silla que Ruby había ocupado la noche anterior.

—El personal administrativo no trabaja los domingos por la noche, de modo que tendremos que volver a llamar. —Asentí y continué sorbiendo mi café—. Pero hay algo que te puedo asegurar...

—¿El qué?

Señaló con la taza el montón de envases de empanada apilados entre los barrotes y el mango del único utensilio, que apuntaba hacia fuera.

—Ha estado en chirona.

—¿Cómo lo sabes?

—En la unidad de aislamiento de las instalaciones de máxima seguridad nos tenían que devolver los platos y los cubiertos de esa manera.

El vasco había trabajado durante dos años en Rawlins y entendía más de cárceles de lo que a mí me apetecería saber nunca.

—¿Te suena?

—No, y me parece alguien difícil de olvidar. —El chico se echó hacia atrás el sombrero y se acarició la perilla de mosquetero—. Si tuviera que jugármela, apostaría que ha estado en una prisión federal.

—El hospital iba a enviar sus huellas al DCI. Compruébalo.

—Lo haré.

Le di un sorbo a mi café y observé al gran indio mientras dormía.

—¿Has visto a alguien más reaccionar de la manera que te he descrito si se queda solo?

Él asintió.

—Uno o dos reclusos.

—¿Y qué se hace con ellos?

—Van derechos a Evanston.

El hospital psiquiátrico del estado.

—Investiga también eso.

—Vale.

—Vamos a tener que turnarnos para quedarnos con él. —Me giré para mirar a mi ayudante—. De lo contrario, no creo que nuestra cárcel sea capaz de soportarlo. —Se levantó y se dispuso a marcharse—. ¿Vic o Ruby han llegado?

Él me respondió ya desde el pasillo.

—Aún no.

Mientras volvía a concentrarme en la celda, le grité:

—Llama y diles que compren más empanadas de carne.

–Vaya Pedazo de Indio.

Vic acababa de confirmar lo que realmente quería decir PI.

Hacía poco que había regresado de su periodo sabático en Douglas, pero la experiencia no le había servido para ampliar su vocabulario. Le dio un trago a su café y me miró. Yo estaba tratando de decidir qué necesitaba llevar a Powder Junction, donde supuestamente iba a pasar el día. Mi ayudante tenía los pies encima de mi escritorio, donde había dejado el trofeo de tiro que había ganado el fin de semana.

–¿Has desenfundado más rápido que cualquier otro miembro de la asociación de *sheriffs* de Wyoming?

–Sí, incluyendo al pedazo de imbécil de Sandy Sandberg y al caraculo de Joe Ganns.

Sandy era el *sheriff* del vecino condado de Campbell y Joe Ganns era inspector de área y tenía la reputación de ser el pistolero más rápido del Oeste.

–Vaya, apuesto a que ahora eres de lo más popular.

Mi diminuta ayudante de Filadelfia se encogió de hombros y yo traté de no fijarme en los músculos de sus brazos que el uniforme sin mangas dejaba al descubierto.

–Supongo que le di un buen palo pero, joder, Walt, ¿cuántos años tiene, ciento tres?

La habitación permaneció en silencio mientras yo colocaba mi petate en el sillón e iba metiendo dentro un par de radios portátiles, dos botellas grandes de agua, los informes de Illinois y mi termo, una cosa horrenda con manchas verdes de la marca Aladdin, con el asa de cobre en forma de surtidor y una pegatina gastada donde se leía «Carburante». Finalmente Vic habló de nuevo.

–Entonces, ¿tú te vas a jugar a Powder Junction y a mí me toca hablar con todos los centros de veteranos de las altas llanuras?

–¿Quieres cambiarme el trabajo?

Ella se lo planteó.

–No.

–Primero llama a Sheridan. Tienen una unidad psiquiátrica en el ala cinco del hospital. Comprueba si alguna vez estuvo ingresado allí.

Ella hizo una mueca y luego me clavó una mirada tan afilada como un cuchillo.

–¿Cómo sabes dónde está la unidad psiquiátrica en Sheridan?

Me quedé mirando mis pertenencias en el petate.

–Estuve visitando a un compañero allá por el año 1972. Se llamaba Quincy Morton, era coordinador de TEPT.

–¿Trastorno por estrés postraumático?

–Eso es.

Ella me estudió atentamente.

—¿Qué te pasaba, te daban *flashbacks*?

Suspiré y cerré mi petate.

—Entonces era distinto, nadie quería hablar del tema, así que solía pasarme por el centro de veteranos una vez al mes para tomarme una cerveza y charlar con Quincy los viernes por la noche cuando cerraban. Me ayudaba.

—¿1972?

—Sí.

Ella continuaba escrutándome.

—¿Fue entonces cuando regresaste, te casaste y comenzaste a trabajar en el departamento del *sheriff*?

—Eso es.

—Tengo una pregunta. —Resultaba bastante obvio adónde quería llegar—. El ejército te licenció en el año 1970 pero no regresaste hasta 1972. —Esperé—. ¿Qué hiciste durante ese intervalo de dos años?

Me eché el petate al hombro, me dirigí hacia la puerta y me quedé mirándola desde arriba.

—¿Quién puede hablar con más viento que el que no tiene casa que lo cobije?

Ella arqueó la ceja con ese gesto tan suyo.

—¿De dónde coño es eso?

—*Timón de Atenas*, lo dice el segundo sirviente de Varro.

Ella asintió.

—Claro, cómo he podido olvidarlo. —Extendió un brazo y metió el dedo índice en el bolsillo de mis pantalones vaqueros—. Eres un tipo reservado. —Ella tiró de mí y yo me incliné hacia ella. Levantó la vista para mirarme con esas pupilas color oro bruñido festoneadas por unas largas pestañas oscuras—. Entonces, ¿vas a estar libre cuando llegue mi hermano para reanudar el cortejo con tu hija?

—Eso espero.

Su sonrisa carnívora regresó.

—Quizá podríamos tener una cita doble.

Me llevó un momento asimilar todo lo que me estaba ofreciendo, pensando en la noche que habíamos pasado juntos, pensando en las partes de su cuerpo que no había visto desde entonces. Había por lo menos medio millón de cosas que quería decirle, contarle que cuando la miraba o pensaba en ella, cuando me acordaba de aquella noche, sentía que algo en mi interior despegaba y, desde entonces, no sabía si había vuelto a poner los pies en el suelo. Luego pensé en los años que nos separaban y cómo estos nunca se borrarían. Cómo la distancia se haría cada vez mayor y cómo, aunque las cosas salieran bien, había muchas otras que podían salir mal.

Su mirada se paseó por mi cara y fue como si esos ojos iridiscentes mediterráneos atraparan mis pensamientos.

—¿Qué?

Intenté respirar y me resultó más fácil cuando miré el gastado suelo de mármol.

—Mira...

—No. —Permaneció sentada un momento más y luego se levantó. Ambos éramos conscientes de que no había sacado el dedo de mi bolsillo. Ahora la tenía más cerca, estaba detrás de mí pero junto a mi brazo, de modo que sentía su aliento en el hombro—. No busco un hogar donde formar una familia.

—Sí.

La habitación estaba en silencio, pero desde donde estábamos se oía a Ruby tecleando en la recepción, en la parte delantera del edificio.

—Estás bien jodido, cargas con mucha mierda sobre tus hombros... —Noté su barbilla sobre mi tríceps—. Pero me gusta tenerte cerca, ¿sabes?

—Sí.

Continuaba sintiendo su aliento en mi brazo; hasta eso me sentaba bien.

—Eso es todo lo que necesito. —Asentí y no volví a decir que sí, porque sabía que ella me pegaría. Un momento después se apartó y noté que el dedo abandonaba mi bolsillo después de darme un último tirón—. ¿Qué hay de Henry? ¿Tiene alguna pista para resolver el gran caso?

Asentí y traté de formular frases enteras.

—Puede que sea pariente de Brandon Búfalo Blanco.

Todavía oía su voz a mis espaldas.

—Otro PI.

—Henry pasará la mañana en rehabilitación con Cady y luego dijo que llamaría a la reserva para intentar localizar a Brandon. —Me ajusté el petate, me apoyé en el marco de la puerta y toqueteé el agujero donde solía estar el picaporte que aún no había reemplazado. Todavía no la había mirado a los ojos—. Frymire está en la parte de atrás vigilando al indio pero no creo que podamos contar con él ni con Superduro para nada más, así que vuelve a llamar a Ferg y dile que venga pitando.

—Capitán, sí, mi capitán —dijo, y me dirigió un saludo militar—. ¿Qué hay del tipo del Land Rover, Tran Van Tuyen?

La miré e intenté pensar en ello, pensar en cualquier cosa.

—Quizá me pase por el motel Hole in the Wall para verlo.

—¿Quieres que vaya más tarde a Powder Junction?

Me lo planteé.

—Alguien tiene que encargarse del resto del condado.

Ella asintió.

—Puedo llevar a tu hija a almorzar. —Sonrió y sus ojos volvieron a encenderse. Yo pensé en Filadelfia—. Podríamos hablar sobre los deslices en tiempo de guerra.

—Ajá. —Eché a andar pero ella me siguió de cerca hasta el pasillo.

—Al viejo Longmire le gustan de usar y tirar... —Continuaba hablando cuando llegamos junto a la mesa de Ruby—. Yo chupa-chupa, cinco dólar...

Afortunadamente, Ruby estaba concentrada en el ordenador y no nos prestaba atención. Estaba con el correo, eliminando unos mensajes no deseados que nos habían colapsado el ordenador la noche anterior. Decidí llevar la conversación por otros

derroteros.

—¿Nos siguen enviando toda esa jerigonza?

—Sí. —Ella tenía pulsado el botón de suprimir y yo observé cómo las palabras subían por la pantalla y desaparecían—. Van setenta y dos desde ayer.

—¿Tienes idea de dónde pueden venir? —Ella movió el ratón y yo la observé mientras clicaba varias veces y me hacía un gesto para que echara un vistazo. En la red de origen figuraba «Junta de Distrito Escolar del Condado de Absaroka: CPB»—. Supongo que la junta directiva ha decidido ir a por mí antes del debate.

Ruby me ignoró y se quedó mirando uno de los mensajes.

—Es un galimatías. Empezamos a recibirlos a última hora de la noche y no pararon hasta esta mañana temprano.

Vic se inclinó hacia delante y olí su champú.

—Entonces no es un envío automático.

—No.

Miré el reloj de pared y supuse que, si quería llegar a Powder Junction para hablar con el camarero, lo mejor sería marcharse cuanto antes.

—¿Sabes algo de Bee Bee, de la inmobiliaria Durant o de Ned el de Los Ángeles?

Ruby me dirigió una mirada irritada con sus grandes ojos azules.

—Son las ocho menos cuarto.

Me quedé mirándolas a las dos y asentí.

—Vale.

—Lo cual quiere decir que son las siete menos cuarto en la costa Oeste.

Había bajado la mitad de las escaleras cuando Vic me gritó con voz cantarina:

—¡Soldado, vuelve pronto, yo mucho calienteeeeeee!

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1968

—¿Cincuenta dólares?!

Estábamos a última hora de la tarde bajo un sol tropical de justicia. Hollywood Hoang se encontraba de pie sobre el asfalto mientras el gran helicóptero Kingbee calentaba motores. Estaba de brazos cruzados esperando a que le pagara, con su traje de vuelo azul celeste. Nos estábamos desgañitando para hacernos oír a pesar de que nos encontrábamos a menos de quince centímetros.

—¡Él con ella toda la noche! Tú gustas, teniente, ¡por eso yo hago descuento!

Miré más allá de donde se encontraba Hoang y vi que Henry subía a Babysan Quang Sang al compartimento de carga.

—¿Cincuenta dólares con el descuento?!

Él sonrió.

—¡Las chicas cobrar más por hacerlo con hombres *montagnard*, por eso fuera descuento! Aceptar dólares o vales del ejército, nada de dong.

Saqué mi cartera y le entregué cinco billetes de diez.

—Anoche no parecía importarle...

—¡Ella chica de primera! —Me dio una palmada en el hombro y me empujó hacia la

línea de despegue, donde estaba Baranski. El inspector del Servicio de Inteligencia y Mendoza me habían dicho que esto les parecía una pésima idea pero se callaron al comprobar que estaba decidido a hacerlo. Baranski se dirigió a Hoang y le entregó una saca de mensajería. Se despidió con la mano por última vez, después el piloto me siguió y subimos a la cabina del helicóptero, donde el enjuto vietnamita colocó cuidadosamente la saca en el asiento del copiloto.

El interior del Kingbee estaba a oscuras a pesar de que las puertas del compartimento estaban abiertas. Me calé el casco en la cabeza y esperé a que se me acostumbraran los ojos a la oscuridad. No había mucho espacio con todos los suministros que nos íbamos a encargar de transportar a Khe Sanh, de modo que el pasaje lo componíamos Oso, Babysan Quang Sang, dos médicos de la marina y yo. Me toqué el chaleco antibalas, rígido por falta de uso. Cuando el artefacto comenzó a elevarse noté una gran presión en el pecho que deseé que fuera a consecuencia de llevar el chaleco puesto.

Por pura casualidad, íbamos a bordo del mismo helicóptero que me había llevado a la base aérea, el que cargaba con los muertos. No estaba seguro de si Hollywood Hoang había sido también el piloto en aquella ocasión pero mantuvimos una conversación sobre el hecho de transportarlos. Me había contado que, si alguna vez los *ma* o espíritus de los muertos viajan contigo, te seguirán allá donde vayas. Las tripulaciones aéreas eran extravagantes y dramáticas, un puñado de supersticiosos que explotaban las emociones y que sabían perfectamente que la muerte, al igual que el suicidio, atraía a todo el mundo.

Babysan se había dormido apoyado contra el mamparo, iba medio envuelto en una red de carga y lo habían sujetado con algunas cinchas de nailon para que no se cayera si la aeronave hacía alguna maniobra imprevista. Henry estaba hojeando revistas con todo su arsenal encima y me echó un vistazo para ver qué tal estaba. Iba a ser un vuelo muy largo y él sabía que mi estómago tenía intolerancia a los helicópteros.

—¿Cómo te encuentras?

Asentí pero mantuve la cabeza recta, de forma que pudiera ver el paisaje mientras nos dirigíamos al norte a ciento noventa kilómetros por hora, deseando que se hiciera pronto de noche para no ver nada.

—No vomites aquí dentro, tú.

—No lo haré.

—Solo tienes que hacer una cosa...

—¿Sí?

—Cuando este cacharro toque tierra, echa a correr como si te llevaran los demonios.

Miré hacia abajo pero rápidamente aparté la vista para no ver el humo que salía de los infiernos que sobrevolábamos... El humo gris susurrante que emanaba de los campos de arroz calcinados en las zonas donde aún no había llegado la contienda, las fumaradas color alabastro del fósforo y el tufo negro sucio y el hedor a gasolina del napalm. Esperaba poder ver el humo púrpura que señalaba la zona de aterrizaje, lo que indicaría que el vuelo había terminado.

Los médicos siempre ofrecían dexedrina a los que salían por la noche. Yo nunca tomaba las anfetaminas porque estaba tan nervioso que me preocupaba quedarme frito con

tanto estimulante. Traté de darle las pastillas a Oso pero él solo negó con la cabeza y sonrió. Sus ojos brillaron como piedras de río en la oscuridad del compartimento de carga.

—Yo no las necesito, ¿y tú?

Me incliné hacia delante y noté su hombro contra el mío.

—Ahora mismo no podrías sacarme una aguja del culo ni con la ayuda de un tractor.

Él se echó a reír y, a medida que volábamos, la luz fue menguando.

A ningún machaca se le ocurriría definir la base aérea de Khe Sanh como el último baluarte occidental de nuestro ejército, pero mucha gente lo hacía. La imagen heroica de unos marines sitiados resistiendo contra viento y marea había capturado la imaginación de la opinión pública hasta tal punto que el presidente Lyndon Johnson instó a los jefes del Estado Mayor a que firmaran una declaración para «reforzar la confianza pública» y así asegurar al pueblo americano que Khe Sanh sería defendida a toda costa.

Así, Khe Sanh fue un apretón de manos del alto mando y una conmovedora interpretación del *Kumbaya*.

Rodeada de colinas ondulantes, edificada a ambos lados de una antigua carretera construida por los franceses que conectaba la costa vietnamita con los núcleos comerciales laosianos del delta del Mekong, la base aérea de Khe Sanh comenzó siendo un campamento de las Fuerzas Especiales pensado para reclutar y entrenar a hombres de las tribus cercanas. Ahora se había convertido en una fortaleza precaria y los informes del Servicio de Inteligencia estadounidense advertían de que cuatro divisiones de infantería norvietnamita, dos regimientos de artillería y varias unidades acorazadas estaban tomando posiciones en una franja de terreno junto a la Ruta 9.

Una sensación de *déjà-vu*. La historia de Dien Bien Phu, que le costaría la derrota total a los franceses en Indochina, se repetía.

Otro Little Big Horn.

No estaba seguro de qué iba a hacer una vez llegara a la base, pero me figuré que ya surgiría algo. Allí había más de ocho mil efectivos acantonados, tres veces el tamaño de mi pueblo, y quizá yo también sintiera curiosidad por ellos. Eran marines en apuros y yo no quería decir que tuve la oportunidad de ir y que finalmente no lo hice. No podría afirmar que estaba más lúcido que nunca, pero me estaba volviendo loco de quedarme sentado en Tan Son Nhut disfrutando de los atardeceres; sabía que tenía que salir de allí.

Estudié las cinchas del asiento y luego la superficie de plástico negro del fusil M16-A1, que parecía absorber la luz a su alrededor. A decir verdad y aunque pareciera de locos, nos habían dado unos cómics para explicarnos cómo utilizar y mantener el fusil; así, el M16 parecía casi un juguete. Incluso salía una rubia maciza que te explicaba cosas tan importantes como que nunca se debían cerrar las secciones superior e inferior del cajón de mecanismos cuando la palanca de armado estaba en posición automática, o cómo había que engrasar el fusil con aceite lubricante semifluido para armas automáticas. Yo pensaba en otra rubia, en una noche de feria y de rodeo en el condado de Absaroka, en un baile lento que había terminado con un beso. Ese fue el pensamiento que me rondó la cabeza el resto del viaje, hasta que las múltiples y variadas corrientes de aire me

recordaron lo que estaba haciendo y hacia dónde me dirigía.

Miré de reojo al médico de la marina y leí en su placa: «Morton». Cuando le miré a la cara, él me estaba observando.

—Quincy Morton, de Detroit, Michigan.

Le tendí la mano.

—Walt Longmire, de Durant, Wyoming.

Él sonrió.

—¿Ese indio loco es amigo tuyo?

—Eso es.

Asintió con la cabeza.

—Él conoce bien toda esta mierda. Cuando este cacharro toque tierra, todos *di di mau*, a salir de aquí cagando leches.

Asentí mientras sobrevolábamos las zonas castigadas, acordándome de un nuevo recluta que había preguntado por las trincheras y de un sargento rubio que, en una clase silenciosa, le había contestado que los marines no se dedicaban a cavar.

Pero sí lo habían hecho en Khe Sanh.

Era medianoche y, a medida que nos aproximábamos, entre la neblina nocturna se distinguían las fortificaciones unidas entre sí de manera azarosa, con sacos de arena y alambres de espino recorriendo las colinas polvorientas y humeantes. La zona de aterrizaje, a poca distancia de nosotros, estaba rodeada de carreteras tortuosas y construcciones improvisadas. Parecía que íbamos a aterrizar en un almacén de chatarra del Sudeste Asiático.

El terreno se agitaba, las colinas se agitaban y el aire se agitaba, lo que significaba que el helicóptero se estaba agitando. Veía a Henry inclinado sobre los montones de carga, sujetando una radio y gritando por el micro, mientras Babysan Quang Sang fruncía los labios y sus ojos se acostumbraban a la oscuridad bajo su casco.

Oso volvió a reclinarse contra el mamparo acolchado, se giró para mirarme y me sonrió con una mueca tensa.

Me revolví en el asiento.

—¿Qué?

Él tomó aliento y luego soltó las palabras como si estuviera deseando sacárselas de encima.

—Tenemos que dar marcha atrás. Están entrando refuerzos, de modo que nos envían a la guarnición.

—¿Dónde está eso?

—En Khesanville. —Abrió muchos los ojos—. Al otro lado de la alambrada. —Creo que asentí con la cabeza. Él se inclinó de nuevo hacia delante y su voz nunca fue tan intensa como en ese momento—. Escúchame bien, cuando este cacharro tome tierra, corre. Corre y no te detengas por nada del mundo, ¿me oyes? —Esta vez seguro que asentí—. Van a freír el helicóptero como si fuera una diana de tiro al blanco, de modo que corre porque te va la vida en ello. Corre para meterte en las trincheras, corre para ocultarte tras los sacos de arena, pero asegúrate de que corres y te escondes lo bastante lejos del

helicóptero.

—*Di di mau?*

Oso sonrió y Morton, el médico, levantó el pulgar en un gesto de aprobación.

Un momento después, Henry se reclinó y se acercó el CAR-16 al pecho, donde ya tenía la mina y el detonador. Luego se sacó el amuleto en forma de cabeza de caballo de debajo del uniforme y acarició la suave superficie del hueso tallado con el pulgar.

Yo accioné el clip de mi rifle Colt y comprobé el seguro.

—¿Qué hay de los suministros?

Le llevó un momento responder y, cuando lo hizo, ya no sonreía.

—Los suministros ya no son cosa nuestra.

Le serví una taza de mi termo y miré a mi alrededor. Sin duda en el mundo habría sitios más deprimentes que la delegación de la oficina del *sheriff* en Powder Junction, pero no se me ocurría ninguno.

Yo había trabajado en aquella oficina allá por la Edad Media, después de que Lucian me diera el visto bueno. El procedimiento estándar era realizar un periodo de prueba en Powder Junction antes de ser transferido a Durant y a la oficina del *sheriff* propiamente dicha. Santiago Saizarbitoria se había saltado ese paso y parecía que ahora se daba cuenta de la suerte que había tenido. Había un escritorio de metal, tres sillas, un archivador, un reloj de plástico, un teléfono, una serie de mapas que abarcaban todo el territorio del condado, una radio del Servicio Nacional de Meteorología y nada más.

Me serví una taza de café y me senté en la silla ante el escritorio, dejándole a Sancho el puesto del jefe. Le dio un trago al café pero no pareció satisfecho.

—¿Tienes azúcar?

Negué con la cabeza.

—No.

—¿Tendrías algo que objetar si fuera a la tienda a comprar algunas provisiones para nuestra estancia?

—No. —Sentí que debería esforzarme más, así que intenté continuar la conversación—.

¿Te he contado lo de James Dunnigan?

—¿Qué pasa con él?

—Cree que su madre le prepara el café por las mañanas.

Sancho asintió, un poco perdido.

—Eso está bien.

—Su madre lleva muerta treinta años. —Le di un sorbo a la taza cromada que venía con el termo—. Den me contó que compró una cafetera de esas que tienen temporizador y, a pesar de que se lo explica a su hermano todos los días, James sigue creyendo que su madre le prepara el café por las mañanas.

Pasó un momento.

—¿Crees que es peligroso?

Sonreí. Qué serio era el vasco.

—No, lo decía solo por charlar.

–Ah. –Dejó la taza sobre el escritorio y se inclinó hacia delante–. Después de ver a Maynard, ¿iremos al motel Hole in the Wall para hablar con Tran Van Tuyen?

–Sí.

–Tengo noticias del recibo de Utah, creo que te parecerá interesante. –Eché un vistazo al reloj y calculé que tendríamos unos cinco minutos para hablar antes de que llegara el camarero, si es que era puntual–. Como no figuraba ningún número de teléfono en el recibo llamé a la oficina del *sheriff* del condado de Juab, les envié una copia por fax y mandaron al taller a una ayudante para investigar. Luego ella me llamó y me informó de que en realidad no es un taller, más bien se trata de un desguace junto a la autopista. Dice que cuando llegó y encontró por fin la caravana donde vivía el propietario en medio de aquel laberinto de chatarra, después de ser perseguida por perros, cabras y hasta una mula...

–Entiendo.

–... vio a un tipo de pie ante la caravana y a una mujer que le estaba tirando todas sus cosas a la calle. La ayudante preguntó qué estaba pasando y el hombre le dijo que no sabía, que su mujer estaba loca. La ayudante le mostró el fax con el recibo y él le contestó que era la primera vez que lo veía. Entonces, entre todas las pertenencias del tío que habían salido volando por la puerta, la ayudante vio que había una chequera, la recogió y comparó la letra con la del recibo. Eran como dos gotas de agua. Se lo enseñó al tío mientras esquivaban la siguiente salva de trastos y él admitió que quizá se acordara de la chica. Describió a nuestra víctima y dijo que había llamado a su puerta con la bomba de agua reventada, que él se la había arreglado y ella había continuado su camino.

–Suenan plausible.

–Entonces, como yo le había hablado a la ayudante de los cuartos de dólar y de la posibilidad de que la chica no llevara mucho dinero encima, ella le preguntó cómo la mujer vietnamita había pagado la reparación...

–Lo hizo a cambio de sexo.

El vasco se detuvo y se quedó mirándome.

–¿Cómo lo sabías?

–Utilizó ese mismo sistema de trueque tan moralmente cuestionable con los hermanos Dunnigan.

Él me estudió un segundo más.

–Bueno, entonces podemos hablar de un patrón establecido.

Se oyó una motocicleta y alguien que tocaba en el panel de cristal, y Santiago acudió de inmediato. Abrió la puerta, entró Phillip Maynard y Saizarbitoria le señaló con un gesto la silla vacía que quedaba a mi izquierda. El camarero se sentó, parecía necesitarlo. Tenía pinta de haber estado levantado toda la noche.

–¿Cómo estás, Phillip?

Él se sorbió la nariz y se revolvió en el asiento.

–Estoy bien, un poco cansado... ¿De qué va todo esto?

–Phillip, he hecho algunas llamadas a Chicago y tengo información sobre unos incidentes en la calle Maxwell en los que tú participaste. Eres de allí, ¿verdad?

Él se quedó mirando el sobre amarillo que había junto al borde del escritorio.

—Ajá.

Señalé el sobre con la cabeza.

—No hace falta que te diga de qué va esto, ambos sabemos que estos cargos podrían ser interpretados muy severamente: dos denuncias por allanamiento de morada y hurto, una por violencia doméstica y una orden de alejamiento que aún está en vigor.

—Mira, esa mierda se me fue de las manos y...

Sostuve una mano en alto.

—Phillip, espera un segundo —dije, y apoyé mi mano sobre sus antecedentes—. Para ser sincero, esto no me importa lo más mínimo. Me confirma que no eres ningún *boy scout* pero, mientras no la lées en mi condado, nos llevaremos bien. El caso es que tenemos un problema. —Dejé la cuestión en el aire por un instante—. Creo que ayer me mentiste o que al menos no me contaste todo lo que sabes. Dime, ¿es así?

Él se revolvió en la silla.

—Sí.

—Bien, ¿por qué lo hiciste?

Él se encogió de hombros y continuó en silencio.

—Él me pagó.

—¿Quién?

—Ese tío.

Noté que Saizarbitoria me observaba atentamente mientras interrogaba a Maynard.

—¿Tran Van Tuyen?

—Sí, él, el oriental del bar.

—Es asiático. Vietnamita, para ser más exactos. ¿Qué te dijo?

—Vino anteayer a preguntarme por la chica, luego regresó y me pagó cien pavos para que no mencionara su nombre.

Le lancé una mirada a Sancho, que agarró las llaves de su coche de encima del escritorio y se dirigió a la puerta rápidamente.

—¿Qué clase de preguntas te hizo?

—Solo si había visto a la chica o si había oído algo acerca de ella. Tenía una foto suya.

—¿La llamó por su nombre?

—Sí, dijo que se llamaba Packet o algo así.

—¿Mencionó algo más?

Maynard lo meditó y luego negó con la cabeza.

—Solo que sabía que el coche era suyo y que se había escapado y andaba buscándola.

—¿Nada más?

Él negó con la cabeza otra vez.

—Nada, le estoy diciendo la verdad, *sheriff*.

Lo acompañé hasta la puerta, me quedé junto a mi camioneta y le advertí que, si alguna vez volvía a mentir, encontraría un hueco para él aunque fuera debajo de la cárcel. Él asintió, se montó en una Harley y se marchó en dirección a la fila de casuchas al sur del pueblo.

Continuaba junto a la puerta cuando el Suburban dobló la esquina a toda velocidad. Saizarbitoria pisó el freno a fondo y se detuvo justo delante de mí. Se disponía a bajar la ventanilla manualmente pero le ahorré las molestias al abrir la puerta.

—Tuyen se ha ido.

Yo asentí.

—¿Qué te han dicho?

—Dicen que entró en la recepción, pagó la cuenta, se montó en su Land Rover y se marchó.

—¿Hace cuánto?

—Hará unos veinte minutos. Ya he llamado a la patrulla de carreteras.

Me quedé pensando.

—Coge la 192 en dirección al río Powder, cuando llegues a Durant da media vuelta y luego retrocede por la 196. Yo tomaré la 191 y la 190 en dirección a las montañas.

Él desapareció camino del este y yo me encaminé hacia el oeste.

Estaba a punto de hacer el cambio de sentido por el paso inferior de la I-25 cuando vi a los dos niños que me habían saludado el día anterior y me fijé en que uno de ellos llevaba puesta una camiseta estampada con la imagen de un deportivo Shelby Cobra. Los niños estaban apoyados en la misma valla, como haría cualquier pregonero de ocho años de pueblo. Bueno, uno tenía ocho, el otro quizá seis. Se me ocurrió una idea y detuve la camioneta sobre la gravilla. Pulsé el botón de la ventanilla pero, antes de que pudiera decir nada, el alto y con gafas se me adelantó:

—¿Eres el *sheriff*?

—Sí, ¿por casualidad...?

Él sonrió y agarró al niño más pequeño del hombro.

—Yo soy Ethan y él es mi hermano Devin.

—Encantado de conoceros. ¿No habréis...?

El pequeño preguntó con voz cantarina:

—¿Estás persiguiendo a los malos?

Yo asentí.

—Sí. ¿Por casualidad no habréis visto pasar por aquí un Land Rover verde hará unos quince minutos, verdad?

Ambos asintieron.

—Sí, señor. «Defender 90»...

El mayor continuó.

—Verde Coniston descapotable, guardas delanteras ARB y kit de protección de chapa estriada.

Me quedé mirándolo un segundo sin saber cómo reaccionar ante tal descripción. Finalmente me decanté por un clásico del Oeste.

—¿Por dónde se fue? —Ambos señalaron hacia la I-25—. ¿Se marchó por la autopista?

A esta pregunta respondió el rubio.

—No, pasó por debajo.

—¿Tomó la autopista en dirección contraria?

Esta vez contestó el de pelo más oscuro.

—No. Oye, ¿nos das una vuelta en tu camioneta?

—Ahora mismo no, quizá luego. —Me despedí de ellos haciendo el saludo militar y encendí las luces y la sirena, y esta vez las dejé puestos, agradeciendo a los poderes fácticos ese interés que comparten los hombres americanos por todo lo relativo a la automoción. Pensé en el rancho Red Fork y llamé a Saizarbitoria para decirle que diera media vuelta y que cogiera el tramo de la 191 al oeste de la autopista, mientras yo tomaba el 190.

Ruby fue a la siguiente persona que llamé. Todavía sonaba irritada, y eso que no le había cantado.

—¿Qué sucede?

Interferencia.

—Me ha entrado otra tanda de correos y empiezo a estar aburrida de borrarlos.

Pulsé el micro.

—¿Sabemos algo de Bee Bee o de Los Ángeles?

Interferencia.

—No tenemos nada de Los Ángeles, pero Bee Bee ha llamado y ha confirmado que el tal Tuyen preguntó por el rancho Red Fork el sábado, de modo que, si estaba interesado en comprar la propiedad, fue algo repentino.

—Bueno, no sé muy bien cómo, pero este tipo está implicado.

Interferencia.

—¿Lo has atrapado?

—No, pero estoy en ello.

Volví a colgar el micro en el salpicadero y emprendí el ascenso gradual a través de los desfiladeros rojos, pasando ante el camino de grava que atravesaba el pueblo fantasma. Acababa de coronar la colina cuando percibí un destello y reduje la velocidad. Apagué las luces y la sirena, di marcha atrás y retrocedí hasta tener el cañón y la única y decrepita calle de Bailey a la vista. El Land Rover verde Coniston estaba aparcado al fondo, junto a la acera de madera. Di media vuelta con mi camioneta de tres cuartos de tonelada y puse rumbo al pueblo fantasma.

En pleno apogeo, la población de Bailey llegó a tener casi seiscientos habitantes. El pueblo tenía banco, hotel, hospital, oficina de correos y algo que raramente se veía en las ciudades fantasma de las altas llanuras: un gran cuartel sindical, situado al final de la pendiente junto al camino que conducía a la mina.

Recorrí lentamente la pequeña calle, miré entre los edificios y detuve mi camioneta frente al vehículo de Tuyen. Me bajé y caminé hasta el Land Rover. Lo encontré cerrado y desocupado. El equipaje de Tuyen estaba en la parte de atrás, junto a un maletín rígido del tipo de los que se suelen utilizar para los portátiles.

Miré a mi alrededor de nuevo y desabroché la funda de mi Colt.

Nada.

Me subí a la acera combada y comencé a recorrer un lado de la calle. Traté de no hacer ruido pero mis botas resonaban sobre las tablas como si fuera el protagonista de

algún *western* de serie B.

Casi todas las ventanas de los edificios estaban rotas y atrancadas con tablones, pero entre las rendijas se distinguían los interiores en penumbra. La mayoría de los suelos habían resistido el paso del tiempo. Los edificios estaban sucios y polvorientos pero eran sólidos y solo corría riesgo de derrumbe la tienda de comestibles Zarling, que se encontraba al final de la calle y que era la que había sufrido el incendio.

En el extremo opuesto de Bailey se alzaba un muro de piedra. Parte de él estaba derruido y ofrecía un encuadre perfecto de la ladera de la colina que conducía a la mina, el cementerio lleno de maleza y, sobre el alero, el cuartel sindical.

El antiguo camposanto estaba rodeado por una verja de hierro forjado, una muestra de condolencia de parte de una compañía que ni siquiera se había molestado en retirar de la mina los cuerpos de los diecisiete mineros fallecidos. Tran Van Tuyen estaba sentado contra uno de los gruesos barrotes de hierro junto a la puerta, de espaldas a mí.

Recorrí el resto de la acera y bajé las escaleras, caminé por la tierra agrietada de la calle y comencé a subir la colina en dirección al cementerio. El sendero estaba plagado de cardos y bardanas, y no olía más que a bochorno. Tuyen no se movió cuando me aproximé, aunque yo estaba seguro de que había oído mi camioneta y mis pasos en la calle de más abajo.

Me detuve junto a la entrada y lo miré desde arriba. Estaba sentado con las manos entrelazadas sobre el regazo y tenía la cabeza inclinada bajo el sol abrasador de la mañana. Dejada caer sobre la rodilla tenía la misma cazadora de cuero, negra y ligera, que llevaba puesta en el bar, junto con las gafas de sol. Cada vez hacía más calor, pero él no estaba sudando.

Un minuto después vi que sus hombros subían y bajaban.

—Todos murieron el mismo día.

Yo continué observándolo mientras las cigarras cantaban entre las hierbas altas. Me acordé de las serpientes de cascabel.

—Fue un accidente en la mina, sucedió en 1903.

—Qué terrible.

—Sí.

Hizo una nueva pausa.

—¿Cree que existe la vida después de la muerte, *sheriff*?

No creí que la conversación fuera a ir por esos derroteros.

—No estoy seguro.

—¿Y en qué cree?

—En mi trabajo.

Él asintió.

—El trabajo es bueno, es algo a lo que una persona puede consagrar su vida.

Había algo que iba mal.

—Señor Tuyen, necesito hablar con usted.

—¿Sí?

—Es sobre la chica.

Él asintió.

–Eso me figuraba.

–Hemos interrogado al camarero del bar Grupo Salvaje y nos ha contado que usted le estuvo haciendo preguntas sobre Ho Thi Paquet y que le pagó.

Movió la mano y comprobé que la mía no se había separado del Colt que llevaba en la cadera. Él había estado todo este tiempo sosteniendo algo entre las manos y entonces me lo tendió. Era una foto de la misma mujer, posiblemente tomada cuando era más joven; iba vestida con un traje de baile y estaba rodeada por una multitud. Acababa de volver la cabeza y estaba sonriendo.

Él inspiró con fuerza y soltó el aire poco a poco.

–Esta fotografía fue tomada cuando se graduó en la escuela de danza de Tailandia, cuando su madre fue a verla actuar. –Pensé que había acabado de hablar, pero las siguientes palabras fueron casi inaudibles–. Era nuestra única nieta.

Estábamos sentados en la oficina. Tuyen sostenía una taza de café, enriquecido con los suministros que Saizarbitoria había comprado en la tienda de alimentación Powder River. No debía de gustarle la leche en polvo porque aún no le había dado ni un sorbo.

—Tengo otra ocupación, colaboro con una organización que reúne a niños vietnamitas con sus parientes americanos. Son *bui doi*, hijos del polvo. —Se quedó mirando el suelo—. Hijos del Polvo es una organización sin ánimo de lucro, empecé a colaborar activamente con ellos hace dos años.

—¿Trabajan al amparo de la ley de acogida de asiático-americanos? —Santiago se quedó mirándome y yo me encogí de hombros.

—Exactamente. —Tuyen le echó un vistazo a Saizarbitoria—. Desde 1987 hemos ayudado a que veintitrés mil asiático-americanos y sesenta y siete mil familiares emigren de Vietnam a este país.

Le di un sorbo a mi café.

—Parece que es un trabajo gratificante.

—Lo es, y mucho.

Asentí y tomé nota mentalmente para pedirle a Ned que indagara en aquella organización en California.

—¿Qué tiene que ver en todo esto la distribuidora Hermanas Trung? —Toqueteé la tarjeta que había en el expediente sobre el escritorio.

Él levantó la vista.

—Ese es otro de mis negocios, con ese obtengo beneficios. —Sacó otra tarjeta del bolsillo de su chaqueta y me la entregó. Esta estaba engalanada con las palabras «Hijos del Polvo» y constaba la misma dirección de la distribuidora de cine, con los mismos tres números de teléfono—. A veces considero más ventajoso decir que me dedico a la distribución de películas que presentarme como una persona que localiza hombres que podrían tener hijos ilegítimos.

Asentí.

—Sobre todo hombres de mi edad que hayan estado en Vietnam, ¿no?

—Puede ser algo bastante chocante, las reacciones no son siempre del todo positivas.

—Me puedo hacer una idea. —Dejé la taza de café sobre el escritorio. Ya había bebido suficiente brebaje. Miré a Saizarbitoria, que parecía estudiarme atentamente. Me giré hacia Tuyen—. ¿Qué hay del rancho Red Fork?

—Estoy realmente interesado en esa propiedad.

—Pero esa no es la razón por la que se encuentra aquí.

Él bajó la mirada.

—No.

—Señor Tuyen, disculpe si soy desconsiderado, pero necesito saber más de su nieta. — Él dejó su café intacto sobre el escritorio. No me alegraba de lo que iba a hacer a continuación—. ¿Entiendo que su nombre de casada era Paquet?

—Sí, estuvo casada fugazmente con un joven estadounidense.

—¿Eso fue en California?

—Sí, en Westminster, en el condado de Orange.

—Little Saigon.

Él levantó la vista y me dirigió una sonrisa triste.

—No estoy acostumbrado a que la gente que no es del sur de California se refiera a la zona de esa manera.

—Señor Tuyen, ¿tiene idea de por qué su nieta robaría un coche para venir hasta Wyoming?

—De hecho se me ocurren varias.

—Está claro que ella no quería que usted interviniera, ¿cómo fue capaz de localizarla?

—Ella se hizo con una de mis tarjetas de crédito, una para repostar gasolina. Y podría decirse que también cogió prestado un ordenador portátil valioso, algunas joyas y otros objetos, aunque fue gracias a la tarjeta de crédito como conseguí seguirle la pista.

Lo observé durante un momento.

—Entre las pertenencias que su nieta llevaba consigo no hallamos ninguna tarjeta de crédito.

—La dejó en la gasolinera Flying J, en Casper. Allí la recuperé yo.

—¿Y después imaginó que se dirigía hacia el norte y se encaminó a Powder Junction?

—Sí, fue una suposición cualquiera.

—¿No se le ocurrió contactar con las fuerzas del orden locales para ver si podían localizarla?

Él entrelazó los dedos en el regazo y clavó la vista en ellos.

—Mi nieta... Ho Thi se vio envuelta en algunos incidentes desafortunados. Pensé que las autoridades podían malinterpretarlos y hacerse una idea equivocada de su desaparición.

Me quedé mirando el haz de luz que planeaba sobre su perfil y luego me lancé a la carga.

—¿Eso está relacionado con los incidentes de hace un mes y medio?

Le llevó un buen rato contestar.

—Sí.

—Entonces, ¿usted pensó que, con su experiencia trabajando con Hijos del Polvo, sería capaz de encontrarla por sí mismo?

—Sí.

—Respecto a esos incidentes en los que se vio envuelta la señora Paquet, hemos recibido cierta información de la oficina del *sheriff* del condado de Orange en referencia a unos cargos penales.

Él me miró con una aspereza que no pudo o no quiso ocultar.

–No sé qué tiene que ver todo esto con...

–Estoy intentando hacerme una idea más clara de su situación y averiguar cómo y por qué su nieta tuvo un final así.

Tuyen no apartó la mirada.

–Tengo entendido que tienen un hombre bajo custodia, ¿no es cierto?

Sabía que estaba disgustado, pero yo necesitaba respuestas.

–¿Qué hay de los cargos por prostitución?

Él inspiró hondo.

–Fue el joven con el que se casó, estaba involucrado en una serie de negocios ilegales y la metió en eso.

–¿En la prostitución?

–Tráfico de personas. –Cogió la taza pero se limitó a mirar el contenido—. Existe un problema subyacente a la ley de acogida de asiático-americanos: en el consulado estadounidense hay empleados vietnamitas corruptos que trabajan en colaboración con traficantes de personas que contratan a estas... ¿cómo es la expresión coloquial? Mulas. Mulas que se encargan de introducir inmigrantes ilegales en Estados Unidos. Los visados se conceden cuando los que hacen de mula están preparados para llevar consigo a su nueva familia, por llamarla de alguna manera. Los traficantes de personas ganan casi veinte mil dólares por cada visado de acompañante que venden.

–¿Y este hombre, Paquet?

–Rene Philippe Paquet.

–¿Está involucrado en todo esto?

–Lo estaba. Murió en Los Ángeles.

–¿Cómo murió?

Tuyen tragó saliva, como si las palabras le estuvieran dejando mal sabor de boca.

–También andaba metido en asuntos de drogas y fue hallado muerto en su apartamento.

Me levanté y eché a andar hacia la única ventana, situada en lo alto de la única puerta, y miré a través de la pegatina combada y desteñida con el distintivo de la oficina del *sheriff* en dirección al patio de recreo barrido por sol de la escuela primaria del otro lado de la calle.

–Creo que estoy un poco confundido, señor Tuyen. ¿Cómo acabó relacionándose Ho Thi, que asumo que era ciudadana estadounidense, con Paquet?

A juzgar por el sonido de su voz, Tuyen se había girado hacia mí.

–Me temo que le resultaría difícil de comprender lo complicado de la relación con mi nieta, *sheriff*.

Me apoyé en la puerta, todavía de espaldas al escritorio, y esperé.

–¿Quizá debería contarle primero mi historia, *sheriff*?

–¿Estuvo en la guerra?

–Sí.

Una camioneta oxidada de media tonelada pasó traqueteando por la calle vacía.

–Habla muy bien nuestro idioma.

Él inspiró hondo.

—Sí. Me llamaron a filas en un pueblecito de la provincia de Lang Son y, debido a mi facilidad para los idiomas, fui transferido del Ejército de Vietnam del Sur a los Rangers. Se me daba especialmente bien el inglés y también hablaba francés, chino y ruso, de modo que me reclutaron para formar parte al mismo tiempo de las Fuerzas Especiales estadounidenses y del programa de control de carreteras y adquisición de objetivos a corto plazo.

—¿Se refiere a los Tigres Negros y al programa STRATA?

—Sí. Me hirieron en dos ocasiones y recibí una mención honorífica antes de ser transferido a la embajada americana en Saigón. Cuando la guerra se recrudeció, me dieron la oportunidad de expatriarme a Estados Unidos, pero sin mi mujer y sin mi hijo. Me quedé en Vietnam y sobrevivimos gracias a mis habilidades burocráticas hasta que pude llevar a mi familia de vacaciones a Taiwán, desde donde huimos a Francia y, por último, hasta aquí. Gracias a mis contactos de la embajada pude conseguir trabajo en la distribución de cine y seis años más tarde por fin pude abrir mi propio negocio.

Santiago se sirvió otro café.

—Suenas como el sueño americano hecho realidad.

Yo continué mirando por la ventana.

—He notado que no ha mencionado a su nieta.

—No. —Algo en su forma de decirlo hizo que girara la cabeza para mirarlo—. A veces es difícil explicar el abandono en tiempos de guerra a aquellos que no lo han experimentado en sus carnes. ¿Combatió en la guerra americana, *sheriff*?

—Así es.

Me estudió por algún tiempo.

—Entonces quizá me comprenda. Cuando estuve en Saigón pasé un tiempo con una mujer, durante y después de la guerra. Ella no era mi esposa.

Asentí, dejé de mirar el patio de recreo y me senté en la esquina del escritorio metálico.

—Entonces, ¿su colaboración con Hijos del Polvo parte de una experiencia personal?

—Sí. Y hace un año aproximadamente llegó mi nieta. Resultaba obvio que había tenido una vida difícil, algo que, con el tiempo, se manifestó de distintas maneras. —Tomó aliento de nuevo—. No hablaba inglés y no hizo el menor intento por aprender el idioma después de instalarse en Estados Unidos. Se comportaba con nosotros con rebeldía y mordacidad y comenzó a pasar más y más tiempo con el joven que he mencionado. —Lo observé mientras él examinaba sus dedos entrelazados—. Fue arrestada por prostitución hace seis semanas.

—Creo que empiezo a hacerme una idea de por qué querría escapar, pero ¿se le ocurre por qué vino a Wyoming?

—No.

Saizarbitoria continuaba observándome cuando yo me incliné sobre el escritorio para alcanzar mi petate marca Cordura. Saqué de una de las carpetas la foto plastificada y se la entregué a Tuyen.

—¿Conoce a esa mujer?

Él cogió la foto, la estudió y, finalmente, me miró.

—No. —No apartó la vista durante un momento, volvió a concentrarse en la foto, y luego otra vez en mí—. ¿Este es usted?

—Sí.

—¿Cuándo fue tomada la foto, si me permite preguntarle?

—A finales de 1967, justo antes de la ofensiva del Tet. —Volvió a estudiar la foto y vi cómo discurrían los años en su cabeza como cuentas de ábaco. Me incliné hacia delante—. Tercera generación. ¿Es posible que se trate de la abuela de Ho Thi?

—Esta no es la mujer que yo conocí...

—¿Y qué me dice de la bisabuela? La mujer de la fotografía se llamaba Mai Kim y murió en 1968.

Se quedó mirando la instantánea en blanco y negro, memorizando la cara de la mujer y comparándola con la de su nieta.

—Es posible. ¿La conocía bien, *sheriff*?

—No intimamos, pero trabajaba en el bar Buenos Chicos Buenos Ratos junto a la base aérea de Tan Son Nhut, donde estuve destinado como inspector marine.

—¿Por aquel entonces ya era agente de policía?

—Sí.

Meditó un poco sobre el tema.

—¿Cree que es posible que Ho Thi recibiera esta fotografía de su madre o de otra mujer de la familia y que creyera erróneamente que estaba emparentada con usted?

—En este momento es la única pista que tengo para continuar y la única relación con Wyoming que hemos podido establecer.

—Ya veo.

—Señor Tuyen, voy a necesitar que examine algunas fotografías de Ho Thi con el fin de identificarla y también tendría que ver algún documento que pruebe que efectivamente era su nieta. Luego podremos tomar las disposiciones oportunas con la División de Investigación Criminal para que su cuerpo sea trasladado a California.

—Sí, por supuesto.

—¿Tenía previsto marcharse pronto?

Aún estaba mirando la foto plastificada, posiblemente pensara en otras cosas que se guardan en bolsas de plástico.

—Tenía intención de marcharme hoy, pero me fallaron las fuerzas cuando me subí al coche.

Extendí una mano para que me devolviera la foto pero él me malinterpretó y me tendió la suya, así que cogí la instantánea con la otra mano.

—Eso es del todo comprensible. Entiendo que necesite pasar algún tiempo a solas pero, si desea resolver estos asuntos esta tarde, tendría que venir a mi oficina en Durant.

—No estoy seguro de que pueda ir esta tarde, quizá regrese a mi antigua habitación y más tarde veré cómo me encuentro. —Se levantó.

—Eso estaría bien. Mañana por la mañana también podría ser. ¿Aún tiene mi tarjeta?

—Así es. —Se detuvo junto a la puerta y se giró para mirarnos—. ¿Y usted tiene las

pertenencias de mi nieta?

—Sí.

—Me gustaría tenerlas.

—Estoy seguro de que podremos entregárselas tan pronto como nos envíen la información necesaria de Cheyenne y compruebe su documentación y la de su nieta.

—Me encargaré de que así sea. —Tuyen continuaba allí de pie y yo supe lo que venía a continuación—. Soy reticente a volver a preguntar, pero ¿es cierto que han arrestado a un hombre por el asesinato de Ho Thi?

Me crucé de brazos.

—Tenemos a un hombre retenido bajo sospecha en relación con la muerte de su nieta. En cualquier caso, no existen pruebas concluyentes contra él.

El perfil de Tuyen era oscuro y difuso al contraluz de la puerta de cristal.

—¿Ese hombre vivía debajo de la autopista?

—Eso me temo.

Noté que el contorno de su pecho subía y bajaba.

—Es difícil de asumir que estas cosas pasan, incluso aquí.

Giró el pomo de la puerta, la abrió y se marchó.

—Dios, jefe...

Saizarbitoria me había seguido hasta el patio de recreo donde me encontraba con una bota apoyada en las barras de ejercicios. Me recreé contemplando las praderas que conducían hasta el río Powder. Al este del pueblo había una pequeña pendiente, antes de que el curso norte del río arrugara las llanuras como una cama deshecha. Todo había tomado el color de una acuarela seca, como si fuera a desmoronarse y desvanecerse con solo tocarlo. Necesitábamos que lloviera.

—¿Qué has dicho?

Estaba de pie a mi lado y había apoyado una mano en la barra, pero la apartó de inmediato al notar el metal ardiendo. Se sopló los dedos.

—Me parece que has sido un poco duro con un tipo que acaba de perder a su nieta.

—No la conocía hasta hace poco.

—Dios. —Lo dijo en voz baja pero, aun así, lo oí.

Bastante mal lo estaba pasando yo pensando en todo lo que tenía que pensar, como para también sentirme juzgado por él.

—Llama a Jim Craft del condado de Natrona y pídele que vaya a Flying J a investigar si es verdad lo de la tarjeta robada.

Él carraspeó, se puso sus gafas de sol y se metió las manos en los bolsillos.

—De acuerdo.

—Y luego llama y pregunta a los del DCI si han encontrado algo en el cuerpo de Ho Thi que evidencie el consumo de drogas.

Tenía el sombrero calado hasta las cejas, de modo que me lo eché hacia atrás y continué mirando el horizonte, en busca de nubes de momento inexistentes.

Él se puso rígido.

—¿Por qué?

—Porque Paquet estaba metido en eso y lo más seguro es que, si ella se prostituía, también se drogara. —Retiré la bota del barrote y me quedé mirándolo. Era un chaval apuesto y nunca reculaba, sobre todo si yo le pedía algo, por eso me gustaba tanto. Me giré y me dirigí hacia mi camioneta—. Te sorprendería lo que podrías llegar a hacer si estuvieras desesperado.

KHE SANH, VIETNAM: 1968

El helicóptero presentaba un blanco fácil para el Ejército Norvietnamita y el fuego de mortero estallaba a nuestro alrededor como bengalas en mitad del monzón.

Me agaché contra el mamparo y me obligué a respirar, sin saber si los silbidos que oía provenían de mis pulmones o de las ráfagas del enemigo. Levanté la vista y vi que Henry liberaba a Babysan Quang Sang de las cinchas y la red de carga, asumiendo que habría que salir por patas del helicóptero.

Me miró una sola vez.

—Corre y no te detengas hasta que encuentres algo con qué cubrirte.

Los generadores y los Willie Petes, o ráfagas de fósforo blanco, iluminaron la zona desde el interior de la alambrada con un resplandor cegador que arrojaba un contraste dramático de luces y sombras sobre todo lo que había a nuestro alrededor, completamente anegado por la lluvia. Como si la situación no fuera ya lo bastante dramática de por sí.

Nos acercábamos a toda velocidad, el enorme Kingbee seguía los contornos del valle para llevarnos a nuestro destino. Volaba a ras de tierra, a dos metros escasos del suelo, y se detuvo en seco sobre la zona de aterrizaje; la revolución de los rotores engranados trazaba gigantescos círculos sobre el agua estancada.

Todo el mundo se movió al mismo tiempo. Hollywood Hoang forzó el motor con un rugido cuando nos apiñamos todos en el mismo lado. Henry y Babysan Quang Sang, seguidos por los dos médicos, salieron del helicóptero por la puerta lateral y se perdieron en mitad de la lluvia y de la noche encendida.

Yo me agaché al salir y salí disparado tras las formas de los hombres que se alejaban corriendo. Los dos médicos se habían desviado a la derecha, en dirección a la mole de un tanque M47 calcinado, mientras Henry y Babysan desaparecían en el interior de una trinchera a unos cincuenta metros.

Me sentía como un búfalo dando caza a un antílope.

Apenas había pisado tierra en la supuesta zona de aterrizaje cuando noté que el helicóptero levantaba el vuelo apresuradamente, aunque daba la impresión de que caía a tierra en lugar de elevarse. Hoang nos había dado todo el tiempo que podía y ahora tendría que salir de allí. No me había alejado ni veinte metros del aparato cuando sentí que algo me empujaba hacia el fango rojo: una gigantesca ráfaga de aire y una inmediata pérdida de oxígeno, una explosión mucho más fuerte que las demás. El impacto me elevó por los aires, el casco se me bajó hasta la nariz y caí en diagonal sobre el pisoteado barro rojo.

Tenía la impresión de que me estaba quemando. No es que sintiera que ardía, pero el olor a quemado era tan próximo que me extrañaba no ser yo. No podía oír nada, solo el sonido de mi aliento y el bombeo de la sangre en las sienes. Cuando me moví, fue como verme a mí mismo a cámara lenta; la cabeza me daba vueltas como si el estruendo no hubiera cesado.

Me obligué a levantarme pero resbalé de costado en el fango. Me giré a medias hacia la luz. Cerré los ojos ante el resplandor pero, cuando pude entreabrir uno, vi a alguien tendido en el suelo en la distancia. El fuego iluminaba el contorno de una mano y un brazo extendido hacia el cielo nocturno. Me puse en marcha tambaleándome entre el humo y las ráfagas inclinadas de lluvia.

Había cascotes por todas partes y el regusto acre del fuego se me pegaba a la garganta y pugnaba por volver a salir de mi cuerpo. Me dieron arcadas pero continué caminando con paso vacilante, buscando el brazo que esa persona me había tendido. Caí sobre unos restos humeantes y distinguí parte del fuselaje de nuestro helicóptero mientras las gotas de lluvia siseaban sobre el metal recalentado.

El uniforme de Hollywood Hoang estaba chamuscado pero continuaba siendo celeste. Me agaché y lo agarré, resbalé y aguardé un instante, intentando librarme del tapón que tenía en los oídos después de la explosión.

Como no pesaba mucho cargué con él a cuestas, recorriendo lentamente la distancia que me separaba de la trinchera y preguntándome qué les habría sucedido a los demás.

Entonces fue cuando vi los otros cuerpos.

Uno de los médicos no había logrado sobrevivir. Por alguna razón, el grueso de la explosión que había destruido el helicóptero se había concentrado a la izquierda de la nave y lo había arrollado. Su cuerpo yacía en tres pedazos por el impacto de los rotores o el motor o quizá por la tremenda fuerza del estallido. El otro médico se arrastraba entre aceite hirviendo y chillaba. O al menos eso fue lo que supuse, ya que tenía la boca abierta.

Llegué hasta el hombre, lo cogí por la pechera del chaleco antibalas y lo levanté un poco haciendo palanca con la rodilla enfangada. Lo agarré de nuevo para asirlo mejor y él giró pesadamente la cabeza hacia la mía.

—No me dejes.

Levanté del suelo a Quincy Morton de Detroit, Michigan, me eché a Hoang al hombro y di media vuelta, dispuesto a alcanzar la trinchera como fuera. El humo lo nublaba todo, como si nos hubiera tragado. Yo caminaba en medio de la oscuridad penosamente, el calor se me pegaba a la espalda como una plancha de vapor y, aunque el peso de los dos cuerpos me entorpecía el avance, no podía hacer otra cosa más que arrastrar los pies por el barro que se iba acumulando bajo mis botas de combate.

Me acordé de los escudos de placaje del equipo de fútbol americano de la universidad y de los dos entrenamientos diarios bajo el implacable sol californiano, y entonces enderecé los hombros, agaché la cabeza y me impulsé hacia delante.

No había dado ni siete pasos cuando alguien chocó conmigo. Había rebotado contra mí y debía de haberse caído, de modo que solté un momento al matasanos para intentar

ayudar al que estaba en el suelo, pero el médico me malinterpretó y se agarró a mi brazo. En ese preciso momento vi el cañón de un AK-47 subiendo para apuntarme a la cara. Poco podía hacer yo. Había perdido mi rifle.

Mi adversario abrió fuego y el fusil comenzó a restallar mientras yo me echaba hacia delante en medio del silbido de las balas que pasaban junto a mí. Caí sobre mi atacante pesadamente y noté que él trataba de recuperar el fusil automático que yo había aprisionado con el cuerpo. Yo tenía una mano libre y me lancé a por su cuello. Todo estaba mojado y nuestros cuerpos se contorsionaban uno contra el otro.

Él no dejaba de dar patadas, pero el peso de los tres no le permitía mucha libertad de movimientos. Hice más presión sobre su laringe y noté que el cartílago comenzaba a quebrarse, señal de que el órgano cedía y presionaba la cavidad del esófago. La explosión me había ensordecido pero no era difícil imaginar que aún se oían las regurgitaciones del otro. Seguramente habría babeado como un bebé, preparándose para gritar con todas sus fuerzas.

Nunca llegó a hacerlo.

Ni se movía, ni respiraba y, aun así, me costó convencerme de que estuviera muerto.

Me quedé tumbado sobre él, me entraron arcadas, tosí y, finalmente, vomité.

Escupí, me aclaré la boca y tanteé el terreno buscando a los dos hombres que yacían a mi lado. Las manos del médico se aferraban a mi brazo. Me puse de rodillas y luego de pie, volví a cogerlos y eché a andar a trompicones bajo la lluvia incesante. Cogí impulso, a sabiendas de que, si no nos poníamos a cubierto con rapidez, éramos hombres muertos.

El Ejército Norvietnamita había arrasado la guarnición y se encaminaba hacia la alambrada. Les llevábamos apenas unos pasos de ventaja. Notaba que las botas se me hundían en el terreno enlodado y sentía el impulso de la adrenalina mientras atravesábamos los retazos de humo que quedaban y la niebla cerrada de la noche.

Continué avanzando a duras penas, cada paso que daba era un poco más largo, sin dejar de repetir el mismo mantra: «No voy a morir así... No voy a morir así... No voy a morir así...».

Más adelante, unos hombres se pusieron en pie, pero yo no tenía fuerzas para combatir con ellos, de modo que continué avanzando a empujones, acarreando a los dos heridos conmigo. El hombre de más tamaño estaba a tiro y trató de encogerse como si estuviera buscando un hoyo en el suelo. Yo acarreaba demasiado peso con los dos cuerpos, de modo que perdí pie y los tres nos abalanzamos sobre la nada.

Caímos y finalmente oí disparos a nuestro alrededor y maldiciones expresadas en mi idioma, afortunadamente. Abrí los ojos pero solo fui capaz de discernir el agua de lluvia rojiza que se filtraba entre los sacos de arena empapados y a Henry. Se agarraba la mandíbula y la sangre se filtraba entre sus dedos, pero se estaba riendo y meneaba la cabeza con gesto de incredulidad, con la sonrisa amarga del que se sabe superviviente.

Dijo algo entre dientes mientras abría fuego con el CAR-16 por encima de la trinchera, los fogonazos del cañón de 5,56 milímetros salían despedidos del metal negro como si fueran los ojos de una calabaza de Halloween reventada. Le sangraba la cabeza en el

lugar donde yo le había golpeado. Entonces me miró.

—Oye, tú, cuando dije que corrieras hasta toparte con algo no me refería a mí.

Vic le lanzó un trozo de corteza a Perro, que estaba sentado en el pasillo a mi izquierda. Observamos a la bestia recoger la masa horneada y zampársela de dos bocados.

—Porque es tu turno y no tenemos a nadie más. —Mi respuesta no pareció satisfacerla pero estaba relativamente contenta de que le hubiera llevado la cena antes de regresar a mi rancho para ver cómo estaba Cady.

Vic le dio un trago a su cerveza Rainier y se quedó mirando al gigante que, siempre oculto tras la impenetrable cortina de pelo negro, dobló su última porción de pizza, se la llevó a la boca y comenzó a masticar. Se había comido la suya entera y, quitando el trozo que Vic se había tomado y los tres que yo había devorado, también había acabado con la nuestra. Luego se había pimplado la botella de soda de un litro que le habíamos dado y finalmente se había tumbado en el catre y se había tapado los ojos con el brazo.

Vic lo estudió un momento y luego tomó la palabra.

—Entonces, para una noche que duermo en la cárcel, ¿tú te vas a dormir a casa? —No respondí nada. Ella me observó mientras yo le daba un sorbo a mi cerveza—. ¿Seguro que no quieres quedarte?

—Uno de los dos tendría que quedarse en esta habitación. —Eché un vistazo al prisionero, que ahora roncaba suavemente—. Bajo ningún concepto...

Ella se encogió de hombros.

—Es la pizza más asquerosa que he comido en mi vida.

Yo continuaba observando al indio.

—A él parece que le ha gustado.

—Vive debajo de la autopista. No creo que tenga unos gustos culinarios demasiado refinados.

Le rasqué la erre a la etiqueta de mi botella de cerveza con el pulgar.

—Saizarbitoria piensa que soy racista.

—Qué bien. Yo creo que eres traficante de esclavos. —Se echó hacia atrás la gorra de béisbol. Cuando se ponía sombrero significaba que su pelo tenía un mal día, cosa que yo había aprendido a no mencionar—. ¿Por qué?

—Hoy fui un poco duro con el tal Tuyen.

—¿De verdad?

—Sí. —Me quedé mirando el pegamento azul que quedaba al descubierto bajo la etiqueta—. No sé, quizá sean prejuicios. Formó parte de los Tigres Negros y de STRATA.

Ella se quedó mirándome fijamente.

—Y, para los que nacimos después de la era de Acuario, ¿qué demonios significa eso?

—Los Tigres Negros eran la versión survietnamita de nuestras Fuerzas Especiales, y STRATA era un programa que soltaba a estos tíos detrás de las líneas enemigas. Creo que eran alrededor de un centenar y un tercio de ellos nunca volvió para contarlos.

—¿Así que es un tipo oscuro?

–Podría serlo. –Inspiré hondo–. Su inglés es muy bueno, nunca había conocido a un vietnamita que lo hablara tan bien... –Se produjo un silencio demasiado largo, por lo que cambié de tema–. ¿Sabemos algo de Quincy, del centro de veteranos?

Ella bajó la botella de cerveza y me observó mientras me levantaba y recogía los envases, dejando las dos cajas de pizza vacías y las botellas sobre la encimera.

–Está de vacaciones en Detroit, ese lugar de ensueño, y no volverá hasta mañana temprano. Les dije que alguien se pasaría por allí.

–¿Preguntaste si se les ha perdido un indio de dos metros y pico?

–Lo hice, pero el imbécil con el que hablé no supo decirme casi nada.

–¿Quieres venir conmigo a Sheridan mañana por la mañana?

–No. –Cuando me detuve ante el pasillo, se levantó, me examinó con atención y luego se volvió a recostar contra la puerta del frigorífico–. Después de pasarme la noche durmiendo en el suelo de la cárcel sola... no. –La observé mientras se me acercaba, cómo se le marcaba el uniforme en los lugares oportunos, ese algo en su cuerpo tan exuberante, tan exótico–. Es por el uniforme, ¿verdad?

–No, no es el uniforme.

–Tranquilo... no pasa nada. Algunos tíos son bastante frikis y les gustan las mujeres de uniforme, pero tú no eres así.

Estábamos de pie junto a la entrada del pasillo, fuera del alcance de la vista del gigante. En este lugar se hacía aún más difícil mantener la conversación que teníamos pendiente.

–¿Así cómo?

–Frikis.

–No, no lo soy. –Ella estaba muy cerca y yo estaba entre la espada y la pared en todos los sentidos. Extendió una mano y me tocó una manga, recorriendo mi brazo con los dedos y rozando el bordado de la insignia de *sheriff*. Levantó la vista y me miró fijamente. Percibí su aroma, y de qué manera, y me volvió a venir a la mente aquella noche que pasamos en Filadelfia.

–Mira...

Su rostro estaría a veinte centímetros del mío.

–¿Qué?

–Verás... No sé si...

Sus ojos brillaban bajo la luz mortecina del pasillo y me descubrí escrutando ese resplandor irisado.

–¿Qué?

–Lo que hicimos aquella vez estaba fuera de contexto pero ahora hemos vuelto...

Ella se puso de puntillas lentamente, me acarició el cuello con la mano mientras se me acercaba, acortando la distancia que nos separaba.

–¿Qué te parecería si nos deshiciéramos de estos uniformes y volviéramos a salirnos de contexto?

Apoyé las manos en el nacimiento de su espalda y noté que se estremecía como un potro.

Al contrario de lo que piensa la mayoría de la gente, los mejores besos no empiezan en

los labios. Este en concreto comenzó en la cicatriz de mi clavícula, se abrió paso perezosamente por los músculos de mi cuello y se detuvo a la altura de la mandíbula. Me estaba costando respirar. Entonces la oí gemir y el sonido me retrotrajo a otro lugar, al este del país, a un tiempo no muy lejano. Fui a besarla pero ella se había detenido y había girado la cabeza en dirección a las celdas.

Nos quedamos allí respirando entrecortadamente, y ella dijo con un hilo de voz:

—Creo que el prisionero se ha despertado.

Asentí y la observé mientras ella retiraba la mano y la cara. La agarré y la estreché con un brazo, apoyando la barbilla encima de su cabeza y sosteniéndola allí solo un momento más, sin hablar. La oí suspirar y entonces la dejé ir.

—Creo que será mejor que vuelva donde estaba.

La observé mientras cambiaba de sitio la silla plegable y se sentaba donde el indio pudiera verla. Él se calmó de inmediato.

—Si te hace sentir mejor, tenía pensado pedirte una cita.

Ella levantó la cabeza y sus ojos dorados volvieron a brillar, al tiempo que sonreía dejando al descubierto su característico canino, un destello marfil de advertencia.

—¿Una qué?

Sentí que el valor me abandonaba.

—Así solíamos llamarlo en mis tiempos, tener una cita.

—¿De veras?

—Sí. —Estoy seguro de que me sonrojé un poco, pero me mantuve lo bastante firme como para recoger la basura de la encimera—. ¿Ahora cómo lo llamáis?

Vic mantuvo la media sonrisa en su sitio y me miró como un gato que jugara con un ratón.

—Follar.

Me entretuve a su lado un momento más y luego eché un vistazo al enorme indio antes de marcharme. Se diría que nunca era el momento oportuno. Vic esperó hasta que llegué a la mitad del pasillo antes de gritarme:

—¿Seguro tú marchar? ¡Yo mucho quereeeeeerte!

Después de ayudarla con los ejercicios de rehabilitación de la mañana, me llevé a Cady conmigo y emprendimos los ciento y pico kilómetros de carretera que nos separaban de Sheridan. Íbamos por la I-90 y acabábamos de pasar el lago DeSmet. Perro iba sentado entre ambos. Ella se había quitado las sandalias y tenía las piernas dobladas sobre el asiento, su postura de siempre.

Me fijé en que se había vestido especialmente para recibir a Michael, que llegaría más tarde ese mismo día, y llevaba una falda larga de vuelo color turquesa y una camiseta negra de lentejuelas con manga japonesa. Se cubría la mata de pelo caoba con un sombrero de *cowboy* de paja muy estiloso con una tira de cuero adornada con tachuelas y montones de plumas. También llevaba los pendientes a juego con la falda. Un cruce entre motera y vaquera de alta costura. Ella me miró y continuó acariciando a Perro.

—No te burles de mi sombrero.

—No he dicho ni una palabra.

—Estabas pensando en eso.

Accioné el control de velocidad de cruce y me recliné en el asiento.

—Es un sombrero muy bonito.

—No lo hagas.

La miré de reojo.

—¿El qué?

—Estabas a punto de hacerte el gracioso. —Mi hija inspiró hondo y miró por la ventanilla, desde donde se divisaba el valle de Piney Creek.

Llega un momento en el que, como padre, se supone que debes decir algo, decir lo correcto, y me pregunté qué era lo que se esperaba de mí en ese momento. Estaba claro que la llegada de Michael la ponía nerviosa y yo tenía el deber de mitigar parte de esa ansiedad.

—Estás fantástica.

Ella bajó la cabeza y esperó.

—Llevo el sombrero para tapar la cicatriz.

—Venga, cielo...

—Me puse a pensar... —Se quedó callada un momento, pero no fue porque no tuviera nada que decir—. Tengo el pelo demasiado corto, no he tomado casi el sol...

—Estás fantástica, te lo prometo. —Adelanté a un camión de nueve ejes y volví a incorporarme a nuestro carril—. ¿Tanto significa para ti esta visita?

Ella extendió la mano y ajustó la trampilla del aire acondicionado, para ponerla a continuación en la posición anterior.

–Sí.

Llevaba tiempo queriendo sacarle el tema y creí que no se me iba a presentar una ocasión tan propicia como esta. Como padre, había decidido basar la relación con mi hijita pelirroja de grandes ojos en la verdad y nada más que la verdad, pues ese era el único lenguaje que ambos entendíamos.

–Bueno, esta podría ser una buena oportunidad para que ambos os conozcáis de verdad, aunque solo sean un par de días.

Esperaba que a ella el comentario le sonara mejor que a mí.

–¿Qué se supone que significa eso?

Pues no.

–Solo creo que la visita será positiva. Antes, cada uno tenía un rol: él era el agente de policía y tú la víctima... –La miré de reojo y luego volví a fijarme rápidamente en la carretera–. Primero fue el hospital, luego vinieron las llamadas telefónicas. Creo que esta será una buena oportunidad para que los dos os encontréis en un entorno más natural y os conozcáis de verdad.

–Es la segunda vez que dices «de verdad», ¿te refieres a que ahora mismo es como si no nos conociéramos?

–Yo no he dicho eso.

–¿De verdad?

Se diría que su mente mejoraba a pasos agigantados. Usé mi último cartucho: emplear la voz de la razón paternal y autoritaria.

–Cady...

–No quiero hablar del tema.

No volvimos a hablar durante los siguientes veinte minutos, luego tomé la segunda salida a Sheridan, giré en Main Street y subimos la cuesta que conducía al centro de veteranos. El organismo ocupaba el antiguo fuerte Mackenzie y era un lugar precioso situado en una meseta al norte de la ciudad, entre álamos ondulantes y sólidos edificios de ladrillo rojo. Pasamos junto a la garita vacía de la entrada y entre las filas de coníferas que arrojaban sombras sobre el camino, entonces ella decidió volver a dirigirme la palabra.

–¿Cómo es que nunca me has presentado al tal Quincy Morton?

–Lo conozco de antes de que vinieras al mundo.

–¿Antes de que yo naciera pasaban cosas? –Eché un vistazo a los alrededores mientras yo conducía entre las fortificaciones–. Entonces, ¿lo pasaste mal después de la guerra?

Me quedé meditando sobre ello.

–No sé si lo definiría como pasarlo mal... Fueron unos tiempos muy confusos y yo buscaba respuestas. Quincy me escribió para contarme que se iba a trasladar de Detroit a Sheridan.

Ella me observaba.

–¿Mamá no te ayudaba?

–Sí, pero ella no había estado en Vietnam; supongo que necesitaba a alguien que hubiera servido allí.

—¿Qué hay de Oso?

Me encogí de hombros.

—Por aquel entonces no andaba por aquí.

Notaba aquellos ojos grises y serenos clavados en mi perfil.

—No parece que fuera algo que te afectara mucho.

Aparqué el Bullet bajo la sombra de un árbol y dejé las ventanillas medio bajadas para Perro. Pensé en el contrato que había firmado con ella.

—Pues sí, me afectó.

Cuando bajamos de la camioneta, me fijé en que había dejado el sombrero en el asiento.

Los padres fundadores de Sheridan habían presionado al gobierno para que se construyera el fuerte Mackenzie para proteger a la población contra los indios hostiles. El hecho de que solo fueran 23. 133 indios repartidos por un área casi tan grande como Europa, de que esa cifra comprendiera hombres, mujeres y niños o de que corriera el año 1898 y que el director del Censo de los Estados Unidos hubiera declarado oficialmente desaparecida la frontera dentro del territorio no supuso ningún inconveniente.

Los políticos de Sheridan eran unos señores muy astutos que no tardaron en darse cuenta de las ventajas económicas derivadas de tener tropas acuarteladas en las inmediaciones. Aumentaría el comercio de productos locales, en particular de la carne de ternera, y el fuerte proporcionaría trabajo a una mano de obra incipiente. También les facilitaría a las madres fundadoras cadetes de West Point con los que casar a sus hijas. No era difícil imaginarse la cara que pondrían las primeras tropas del Décimo de Caballería, compañías G y H, cuando se apearon del tren en Sheridan y descubrieron que habían venido a cazar búfalos.

La oficina de Quincy Morton no estaba en el mismo lugar que antes. De hecho, todo había cambiado de sitio. Llevaba sin ir al centro de veteranos algún tiempo y parecía que el lugar hubiera pegado un estirón. Me alegré de volver a ver a Quincy y, cuando le describí al enorme indio que tenía en la cárcel, supo inmediatamente a quién me refería.

—¿Eres consciente de que nada me obliga a darte información sin la debida autorización?

—Lo soy. Si te incomoda, puedo ir a ver a Chuck Guilford para poner en marcha la avalancha de papeleo, pero eso no va a ayudar al hombre que tengo encerrado en una celda.

Observé cómo Quincy se mesaba la frondosa barba, que estaba salpicada de un gris que yo no recordaba. Era fácil entender por qué los indios de las llanuras habían asociado la barba de los soldados con el pelaje de los rebaños de búfalos. Se ajustó las gafas, miró a Cady de reojo y luego fue hasta un gran archivador de roble y se arrodilló. Me fijé en que había sacado el primer cajón, el que iba de la A a la C.

Búfalo Blanco. Tenía que ser él.

Extrajo un grueso expediente del cajón y regresó hasta donde estábamos, depositando

la carpeta junto al borde de su escritorio. Permaneció en pie.

—Voy a llevarme a esta encantadora dama a la sala de estar del ala cinco, donde el café es mediocre pero tenemos una zona acristalada con unas vistas increíbles de las montañas. —Le ofreció el brazo a Cady y ella sonrió y se reunió con él en la puerta, con la falda turquesa caracoleando a su alrededor. Quincy le quitó una identificación a una chaqueta azul marino que colgaba del perchero—. El expediente no sale de mi despacho, te espero en quince minutos. El ala cinco es de aislamiento voluntario, pero diles que vas conmigo y te dejarán pasar.

Y cerró la puerta.

Acerqué la silla de Quincy al escritorio y miré a mi alrededor. Supongo que estaba retrasando el momento de leer el expediente. El terapeuta había enmarcado y colgado en la pared un póster del museo Búfalo Bill de Cody donde aparecían los Soldados Búfalo del Décimo de Caballería. Tenía un par de envases de comida precocinada en la estantería y una granada de mano de pega con una pequeña placa donde se leía: «Si tienes alguna queja, tira de la anilla». Bueno, di por hecho que era de pega, pero nunca se sabía.

En la portada del expediente había una pegatina blanca donde ponía: «Virgil Búfalo Blanco».

Virgil.

Pensé en el autor de la *Eneida* y en el supuesto viaje de Dante a los infiernos. Estudié el expediente y deseé que su periplo hubiera sido más agradable. No tardé en comprobar que no lo había sido.

Empleé los quince minutos en leer el expediente de cabo a rabo y, desde que salí del despacho de Quincy para reunirme con él y mi hija, no había dejado de repetirme la misma palabra.

Dios.

Era un día completamente despejado y caluroso, inspiré hondo y aspiré la fragancia acre a césped recién cortado. Pensé en lo que había leído mientras caminaba por las veredas rastrilladas que conducían al ala cinco. Me detuve ante las dobles puertas de plexiglás y esperé a que el oficial de guardia se acercara. Mencioné el nombre de Quincy y me dijo que continuara por el pasillo, cogiera la segunda a la derecha y siguiera recto.

Ellos estaban sentados ante una mesita redonda donde había tres tazas de café de asa gruesa y una jarra de plástico blanco. Me senté y los oí continuar con su conversación, que versaba sobre la inminente visita de Michael y los planes de Cady de regresar a Filadelfia después del primer lunes de septiembre.

Me senté y contemplé las montañas y seguí pensando en lo que acababa de leer en el despacho del médico.

Dios.

Cady me acercó una taza de café.

—Quincy me ha contado que le salvaste la vida.

Giré la cabeza para mirarla.

—¿Ah, sí? Bueno, el pobre sufre alucinaciones y por eso lo tienen encerrado en este sitio.

Dando por hecho que sería tarea difícil sonsacarme algo, Cady se volvió hacia Quincy y este le contó una versión de los hechos que me dejó a la altura de Rambo. Dijo que le había hablado tanto de Wyoming que cuando publicaron una oferta de trabajo en el centro de veteranos de Sheridan en la que solicitaban un coordinador de estrés postraumático, que ni él ni su mujer, Tamblyn, se lo habían pensado dos veces.

—Por esa época solo teníamos tres negros en todo Wyoming y me habían encargado a mí conseguir la paridad racial.

Quincy meneó la cabeza, le dio unos golpecitos a Cady en el brazo y señaló otras puertas de plexiglás que daban a un césped tan verde que deslumbraba.

—Por allí se llega a un camino que conduce a otro que rodea la explanada para desfiles y desemboca en la gran mansión que solía ser la residencia del comandante del fuerte. En la planta de arriba hay una sala de baile con suelos de madera y grandes ventanales con vistas a las montañas. —Esperó un instante—. Deberías verla.

Cady, acostumbrada a que la despachara para excluirla de mis zafias conversaciones de trabajo, asintió y me estrechó el hombro al pasar, no sin volverse para mirar a Quincy.

—Aunque os lo queráis quedar, no podréis, lo necesitamos.

El médico sonrió.

—Es demasiado listo, pero los listos siempre se meten en apuros.

Nos quedamos mirándola mientras un asistente le abría la puerta y ella se quitaba las sandalias para caminar descalza por la explanada de los desfiles.

—Dios mío, Walter, qué joven tan extraordinaria...

La observé abrirse paso por el césped, deteniéndose a rozar de vez en cuando las briznas de hierba con el pie antes de continuar.

—Es una gamberra.

Él se giró hacia mí y vi que estaba de verdad preocupado.

—Me ha hablado de los problemas que tuvo en Filadelfia. —Asentí pero no añadí nada, preguntándome cuánto le habría contado—. Parece que está progresando genial.

—Eso espero.

Él me estudió.

—¿Qué es lo que te preocupa?

Dejé escapar un gemido.

—Que se esté esforzando demasiado, que no se esté esforzando lo suficiente, que nos estemos centrando mucho en la parte física y no lo bastante en el aspecto intelectual, que nos estemos centrando en la parte intelectual y no lo bastante en el aspecto físico...

Él se echó a reír.

—Nunca cambiarás, Walter.

Inspiré hondo y traté de suprimir la ansiedad poniendo a trabajar los pulmones.

—No estoy seguro de que eso sea algo positivo, doctor.

—Lo es. —Él le dio un sorbo al café—. Has leído el expediente.

—Así es.

—¿Y?

Miré el interior de la taza y, en comparación con el pasado del indio, el café me pareció transparente.

—Si alguna vez me da por pensar que he tenido una vida dura, me acordaré de Virgil Búfalo Blanco.

Quincy dejó la taza sobre la mesita y acercó su silla. Escuchó atentamente la historia de Ho Thi Paquet y asintió amablemente a la superficie lisa de la mesa sin interrumpir en ningún momento, un ritual que yo recordaba bien. Cuando terminé, levantó la vista para mirarme.

—¿Crees que lo hizo él?

Inspiré hondo de nuevo.

—Hasta antes de leer el maldito expediente no lo pensaba.

Continuamos sentados en silencio, un arte que cultivábamos desde hacía tiempo, hasta que el doctor volvió a hablar.

—Acabo de ir.

—¿Adónde?

—A Vietnam.

—¿Por qué?

Él se echó a reír.

—Suena como si todavía te quedara algún tema por resolver.

—¿Alguno? Y una mierda, tengo temarios enteros.

Le serví más café mientras él continuaba riéndose.

—Fui con Tamblyn, justo el año pasado; nos quedamos en el hotel Morin, en Hue. Estábamos sentados desayunando y tomando café al estilo Buon me Thuot, viendo caer los frutos de los almendros malabares... —Le dio un sorbo a la taza.

Yo asentí.

—Y, al margen de las almendras, ¿cómo es aquello?

Él sonrió.

—Todo el mundo intenta venderte algo. —Me miró un instante—. Tomamos la Ruta 1, que pasa por Da Nang, hasta llegar a la antigua ciudad pesquera de Hoi An... Motocicletas por doquier, ya no se ven búfalos de agua. Hay tiendas por todas partes donde se venden cuadros, joyas y camisetas. Los clubes nocturnos de Hue tienen nombres como Apocalypse New o M16>. Le enseñé a Tamblyn Red Beach 1 y Red Beach 2, donde desembarcaron las primeras tropas americanas de infantería. —Hizo una larga pausa y entonces fue cuando comprendí que estaba hablando consigo mismo—. En general... fue todo bastante extraño.

Le di un sorbo a mi café y contemplé los escasos neveros de las montañas que aún no se habían derretido.

—Quizá ganamos, después de todo.

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1968

El mismo mayor de las fuerzas aéreas de la vez anterior seguía siendo el oficial a cargo

de la seguridad y DeDe Lind, la conejita de *Playboy*, continuaba en la pared del barracón Quonset insistiendo en que era agosto.

—Me resulta extraño que fueras destinado aquí por el capitán preboste para investigar la sobredosis de un soldado y que terminaras en Khe Sanh en un helicóptero explotado.

—Sí, señor.

Miró de nuevo el *dossier* que tenía sobre su escritorio, que contenía los papeles del alta hospitalaria. Había transcurrido casi una semana y habían intentado enviarme de regreso a Chu Lai y al cuartel general del batallón, pero les dije que prefería volver a Tan Son Nhut.

—Aquí dice que los marineritos te han propuesto para la Cruz de la Marina y la Estrella de Plata.

—Sí, señor.

—¿Qué hiciste en Khe Sanh, hundir un submarino?

—Sí, señor.

Él me miró a través de sus gruesas lentes.

—¿Cómo dices?

—No, señor.

Me escrutó un buen rato con sus ojos sin vida.

—Estaba previsto que tu investigación oficial durara cuatro semanas, pero voy a encargarme de que la reduzcan a tres y de que salgas pitando de aquí.

—Pero, señor, mis órdenes del cuartel general...

—¿Te refieres a las mismas órdenes concernientes a una investigación que has estado ignorando porque te fuiste de parranda a Khe Sanh? —Como no respondí, él se levantó y rodeó su escritorio. Se quedó mirándome el brazo, todavía en cabestrillo, y los puntos de sutura del corte que me hice al chocar con Henry—. ¿Cómo va la investigación, teniente? —Me disponía a hablar cuando él me interrumpió—. El trabajo que te encargaron, ¿cómo va?

Me dolía la cabeza y me figuré que mi situación no iba a mejorar en absoluto si le contaba que las drogas estaban más que extendidas por todo el país y que su propio personal me había advertido de que no me inmiscuyera.

—No demasiado bien, señor.

Él se cruzó de brazos y se sentó en el borde del escritorio.

—Durante el tiempo restante que contaremos con tu bendita presencia, tu ámbito de actuación estará exclusivamente restringido a esta investigación y al perímetro de esta base aérea, ¿me he explicado bien?

Pensé en los manuales de uso de los M16 con estética de cómic.

—Sí, señor.

—Rompa filas.

La tarde estaba avanzada, lo que en aquellas latitudes equivalía al punto del día en que el sol parecía no ponerse nunca. Caminé hasta la Puerta 055 y al bar Buenos Chicos Buenos Ratos con una única idea en mente: pillarme una buena cogorza. No había demasiada gente allí, así que me hice con cuatro cervezas en la barra y me retiré a mi

lugar favorito. Me quité el cabestrillo y lo tiré en lo alto del piano, me entretuve un rato con la tecla fa y luego me dispuse a interpretar algo de Fats Waller.

Llegó Mai Kim y acercó un taburete para verme tocar. Llevaba el *Barras y Estrellas* doblado debajo del brazo, pero no me pidió que le diera una clase. Supongo que se me notaba que no estaba de humor. Pero ella continuaba rondando a mi alrededor, mirándome.

—Hola, Mai Kim.

Ella sonrió y se cruzó de piernas.

—Hola, ¿tú aquí otra vez?

—Por algún tiempo.

Ella parecía preocupada.

—¿Tú vuelves a América?

Le di el primer trago a la segunda cerveza de repuesto.

—Más tarde, sí. Pero, por el momento, me marcharé al cuartel general de Chu Lai.

Ella se inclinó hacia delante para mirarme la cara y el antebrazo vendado.

—¿Tú herido?

Levanté la vista y me fijé en la simetría de su cara de muñeca de porcelana, enmarcada por el sedoso pelo oscuro.

—No es para tanto.

—¿Tú triste?

—Un poco. —Continué mirándola y me di cuenta de que ella también parecía un poco deprimida—. ¿Qué me dices de ti?

Ella esbozó una sonrisa fugaz que murió antes de que prendiera.

—Novio de Tennessee, no escribe.

—¿Ha regresado a casa?

—Sí. —Ella asintió—. ¿Qué piensas?

—En una chica. —Me acordé de la rubia de Durant y me pregunté si continuaría disponible.

Ella estaba cada vez más triste.

—¿Novia americana?

—Sí. —Continué en el piano masacrando la pieza de jazz *A Good Man is Hard to Find*, con la mano izquierda saltando de las notas sincopadas a los graves y arrancando acordes en do menor.

Intentó animarse y esbozó una pequeña sonrisa con la comisura de los labios.

—Esta que tocas mi canción favorita. —Me abstuve de referirme al título porque ella bien sabía lo difícil que era encontrar un buen hombre, pero continué tocando—. ¿Hablas de América?

—Eso es un tema muy amplio...

Ella extendió la mano y me acarició la frente, con cuidado de evitar los puntos.

—Habla otra vez sobre sitio favorito.

—¿En casa?

Me rozó el pelo con los dedos y luego apoyó la mano en mi hombro.

—Sí.

Le sonreí y las palabras fluyeron como el arroyo que me venía a la mente.

—Hay un lugar en Wyoming al sur de mi condado, junto al paso de Hole in the Wall, cerca de un pueblo llamado Powder Junction.

—¿Hole in the Wall?

—Sí, te hablé de ese sitio, ¿recuerdas? Es un lugar famoso donde los forajidos solían ocultarse.

—Forajidos.

—Butch Cassidy y Sundance Kid. —Ella asintió con la cabeza, acordándose. Pensé en cómo, después de cumplir las tres cuartas partes de su sentencia, George LeRoy Parker fue llevado ante el gobernador William H. Richards y declaró que nunca volvería a atracar ningún banco de Wyoming. Fue puesto en libertad y, fiel a su palabra, no volvió a robar en Wyoming... aunque nadie dijo nada sobre Colorado—. Tenían su guarida cerca del punto donde el arroyo Buffalo Creek atraviesa el cañón, se ve cuando te acercas a esos gigantescos muros rojos que tienen ochenta kilómetros de largo. —Pensé en las truchas grandes y precavidas que nadaban en las frías aguas bajo las ramas de los sauces llorones que filtraban los rayos de sol—. Hay un viejo pueblo fantasma llamado Bailey y, cerca de allí, está el mejor sitio para pescar de todas las montañas Big Horn.

—Bailey, montañas Big Horn.

—Eso es.

—¡Mai Kim! —Era Le Khang, gritándole desde el otro extremo del bar. Ella se giró y lo miró a él y al piloto del bigote que estaba junto a la barra.

Volvió a mirarme, sonrió y se bajó del taburete.

—¿Tú vuelves allí?

Dejé la botella sobre el piano y me quedé mirando las teclas.

—No lo sé...

Bajó desde el hombro hasta el antebrazo y acarició con cuidado la gasa y las vendas que cubrían la herida.

—La chica, ¿ella allí?

Dejé escapar una risa entrecortada.

—Así es.

Ella me dio un último golpecito en el hombro antes de marcharse.

—Tú vuelves.

Bebí sin parar durante el resto de la tarde, cada vez me pesaba más el brazo herido y tenía el hombro tan cargado que no me quedó más remedio que tocar con una sola mano.

La noche estaba bien entrada y probablemente me había bebido un barril entero de cerveza. La gente se agolpaba a mi espalda. También me di cuenta de que Le Khang llevaba rato sin traerme cerveza, seguramente me habría cerrado el grifo.

Vino en mi rescate un brazo azul celeste que me resultaba familiar, que colocó otra cerveza junto a los botellines de las anteriores sobre la cubierta del piano polvoriento y ajada.

—¿Cómo estás, Hollywood?

Él sonrió y se sentó en el borde de la banqueta. Me fijé en que ocupaba muy poco espacio comparado con Henry Oso en Pie. A Hoang le habían dado el alta solo dos días después del incidente en Khe Sanh, ya se había incorporado a su puesto de piloto y había intervenido en tres misiones desde principios de la semana.

—Yo invito cerveza.

—Gracias.

Él continuaba sonriéndome.

—Tú borracho.

—Como una cuba. —Él me miró sin comprender—. Borracho como una cuba.

Él pareció animarse, siempre dispuesto a aprender una nueva expresión coloquial.

—¿Borracho como una cuba?

—Borracho. Como una cuba.

Alzó su botella mientras repetía la frase para sí. Yo cogí la mía, mojada por el efecto de la condensación, y brindamos. La clase de vocabulario me trajo a la cabeza a Mai Kim y su recuerdo se entremezcló con los vapores del alcohol que surcaban los confines de mi cerebro.

—¿Dónde está Mai Kim?

Él me miró sin comprender.

—No está aquí.

—¿Dónde está?

—Ella fuera.

Me bebí la cerveza.

—Oh.

Me rasqué la cabeza y vi cómo la gorra resbalaba y caía sobre los pedales del piano. Hoang se agachó, la recogió y me la puso del revés.

—¡Tú borracho como una cuba!

Me eché hacia atrás y me levanté pero ninguno de esos movimientos fue demasiado preciso. Esperé a que el mundo dejara de moverse y, como se estaba haciendo tarde, decidí emprender la larga caminata hasta el otro extremo de la base, donde estaban los barracones para visitantes en el que me habían alojado. Hoang estaba a mi lado y me cogió del brazo para sujetarme.

—¿Tú vas casa?

—Pues sí. —Me agarré con una mano al piano, que proporcionaba más sujeción que el pequeño piloto—. Si es que puedo llegar.

—Yo ayudo.

Después de casi tropezar con la banqueta del piano vi que todo el mundo se apartaba. Era la hora punta. Por un breve instante tuve náuseas pero eructé y me sentí algo mejor.

—Estoy bien.

Mientras me giraba y avanzaba tambaleándome hasta la puerta abierta, Hoang me levantó un brazo y se metió debajo para ayudarme a abrirme paso por el Buenos Chicos Buenos Ratos. Me zafé de su brazo y entonces tropecé con los dos escalones de la salida

del bar y caí de bruces.

Me puse boca arriba y me quedé mirando la noche estrellada y brumosa.

—Ay.

La cara de Hoang estaba encima de la mía.

—Tú caes.

—Supongo que me vendría bien un poco de ayuda.

El piloto vietnamita me agarró del brazo y me ayudó a ponerme de pie. Era sorprendentemente fuerte y me llevó medio a rastras medio a cuestras por el camino desierto de arena roja. Entonces asintió.

—Tú me salvas la vida.

Me quedé mirando la imagen ridícula que componía ese hombre diminuto con un mono celeste y un pañuelo blanco de seda.

—¿Cuándo?

—Tú hombre divertido.

Me detuve y me cuadré ante los dos policías de las fuerzas aéreas que estaban de guardia ante la Puerta 055. El soldado le preguntó a Hoang si yo sería capaz de llegar solo o si debería llamar a una patrulla para que trajeran un Jeep o una carretilla elevadora. Hoang negó con la cabeza y explicó que podíamos rodear el perímetro hasta la siguiente puerta para darme tiempo a que se me pasara la borrachera. También les explicó cómo le había salvado la vida.

Dijeron que era fantástico.

Entonces les explicó que también había salvado la vida de otras personas.

Dijeron que eso también era fantástico.

Entonces vomité.

No creo que pensarán que era tan fantástico.

Me apoyé en Hoang mientras recorríamos el perímetro vallado, observando cómo la luz de la luna bañaba los altos muros pintados de blanco del antiguo fuerte francés, u Hotel California, como le llamaban los lugareños. No sabía si la escena me parecía irreal o demasiado auténtica, pero me sentía como si nos encontrásemos en un plató donde se estuviera rodando alguna película y fuéramos caminando detrás de los decorados, contemplando los contrafuertes de sesenta por uno veinte que soportaban la parte trasera de los muros.

Me estaban entrando náuseas de nuevo y me detuve, me apoyé sobre algo y me senté en una superficie dura.

—Oye, Hollywood, ¿alguna vez has visto la película *Beau Geste*?

—No, pero necesito hablar contigo.

—¿Una donde salía Ronald Colman?

Parecía un poco preocupado.

—No...

—¿Y la de Gary Cooper?

—No.

Miré a Hoang, en ese momento una figura borrosa y vacilante bajo el cielo cargado y

ajeno de Vietnam.

—¿Qué me dices de *Gunga Din*? ¿Tampoco has visto esa?

—Teniente..., yo tengo que decir una cosa.

—¿Qué?

—Yo tengo que decir una cosa.

Lo ignoré y comencé a recitar a Kipling:

*Puedes pedir ginebra o cerveza
cuando caiga en tu bolsa la soldada
y regreses a la madre patria a librar peleas baratas.
Pero cuando llegue la batalla
no ansiarás más que agua
y lamerás la suela de aquel que insinúe portarla.*

Hoang se alejaba poco a poco.

—Teniente...

Negué con la cabeza y me arrepentí de inmediato.

—No importa.

Miré hacia abajo y comprobé que tenía la mano apoyada en una lápida del cementerio. Enfoqué la vista y vi muchas más a mi alrededor: se extendían en todas direcciones en mitad de la bruma nocturna. Había miles de ellas y con la luz de la luna relucían como colmillos. Un perro ladró en la distancia y el sonido me alcanzó como el filo de un áspero murmullo.

Cuando levanté la vista, Hoang había desaparecido.

Quincy había vuelto al trabajo y yo me disponía a atravesar la explanada para desfiles del centro de veteranos con las botas puestas.

El fuerte se llamaba Mackenzie en honor a Ranald Slidell Mackenzie y el médico había enviado a Cady a su residencia oficial. Pensé en él y en la historia de aquel lugar mientras atravesaba el vestíbulo y subía las escaleras que conducían a la sala de baile del piso de arriba. Mackenzie se graduó en West Point en 1862, el número uno de una promoción de veintiocho. Combatió en la guerra civil y, antes de que esta concluyera, fue herido en cuatro ocasiones, consiguió siete ascensos nominales y llegó a general al frente de una división entera.

No obstante, en nuestra zona del país su fama se asociaba a la derrota del jefe cheyene Cuchillo Romo y su pueblo. Un frío día de noviembre de 1876, en la zona donde el río Powder se bifurca y se conoce como Red Forks, un enclave situado poco más arriba del arroyo donde yo había estado el día anterior, Mackenzie y cuatrocientos hombres del Cuarto de Caballería, ayudados por cuatrocientos exploradores indios, tomaron por sorpresa al jefe cheyene y a las 183 familias de su comunidad. Mackenzie destruyó el pueblo y sus víveres y terminó de una vez por todas con el estilo de vida nómada de los cheyenes del norte.

A Henry Oso en Pie le encanta recordarle a cualquiera que acepte escucharlo que Mackenzie había muerto en casa de su hermana en Staten Island, Nueva York, en 1882, víctima de una sífilis galopante y, como Lucian diría, más ido que un garbanzal. Pero, como Henry solía señalar, su muerte no fue lo bastante horrible.

Cady se encontraba de pie ante una de las grandes ventanas y contemplaba los últimos restos de nieve que se aferraban a las gargantas sombrías entre los picachos. Continuaba descalza. Su falda se arremolinó al girarse, mientras el suelo de grandes tablones de madera resonaba bajo mis botas.

Me tendió los brazos.

—¿Bailas conmigo?

Le sonreí y la cogí de la mano.

—No tenemos música.

—Pues claro que sí. —Se llevó mi otra mano a la espalda y emprendió un vals fantástico con la cara pegada contra mi hombro. Giramos alrededor de la enorme y silenciosa sala mientras yo pensaba en Virgil Búfalo Blanco y observaba a mi hija, que levantaba la cabeza y sonreía. Después de darle la vuelta completa a la pista de baile, bajé la cabeza y le di un beso en el nacimiento del pelo, sobre la cicatriz en forma de u, intentando moverme al compás de todos los motivos que tenía para estar agradecido.

—¿Cuarenta y dos homicidios involuntarios?

—Por lo menos. —Me imaginaba perfectamente al otro lado del teléfono a este nativo de California, nacido en el desierto cerca de la base aérea Edwards, y *sheriff* de un condado con dieciocho veces más habitantes que mi estado entero—. Los inmigrantes fueron introducidos en el país por Long Beach y alguien del muelle municipal nos dio un chivatazo anónimo: habían venido en un contenedor procedente de Belgrado, Serbia.

—¿Por qué Serbia?

—Los vietnamitas no necesitan visado para viajar allí. Como entran en el país casi cuarenta mil chinos todos los años, ellos pasan desapercibidos. No todo el mundo es capaz de diferenciarlos como tú.

Cogí aliento y jugué a tirarle de la oreja a Perro, que tenía la cabeza apoyada en mi rodilla.

—¿Qué pasó?

—Los traficantes les dijeron a los inmigrantes del contenedor que no hicieran ningún ruido y luego apilaron cajas de fruta contra las paredes para amortiguar cualquier sonido. Los muy hijos de puta cerraron los conductos del aire, les dieron cuatro cubos de agua de veinte litros y les aseguraron que el traslado sería cuestión de horas.

Yo había conocido a Ned en el encuentro de la Asociación Nacional del Sheriff en Phoenix, donde ambos nos habíamos refugiado de los eventos sociales en el bar de hotel para lamentarnos de nuestras respectivas hijas.

Le gustaba la pesca con mosca y había venido a las Big Horn en dos ocasiones en los últimos ocho años. Era un buen hombre y yo notaba lo mucho que le dolía repetir esta historia, pero necesitaba la información.

—¿No fue así?

—No. Cargaron el contenedor en un camión de nueve ejes y se dirigieron a Compton. — Esperé a que continuase—. Este elemento, Paquet, estaciona el camión en un aparcamiento junto a su casa y se va a comer, a ver una película y, ya que está, a chutarse un poco de heroína. Infravalora la pureza del producto y muere por sobredosis, dejando a cuarenta y dos personas en un contenedor estanco en mitad de un aparcamiento asfaltado en el sur de California, en julio, a treinta y nueve grados y medio.

Dejé escapar el aire lentamente y Perro me miró.

—Se quedaron en ropa interior, intentaron beberse el jugo de los tomates y abrir los conductos de ventilación. —Se detuvo un momento y luego continuó—. Suponemos que empezaron a entrar en pánico unas seis horas después y que comenzaron a quitar las cajas de las paredes y a golpear las puertas. Imagino que chillarían y gritarían, pero no

acudió nadie... –Hizo otra pausa–. Walt, nunca en mi vida había visto algo así.

–¿Murieron todos?

–Todos menos una chica. Esa tarde venía conmigo Danny Padilla, un supervisor de aduanas del Departamento de Transportes, y fuimos los primeros en entrar después de que abrieran las puertas. A él le pareció raro que un camión de transporte de alimentos no estuviera refrigerado. Entonces nos llegó el olor. Encendí la linterna, el suelo estaba cubierto de cuerpos y ninguno se movía, parecía algo sacado de *La noche de los muertos vivientes*. Entonces vi a esa chica en la parte de atrás. Estaba golpeando la pared del contenedor y tratando de atraer nuestra atención. Tuvo que gatear por encima de los cadáveres para llegar hasta nosotros.

–¿Qué le pasó?

–La llevamos al hospital y avisamos al Servicio de Inmigración. Luego consiguió el apoyo de una organización que se ocupa de este tipo de casos.

–¿Cómo se llamaba la chica?

–Paquet desde luego que no. –Lo oí revolver papeles–. Ngo Loi Kim. Pobre niña... Dios, si hasta me planteé adoptarla yo mismo.

–¿Has dicho que se apellidaba Kim?

–Sí, ¿te suena?

Me quedé mirando el cuaderno de mi escritorio y advertí que mi mano escribía el nombre.

–De hace mucho tiempo. Conocí a una chica en Vietnam que se apellidaba así.

El teléfono se quedó en silencio por un segundo.

–Walt, sabes cuál sería nuestro equivalente al apellido Kim, ¿verdad?

–¿Smith?

Él se rio entre dientes.

–Ese o Jones.

Ruby apareció en el hueco de la puerta, pero sostuve una mano en alto y se marchó con Perro trotando tras ella.

–¿Qué más tenéis del tal Paquet?

–Bastante, la verdad. Incautamos su teléfono, su ordenador y algunas cosas más. Alguien movía a estos inmigrantes vietnamitas por el condado de Los Ángeles, se encargaba de introducirlos en redes de pornografía infantil y en algunos burdeles de la zona. Resultó que este tipo era el cerebro de la operación, o eso cree la oficina del fiscal del estado de California.

–¿Un gran caso?

–Bingo. Incluso querían saber qué relación tenías tú con todo esto.

–¿Alguna vez habías oído hablar de este tipo, Tran Van Tuyen?

–La verdad es que no, pero puedo hacer algunas llamadas a ver si me entero de algo.

–Si pudieras, sería fantástico. Gracias, Ned. –Oí que alguien se dirigía a él al otro lado de la línea y esperé. Miré el reloj de pared de mi despacho y me figuré que Vic volvería de comer de un momento a otro–. ¿Qué hay de los cargos por prostitución de la nieta?

–Era novata, tuvo la desgracia, o la suerte, depende del punto de vista, de que su

primer cliente resultara ser un agente de paisano del condado de Orange. –La línea enmudeció–. A algunas de estas personas les resulta difícil integrarse en una nueva cultura, y si esta chica provenía de los bajos fondos...

Me quedé mirando el nombre que acababa de escribir en mi cuaderno.

–Oye, Ned.

–¿Sí?

–¿Te importaría comprobar dónde terminó Ngo Loi Kim?

–No hay problema. –Se produjo otro silencio, del tipo que se suele dar entre hombres que hablan de cosas que preferirían evitar–. ¿Qué te hace pensar que no fue el indio grandullón?

–Tengo una corazonada.

Lo oí reprimir una risa al otro lado del teléfono.

–Suenas como si ese tipo te hubiera comido el coco. –No contesté nada–. ¿Queréis que os enviemos esta información por fax o tienes alguna dirección de correo electrónico?

–Te estoy hablando desde un teléfono donde hay que apretar un botón para coger la llamada. Espero que eso te impresione lo suficiente. –Lo redirigí a Ruby, él me llamó algo feo justo antes de desviar la llamada y la costa Oeste enmudeció.

Me quedé sentado observando cómo las hojas de los álamos temblones que flanqueaban el Clear Creek vibraban bajo la ligera brisa. El cielo continuaba despejado y aún necesitábamos que lloviera. Me había entrado esa sensación tan peculiar, como cuando te pica algo y no alcanzas para rascarte. Había algo en todo esto que se me escapaba, algo bajo la superficie, y tenía la sensación de que, cuando lo encontrara, sería una cuestión de lo más simple.

Me levanté y eché a andar por el pasillo en dirección a las celdas de detención, donde el gigante estaba tumbado con un brazo sobre los ojos, con Frymire roncando en la silla. Mi telefonista y también recepcionista apareció un momento más tarde con Perro y una libreta. Perro se dejó caer en mi pierna con la delicadeza de un oso pardo y Ruby bajó la voz al ver que todos en la habitación dormían.

–Henry dice que Brandon regresará de Rapid City mañana y Lucian ha llamado. –Me quedé mirándola sin comprender–. Es martes.

La miré un rato más, luego meneé la cabeza con incredulidad y señalé la celda con el brazo, susurrándole:

–Vic y Cady van a ir a Sheridan para recoger a Michael en el aeropuerto, de modo que esta noche me toca quedarme con Virgil.

–Dice que puede traer aquí el ajedrez. –Tachó algo de su lista y luego suspiró, dedicándole un mohín a la libreta.

–¿Qué pasa?

–Hemos recibido más correos endiablados desde la WiFi del colegio, de la IP del CPB. Hice como que sabía a lo que se refería.

–Llama a la junta directiva del colegio.

–Eso voy a hacer.

–¿Sabemos algo de Saizarbitoria?

–No.

–¿Y de Vic?

–Tenía que prestar declaración, y es la segunda vez que me lo preguntas.

–¿Y del DCI?

–No.

–¿Me haces un favor? –Me miró fijamente, parecía la foto que vendría en el diccionario junto a la definición de «irritada»–. No tengo ordenador, de lo contrario lo haría yo mismo.

–¿Qué?

–Busca una organización, Hijos del Polvo, y averigua cuál es su conexión con el tal Tuyen. –Continué donde estaba, mirando la celda, incapaz de saber a ciencia cierta si el tiarrón estaba dormido–. Y avísame cuando llegue el informe de la oficina del *sheriff* del condado de Los Ángeles.

–Ha llamado.

–¿Tuyen?

Ella asintió.

–Era el siguiente tema de mi lista. Ha llamado para preguntar por el cuerpo de su nieta y sus efectos personales.

–¿Le has contado que eso es cosa del DCI?

–Pues sí.

–¿Cómo se lo ha tomado?

Ella levantó la vista.

–No demasiado bien, pero teniendo en cuenta las circunstancias...

–¿Ha mencionado algo sobre la documentación que justifique su parentesco con Ho Thi Paquet? –Notaba los grandes ojos azules fijos en mí.

–No, pero ha dicho que estaría en el motel Hole in the Wall, en la habitación número 5. La miré a los ojos.

–¿Se ha cambiado de habitación?

–Dijo que en la otra no funcionaba la tele. –Ella continuaba mirándome–. Walter, el hombre ha perdido a su nieta y está sentado solo en una habitación de motel en Powder Junction. –Salvo por el leve zumbido de la nevera y los ronquidos de Frymire, la zona de las celdas estaba en silencio. Aunque fuera un susurro, su voz seguía siendo firme–. ¿No crees que Saizarbitoria debería pasarse a ver cómo está?

–Iré yo mismo por la mañana, Cady estará con Michael. –Me salió un poco brusco, como me pasaba siempre que estaba avergonzado. Me quedé allí algo más, pensando que probablemente ya fuera hora de someter a Ruby a un sondeo moral.

–¿Te puedo hacer una pregunta?

Ella se cruzó de brazos.

–Claro.

–¿Crees que soy racista?

Ella sonrió y luego se tapó la boca con la mano.

–¿Tú?

–Yo. –Me metí las manos en los bolsillos.

Ruby levantó un poco la cabeza y me estudió, mientras yo me sentía como si cargara con un chaleco de plomo.

–¿Te refieres a si tienes prejuicios a consecuencia de tus experiencias en la guerra?

–Sí.

–No.

Fue una respuesta contundente, del tipo que no da lugar a réplica alguna. Me encontré con su mirada inflexible y me encogí de hombros, girándome a tiempo de ver a Virgil mover el brazo y mirarnos a los dos.

–Simplemente me lo preguntaba.

–Pero tienes otro prejuicio, solo uno. –La volví a mirar protegido bajo el ala de mi sombrero–. No te importan tanto los vivos como los muertos.

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1968

Estaba apoyado en la lápida, pero no pasó mucho tiempo antes de que la gravedad y el alcohol me hicieran caer al suelo. Al golpearme el culo noté la cabeza resentida. Me quedé sentado mirándome el regazo un rato que se me antojó muy largo hasta que un haz de luz roja barrió las miles de lápidas blancas que me rodeaban.

Percibí un movimiento a mi derecha y giré la cabeza en esa dirección, apoyándola contra la superficie fría de la piedra. Había alguien allí. Una mujer mirando al infinito, de pie, en medio del cementerio. Me llevó un momento encontrar la voz para dirigirme a ella.

–Oye...

La joven se giró. Era vietnamita y su rostro me resultaba familiar. Levantó una mano y me la tendió, los dedos extendidos e implorantes.

Traté de moverme, pero lo único que conseguí fue esbozar un gesto.

–No puedo, lo siento.

Tuve que respirar varias veces hasta que el estómago se me asentó. Recordaba haberla visto en algún sitio pero no podía ver con claridad con todas esas estrellas fugaces rojas.

Ella continuaba con los dedos extendidos, a esa distancia me parecieron fríos y completamente fuera de mi alcance. Me apoyé contra la lápida y me incorporé valiéndome del brazo, agarrándome al borde de la otra tumba con la punta de los dedos. Finalmente me levanté. Me sentía como un Lázaro noqueado y no sabía si podría conseguir alcanzarla.

Miré a mi alrededor, pero la joven había desaparecido. Cuando volví a verla, se movía con agilidad entre las lápidas, rozando con los dedos la superficie de las piedras. Seguramente se debiera a que estaba borracho pero, cada vez que tocaba una tumba, yo oía música.

Seguí su estela, ella se detuvo y volvió la vista atrás para mirarme. Las luces rojas volvieron a parpadear, y se le dibujó una levísima sonrisa en la comisura de los labios.

–Señorita, espere, por favor...

Se giró lentamente, como si estuviera bailando, señalándome con dos dedos

susurrantes, mientras yo tropezaba como un sonámbulo, con la cabeza flotando sobre mis hombros.

—Ma...

Sus dedos rozaban la punta de las tumbas, tocando las lápidas como si se tratara de un piano. Tocaba como yo, cometiendo los mismos errores, utilizando las mismas cuerdas desafinadas.

Podía percibir las ondas de sonido que surgían de cada tumba como guijarros al tocar el agua en calma. La música era melancólica y triste, la reconocí y comencé a cantar la letra: «A good man is hard to find, you always get the other kind...»¹. Reanudé la marcha pero cada vez que tocaba una lápida, la nota que estaba dando se silenciaba, y así continuamos hasta que la melodía se apagó.

La bruma nocturna en torno a las escasas matas de bambú y canales de riego se tragó a la chica. Después la luz roja parpadeante desapareció y sobrevino la oscuridad. Choqué contra una fila de tumbas y caí al suelo, donde permanecí sin moverme, respirando, hasta que por fin me eché hacia un lado y me incorporé. La busqué, tambaleándome ligeramente, pero allí no había nadie. Parpadeé. Nada. Luego continué caminando penosamente usando como muletas las tumbas ya silenciosas.

Cuando dejé de soñar despierto, el sol se colaba por las ventanas y hacía calor hasta con el aire acondicionado puesto. Frymire seguía durmiendo en la silla con el brazo entablillado y en cabestrillo; tenía un moratón en la cara que le llegaba de la ceja a la mandíbula.

Supuse que, si Virgil Búfalo Blanco lo hubiera golpeado con más fuerza, lo habría matado.

El gigante estaba ahora junto a la puerta de su celda. Era tan alto que podía mirar entre los barrotes y alcanzar a ver por la ventana el patio de recreo del colegio al otro lado de la calle. En esta época no había clases pero el condado abría una escuela de verano y sus pequeños habitantes revoloteaban por todo el patio como golondrinas. Al principio su comportamiento me ponía un poco nervioso pero, después de haber leído su expediente, entendía su forma de proceder. Siempre que los niños salían al recreo, se levantaba, se agarraba a los barrotes y los observaba. Cuando sonaba el timbre y los chicos entraban al edificio, él volvía a sentarse y ocultaba su rostro tras la cortina de pelo negro.

Recordé que los presos de Alcatraz solían oír las fiestas de Fin de Año que se celebraban al otro lado de la bahía de San Francisco y que los prisioneros en Folsom aguardaban el paso de los trenes, y me pregunté qué sería lo que oyeran en el penal de Leavenworth.

Había intentado hablar con él, todos lo habíamos hecho, pero no se mostraba comunicativo. Esa misma semana tenía cita para que lo examinaran los médicos y aún no se me había ocurrido ninguna manera de sacarlo de allí sin perder la vida, alguna parte del cuerpo o a un ayudante entero.

—Nos hemos pegado un atracón a la hora de comer. —Me giré para mirar a Chuck, que ya se había despertado pero aún hablaba raro—. Hemos compartido un cubo de pollo frito

tamaño familiar de La Abeja Hacendosa. Yo he comido tres trozos y él se ha zampado trece, además de la col, las judías, seis bizcochos y cuatro latas de té helado.

Observamos al gigante mientras él continuaba estudiando a los niños.

—Quizá ese sea su plan, comer hasta reventar.

Frymire se levantó y se estiró; al mover el brazo derecho esbozó una mueca de dolor.

—Voy a ir al baño, si no te importa.

Levanté un pulgar en gesto de aprobación y luego fui hasta la ventana para echarle un vistazo al mundo de Virgil. Observé con él a los pequeños y pensé en el niño y la niña que salían en la fotografía del portarretratos de plástico, la hermosa mujer que les hacía cosquillas en el banco de la estación de autobuses y las odiosas palabras garabateadas en la pizarra.

Pensé en el expediente.

Dios.

La campana sonó y observamos a los niños entrar en tropel por las puertas abiertas de la escuela, como si alguien hubiera pulsado un botón y todos se colaran por un desagüe. Después de que las puertas se cerraran, me giré para mirar a Virgil.

—No te preocupes, volverán.

Él no replicó nada, se tumbó y volvió a echarse el brazo por encima de los ojos.

Lo observé durante un rato hasta que el intercomunicador del teléfono de la cárcel vibró y tuve que cruzar la habitación para atenderlo.

—El DCI por la línea uno.

Presioné el botón pertinente.

—Longmire.

—Ni rastro de drogas.

Asentí y me apoyé contra la pared, echándome hacia atrás el sombrero.

—Hola, T. J.

—Walt, no hay duda de que esta mujer era prostituta.

—El *sheriff* de Los Ángeles ha localizado su ficha policial. Me dijo que solo la habían detenido una vez.

—Bueno, quizá la arrestaron solo en una ocasión, pero las pruebas físicas revelan una serie de anomalías propias de la profesión.

Sentí que el rostro se me enfriaba y las manos se me agarrotaban, como me solía pasar ante este tipo de revelaciones.

—¿Cómo cuáles?

—Estaba acostumbrada a los excesos: abscesos internos, laceraciones y un grosor de las paredes vaginales poco habitual para tratarse de una mujer tan joven. —La línea enmudeció—. Y se había operado.

—¿Cómo?

—En el pasado le practicaron una reconstrucción de himen y le pusieron implantes en el pecho, una chapuza.

Inspiré hondo y dejé escapar los posos de la emoción con mi aliento, y también la imagen de esa mujer vietnamita tirada junto a la autopista que me atormentaba.

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1968

Contemplé su cuerpo antes de que el patrullero me tapara la vista. Podría haber estado dormida, era difícil saberlo pues todavía no se había hecho del todo de día. Las luces rojas rotatorias del Jeep de la patrulla de seguridad de las fuerzas aéreas me habían sacado del cementerio.

—Tranquilo, jefe. ¿De dónde has salido?

Se parecía a uno de los tipos de la Puerta 055. Señalé el cementerio lamentándolo de inmediato, pues un dolor intenso me recorrió la espalda y continuó hasta la cabeza.

—De ahí.

Él miró por encima de mi hombro.

—¿Del cementerio?

Me hice a un lado y casi me caí.

—¿Esa es la chica a la que estaba siguiendo?

Él trató de bloquearme la vista una vez más, pero una voz detrás de él le dio una orden.

—Déjalo pasar, es uno de los nuestros. —Me eché hacia delante y enfoqué la vista para encontrarme con Baranski. Estaba sentado en el guardabarros de un Jeep rellenando papeles. Las luces rojizas nos iluminaban la cara cada dos segundos—. Pero qué tenemos aquí, si es el arma secreta de la primera división.

Me quedé allí de pie tambaleándome, tratando de hacerme una idea de lo que había sucedido.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Mendoza se levantó y se me acercó, me llegaba a la altura del segundo botón del uniforme, y desde allí me miró.

—La cuestión es: ¿qué estás haciendo tú aquí?

No me gustó el tono que había empleado y por eso le pegué un empujón. Supongo que subestimé mi propia fuerza porque reculó y se golpeó con el Jeep antes de caer al suelo. Noté que uno de los guardias me agarraba del brazo, pero lo aparté de un codazo. Otro tipo me cogió del otro brazo pero le calé el casco en la cabeza y lo arrojé hacia un lado también. Me quedé un segundo quieto y miré a la mujer que había tendida sobre un montón de sacos de arena en mitad de un búnker medio derruido.

La reconocí y me agaché. La cabeza me daba vueltas. Parecía como si se hubiera caído, por eso pensé que lo único que tenía que hacer era ayudarla a levantarse.

Sentí un golpe en la nuca y ya no pude enfocar la vista. Hasta mí llegaban oleadas de gritos y el mundo se deslizó hacia la izquierda. Lentamente, me dispuse a enderezarme y traté de corregir el desvío moviendo mi peso hacia un lado, pero entonces me fallaron las piernas como las patas de una silla desvencijada.

Golpeé el suelo y sentí que varios tipos se me echaban encima. No me moví y distinguí ese rostro familiar, una mano estática al final de un brazo tendido y, finalmente, los ojos de Mai Kim, que no se movían.

—Te toca, y te lleva tocando por lo menos tres minutos, joder. —Lucian había decidido

trasladar la partida a la cárcel.

Miré el tablero de ajedrez de nuevo y no se me ocurrió ni un solo movimiento.

Yo jugaba con las negras y todo indicaba que las negras llevaban las de perder. Extendí la mano y moví un caballo para comerme uno de sus peones, jugada que él contraatacó de inmediato arrebatándome mi caballo con una torre que había reservado para tal fin.

—Mierda...

Él sacudió con sorna la cabeza, se echó hacia atrás el sombrero y se agarró la barbilla como si fuera una pelota de béisbol que estuviera a punto de lanzar.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? ¿Estás teniendo *flashbacks* o qué?

Le dirigí una media sonrisa.

—Creo que sí... por lo menos estoy soñando despierto...

—¿Es por la chica vietnamita que encontrasteis junto a la autopista?

—Pues sí. —Me disponía a mover mi reina pero me lo pensé mejor—. Su abuelo, ¿recuerdas el tipo del que te hablé?

Lucian echó un vistazo a la celda donde Virgil estaba acostado en el catre de espaldas a la pared. Estaba mirando el hueco que había entre nosotros dos. Lucian asintió:

—El tal Van Helsing.

Por Dios.

Lucian normalmente reservaba sus lapsus *linguae* para los indios, pero los vietnamitas le habían proporcionado una dimensión completamente nueva.

—Tran Van Tuyen. —Le expliqué la situación y los sentimientos ambivalentes que me provocaba.

Lucian no dijo nada pero estudió el tablero con atención.

—Deberían haberle metido fuego a ese pueblo fantasma, o mandarlo a Laramie, ponerle unos toboganes y un carrusel y cobrar entrada por verlo.

Opté por un peón y él le cortó el paso de inmediato con la misma torre. Pensé en el viejo piloto y en su experiencia en un campo de prisioneros japonés.

—¿Alguna vez te acuerdas de la guerra?

—¿De la mía? —Asentí. Él inspiró y dejó escapar el aire despacio—. No tanto como antes.

Continuamos callados durante un rato, sentados en las sillas plegables y mirando fijamente el tablero que habíamos colocado entre ambos sobre una papelera. De vez en cuando te viene a la mente una pregunta y sabes que tienes delante a la persona menos indicada para responderla, pero se la formulé a Lucian igualmente. Él se rio con ganas y tosió para recuperar el aliento.

—¿Tú?

Yo asentí.

Él negó con la cabeza.

—No te vendría mal una buena dosis de prejuicios.

Después de todo, esa era exactamente la respuesta que esperaba. Moví mi reina.

No dejó de mirar el tablero mientras yo lo observaba; la sonrisa se le borró poco a poco de la cara, a medida que se iba retrayendo al pasado, como si su memoria fuera

un motor radial Pratt and Whitney. Oí el tictac del reloj de pared y esperé.

—Amerizamos muy cerca de la costa china y Frank, mi copiloto, se empotró contra el parabrisas a causa del impacto. Llevábamos a dos hombres que estaban tan malheridos que se ahogaron antes de que pudiéramos llegar a la orilla. Una patrulla civil nos sacó a Frank y a mí del aparato y nos dieron una paliza de mil demonios en cuanto pusimos un pie en su barco. Creo que ahí fue donde pasé más miedo; eran tantos que pensé que nos iban a despedazar allí mismo. Por lo que pude entender, un oficial del Kempeitai nos los quitó de encima y nos hizo prisioneros en nombre de Tojo, después nos metieron en un barco rumbo a Shanghái, en la China ocupada.

—Capturaron a una decena de los vuestros, ¿verdad?

Él movió la mandíbula, desplazó su otro alfil, luego se reclinó en la silla y se cruzó de brazos. Como si los recuerdos de la guerra lo hubieran confinado allí. Llevaba las mangas de la fina camisa de corchetes enrolladas y observé que su nuez subía y bajaba unas cuantas veces antes de continuar.

—Nos apaleaban continuamente con esas pequeñas espadas de bambú que se usan en el kendo, las *shinai*... Luego por fin se decidieron a enviarnos en barco a Tokio, donde fuimos interrogados durante un par de semanas más.

Bajó el brazo, cogió su botella de Rainier y le dio la vuelta para poder ver la etiqueta. No sabía muy bien si deseaba continuar.

—No tenemos que hablar de esto si no quieres.

—Estoy intentando decirte algo, así que cierra el pico y escucha.

Le sonreí y lo observé mientras él volvía a mover la mandíbula. Le dio un trago a la cerveza y la apoyó sobre su pierna protésica.

—Querían que firmáramos unas declaraciones afirmando que habíamos cometido crímenes contra ciudadanos japoneses. Ya sabes, que habíamos bombardeado hospitales, ejecutado a niños pequeños y esas mierdas. —Levantó la vista y sus ojos color caoba se encontraron con los míos—. Cosa que no habíamos hecho.

Volví a mover mi reina.

—Imagino que os lo pedirían con la debida cortesía.

—Demonios, claro que sí. —Se echó hacia atrás y examinó el tablero—. Al principio se lo tomaban con calma, ya sabes, te impedían dormir durante un par de días, te dejaban sin comida, casi sin agua... —Dio otro trago de cerveza y se limpió la boca con la manga—. Te ablandaban, te atontaban y entonces se ponían duros de verdad. —Inspiró hondo y contuvo el aire, dejándolo escapar al mismo tiempo que las palabras—. Solían hacernos una jugarreta que consistía en atarnos un cable alrededor de la cabeza y apretarlo con una espada de kendo, y una vez se lo hicieron a Frank durante tanto rato que terminaron por partirle la mandíbula.

Estudié al viejo y vi que la mirada se le había endurecido y sus ojos reflejaban la luz como dos goterones de petróleo.

—¿Alguna vez te ha dicho alguien que, aunque le hagan de todo, nunca traicionará a su patria o a sus compañeros? —Los dos continuamos callados hasta que sus ojos oscuros parpadearon—. Nos embarcaron de regreso a Shanghái y decidieron que nos someterían a

juicio, aunque aquello a duras penas se podía llamar justicia, ya que habíamos sido declarados culpables previamente; lo que pasaba es que necesitaban determinar qué clase de castigo nos correspondía. A Frank se le había infectado la mandíbula y por entonces estaba bastante débil, por eso nos mantuvieron juntos. Estábamos en un módulo de aislamiento en la prisión de Kiangwan y cuando venían a buscarnos yo cargaba con Frank para subir las escaleras de cemento que llevaban a una barraca de madera de mierda donde nos increpaban y nos gritaban durante un par de horas sin que fuéramos capaces de entender ni una palabra. Luego nos llevaban de vuelta a nuestras celdas y nos arrojaban dentro hasta el día siguiente, y volvían a repetir la operación. –Se le dibujó una diminuta sonrisa en la comisura del labio–. Lógicamente, a pesar de nuestras limitaciones por no escribir ni hablar una palabra de japonés, nuestra defensa fue brillante, ¿te puedes creer que los muy hijos de puta nos declararon culpables a pesar de todo?

–Resulta difícil de creer.

Movió una torre pero no llegó a soltar la figura de madera.

–El 15 de octubre de 1942 nos entregaron lápiz y papel para escribir notas de despedida a nuestras familias. En la carta que le escribí a mi madre le pedía que por favor le dijera a Franklin Delano Roosevelt que les tirara a esos cabroncetes amarillos tantas bombas como fueran necesarias para llevarlos de vuelta a la Edad de Piedra cagando leches. –Echó otro trago–. Nunca llegó a recibirla, por lo que asumo que se extravió... –La efímera sonrisa volvió a desaparecer.

–¿Qué pasó luego?

Se quedó mirando el tablero y retiró la mano de la torre.

–Nos metieron en un búnker de hormigón con troneras y entraron y se llevaron a los tres primeros. Los sacaron al exterior y les obligaron a arrodillarse para atarlos a unas pequeñas cruces clavadas al suelo. Luego les dispararon en la nuca, uno a uno.

Moví la reina sin mucho interés.

–A ti te dejaron con vida.

Él observó mi movimiento y luego asintió.

–Supongo que creyeron que habían dejado claro su punto de vista; a los demás nos cayó la cadena perpetua.

–¿Qué le pasó a Frank?

–Murió en un campo de concentración de la China ocupada. –Estiró el brazo para enderezar el tablero sobre la papelera–. Así que, si me preguntas si pienso mucho en la guerra, supongo que lo más sincero sería contestar que sí, que aún pienso mucho en ella. Al menos me acuerdo de Frank...

–Jaque.

Aunque había estado mirando a Lucian todo el tiempo, no le vi mover los labios. Bajé la vista al tablero y vi que era cierto, que mi reina se encontraba en posición de derrocar al rey de Lucian. Levanté la vista al mismo tiempo en que él me preguntaba, mirándome con una expresión interrogante:

–¿Acabas de decir jaque?

Negué con la cabeza.

—No, pensé que lo habías hecho tú.

Ambos nos giramos y nos quedamos mirando al inmenso indio, que estaba sentado en el catre señalando el tablero de ajedrez con un dedo tan grande como una salchicha. Virgil tenía la garganta resentida y su voz era vibrante, semejante al estruendo de un tubo de escape.

—Jaque.

—¿Qué coño dices? —Le dio un trago al café y luego sumó otro azucarillo a los cuatro que ya había echado en la taza—. ¿Y no dijo nada más?

No levanté el tono de voz, a pesar de que ella estaba hablando a todo volumen. Había una pandilla de turistas al otro extremo de la barra de La Abeja Hacendosa y no tenían por qué enterarse de los detalles más jugosos de la vida de Virgil Búfalo Blanco.

—No, pero Lucian y él estuvieron jugando al ajedrez hasta las tres de la mañana. Al estilo de la cárcel, partidas rápidas. De las veintisiete que jugaron, Lucian solo ganó cinco.

—Por eso ese viejo pervertido está durmiendo en el suelo, está reuniendo fuerzas para el siguiente asalto. —Asentí y le di un sorbo a mi café. Dorothy me rellenó la taza tan pronto como esta tocó la barra.

La propietaria de la cafetería dejó la jarra sobre la placa caliente y se quedó donde pudiera oírnos.

—¿Michael llegó bien?

Asentí.

—Sí, Cady fue a recogerlo anoche y no he sabido nada de ellos desde entonces.

Dorothy me estudió primero a mí y luego a Vic, para cambiar de tema acto seguido.

—¿Tenéis noticias de la reserva?

Por lo general, Dorothy estaba más informada que yo de todo lo que pasaba en el condado, por lo que creí conveniente que se sumara a esa parte de la conversación.

—Henry ha dejado un mensaje diciendo que él y Brandon Búfalo Blanco regresarían hoy por la mañana de Dakota del Sur con un invitado especial.

Las dos se quedaron mirándome, aunque Vic fue la primera en preguntar.

—¿Un qué?

—Un invitado especial. —Me encogí de hombros—. Típico de Henry.

Vic se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja y apoyó una mejilla en la palma de la mano. Claramente su pelo tenía un buen día.

—¿Y...?

—¿Y qué?

Mi ayudante habló sin quitarse la mano de la boca, el único filtro que empleaba de vez en cuando.

—Dijiste que habías leído el expediente en el centro de veteranos de Sheridan. Entonces, ¿me vas a contar el cuento del gigante piel roja o no?

Miré a la cocinera jefe y también lavaplatos.

—¿Le queda mucho a lo de siempre?

Ella echó un vistazo al sobre amarillo que había sobre la barra entre Vic y yo y luego me escrutó.

—¿Eso significa que me estás echando?

Suspiré.

—No estoy muy seguro de que vayas a querer escuchar esto.

Ella asintió y sonrió.

—Bueno, me basta con que creas que es mejor que no lo haga. —Cogió dos jarras de café, descafeinado y normal, de los calentadores y se retiró para atender a los turistas—. ¿Qué tal estáis, muchachos?

Inspiré hondo y me giré hacia mi ayudante.

—¿Quieres que te cuente toda la pantomima? —Me acodé en la barra y miré por la puerta de cristal hacia el arroyo Clear Creek. Dorothy la había dejado abierta y yo disfrutaba del frescor que entraba antes de que empezara a hacer calor.

—El Servicio de Sanidad del condado de las Big Horn le diagnosticó a Virgil una deficiencia mental, interpretando erróneamente un defecto en el habla, pero él consiguió graduarse en el instituto Lodge Grass en 1968 y fue seleccionado para el Proyecto 100.000.

—¿Y qué era eso?

—Supuestamente se trataba de un programa para la proyección social. Todos los años un porcentaje de hombres con puntuaciones muy bajas en el test de aptitud militar eran reclutados para luchar en Vietnam. Valiente proyección.

Sostuve la taza en el aire, un poco apartada de la boca. Pensé en el expediente y traté de recordar los detalles.

—Al parecer demostró tener buenas aptitudes en el arte de la guerra y fue transferido a la patrulla de reconocimiento de la 101 División Aérea. Se encontraban en las montañas centrales al norte de Dak To, buscando al Vietcong a lo largo del río. Y vaya si lo encontraron... —Le di un sorbo al café—. Se toparon con dos regimientos.

Apoyé la taza en la barra y la miré.

—Los mantuvieron entre la espada y la pared durante unas ocho horas, un tiroteo que les costó la vida a trece soldados, y otros veintitrés resultaron heridos. Finalmente llegaron refuerzos por aire e intentaron hacer retroceder a los norvietnamitas lo suficiente como para evacuar a los heridos con una te. —Ella estaba a punto de levantar la mano como si estuviera en clase—. Se trata de un arnés montado sobre un cabestrante que el helicóptero lanza desde una altura de treinta metros.

Me incliné hacia delante, estudiando la colección de abejas de porcelana, plástico, cristal y madera que decoraban la balda situada encima del extractor de humos.

—Los del Vietcong advirtieron que todo el mundo estaba ocupado evacuando a los heridos y decidieron pasar a la contraofensiva. El resto del pelotón estaba comiendo barro y rezando para que llegaran refuerzos cuando, de repente, un gigante sale de la trinchera junto a la carretera y comienza a recorrer la línea enemiga arriba y abajo disparando su M16, encargándose primero de los objetivos más elevados y luego de los de abajo. Eliminó a cada enemigo de un solo tiro, sus disparos fueron absolutamente

precisos y nunca dijo ni una sola palabra.

—Hay que joderse.

—El informe dice que vació tres cargadores. —Inspiré hondo y continué—. Quedaban menos de veinte hombres de su pelotón. Aun así, el comandante del batallón, a salvo en uno de los helicópteros, los llamó por radio para que contraatacaran y, aunque parezca difícil creerlo, le hicieron caso. Un tal teniente Shields levantó el rifle en alto como si protagonizara una versión mala de una peli de Audie Murphy y gritó: «¡Seguidme!». Todo el pelotón, Virgil incluido, rompió filas y siguió al teniente, y todos cayeron en una emboscada donde, seis segundos más tarde, perecieron doce soldados más, tres resultaron heridos de gravedad y solo tres efectivos sobrevivieron...

—Y uno de ellos fue Virgil Búfalo Blanco.

Asentí sin levantar la vista de la barra de formica que imitaba al mármol.

—Los tres heridos estaban atrapados en el barranco y Virgil dio tres viajes para cargar con ellos hasta la zona donde originalmente habían aterrizado, incluyendo al teniente, que todavía conservaba la radio y que llamó solicitando que los evacuaran. Incluso así, el coronel del helicóptero les ordenó que cargaran contra el nido de ametralladoras situado a su derecha.

Ella se pasó los dedos por el pelo y me miró sin dar crédito.

—Dime que salieron echando leches de allí.

—El teniente se dispuso a levantarse.

—No jodas.

—Y Virgil le golpeó la cabeza con la culata de su M16 y lo dejó frito. —Vi cómo se mordía el labio para no reírse—. Luego, solo por si las moscas, Virgil se tiró al suelo y le disparó unas cuantas salvas al helicóptero del comandante del batallón.

Ella se echó a reír y los turistas nos miraron.

—El coronel gritó: «¡Fuego enemigo, fuego enemigo...!», y se largó de allí. —Moví ligeramente el asa de mi taza y me fijé en el semicírculo que había dejado—. Y allí estaban, sin ningún tipo de apoyo aéreo ni plan de evacuación, y el tal Tim Shields, el teniente que escribió el informe, se acercó a Virgil para decirle: «Vamos a morir». Virgil le dijo que podían escapar por el río, que el agua solo llegaba hasta la altura de la rodilla y la corriente discurría entre dos terraplenes de casi metro y medio de alto, lo que les permitiría escabullirse sin ser vistos. El teniente le dijo a Virgil que era una buena idea, lo dejó a cargo de la ametralladora M60 y le ordenó que vigilase la retaguardia mientras el resto del pelotón avanzaba un trecho río abajo, donde lo esperarían.

Vic dejó escapar un gemido.

—Lo abandonaron. Se quedó sentado allí solo con una ametralladora M60 casi sin munición y con un regimiento norvietnamita prácticamente entero pisándole los talones. El tiroteo dio comienzo y él también abrió fuego. Se pasó las siguientes tres horas abriéndose paso río abajo, lidiando con los mosquitos, las sanguijuelas y los *charlies*. Llegó a un embarcadero que conducía a una carretera, allí se deshizo de la M60 descargada arrojándola al río, sacó su arma corta y echó a correr en mitad de la noche. No había dado ni tres pasos por la carretera cuando se topó con una patrulla.

—¿Era de los nuestros?

Asentí.

—Sí.

—Gracias a Dios.

—Llamaron a un equipo de evacuación y una hora más tarde Virgil estaba de pie ante su teniente y el mismo comandante del batallón, que le echaron la bronca por perderse y por extraviar la ametralladora. Virgil, que había soportado dieciséis horas de combate cuerpo a cuerpo, la mayor parte de ellas sin ayuda de nadie, les dijo que dejaran de gritarle y que se iba a echar una siesta. El teniente lo agarró del brazo, Virgil se dio media vuelta y le golpeó en plena cara, de manera que le aplastó la nariz haciendo que algunos fragmentos de hueso se le clavaran en el cerebro. Lo mató en el acto.

Vic no se movía.

—Homicidio involuntario, como mucho.

Miré por la ventana y vi las hojas de los árboles mecerse, alternando la cara clara y la oscura.

—En el ejército no lo vieron así. El coronel presionó y consiguió que lo acusaran de asesinato premeditado basándose en que Virgil le había atizado a su superior mientras se encontraban en el campo de batalla bajo fuego enemigo. Nadie rompió una lanza a favor de Virgil y le cayó una condena por asesinato en segundo grado: fue condenado a veintidós años de trabajos forzados en la prisión de Leavenworth.

Vic se inclinó hacia delante.

—¿Veintidós años?

—Salió en diecisiete por buen comportamiento. —Le di unas palmaditas al sobre amarillo que había dejado sobre la barra—. Le pedí a Ruby que comprobara la base de datos y ella averiguó el resto. —Abrí el informe y leí la letra pequeña de las hojas enviadas por fax.

—Cuando regresaba a casa...

—¿Desde Leavenworth, Kansas?

Asentí.

—La patrulla E de la policía de carreteras lo detuvo y le advirtió que estaba prohibido hacer autoestop en la interestatal. Lo dejaron a las afueras de Abilene, donde un tipo llamado Peter Moore y Betty Coleman, una chica joven, lo recogieron. Le contaron que venían de East St. Louis y se ofrecieron a llevarlo hasta Rapid City. Esa misma noche se detuvieron cerca de North Platte, Nebraska, pues el tal Moore dijo que estaba cansado. Virgil se ofreció a conducir pero el tipo le dijo que no, que podían dormir en el coche, la pareja en la parte delantera y Virgil detrás. A la mañana siguiente encontraron a Peter Moore con la cabeza reventada y, cuando Betty Coleman fue detenida por el departamento de policía de North Platte, juró que había sido Virgil.

—¿Drogas?

Asentí.

—Betty llevaba cocaína encima y también encontraron restos en los análisis de sangre de Moore. Virgil fue detenido por la patrulla de carreteras de Nebraska con una contusión bien fea y una fractura de cráneo.

–Eso explicaría la cicatriz.

–Virgil declaró que Moore lo había atacado en mitad de la noche con un martillo y que se había peleado con él para quitárselo de encima, pero que Moore estaba vivo cuando él lo dejó con Betty Coleman.

–¿Le hicieron algún análisis de drogas a Virgil?

–No, pero con un testigo ocular y teniendo en cuenta los antecedentes de Virgil...

–¿Encontraron huellas en el martillo?

Le di un sorbo al café.

–No llegaron a encontrarlo.

–Fue ella, se cargó al tal Moore después de que Virgil se largara y luego le robó las drogas.

–Sí, pero ella era una rubita delgada y Virgil un indio de más de dos metros, un tipo que había sido expulsado del ejército y un asesino convicto. –Dejé la taza vacía sobre el mostrador–. Podían caerle de diez a doce años.

Dorothy se aproximó a nosotros enarbolando la jarra de café normal; sabía que el departamento del *sheriff* del condado de Absaroka no tenía nada de descafeinado.

–¿Os puedo interrumpir un momento para servirlos otro?

Ambos le acercamos nuestras tazas y yo le sonreí.

–¿Le falta mucho a lo de siempre?

Me estudió con atención un momento y se giró hacia la parrilla.

Estudié el informe y, una vez más, bajé la voz.

–El psicólogo de la cárcel, un tal Jim McKee, de la penitenciaría estatal de Nebraska, consiguió que la Liga Defensora de los Derechos de los Americanos Nativos revisara el historial de Virgil y, como nadie creía que fuera culpable, pusieron en marcha una investigación. Resultó que Peter Moore tenía una lista de antecedentes penales tan larga como mi brazo y que había una orden de busca y captura contra él por un homicidio que se había producido en East St. Louis seis semanas antes.

Ella se acercó un poco más y distinguí algunos lunares en la base de su cuello.

–No me lo cuentes. ¿Otro mamarracho asesinado con un martillo?

Tragué saliva, esta vez sin necesidad de ayudarme con el café.

–Has dado en el clavo. Los de la liga presentaron batalla pero Betty Coleman nunca se retractó, a pesar de que le cayeron catorce meses por posesión de drogas. Después de cumplir la condena se suicidó. –Cerré el expediente–. Virgil salió después de diez años gracias a su buena conducta y al salir fue derecho al centro de veteranos. –Suspiré–. Y luego simplemente se desvaneció. No hay registros en Hacienda, ni en el Departamento de Transporte. Se lo comenté a Quincy y me dijo que este tipo de situaciones son frecuentes entre indios. Desaparecen en la reserva y no se vuelve a saber más de ellos.

–Una condena de diecisiete años y otra de diez. –Vic se cruzó de brazos y giró el taburete para mirarme–. ¿Crees que llevaba nueve años viviendo bajo la autopista?

–No lo sé.

Dorothy regresó y colocó dos tortillas estilo Denver delante de nosotros. Yo estudié mi plato.

—¿Esto es lo de siempre?

Ella escribió la cuenta de los turistas y se alejó sin mirarme.

—Siempre depende.

Me considero un hombre corpulento pero ese día me había juntado con unos tipos que me hacían sentir como un mequetrefe. Le saco dos centímetros y medio a Henry, pero los otros dos hombres que había en la recepción no se habían dado contra el marco de la puerta de la entrada de milagro.

El primer gigante se inclinó hacia mí para darme un efusivo abrazo con un único brazo, cosa que agradecí, ya que había visto a Brandon Búfalo Blanco levantar a Henry Oso en Pie a pulso con ambos brazos y sujetarlo hasta ponerle colorado.

—Agente, ¿cómo estás?

—Aquí sigo, soportándome.

El otro gigante, el invitado especial de Henry, rondaría los cuarenta años y me resultaba vagamente familiar. Le sonreí y le tendí la mano.

—Soy Walt Longmire, ¿nos conocemos?

—Eli... Eli Búfalo Blanco. —Me estrechó la mano y dio un paso atrás. Tenía las manos grandes y suaves, pero aptas para trabajar—. No, no nos conocemos.

Era un poco más bajo que Brandon y vestía con una camisa de traje blanca recién planchada, vaqueros con la típica raya de los *cowboys*, un cinturón hecho a mano con una gran hebilla de turquesas y botas de caimán negras. El pelo, negro y brillante, lo llevaba recogido en una única coleta sujeta con un elaborado pasador de plata y turquesas.

Tenía que ser artista.

Eli parecía un poco nervioso, se llevó las manos a los bolsillos traseros del pantalón y luego miró de reojo a Ruby, que estaba sentada en silencio observando a los dos gigantes desde detrás de su escritorio. Perro estaba con ella. El animal nos miraba sin comprometerse con nadie. Vic estudiaba a ambos hombres encaramada al escritorio de Ruby.

Brandon se apoyó en mi hombro con una mano que lo cubrió por completo.

—¿Crees que has arrestado a un miembro de mi familia, agente?

—Es posible.

Nos dirigió una gran sonrisa e inclinó la cabeza.

—¿Vamos a comprobarlo?

Iban por la novena partida de la mañana y, por la cara de Lucian, me imaginé que todavía no había conseguido tomarse la revancha ante el coloso. Fui hasta el tablero.

—¿Has ganado alguna ya?

Él masculló entre dientes y se retiró de la boca la pipa apagada.

—No, y voy a recibir otra paliza ahora mismo. —Se quedó mirando a su rey, que estaba en el borde del tablero completamente rodeado por piezas enemigas, a punto de

experimentar el jaque mate. Mantuvo el dedo sobre el soberano negro y finalmente lo volcó.

El viejo *sheriff* se dio la vuelta y se quedó mirando nuestro destacamento, indios gigantescos incluidos.

—Dios, justo lo que necesitaba..., refuerzos.

Levanté el tablero y lo trasladé a la encimera de la cocinita. Me fijé en que Eli se quedaba rezagado junto a la entrada con Vic, sin doblar la esquina del pasillo. Lucian se hizo a un lado pero dejó la silla frente a la celda. Brandon la ignoró y se colocó de pie ante los barrotes. Bajó la vista para mirar a Virgil, que continuaba sentado en el catre.

—*Na-ho e-ho ohtse.*

El gigante de la celda permaneció callado y bajó la mano con la que se había recogido el pelo, que volvió a cubrirle de inmediato la cara, y permaneció con las enormes manos apoyadas sobre las rodillas.

Brandon se agachó y miró entre los barrotes. Se dirigía hacia Virgil en lengua cheyene.

—*Ne-tsehesse-nestse-he?*

Virgil inspiró con fuerza y dejó escapar el aire con un suspiro, pero sin llegar a decir nada.

Brandon se inclinó hacia delante y metió una mano entre los barrotes, pasando del cheyene al lakota sin esfuerzo.

—*Nituwe hwo?*

El gigante levantó la cabeza para mirarlo pero siguió sin decir ni palabra.

—*Tokiya yaunhan hwo?* —Nada de nada—. *Taku eniciyapi hwo?*

La voz de Virgil, ronca por la falta de práctica, sonó como los graves de un bajo.

—*Tatankaska...*

Brandon se tocó el pecho y sonrió.

—*Lila Tatankaska.*

Virgil inclinó la cabeza y se echó ligeramente hacia delante.

—*Niyate kin tanyan icage... Canhanp hanska etan maku wo-ptecela onzoge?*

Brandon dejó escapar una carcajada y se giró por fin hacia nosotros.

—Este es mi tío, que solía llamarme de pequeño El-que-pide-golosinas-en-pantalones-cortos. —Nos miró alternativamente a Henry y a mí, luego le echó un vistazo a Eli y le hizo un gesto para que se acercara y pudiera presentárselo. Mientras tanto, él continuó hablando con Virgil, esta vez en lengua cuervo:

—*Hená de dalockbajak, Eli?*

Cuando Eli dobló la esquina, Virgil se levantó despacio. Le sacaba prácticamente la cabeza a los otros dos. Eli se acercó a los barrotes, miró al gigante a la cara y, para nuestra gran sorpresa, escupió.

A mí me han escupido, a los agentes de la ley les suele pasar y, aunque es algo a lo que uno nunca se acostumbra, tampoco te suele pillar completamente desprevenido. En cambio este escupitajo fue repentino y a boca llena.

Di un paso hacia delante y le puse una mano en el hombro.

—Oye, no hay ninguna necesidad de...

Me apartó sin miramientos y arremetió contra los barrotes, agarró a Virgil por el pelo y atrajo su cara hacia el metal. Virgil no opuso ninguna resistencia pero Brandon sujetó a Eli del otro brazo y tiró de él, mientras el indio más joven empotraba la cabeza de Virgil contra los barrotes. Empezó a gritarle.

–*Vasica! Tuktetanhan yau hwo?! Tokel oniglakin kta hwo?! Taku ehe kin, ecel ecanu sni!*

Uniendo fuerzas con Henry y Lucian conseguimos apartar a Eli de la celda, pero todos perdimos el equilibrio a causa del esfuerzo y caímos al suelo como si estuviéramos jugando a una versión extrema del Twister. Eli fue el primero en levantarse y volvió a escupirle inmediatamente a Virgil, que sangraba por un labio reventado.

Eli se detuvo cuando todos nos apresuramos a levantarnos e hizo un gesto de desdén.

–*Le tuwa ta sunka hwo?! –Golpeó los barrotes con ambos puños, luego se giró y salió apresuradamente de la habitación y se dirigió al pasillo. Al pasar empujó a Vic. Fui el primero en lanzarme hacia la puerta y salir corriendo detrás de Vic por el pasillo en pos de Eli.*

Lo encontramos tirado en el suelo de madera al pie de las escaleras; Tran Van Tuyen le había hecho una llave de muñeca y lo tenía inmovilizado clavándole una rodilla en la base de la espalda. Perro ladraba tras el escritorio de Ruby y ella tenía la boca abierta y tapada con una mano.

Me quedé mirando al hombre con chaqueta de cuero y pantalones negros que, en comparación con Eli Búfalo Blanco, parecía poca cosa. Me dirigió una sonrisa tensa.

–¿Este es el hombre que mató a mi nieta?

Yo negué con la cabeza.

–No, no fue él.

La débil sonrisa se esfumó y Tuyen volvió a fijarse en el hombretón que había inmovilizado.

–Entonces, ¿debería dejarlo marchar?

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1968

Baranski y Mendoza se quedaron de pie a cierta distancia de los barrotes y me observaron con el rostro impassible.

–¿Por qué no nos dices qué estabas haciendo ahí fuera junto al viejo fuerte con una chica muerta?

Me notaba la cara fría y las manos ya no me temblaban. Los del cuerpo de seguridad me habían decorado la cabeza con una bonita colección de chichones y estaba seguro de que alguien me había pisado la mano mientras me esposaban, porque tenía casi todos los dedos desollados. Había un escritorio de metal junto a la puerta que conducía a las oficinas del general de brigada, donde me tenían retenido.

–Sacadme de aquí.

Mendoza se sentó en el borde del escritorio y se alisó una arruga de los pantalones del uniforme.

–Por lo que sabemos, te marchaste del bar poco después que Mai Kim. Los soldados

de la Puerta 055 aseguran que pasaste por allí.

—Abrid. Esta. Maldita. Puerta. —No les quité la vista de encima mientras ellos intercambiaban una mirada.

—Dicen que no estabas solo, tío.

—Ahora.

Mendoza suspiró, luego echó la mano hacia atrás y cogió mi arma, guardada en una pistolera Sam Browne. A continuación le entregó un gran mazo de llaves a Baranski.

—El mayor está ocupándose del papeleo, creemos que no tardarán mucho en mandarte de regreso.

No repuse nada pero continué donde estaba con los puños apretados. Baranski meneó la cabeza y se dirigió hacia la celda, abrió la cerradura y se hizo a un lado para apartarse de mi camino cuando yo empujé la puerta. Me escoltaron fuera de la habitación, por el pasillo y hasta que atravesamos la puerta principal del cuartel general de seguridad y salimos a las calles soleadas de la ciudad en miniatura que era Tan Son Nhut. Mendoza se rezagó pero le entregó mi Colt enfundado a Baranski, que apretó el paso para alcanzarme.

—El oficial al mando quería que te largaras hoy pero, con el aumento de medidas de seguridad y las vacaciones, no han podido adelantar tu traslado al cuartel general de tu batallón.

El oficial de inteligencia me alcanzó y me agarró del hombro, pero me lo quité de encima de un manotazo y me detuve en seco. Lo agarré de la pechera de la camisa, lo levanté por encima del polvo de la calle y lo empotré contra una pared de metal ondulado. Mendoza me agarró del brazo pero le pegué un codazo y lo aparté de mi camino.

Me giré hacia Baranski y, antes de que pudiera darme cuenta, tenía el cañón desportillado de mi arma bajo la barbilla. Lo sostuvo ahí. Sonrió y yo advertí el inconfundible sonido de un Colt 45 al ser amartillado.

Ninguno de los dos parpadeó.

—Será mejor que aprietes el gatillo, porque no me vas a poder detener de ninguna otra manera.

Vi que él desviaba la mirada y ambos distinguimos el sonido del seguro de varios fusiles M16, detrás de mí y a mi derecha. Alguien que no conocía se expresó en voz alta y firme.

—¿Tenemos algún problema, teniente?

Baranski volvió a mirarme y abrió los ojos un poco más de la cuenta. Lo solté lentamente. Distinguí a los cuatro guardias de las fuerzas aéreas de la 377 División y todos estaban apuntándome al ojo derecho con sus armas automáticas.

Baranski habló con rapidez.

—Oíd, no hay necesidad de esto.

Uno de los agentes, un capitán, señaló al hombre del Servicio de Inteligencia con el cañón de su rifle.

—¿Le importaría ponerle el seguro al arma, señor?

Baranski bajó la pistola lentamente y luego utilizó ambas manos para apuntar al suelo con el cañón, bajó el martillo y guardó el Colt en la funda, que tenía sujeta a la muñeca.

—Todo despejado.

Los de aviación bajaron los M16 a la altura de las caderas pero sin dejar de apuntar en nuestra dirección. El capitán era un tío con pinta de bobo, con entrecejo y las comisuras de la boca hacia abajo.

—No ha sido demasiado inteligente montar un escándalo en la puerta del cuartel general de seguridad, señor.

Mendoza seguía sentado en el suelo pero Baranski se tiró del cuello de la camisa, se alisó la parte delantera del uniforme y se caló mi Colt bajo el brazo.

—No se trata de ningún escándalo, capitán..., solo un malentendido fuera de servicio.

El capitán continuaba mirándome desde debajo del casco y su voz parecía salida de una cueva. Me daba la sensación de que tenía casi todo el cerebro localizado en el cuello, aunque probablemente él pensara algo parecido sobre mí.

—¿No eres tú el marine que le rompió la nariz a uno de mis hombres anoche?

El aliento se me pegaba a la garganta, pero conseguí responder.

—Casualmente sí. —Sonó sarcástico, quizá más de lo que había previsto.

Me observó y luego asintió.

—Bien, entonces ¿por qué no continuamos con esta pequeña reunión ahí dentro?

—No habrá necesidad, capitán. —Baranski dio un paso adelante y sacó su identificación—. Nosotros también somos de seguridad. —El capitán estudió la tarjeta del Servicio Central de Inteligencia y la placa, miró a Baranski y luego a mí. Dio un paso adelante y por fin bajó el arma por completo. Todos lo imitaron.

—Está bien, señor.

Baranski sonrió, mostrando el hueco interdental entre las paletas, y volvió a guardarse la cartera en los pantalones.

—Gracias, capi, te debo una.

El equipo de seguridad se retiró y continuó calle abajo. Baranski empleó un tono amistoso y suave y siguió sonriendo mientras el capitán nos echaba un último vistazo.

—Eso es, seguid caminando, cabronazos de mierda. —Agitó la mano para despedirse una última vez y se giró hacia mí.

Intercambiamos una mirada y yo me acordé de lo tranquilo que había estado mientras me encañonaba con mi pistola.

—No pienso marcharme hasta que descubra quién la asesinó.

Él meneó la cabeza con incredulidad y extrajo un pitillo del paquete de Camel del bolsillo de la camisa. Se lo metió en la boca y me tendió el paquete.

—No fumo.

Él abrió el Zippo y lo encendió inspirando hondo. Se sacó el cigarrillo de la boca dejando escapar el humo por la nariz.

—Quizá deberías, te ayudaría a calmarte.

—Esperaba que pudiera ayudarme a realizar los preparativos necesarios para poder

trasladar el cuerpo de mi nieta cuando se lo entreguen.

Tran Van Tuyen estaba sentado en la silla que había frente a mi escritorio y sostenía la taza de café que Ruby le había dado.

—Por supuesto.

Al hablar se dirigía a la taza y aún no había levantado la vista de ella.

—Quizá le resulte extraño, pero lo cierto es que estaba pensando incinerarla y luego querría esparcir las cenizas cerca del lugar donde falleció.

Me sorprendí un poco.

—¿No quiere llevarla consigo a California?

Él negó ligeramente con la cabeza.

—Me parece que su espíritu nunca fue feliz allí. Aquí, en cambio, quizá pueda encontrar la paz.

Asentí y le di unos golpecitos al ala de mi sombrero, que reposaba boca abajo sobre el escritorio. Me quedé mirando cómo se inclinaba ligeramente hacia la izquierda.

—Bueno, en una situación de este tipo, lo más probable es que tarden en entregarnos a Ho Thi, de modo que tendrá algo de tiempo para pensar en ello. —No reaccionó al momento y esperé que fuera debido a que estaba asimilando la pérdida—. Es el procedimiento estándar cuando hay una investigación por homicidio en curso. No queremos que se nos pase nada que pueda conducir a la captura del responsable de la muerte.

—Sí, lo entiendo.

No dijo nada más, de modo que esperé. Había sacrificado mi almuerzo con Vic, que se había marchado con Cady y Michael. La nación cheyene y el contingente cuervo estaban enfriando los ánimos fuera, en el banco junto al camino que conducía al juzgado. Les había dicho que esperasen y que yo saldría tan pronto como hubiera terminado con Tuyen.

Había conseguido un trapo limpio para Virgil, lo había mojado en agua caliente y se lo había dado. Todavía tendríamos que enfrentarnos a la visita del médico y yo quería mirar al grandullón de cerca, a la cara, pero iba a tener que retrasarlo hasta que terminase de hablar con el abuelo de la mujer fallecida.

Tuyen me había seguido a mi despacho y ahí era donde nos encontrábamos.

—Ha estado muy hábil ahí fuera. —Él levantó la cabeza y me miró como si no comprendiera—. Con Eli.

De repente pareció caer en la cuenta y dejó escapar una risita resignada.

—Cuando a uno lo entrenan a conciencia, difícilmente se olvida.

—Pues sí.

Un momento después, volvió a hablar.

—¿Piensa a menudo en la guerra, *sheriff*?

Toqué con el índice el ala del sombrero para tratar de enderezarlo y me sentí aliviado al comprobar que alguien que no era yo hacía esa pregunta.

—Últimamente mucho, al parecer.

—¿A causa de mi nieta?

Levanté la vista para mirarlo.

—Pues sí, eso creo.

Se levantó y dejó la taza de café intacta en una esquina de mi escritorio. Pensé que la próxima vez le ofrecería té.

—¿Sería posible ver las cosas de mi nieta?

Era la tercera vez que lo pedía y el Departamento de Investigación Criminal había devuelto algunas de las pertenencias, de modo que asentí y le indiqué que me siguiera al sótano, donde teníamos el depósito para los efectos personales.

Una vez allí, abrí un cajón grande y dejé unos cuantos artículos sobre el mostrador: el bolso, las monedas, la novela francesa, el pañuelo y las llaves. La foto donde aparecíamos Mai Kim y yo continuaba retenida, junto con la ropa y el cuerpo.

—¿Qué le gustaría hacer con el coche?

Él se quedó mirando el reducido grupo de objetos.

—¿Disculpe?

—El coche que conducía, le preguntaba qué desea hacer con él.

—Quizá quiera echarle un vistazo.

Me pregunté el motivo.

—Puedo encargarme de que nos lo envíen desde Cheyenne, si lo desea.

—Sí, gracias. —Esperé mientras él repasaba los objetos del mostrador—. ¿Y el ordenador?

—¿Disculpe?

Se aclaró la garganta.

—Ho Thi se llevó un ordenador mío, ¿no lo hallaron junto a ella?

—No. —Lo estudié mientras él seguía mirando los objetos.

—¿Algo va mal?

Él inspiró hondo.

—No parece gran cosa... y, sin embargo, es toda una vida, ¿verdad?

Abrí la puerta y salí para encontrarme con el consejo de guerra.

—¿Qué tal va todo?

Eli estaba sentado en la esquina del banco. Tenía los codos apoyados en las rodillas y se diría que estaba memorizando todas las rendijas de la acera. Brandon se encontraba de pie, con los pulgares metidos en los bolsillos traseros de su vaquero, y Henry escrutaba el perfil de Eli. El representante de la nación cheyene se giró y me miró.

—Esto podría llevar un rato.

Me batí en retirada lentamente a mi despacho. Ruby sostenía un teléfono en alto con una llamada para mí.

—Saizarbitoria.

Entré y me senté en su escritorio, cogí el auricular y me agaché para acariciar a Perro.

—¿Qué hay, Sancho?

—Jim Craft quiere saber si tienes idea de cuántas tarjetas de crédito procesa la estación de servicio Flying J en veinticuatro horas.

Le rasqué la oreja a Perro y él me tanteó la mano con sus enormes dientes.

—Dile que le invitaré a comer la próxima vez que vaya a Casper. —Me limpié las babas en los vaqueros—. ¿Qué tienes?

—El encargado dice que se dejaron la tarjeta en la caja y que ellos se pusieron en contacto con la compañía de inmediato. Suponen que fue la compañía la que avisó a Tuyen.

—Bueno, merecía la pena intentarlo.

—Jefe, hay una cosa más...

El tono que empleó me dejó helado.

—¿Qué?

—El encargado dice que recuerda el incidente porque esa noche estaba haciendo inventario y alcanzó a ver el coche un momento antes de que la chica se fuera.

—¿Sí?

—Me contó que la terminal rechazó la tarjeta y que constaba que había sido robada, por eso la cajera dio el aviso a la compañía y le pidieron que la confiscara. Tras hacerlo llamó al encargado, pero la chica salió corriendo de la tienda con dos botellas de agua y una bolsa grande de patatas fritas. El encargado declaró que había visto a la sospechosa chocar contra un bordillo de hormigón antes de pisar el acelerador y marcharse por la I-25 en dirección norte.

La línea estaba en silencio y me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Walt..., dijo que en el coche iban dos chicas.

Henry me acompañaba en la camioneta cuando cogimos el camino hacia el sur, en dirección a Powder Junction, en un intento por alcanzar el Land Rover de Tuyen, aunque de momento no lo habíamos avistado. Se quedó mirando un tramo cualquiera de la vía de servicio que discurría junto a la I-25.

—¿Quién murió ahí?

A la mayoría de la gente no le gusta ir en coche conmigo, y casi todos mis familiares y amigos saben que es mejor no preguntar cuando contemplo con la mirada perdida algún punto solitario de la pradera o un tramo desolado de la carretera.

—Esos tres chavales del Camaro que dieron una vuelta de campana mientras regresaban del rodeo en Powder Junction, allá por 1998.

—¿Alguna vez te he dicho lo deprimente que resulta conducir contigo por este condado, tú?

Encendí las luces de emergencia y puse el Bullet a ciento cuarenta.

—Bueno, uno nunca vuelve a ver ese tipo de lugares con los mismos ojos.

Él asintió.

—¿Dónde está Vic?

Esbocé una mueca.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando? —Él no respondió y yo eché un vistazo al reloj de la radio de la camioneta—. Con Cady y Michael, almorzando.

Él se caló la gorra oficial del Campeonato de Pesca de Carpas de Fort Smith y se pasó cuidadosamente la coleta por encima de la banda ajustable.

—Aun a riesgo de que me arranques la cabeza, te lo volveré a preguntar. ¿Qué tal con ella, tú?

Observé la carretera, luego ajusté la posición del asiento y me acodé en el reposabrazos.

—No lo sé. —Era la viva imagen del disgusto y la incertidumbre.

Oso se echó a reír.

—¿Que no lo sabes?

Suspiré.

—Nosotros... Cuando nosotros... ¿Cuando estuvimos en Filadelfia?

—Sí.

—Intimamos bastante.

—Sí.

—Pero aquel era un contexto distinto y ahora hemos vuelto a casa y la cosa ya no es igual.

–Sí.

Iba a hablar cuando me detuve, esperé un momento y luego continué.

–Lo que pasó entre nosotros dos... No sé si tendríamos que haber dejado que sucediera. No lo digo tanto por mí como por ella. –Subí el aire acondicionado porque parecía que hacía cada vez más calor en el interior de la cabina. En breve me quedaría sin botoncitos y palanquitas con los que jugar, quizá fuera una manía de familia–. Creo que ella pudo haberlo hecho por pena.

Mientras hablaba, Henry escrutaba mi perfil.

–El hecho de que ella te incitara a... la intimidación puede deberse a múltiples razones. A la conciencia de la propia mortalidad a consecuencia del accidente de Cady, al hecho de ser dos extraños en tierra ajena...

–Pero si ella nació en Filadelfia.

Él extendió una mano para silenciarme.

–¿Me dejas acabar, tú?

–Perdón.

–Quizá incluso se debiera a una reacción competitiva contra su madre, pero el motivo que me resulta más fácil de creer es que a ella le importas. No es que le preocupes, es que se siente atraída por ti y ahí radica la diferencia. –Se giró hacia el parabrisas–. O eso, o fue un polvo por lástima. –Me giré y me quedé mirándolo, mientras él se encogía de hombros–. Estoy usando su terminología. –Oso tamborileó con los dedos encima del salpicadero y cambió de tema–. Entonces, ¿crees que Tuyen sabe algo?

Yo miraba fijamente la carretera.

–Ya no me hablo contigo.

–Estaba de broma, tú.

–No ha sido divertido.

Él echó un vistazo a la pradera ondulante.

–De hecho ha sido un poco divertido.

Ambos nos refugiamos en nuestros respectivos silencios y observamos cómo la hierba color dorado se mecía bajo el viento recalentado trazando formas sinuosas. Necesitábamos que lloviera, y pronto, o todo el condado de Absaroka se convertiría en un polvorín.

Si nos poníamos a competir a ver quién de los dos permanecía más rato callado, sabía perfectamente que ganaría él, de modo que comencé a hablar, ansioso por escoger otro tema de conversación.

–Creo que Tuyen podría saber si Ho Thi tenía amigas o si alguien más ha desaparecido. –Adelantamos un tráiler enorme que transportaba las dos mitades de una casa prefabricada y volvimos a incorporarnos al carril de la derecha–. He llamado a los respectivos departamentos de *sheriff* de Los Ángeles y del condado de Orange por si saben algo, pero Tuyen está aquí y podría sernos de utilidad.

Henry observaba la carretera.

–¿El encargado de Flying J afirmó que la chica era asiática?

–Jim dijo que no lo sabía con seguridad, pero que eran dos chicas con el pelo largo y

negro.

Él se encogió de hombros.

—Podría ser india...

—No sería la primera vez que una chica india hace autoestop en la I-25, pero yo no apostaría por ello.

—¿Por qué quieres que esta chica sea vietnamita, si es que existe?

Le eché un vistazo.

—Significaría que hay alguien vivo que sabe lo que está pasando. —Volví a concentrarme en la carretera—. ¿A qué viene esa pregunta?

Él continuaba estudiándome.

—A veces me pregunto si no estarás intentando resolver dos misterios separados por casi cuatro décadas.

Seguí conduciendo y me quedé mirando otro tramo de la autopista donde otras vidas habían tocado a su fin. Me acordé de quiénes eran, de sus nombres, de sus familias, de sus amigos. Los muertos no eran los que me preocupaban, eran las personas que se quedaban para recordarlos. Los que morían completamente solos eran los que más me angustiaban. Sin nadie para recordarlos, ¿cómo saber si de verdad existieron? Inspiré hondo y me obligué a concentrarme en la carretera.

—Ruby dice que me preocupan más los muertos que los vivos.

Henry no repuso nada.

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1968

No estaba dispuesto a dejarlo marchar y no había nadie más en el bar Buenos Chicos Buenos Ratos para salvarlo.

Todos habían salido corriendo.

Me encajaba bien la mano en su garganta y me sorprendía el poco esfuerzo que me suponía sujetar a Le Khang contra la pared, a medio metro por encima del suelo.

—No me gustan tus respuestas...

Él dejó escapar un chillido que tomé por una especie de respuesta, así que lo bajé hasta que sus pies tocaron el suelo de contrachapado. Él trató de zafarse pero yo todavía lo tenía bien agarrado.

—¡Ella no decir!

Me disponía a subirlo de nuevo pero él negó con la cabeza y lo dejé donde estaba.

—¡Ella marchar con un cliente!

—¿Quién?

—No decir... —Le apreté el cuello con más fuerza, pero él me golpeó el brazo y yo lo relajé.

—Personal aéreo, piloto.

—Dame un nombre.

—No nombre. —Me encogí de hombros y volví a engancharlo—. ¡Thunderchief, F-105! ¡Piloto F-105, llamarse *Jumpin' Jolene*!

Le solté el cuello y luego le señalé la cara con el índice.

—Será mejor que la información sea buena, de lo contrario volveré y, créeme hermano, eso no te va a gustar. —Mendoza y Baranski se hicieron a un lado, pasé entre ellos y ambos me siguieron en dirección a la Puerta 055.

La voz de Baranski me llegaba por encima del hombro.

—Mira, es solo cuestión de tiempo que acabes a la prisión militar de Long Bin si continuas... —Me empujó hacia un lado de un empujón en el hombro. Yo me detuve y le planté cara—. Oye, oye... No vamos a volver a pasar por lo mismo de antes. —Me mostró las palmas de las manos—. Detente un momento, ¿vale? —Esperé—. Una cosa es que la quieras emprender con los ojos rasgados o con los de mantenimiento aéreo pero, pero ir a las fuerzas aéreas y tomarla con los pilotos es muy distinto, te enviarán directo a Chu Lai aunque sea en *rickshaw*.

Me quedé un momento allí parado en esa calle de tierra y noté unas vaharadas de calor en los pulmones. Estaba cansado, resacoso y jodido pero, a pesar de mi limitada experiencia, sabía que él tenía razón.

Baranski me dirigió una sonrisa radiante y malévola y Mendoza se acercó a su lado, pero me fijé en que ambos permanecían fuera del alcance de mi brazo.

—Síguenos, pero no hagas ni digas nada, ¿lo captas?

Los seguí hasta el cuartel general de seguridad, donde solicitamos uno de los Jeeps. Emprendimos la marcha con ellos sentados delante y yo detrás.

Recorrimos la carretera asfaltada junto a la línea defensiva. La hierba *imperata* lamía los bajos del vehículo y los charcos de barro manchaban los flancos del Jeep mientras dejábamos atrás los detritos y restos de fuselaje de las aeronaves accidentadas. Pasamos junto a los grandes hangares Quonset, que me recordaban a los silos que utilizaban los granjeros allá en Wyoming. Me entró nostalgia al verlos y me puse a pensar en una rubia, aunque también noté que otras emociones se apoderaban de mí y que las manos habían dejado de temblarme.

En los barracones me quedó claro cómo vivía la otra mitad de las fuerzas aéreas: si en una base aérea los pilotos son la realeza, los pilotos de combate son los reyes.

—Entra y sale de la base todo el rato. —El sargento de guardia no sabía dónde estaba Brian Teaberry y ni siquiera levantó la vista cuando entramos—. Hasta mañana a las 8:00 no volverá a estar de servicio.

Baranski se inclinó sobre el mostrador y se quedó mirando la coronilla del sargento. Era un veterano que había combatido en la guerra de Corea y no le iba a impresionar demasiado nuestra investigación por homicidio.

—Lo buscamos en relación a una investigación por homicidio.

El hombre sobrepasado de trabajo finalmente levantó la vista de los formularios que estaba grapando.

—¿Y qué? —Yo me aproximé y apoyé un brazo en la esquina del mostrador al tiempo que él soltaba la grapadora—. Mira, grandullón, no sé dónde está.

Le grapé el lóbulo derecho al cuello.

—¡Joder!

Le grapé el lóbulo izquierdo al cuello.

—¡Joder, Dios! ¡Espera un minuto! ¡Quitádmelo de encima, por Dios!

El sargento de guardia nos contó que Teaberry se encontraba en el hangar de pasajeros aguardando la llegada de su prometida, una administrativa que venía de Saigón a visitarlo, y que probablemente estuviera jugando a las cartas.

Varios autobuses azul oscuro aparcados aguardaban la llegada de los pasajeros y había bastantes miembros de las fuerzas aéreas sentados en el suelo esperando a que aterrizasen y despegasen los vuelos. Leí un cartel en la entrada del recinto donde ponía en dos idiomas: «Prohibido entrar con armas».

—Quédate en el Jeep, tío.

Levanté la vista y Mendoza me hizo el mismo gesto que uno utilizaría para advertirle a un perro que se estuviera quieto.

Solo estuvieron dentro unos minutos. Luego salieron, pusieron en marcha el vehículo y rodearon el perímetro de la zona hasta llegar a una valla de listones de madera y alambre de espino, donde se encontraba la sala de espera de los oficiales. Salieron del Jeep y el tejano me volvió a hacer un gesto para que no me moviera.

Me quedé donde estaba. Los observé atravesar la puerta a nuestra izquierda y cruzar el patio donde tres capitanes y un teniente de primera estaban jugando a las cartas bajo un toldo improvisado. Había algunos aviones de transporte C-123 calentando motores sobre el asfalto a algunos cientos de metros, montando tal estruendo que el suelo literalmente temblaba.

Baranski y Mendoza se acercaron sin prisa a los jugadores de cartas y, aunque no podía oírlos con el ruido, vi que se presentaban y que charlaban un poco con los hombres sentados. Un tipo de tamaño considerable, de pelo rubio y bigote vulpino, le dijo algo a Mendoza.

Teaberry.

Mendoza le contestó. Teaberry les comentó algo a Mendoza y Baranski. Baranski le dijo algo a Teaberry, que contestó otra cosa que debió de parecerles graciosa a los otros tipos de la mesa puesto que se rieron. Mendoza asintió, dijo algo más y luego me hizo un gesto: «Ven, chico».

Me levanté.

Teaberry me echó una ojeada y dijo algo más a sus compañeros de juego, que se rieron. Mendoza sonrió e hizo otro gesto: «Ataca».

Me apeé del Jeep.

Teaberry fue a ponerse de pie pero Mendoza lo empujó de nuevo sobre la silla plegable metálica.

Arranqué la puerta de la cerca al entrar.

Los otros dos capitanes y el teniente primero soltaron las cartas y desaparecieron en el interior del hangar de pasajeros. Teaberry se zafó de Mendoza y echó a correr hacia el otro extremo del patio.

Atrapé a Teaberry cuando llegó a la altura de la cerca.

Dijo que no sabía nada sobre Mai Kim. Mendoza y Baranski me agarraron pero yo seguía sin soltar a Teaberry. Le dije que era un mentiroso y que, si no me contaba todo

lo que quería saber, iba a estrangularlo con sus propios intestinos. Teaberry contestó algo que no era lo que yo quería oír, así que lo arrojé contra la cerca.

Mendoza me agarró de la cabeza con ambos brazos y Baranski de las rodillas, pero aun así fui capaz de atrapar de nuevo a Teaberry cuando intentaba escabullirse. Caí sobre él y el cercado se vino abajo.

El capitán Teaberry aseguró que había cerrado el trato con Hollywood Hoang y que por el módico precio de diez dólares Mai Kim lo había llevado a un búnker con sacos de arena entre la Puerta 055 y el Hotel California, donde mantuvieron relaciones sexuales satisfactorias aunque no demasiado prolongadas. Luego caminó con ella hasta la 055, donde sus caminos se separaron. Teaberry dijo que ella se marchó en dirección al bar Buenos Chicos Buenos Ratos sobre la una de la mañana, y que esa fue la última vez que la vio. Los guardias de la puerta podían confirmar su historia.

Lo solté y, entonces, Mendoza y Baranski me dejaron ir.

—¿Qué es lo que le pasa a Eli?

Henry suspiró y tiró del cinturón de seguridad con el pulgar.

—Ha derramado sangre sobre la medicina... —Soltó el cinturón y giró la cabeza, aunque continuó observando la carretera.

Me vinieron a la cabeza los talismanes cheyenes.

—¿Te refieres a las flechas medicinales?

Él inspiró hondo.

—Hay tres.

—¿Flechas?

—Talismanes: las Flechas Medicinales, el Tocado Sagrado y el Calendario de Invierno pertenecen a la tradición cheyene. No estoy seguro de si son los mismos para los indios cuervo.

—Calendario de Invierno. ¿No lo mencionaste cuando estábamos en Filadelfia?

—Sí. El *Tonoewa Wowapi* es el único talismán que no he visto nunca. Es una piel sagrada plagada de símbolos que revela la historia de nuestro pueblo y, si se lee correctamente, puede predecir el futuro. Y se dice que este es el poder menos valioso que posee.

Henry Oso en Pie no se tomaba este tipo de cosas a la ligera, de modo que continué conduciendo callado, esperando el resto de su explicación. Tensó los músculos de la mandíbula pero no añadió nada. En sus ojos oscuros se reflejaba el resplandor del parabrisas.

—Lee, mi medio hermano, sí lo ha visto...

Sentía curiosidad, no solo por el artefacto sino también por Lee, a quien rara vez Henry mencionaba. Sabía que se había detenido a visitarlo en el camino de regreso de Filadelfia pero me sentía incómodo hablando con él de temas tan personales, a sabiendas de que en la frontera entre pieles rojas y blancos no existía el rosa.

—¿Qué me dices del Tocado Sagrado?

Se notaba que le alegraba cambiar de tema y dejar a un lado el calendario y a Lee.

—Un talismán de naturaleza matriarcal, el *Issiwun* personifica el búfalo y la cosecha.

—¿Y las flechas?

Bajó la vista y se quedó mirando el espacio entre las esterillas que nos separaban.

—Cuatro flechas de punta de piedra envueltas en una piel de coyote. Cuando era niño mi padre me llevó a un tipi donde me fueron reveladas. Recuerdo que mi madre tuvo que esperar fuera porque no le estaba permitido verlas. De manera periódica las restauran con astiles y plumas nuevas. Son custodiadas, al igual que el resto de objetos, por un individuo que desempeña ese cargo durante toda la vida o hasta que renuncia voluntariamente a la tarea.

—Déjame que adivine. ¿Los Búfalo Blanco son los guardianes de las flechas?

—No. El guardián de las flechas debe ser de sangre cheyene y, que yo sepa, las flechas las conservan los cheyenes del sur, en Oklahoma.

—¿Qué me dices del Tocado Sagrado?

Dejó escapar una risotada.

—El tocado está adornado con una cabellera de un indio cuervo, por lo tanto es poco probable que ese talismán fuera confiado a un guerrero de esa tribu. —Su rostro se ensombreció y supe que estaba pensando en su hermano Lee—. El Calendario de Invierno se encuentra en paradero desconocido, así que la medicina a la que Eli se refiere debe de ser el saquito hallado entre las pertenencias de Virgil.

—¿El que llevaba colgado del cuello?

—Sí. —Se enderezó—. Se diría que Eli piensa que las acciones de su padre han mancillado la custodia de este objeto sagrado.

—¿De ahí lo de derramar sangre sobre la medicina?

Su rostro era impasible.

—Eli no tiene ninguna duda de que su padre cometiera aquellos actos.

Suspiré.

—Qué desgracia.

—Sí.

Pensé en la fotografía del niño.

—Entonces, ¿Eli es hijo de Virgil?

—Sí.

Pensé en el portarretratos de plástico rosa.

—¿Qué me dices del resto de la familia, de la mujer y la niña?

—Sandra y Mara, ambas murieron.

—¿Cómo?

Aunque los fuertes hombros de Oso cargaban con el peso de las múltiples desgracias acaecidas a su gente, habló sin emoción en la voz.

—Un conductor borracho chocó frontalmente contra ellas. Murieron en enero de 1971.

—¿Y Eli sobrevivió?

—Tengo entendido que tenía problemas de conducta y que después estuvo en varias casas de acogida. Ahora tiene su propia galería en Hot Springs, en Dakota del Sur. Pintura nativa abstracta, pero corren tiempos difíciles, tú. —Asentí y, un momento

después, se giró para mirarme—. ¿Qué?

Inspiré hondo y mantuve la velocidad de crucero a ciento cuarenta.

—Entonces, ¿manchar de sangre la medicina equivale a una maldición?

El representante del pueblo cheyene frunció el ceño.

—Sí, supongo que puede considerarse así.

Noté que se me tensaban los músculos de la cara.

—Bueno, pues parece que Virgil aún está maldito.

Noté que uno de los agentes de la patrulla de carreteras había detenido un vehículo verde en la cima de una colina distante y pisé el freno. Reduje la velocidad y estacioné detrás del Dodge mientras la rubia de formas rotundas con gafas de espejo se llevaba una mano a la cadera, junto a la pistola Glock, y nos miraba desde la puerta del conductor del Land Rover de Tran Van Tuyen.

Rosey lucía unos guantes negros con cierres de perla sin abrochar dejando entrever la palidez de la piel de las muñecas en aquellos brazos bronceados. Se enderezó el sombrero de guardabosques cuando echó a andar hacia nosotros, sosteniendo en la mano el carné de Tuyen, la documentación del coche y la tarjeta del seguro.

Me gustaba su forma de caminar y sonreír.

—¿Cómo va eso, patrullera?

Ella se bajó las gafas de sol y me miró directamente.

—¿Tenemos una corriente migratoria vietnamita en el condado?

—Es el abuelo.

Su actitud cambió de inmediato.

—Oh.

Le eché un vistazo a Tuyen, que estaba tranquilamente sentado en el interior del vehículo, pero que acababa de ajustar el espejo retrovisor para poder vernos.

—¿A qué velocidad iba?

Ella se acodó en mi camioneta y volvió la vista hacia él.

—Al límite, a ciento treinta.

—¿Podrías dejar que se marchara? Ha tenido un par de días duros. —Nuestras miradas volvieron a cruzarse y la delicadeza de la piel de sus pómulos marcados me trajo a la mente a otra persona que también había sido hermosa.

Ella asintió y bajó la vista solo para mirarme de abajo arriba lentamente.

—Me debes una. —Me entregó el papeleo y sonrió malévolamente. Sentí que me acaloraba y creo que no tenía nada que ver con la temperatura.

Mientras ella se dirigía contoneándose a su Dodge negro y se subía al vehículo, no sin antes echarme una última ojeada, yo me giré hacia Henry.

—Es a ti, ¿no? Me refiero a que... no es por mí.

Él frunció el ceño.

—No, es por ti. Algunas mujeres tienen unos gustos muy peculiares.

Me bajé de la camioneta y caminé hasta el vehículo de Tuyen, mientras Rosey se reincorporaba a la autopista como una pantera reluciente en busca de su presa y desaparecía tras una colina. Tuyen se giró para mirarme cuando me apoyé en la puerta.

Observé que el maletín que había visto en el pueblo fantasma estaba en el asiento del acompañante. Le devolví su documentación y luego eché un vistazo a un lado y a otro de la autopista desierta.

—¿Se dirigía a su motel?

Se guardó el carné en la cartera e introdujo el resto de papeles en la guantera.

—Sí.

—Señor Tuyen, ¿sabe si Ho Thi viajaba sola?

Me miró sin cambiar de expresión.

—¿Qué?

—Disponemos de cierta información que indica que quizá su nieta no viajara sola y me preguntaba si no sabría quién más podría haber ido con ella en el coche.

Lo observé mientras él miraba fijamente el volante.

—Yo... no tengo la menor idea.

Me puse en cuclillas y apoyé los dos brazos en el vano de la ventanilla.

—¿Le importaría contactar con su organización en California para preguntarles si echan en falta a alguien más?

—Por supuesto. —Se dispuso a coger el móvil, que se estaba cargando en el salpicadero.

—No se preocupe, no va a tener cobertura hasta que baje a Powder Junction.

Trató de sonreír, pero su rostro permanecía sombrío.

—¿Delante de la consulta del veterinario?

—Eso es.

Inspiró hondo.

—¿Cree que Ho Thi podría haber estado viajando con otra persona?

—Es posible. —Me eché hacia atrás el sombrero.

Él asintió.

—Contactaré con Hijos del Polvo y averiguaré si saben de alguien que haya desaparecido. —Me observó y luego contempló las colinas ondulantes que parecían perderse en la distancia, un terreno tan vasto que te dolían los ojos de tan solo mirarlo—. Todo esto es muy angustioso.

—Sí, lo es. —Me puse en pie y le señalé a Henry—. Mi amigo y yo vamos de camino a Powder Junction a hacer algunas preguntas más. ¿Estará en su habitación?

—Sí.

—¿Le parece si almorzamos sobre la una? —Levantó la vista con una expresión interrogante y le dije por encima del hombro—: Solo hay un restaurante en Powder Junction y es el que está conectado con el bar.

Henry se quedó estudiando mi perfil mientras yo rodeaba el vehículo de Tuyen y pisaba el acelerador de la camioneta hasta ponerla de nuevo a ciento cuarenta. Miré a mi mejor amigo mientras me lo pensaba dos veces, observando cómo Tran Van Tuyen ponía el coche en marcha y nos seguía a velocidad más reducida.

—¿Crees que tengo prejuicios? ¿De verdad?

—Sí. —Le lancé una mirada a Henry, que sonreía con tristeza—. En cierto modo todos los tenemos. Una lástima, ¿verdad?

Mientras él me observaba, vi cómo se alejaba el Land Rover verde por el espejo retrovisor. El resto del camino a Powder Junction lo hicimos en silencio.

Fue fácil localizar a los hermanos Dunnigan: en ese momento se encontraban segando el lado contrario de la autopista. Las cosechadoras gigantes se movían como insectos prehistóricos recorriendo las suaves pendientes junto al desagüe. Encendí las luces del techo, reduje la velocidad y detuve la camioneta ante las enormes máquinas.

Den frenó la cosechadora y se detuvo a solo unos centímetros de mis cuartos traseros. Bajé del vehículo y lo miré pero él no se movió del cubículo de cristal de la máquina aún en marcha. James ya había salido de la suya, se había bajado y se apresuraba a reunirse conmigo. Me saludó con la mano. Tenía el brazo tan delgado que el deshilachado puño de la camisa le colgaba en la muñeca como un badajo dentro de una campana. Levanté la vista hacia Den, que se echó hacia atrás la gorra de béisbol y evitó mirarnos. James me sonrió un tanto nervioso.

—Hola, Walt.

Como me figuré que le molestaría, me apoyé en el cabezal de corte de la máquina de Den.

—Hola, James. Vengo a haceros algunas preguntas más a ti y a tu hermano, si no os importa. —Lo observé quitarse el sombrero de paja empapado de sudor. Se le había pegado un poco de polvo de arcilla roja a la frente, que ahora parecía teñida por una mancha de sangre. James le hizo un gesto a Den, este apagó el motor de la cosechadora de mala gana, abrió la puerta de cristal y se reunió con nosotros en la cabecera de la máquina. Esperé a que los Dunnigan estuviesen juntos antes de empezar a interrogarlos.

Den nos miraba desde abajo; había sacado una pequeña nevera de la cabina, se había sentado y había comenzado a comerse el almuerzo.

—Si habéis venido por más cuerpos, no hemos encontrado ningún otro.

Lo ignoré.

—James, cuando conociste a Ho Thi Paquet, la chica de...

—¿Ese era su nombre?

Lo estudié un momento.

—Lo siento, James. Sí, era ese.

Él asintió y se miró las botas, que estaban muy rozadas y remendadas con dos vueltas de cinta adhesiva.

—Cuando conociste a Ho Thi en el bar, ¿estaba sola? —Los dos se me quedaron mirando pero yo solo advertí confusión en sus caras.

Den desenvolvió un sándwich y luego le quitó la chapa a la cerveza Busch, la dobló con los dedos y la arrojó entre las altas hierbas antes de hablar.

—¿En el bar?

Yo asentí.

—Sí.

—Bueno, sí. El camarero estaba allí.

—¿Alguien más?

Intercambiaron una mirada y luego James contestó en voz baja:

—No.

—Cuando salisteis fuera del bar, ¿había alguien más en el coche?

Den entrecerró los ojos para protegerse del sol y masticó un trozo de sándwich.

—No.

Asentí.

—Muchachos, la siguiente pregunta va a ser un poco personal. ¿Dónde mantuvisteis relaciones sexuales con ella?

James parecía preocupado y echó un vistazo a Henry, que se había apeado del Bullet y nunca se había mostrado tan interesado en maquinaria agrícola como ese día.

—En la camioneta.

—En la vuestra.

—Sí.

Asentí.

—¿Dónde estaba aparcada?

—A las afueras de Bailey.

—¿Ella se marchó en vuestro coche?

—Sí.

—Y entonces, ¿qué?

A James se le había puesto el cuello tan rojo como un tomate y volvió a mirar a Oso.

—Bueno, yo entré primero...

—No, me refiero a después. —Él levantó la vista para mirarme—. Después de que Den y tú mantuvierais relaciones con ella. ¿La acercasteis hasta su coche?

Ellos contestaron al unísono.

—Sí.

—¿Y no visteis a nadie en el coche con ella?

Ambos volvieron a contestar al mismo tiempo.

—No.

—¿Qué hora era cuando la dejasteis?

Los dos hermanos volvieron a intercambiar una mirada. James se disponía hablar cuando Den arrojó lo que le quedaba de sándwich dentro de la nevera y la cerró de golpe, interrumpiéndole.

—¿Cómo demonios vamos a saber a qué hora...?

James lo silenció con un gesto de la mano, mientras con la otra se aferraba el ala del sombrero y hacía memoria.

—Dejamos de trabajar sobre las tres, pasamos un par de horas con ella en el bar, luego un poco más de una hora en Bailey y luego la trajimos de regreso al pueblo.

—Entonces, ¿hacia las seis o seis y media?

—Sí.

Yo asentí.

—De acuerdo, muchachos, si veis u oís algo...

James inclinó el peso de su cuerpo hacia mí y dejé de hablar. Tenía los ojos llorosos.

—Walt, hay algo más.

Den estalló desde su asiento en el cabecero de la segadora, blandiendo la botella de cerveza con los dedos.

—¡Joder, James! ¡No hace falta que oiga esa mierda!

Volví a mirar a James, que carraspeaba.

—Últimamente me han pasado algunas cosas raras. Bueno, he visto cosas.

Den se puso de pie.

—James.

El mayor de los granjeros se llevó el índice a la comisura del labio.

—Después de que la encontráramos junto a la autopista...

Den se quitó la gorra de un tirón.

—¡Hostia puta!

James se inclinó un poco hacia delante y a mí me llegó un tufillo a licor de zarzamora.

—¿Después de que hablaras con nosotros la primera vez?

Yo asentí.

—¿Sí?

—¿Y todos sabíamos que estaba muerta? —Esperé sin decir nada. Pasaban algunos coches por la autopista pero James no apartaba la vista.

—Walt... ¿Tú crees en fantasmas?

Se me había pasado por la cabeza que James Dunnigan revelase muchas cosas, pero la firme creencia en la actividad paranormal ocupaba una de las últimas posiciones. Ignoré a Henry, que dejó de mirar a James para observarme a mí.

—No sé si te comprendo...

James me interrumpió y su voz sonaba afilada.

—Es una pregunta bastante simple: ¿crees que los muertos regresan?

Pensé en los últimos acontecimientos y noté en el pecho una creciente sensación de desasosiego. Me acordé de los indios que había visto en las montañas Big Horn en mitad de una ventisca, que me habían advertido que a veces es preferible dormir que despertar. Pensé en una cabaña desvencijada en los alrededores del río Powder, con pañuelos al viento y pintura descascarillada que se desprendía de las maderas nudosas como notas musicales de un pentagrama. Pensé en cascos con águilas y en ceremonias y en corceles de nubes.

—James... —Se me quebró la voz como si tuviera la garganta obstruida por burbujas, hasta a mí me sonó rara—. Para ser sincero, no, no creo que los muertos regresen. —La voz volvió a salirme entrecortada—. Porque creo que nunca llegan a marcharse.

Él levantó la vista y me miró.

—La he visto.

—¿A quién?

—Juro que la he visto.

Den volvió a estallar de nuevo.

—¡Hostia puta, James! ¡Te van a poner una camisa de fuerza!

—A Ho Thi, la he visto.

Toqué con la mano el hombro huesudo del viejo granjero.

—¿Dónde, James?

—En Bailey. —Volvió la cabeza hacia la izquierda y luego miró en dirección norte, como si alguien pudiera oírnos—. En el pueblo fantasma.

Volví a apretar el botón del micrófono pero seguía sin oír nada. El representante del pueblo cheyene se subió a la acera elevada de madera para resguardarse del sol y se caló la gorra de béisbol.

—¿Oyes algo, tú?

Colgué el micro en el salpicadero y cerré la puerta.

—No, debe de ser por las formaciones rocosas.

Se apoyó contra uno de los postes que sustentaban la pasarela, luego se quedó mirando las antiguas rodadas de la calle principal de Bailey y levantó la vista hacia los riscos, que colgaban sobre nosotros como olas rojas. El sol estaba alto y no había ninguna sombra donde guarecerse. Hasta parecía que el calor hubiera arreciado.

—Además de las tuyas, hay otro juego de pisadas que conducen hasta el cementerio.

Mientras Henry se dirigía a los salientes rocosos junto al cuartel sindical, yo había peinado la ciudad. Asentí y me colgué las Ray-Ban en el bolsillo del uniforme para darle un respiro al puente de la nariz.

—Allí fue donde encontré a Tuyen, en el cementerio.

—Ahí arriba hay serpientes de cascabel.

—Eso mismo me imaginé. —Dos de los soportes estaban unidos por un travesaño, me acerqué y me senté allí, sin dejar de recorrer con la vista la calle vacía, seca y polvorienta—. James ha dicho que la vio junto a la carretera.

—James dice que su madre fallecida le prepara el café por las mañanas, tú.

Levanté la vista para mirarlo con un ojo entrecerrado y lamenté de inmediato haberme quitado las gafas de sol.

—Eso es muy cierto... Pero, en caso de que la chica misteriosa exista, dice que la vio junto a la carretera. Ahora bien, ¿dónde más podría estar?

—¿Preparando café? —Le lancé una mirada—. De acuerdo, tú. Pongamos que exista, ¿cabría suponer que no desea que nadie la encuentre?

Miré hacia al este y luego al norte, al cuartel sindical y a los pinos matorral y los álamos negros desperdigados a lo largo del curso del Beaver Creek. No era difícil imaginarse Bailey como el pueblo animado que había sido antes del desastre. Casi se podían ver los caballos atados a los travesaños, las carretas y la estrecha locomotora resoplando vapor hasta detenerse en la boca de la mina al final de la calle.

—Pues sí. Pongamos que existe, y que se escapó después de que su amiga fuera asesinada y arrojada al borde de la autopista.

Él se acercó y se sentó en el otro extremo del travesaño.

—No la asesinaron en el pueblo.

—No, corrían el riesgo de ser descubiertos.

—Y sería lejos de la autopista.

—Eso es.

Él asintió. Giró su perfil de indio de película hacia el cementerio.

—¿Crees que fue testigo del asesinato, tú?

—Eso explicaría en buena medida por qué se oculta.

Observé cómo dos pájaros más pequeños perseguían a un halcón de cola roja y me pregunté cómo les iría a Vic, Cady y Michael.

Oso se giró de nuevo y me miró mientras se levantaba una ligera brisa, aún más candente que el aire.

—¿Sabes, tú? Hay algo extraño en este pueblo...

—¿Además de que no hay gente, quieres decir? —Yo también sabía hacerme el listillo.

—Sí, además de eso.

—¿Qué?

—No hay iglesia. —Recorrió con la vista toda la calle, quizá se esperara que apareciera alguna de la nada—. Si hubiera una, estaría cerca del cementerio, pero no quedan cimientos, no hay nada.

Me incorporé, bajé del travesaño y eché a andar por la calle, girándome para echarle una ojeada a la vieja mina.

—¿Le has echado un vistazo al cuartel sindical cuando has subido?

—No.

—¿Y eso por qué?

Henry estiró las piernas sobre el travesaño y se reclinó contra el poste. Se soltó la cola de caballo que tenía sujeta con la banda ajustable de la gorra para taparse la cara.

—Ya te lo he dicho, allá arriba hay serpientes de cascabel, tú.

Me quedé mirando el pez bordado de la gorra.

—¿Desde cuándo te dan miedo las serpientes de cascabel?

—No me dan ningún miedo, pero su presencia me confirma que no ha subido nadie allá arriba desde que estuvisteis Tuyen y tú.

—Ah, vale. —Volví a ponerme las gafas de sol. Advertí que no se movía—. ¿Qué estás haciendo, echarte una siesta?

—Sí, entiendo que es lo más sensato que puedo hacer mientras registras el cuartel sindical, tú.

Levanté la vista y contemplé las altas hierbas en forma de cuchilla que conducían al único edificio sobre la colina, más allá de la pirámide oscura de carbón... Un territorio ideal para que las serpientes se emboscaran.

—¿Qué te hace pensar que voy a hacer eso?

Seguía en la misma postura y su voz me llegó amortiguada a través de la gorra.

—Sabía que no me creerías cuando te dijera lo de las serpientes.

Las serpientes de cascabel mudaban la piel en agosto. Se les nublaban los ojos y estaban inquietas, cabreadas y dispuestas a atacar a todo bicho viviente. Al contrario de

lo que piensa casi todo el mundo, no siempre agitan el cascabel antes de lanzarse al ataque.

En el lado izquierdo de los riscos todavía se distinguía parte del sendero que conducía hasta el cementerio y un tramo de escalones de piedra desgastados por el paso de aquellos hombres duros que descendieron al interior de la tierra para extraer combustible. Me detuve en una esquina para comprobar si el cheyene se había movido, pero no lo había hecho.

El director John Ford embaucó a la mayor parte del público americano durante los años cuarenta y cincuenta y les hizo creer que todo el Oeste se parecía al Valle de los Monumentos, donde él filmó la mayoría de sus películas. Aquel se había convertido en un paisaje emblemático y yo tenía que admitir que, a mis ojos, el paso de Hole in the Wall, con sus murallas de piedra granate y el contraste del paisaje horizontal entre brumas, se parecía mucho al Valle de los Monumentos.

Las únicas pisadas que se advertían eran, efectivamente, las que Tuyen y yo habíamos dejado, pero morían en el cementerio. Más arriba no había rastro de pisadas, ni hierba partida, ni nada que indicara que alguien hubiera subido allí en los últimos tiempos. Contuve la respiración. Todavía era temprano y habíamos alcanzado casi los treinta y ocho grados centígrados. No querría estar allí arriba en un par de horas, cuando el sol alcanzara el zénit y Bailey se convirtiera en algo parecido al quinto infierno.

El cuartel sindical quedaba a mi derecha, una edificación tan solitaria como un faro erosionado en medio de una tormenta de rocas.

Me apoyé sobre la verja de hierro que rodeaba el cementerio y lo lamenté de inmediato, pues el metal oscuro parecía recién sacado de la fundición. Me acordé de Saizarbitoria y las barras de ejercicios en Powder Junction y sonreí. Quizá el vasco aprendiera rápido, ¿o era yo el que cada vez aprendía más despacio?

Me encontré leyendo las lápidas, los nombres y la fecha idéntica que figuraba en las diecisiete, y pensé en los supervivientes, caminando por el sendero junto al cementerio. Me pregunté si verían a los mineros que habían fallecido atrapados en los túneles que había bajo mis botas.

Me acordé de las dos botellas de agua que había en mi petate, que estaba en la camioneta, y doblé la esquina. Solo había dado una docena de pasos entre las hierbas altas cuando oí el sonido del cascabel, ante el cual todo habitante del Oeste se detiene en seco y se pregunta por qué no se habrá puesto unas botas de caña alta.

Como diría Lonnie Pájaro Pequeño, aquel era un bicho grande, aaajá, sí, es así. El cascabel se componía al menos de doce anillos y el reptil se encontraba a unos tres metros. Al contrario de lo que suele pensar la gente, no se puede juzgar un crótalo por los anillos ya que, cada vez que mudan la piel, un proceso que puede ocurrir hasta tres o cuatro veces al año, acumulan un nuevo anillo. En cualquier caso daba igual, era un espécimen grande y a ninguno de los dos nos apetecía ponernos a contar.

La serpiente estaba enroscada en el suelo dibujando una ese y retrocedía ante mí. Su cuerpo era tan grande como mi antebrazo. Había reculado hasta uno de los salientes de los escalones de piedra y estaba acorralada. Se contrajo un poco más y agitó una lengua

oscura hacia donde yo estaba, mientras se acercaba la cola a la cabeza rectangular y agitaba el extremo vigorosamente.

–Buenas. –Supuse que era un momento tan bueno como cualquier otro para comprobar la teoría de Henry. El reptil no respondió y se mantuvo en su sitio, sus ojos oscuros brillando como dos gemas negras–. ¿No habrás visto por casualidad pasar a alguien por aquí últimamente, verdad? –Agachó un poco la cabeza cuando yo comencé a levantar la mano, muy, muy lentamente–. Sí, eso mismo pensaba yo.

Podía probar a dispararle con el arma, pero al pensar lo que podía hacer una bala de 45 milímetros tras rebotar en un escalón de piedra se me quitaron las ganas, de modo que continué levantando la mano hasta que la tuve a la altura del ala del sombrero.

El crótalo bajó un poco la cabeza y me detuve en seco. En realidad todo era por mi culpa, había molestado a la serpiente mientras ella tomaba el sol tranquilamente después de un *brunch* consistente en ratón de campo o lagartija. Podía haberme presentado y comentarle que era el *sheriff* y que estaba trabajando en un caso importante, pero no parecía demasiado interesada y yo comenzaba a dudar de las teorías de Henry sobre la comunicación entre distintas especies.

Le arrojé el sombrero con efecto, un lanzamiento bajo y a ras de suelo. Le dio en el lugar oportuno y la serpiente desapareció entre los salientes rocosos a mi derecha.

Di dos pasos para recoger el sombrero; al hacerlo, algunas piedras sueltas cayeron al pedregal de lo hondo. Probablemente no estuviera sola.

–Oíd, hay un indio durmiendo delante de la tienda de alimentación, ¿por qué no vais a morderle a él?

Me quedé mirando la copa del sombrero: tenía un araño y una marca donde había golpeado a la serpiente de cascabel. Ya iba siendo hora de que me comprara uno nuevo, de todas formas. Me calé el castigado chambergó de hojas de palma y reanudé la subida, esta vez ojo avizor.

El cuartel sindical era un ejemplo extraordinario de arquitectura de principios del siglo XX, con cornisas almenadas y un único segundo piso con balcón. La estructura había resistido el paso del tiempo mejor que las casas de abajo, ya que a la gente no le solía apetecer subir la cuesta... ni vérselas con las serpientes de cascabel. Las ventanas aún conservaban parte de los cristales y, a pesar de que el dintel de la puerta estaba partido, todavía se apreciaba el brillo del metal del que estaba hecho. Alrededor de los tiradores de la puerta había una cadena con candado con un extremo suelto colgando por debajo del otro. El destrozo era antiguo y no había marcas en el polvo que todo lo cubría.

La hoja de la puerta estaba apoyada firmemente en el umbral, pero la levanté un poco, empujé y la abrí de par en par con el consiguiente chirrido de los viejos goznes. Había un pasillo que conducía a las oficinas de la parte trasera y una escalera a la derecha. Nada parecía fuera de lugar, tal y como el polvo atestiguaba. Atravesé las oficinas vacías oyendo los suaves crujidos de mis pasos sobre el suelo de planchas de madera.

Había una barra a un lado y un montón de sillas rotas apiladas en una esquina, poco más. Las escaleras que subían a la segunda planta estaban algo más allá y desembocaban

en mitad de la pista de baile. Cuando llegué arriba, me fijé en que había una puerta que daba al balcón desde donde se divisaban las colinas y el pueblo. Al otro lado había un escenario y una puerta que conducía a las alas del edificio.

Rodeé la barandilla y me coloqué frente al resplandor cegador que entraba por las cuatro ventanas de la mitad superior de las puertas del balcón, aún intactas. La luz capturaba las motas de polvo que flotaban en el aire estancado. En la segunda planta hacía un calor sofocante y noté que un hilo de sudor se me deslizaba entre los omóplatos. Me quité el sombrero, lo colgué en la culata del Colt y me pasé los dedos por el pelo al tiempo que daba tres pasos en dirección al escenario.

Había un viejo piano de pared al fondo de la estancia, con la banqueta metida debajo. Levanté la tapa del teclado cubierta de polvo y toqué un fa desportillado. Estaba desafinado pero la nota resonó en medio del silencio, despertando el fantasma de danzas pasadas en un lugar donde no había habido bailarines durante casi un siglo.

Pensé en la historia que Lucian me había contado, que a su vez le había contado Red Angus, el *sheriff* anterior a él, que a su vez le había contado su predecesor. Un doble asesinato acaeció el 31 de diciembre de 1900, solo unos segundos antes de la medianoche, para ser precisos. Estaban celebrando un gran baile de Fin de Año y supongo que a Maxfield Holinshed no le había gustado la mujer desconocida que estaba besando a su padre para recibir el nuevo año 1901, de modo que sacó un revólver en medio de la pista de baile y les pegó un tiro. Dos semanas después sería ahorcado en la calle de más abajo. Lucian decía que todavía conservaba el diario donde el joven Max había plasmado las dos semanas previas a su ejecución y aseguraba que algún día me dejaría verlo, solo para ponerme los pelos de punta.

Saqué la banqueta, dejé el sombrero encima del piano y me senté delante de las teclas ahora amarillentas y grisáceas. Improvisé una versión con un dedo de un viejo clásico de la caballería, *The Girl I Left Behind Me*.

Fue algo horrible, seguro que había espantado a todos los fantasmas que podía albergar el edificio. La mayor parte del teclado estaba muerto y las teclas que aún sonaban estaban más que desafinadas; tenía la sensación de que había un nido de ratones viviendo en el interior del instrumento ignorado.

Siempre podía ir en busca de mi amiga la serpiente de cascabel y ponerla a trabajar.

Fui pulsando una tecla tras otra, tratando de ver cuáles sonaban y cuáles no, y me acordé de Ho Thi Paquet y de la sensación de abandono que transmitía su cuerpo tirado junto a un desagüe de la autopista. En Tran Van Tuyen y la mirada en su rostro cuando lo interrogué en el cementerio. Y, por último, en Mai Kim. Pensé en la foto del forro del bolso, en la persona que yo había sido en Vietnam y en la forma que tenía Virgil Búfalo Blanco de observar desde la cárcel a los niños en el patio de recreo al otro lado de la calle.

A pesar del bochorno del mediodía, notaba la presencia de los fantasmas arremolinándose a mi alrededor, tocándome los hombros, taconeando al ritmo de una música imaginaria. Sentí que una corriente fría me atravesaba la espalda y me estremecí a pesar de que la temperatura se acercaba a los cuarenta grados. Entonces dejé de tocar.

La sensación de que no estaba solo era tan opresiva como el calor y en ese momento supe que alguien me observaba.

Posé la mano en la banqueta del piano y me giré.

Nada.

A plena luz del día, las ventanas se veían empañadas con el polvo y un resplandor difuso se extendía por el suelo blanqueado creando extrañas presencias. Me quedé quieto y agucé el oído.

Nada.

Continué observando la sala, esperando que las motas de polvo se pusieran a danzar con los vetustos fantasmas de Maxfield Holinshed, su padre, Horace, y la mujer misteriosa que había cambiado el rumbo de sus vidas, pero no lo hicieron. El polvo solo estaba suspendido en el aire, casi inmóvil. Pensé que había advertido un movimiento con el rabillo del ojo pero, al ir a mirar, no distinguí nada. Me reí de mí mismo y me pregunté si la serpiente de cascabel no me habría puesto de los nervios, o si no sería que me estaba volviendo miedoso con la edad. Me levanté y cerré el piano, coloqué la banqueta debajo y pensé en Cady en el salón de baile del centro de veteranos, donde no había música y, sin embargo, la había.

Fui hasta el borde del escenario, pensé en los estragos que mis ciento ocho kilos de peso podían causar en esas tablas centenarias y también en las del piso de abajo si rompía las de arriba, y me dispuse a bajar por la escalera.

De camino al pueblo, Henry me comentó que el Ford color turquesa y blanco de los Dunnigan se había detenido en lo alto del camino que conducía a Bailey, para después dar marcha atrás y continuar por la carretera.

—Probablemente hayan venido a ver si sonaba la flauta.

Lo observé por encima de las gafas de sol mientras llamaba por radio a Saizarbitoria para preguntarle por Tuyen. No sonaba demasiado contrariado para haberse pasado la última hora y media vigilando el Land Rover verde en el exterior del motel Hole in the Wall.

Interferencia.

—Probablemente esté echándose la siesta. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

Pulsé el micro.

—Vamos de camino al pueblo y supuestamente comerá con nosotros.

Interferencia.

—¿Quieres que vaya a buscarlo?

—No, hemos quedado en el bar.

Más interferencias.

—Recibido, cambio y corto.

Observé a Henry de nuevo mientras recorríamos la carretera llena de curvas en dirección a Powder Junction.

—Creo que mis subordinados no están del todo contentos conmigo. —Él se encogió de hombros mientras yo volvía a pulsar el micro—. Base, aquí unidad uno. —No esperé a que me respondieran y me puse a cantar—. «I gotta gal and Ruby is her name. Ruby, Ruby,

Ruby baby. / She don't love me but I love her just the same...».

Interferencia.

—Te pedí que dejaras eso.

—Pero si todavía no he terminado mi repertorio de canciones dedicadas a Ruby.

Interferencia.

—Por supuesto que has terminado.

Pulsé el micro.

—¿Tienes noticias de los jóvenes de Filadelfia?

Interferencia.

—Acaban de terminar de comer.

—¿Estoy en apuros?

Interferencia.

—No si regresas a tiempo para la cena.

—¿Cómo está el gigante durmiente?

—No está durmiendo. Superduro ha venido para relevar a Frymire, pero Lucian ha vuelto para seguir jugando al ajedrez, de modo que se ha marchado. —Hizo una pausa—. Por favor, no vuelvas a cantar, no sé si mis oídos podrán soportarlo.

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1968

Aunque se había sacado las grapas de los lóbulos, el sargento de guardia no estaba demasiado contento de volver a vernos. Sin embargo, esta vez se mostró mucho más dispuesto a ayudarnos y más consciente de la importancia de una investigación por homicidio. Dijo que Hollywood Hoang se había marchado tres días de permiso a Saigón.

Mendoza le preguntó si podría ser un poco más específico respecto a la ubicación exacta de Hoang y yo cogí la grapadora.

Nos contó que se comentaba que Hoang solía frecuentar cierto lugar del Barrio Rojo, en la calle Tu-Do. Volví a dejar la grapadora donde estaba.

Los tres nos reagrupamos en mitad de la noche húmeda del Sudeste Asiático. Me quedé mirándolos mientras Baranski trataba de decidirse.

—Es mala idea. Allí estaremos fuera de nuestra jurisdicción. Estamos en alerta máxima desde las 9:45 de la mañana y el código rojo ha sido activado a las 17:30, así que tenemos tantas posibilidades de que nos disparen los malos como los buenos.

Mendoza asintió.

—Sí, pero...

Baranski se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se pilló el bigote con el labio inferior.

—Va a ser como encontrar una aguja en un pajar vietnamita.

Un momento después, el tejano volvió a replicar.

—Sí, pero...

Baranski sacó el tabaco y se encendió un cigarrillo sin ofrecerle a nadie.

—¿Por qué de repente esto es tan importante para ti, joder?

Mendoza me señaló.

–Bueno, aquí nuestro amigo el marine se marcha mañana por la mañana en avión...

Baranski lo interrumpió, pasándose el cigarrillo de una mano a otra y golpeándole el pecho con un dedo.

–No, me refiero a ti. ¿Por qué esta mierda te parece tan importante de repente?

El hombre de menor estatura levantó la vista y su mirada oscura era firme.

–No sé, tío.

–¿No lo sabes?

Observé que el tejano tensaba la mandíbula.

–Oye, quizá esta sea nuestra oportunidad, tío. Puede que cuando recordemos toda esta jodienda esta sea la única cosa de la que nos podamos sentir orgullosos. –Se giró y me estudió–. El *cowboy* anda escaso de tiempo y pronto volverá al mundo real y, después de todo el follón que ha montado en las últimas horas, no va a hacer carrera en el ejército. –No le quitó los ojos de encima a Baranski mientras metía la mano bajo el asiento delantero del Jeep y me entregaba mi arma y la pistolera. Finalmente se giró para mirarme–. Aunque no te llevemos, vas a ir a la ciudad de todas formas, ¿verdad?

Yo asentí.

–Pues sí.

Él suspiró y se giró hacia Baranski.

–¿No habían hecho un alto el fuego los amarillos?

El pelirrojo asintió y continuó fumándose su cigarrillo.

–Así es, pero ha habido algunos ataques en el norte, joder.

Mendoza se quedó un minuto quieto y luego se montó en el Jeep. La decisión estaba tomada.

–Tengo problemas para acordarme de todos los malditos días festivos. ¿Cuál es este?

Baranski lanzó al suelo el pitillo sin terminar y se montó en el asiento del conductor mientras yo subía a la parte de atrás.

–El Año Nuevo Lunar.

El tejano se quedó mirando la puerta principal y la garita del guardia, más propia de una piscina pública del sur de California que de una base aérea, y la carretera colapsada de poco más de siete kilómetros que conducía a Saigón.

–Sí, pero ¿cómo lo llaman los ojos rasgados?

Baranski puso el Jeep en marcha.

–Tet.

Phillip Maynard estaba desaparecido en combate.

Estábamos sentados en la zona de cafetería del bar Grupo Salvaje, esperando a Tuyen, bebiendo té helado y estudiando la carta.

–¿No ha venido a trabajar?

–No, y solo lleva seis días trabajando aquí, así que no te extrañes si le doy pronto la patada. –Roberta Porter era más delgada que la serpiente de cascabel que me había encontrado antes e igual de tolerante. Había comprado el bar en 1998 y desde entonces tenía problemas para conservar al personal–. Ni ha llamado ni nada. Me he pasado por

su casa y, aunque no he visto su moto, sí que se oía la tele. Cuando llamé a la puerta no contestó nadie.

Miré a Henry mientras él examinaba la carta con detenimiento. Su voz nos llegó amortiguada desde detrás del papel.

—¿Trabajó anoche?

—Sí se puede llamar así...

Se sacó un lápiz de entre el pelo enmarañado sospechosamente rubio para sus sesenta y dos años y extrajo una libreta del bolsillo trasero de los vaqueros mientras yo me aventuraba a opinar.

—¿Y si está de resaca?

—Lleva un par de días catando el producto más de lo recomendable.

—Iremos a ver qué le pasa. —Le entregué la carta y me sumé a la comanda de la nación cheyene, que había pedido la hamburguesa *deluxe* Butch Cassidy con queso, beicon, cebolla a la plancha y patatas fritas.

Roberta garabateó en la libreta, lanzándole a Henry una mirada y a mí otra.

—He oído que habéis detenido al indio grandullón.

Levanté la vista para mirarla.

—A Virgil Búfalo Blanco.

—¿Se llama así? —Asentí—. Anda por la zona desde que compré la cafetería. Solía quedarse mirando a los niños que jugaban en el patio del colegio Bailey. Había gente que se ponía nerviosa con eso. —Se metió los menús bajo el brazo—. ¿Crees que él mató a esa chica?

—Roberta, ¿por casualidad no tendrás salsa Tabasco?

Desapareció en la parte trasera, nada conforme con tener que hacer de cocinera jefe y de lavaplatos al mismo tiempo. Yo me giré hacia Henry.

—¿Esto de Maynard te resulta sospechoso?

Él se echó hacia atrás sobre la silla metálica, que chirrió con desaprobación.

—No lo bastante como para quedarme sin almorzar, tú.

Me quedé mirando a Saizarbitoria estacionar su unidad. El apuesto vasco se apeó del coche, sacudiéndose el polvo de los vaqueros con el sombrero para asearse mínimamente; conducir con las ventanillas bajadas tenía sus desventajas. Entró por la puerta de cristal y se quedó de pie junto a nuestra mesa, con el pulgar izquierdo metido en el cinturón del arma.

—¿Qué pasa, Sancho?

—He esperado hasta la una y luego he llamado a la puerta de la habitación de Tuyen en el motel, pero no ha respondido.

—¿Por qué has hecho eso?

—Pensé que podía traerlo en coche.

Me quedé mirando a ese joven dandi que tenía por ayudante.

—Está a media manzana de aquí. —Él se encogió de hombros y se cruzó de brazos—. ¿Estás tratando de compensarlo porque me he metido con él? —Él no añadió nada más, de modo que me levanté y le indiqué que se sentara—. Cuando Roberta vuelva, pide otra

hamburguesa y quédate tú con la mía.

—¿Adónde vas?

—Voy a ver qué pasa con Tuyen.

—Iré contigo.

Le di un último trago al té helado.

—No, tú come y yo iré a por él. Lo más seguro es que esté dormido o en la ducha. — Santiago seguía de pie estudiándome mientras yo volvía a acercar la silla a la mesa. Me quedé mirándolo, conteniendo las ganas de reír—. Te prometo que no le zurraré.

Se quedó observándome hasta que Henry le ofreció una silla.

Hacía aún más calor que antes pero decidí ir caminando hasta el motel. Era lo más fácil. Me calé mis antiquísimas gafas de sol y eché a andar por la pasarela de madera. La calle principal estaba asfaltada pero las calles laterales y los callejones eran de tierra seca rojiza y polvo tan fino como el talco.

Necesitábamos que lloviera.

Cuando llegué al motel, tenía la camisa pegada a la espalda por culpa de la transpiración y me había quitado el sombrero de hoja de palma dos veces para secarme el sudor de la frente, pues no paraba de caerme sobre los ojos. Empezaba a arrepentirme de haber ido caminando.

El Land Rover estaba aparcado frente al motel. Al ir a cruzar el aparcamiento de tierra y grava que había entre las habitaciones y la calle, distinguí unas rodadas de moto, la impronta que había dejado la patilla y marcas de haber dado marcha atrás para salir.

Me acordé de Phillip Maynard y llamé a la puerta.

—¿Señor Tuyen?

Nada.

Volví a llamar pero no se oía nada.

—Señor Tuyen, soy el *sheriff* Longmire.

Bastaría una patada para echar la puerta abajo pero creí que la administración preferiría una aproximación más sutil. Al pasar junto al Land Rover me fijé en que las puertas estaban cerradas con llave pero que el maletín que había antes en el asiento del acompañante ya no estaba.

—¿Tiene la llave de la habitación número 5?

Una mujer a la que no conocía me entregó un llavero que había colgado de un gancho tras el mostrador. Estaba oyendo música en un aparatito que guardaba en el bolsillo de la camisa con un auricular puesto y otro colgándole sobre el pecho.

—¿Hay algún problema, *sheriff*?

—No, solo quiero comprobar si todos los colchones tienen aún puestas las etiquetas. — Ella continuó mirándome, desde donde yo estaba se oía aquella especie de música a través del auricular suelto—. Estoy de broma.

Ella parpadeó.

—Ah.

Sostuve la llave en la palma de la mano y me quedé allí un momento más, disfrutando

del aire acondicionado.

—¿Ha visto al señor Tuyen hoy por la mañana?

Ella asintió.

—Sí, se marchó bastante temprano y luego regresó hace un par de horas. ¿Se ha metido en problemas?

Lancé la llave hacia arriba y la cogí en el aire mientras abría la puerta y me enfrentaba al bochorno.

—Solo si ha cortado las etiquetas —dije, y la dejé allí preguntándose si esta vez iría en serio.

Volví a llamar a la puerta y esperé, mientras pensaba en el maletín desaparecido.

—Señor Tuyen, soy el *sheriff* Longmire. He pedido la llave en la recepción y voy a abrir la puerta.

Metí la llave en la cerradura y abrí la puerta. El baño se encontraba a la izquierda y, desde donde yo estaba, se veía un armario abierto con algunos trajes caros colgados junto a unas camisas enfundadas en plástico y recién planchadas.

Di un paso y dejé que los ojos se me acostumbraran a la penumbra. Había unos útiles de aseo y algunos objetos personales en la repisa del baño, además de una toalla de manos empapada en sangre colgando del borde del lavabo y goteando sobre las baldosas.

Desabroché la pistolera y saqué el Colt. Tras quitarle el seguro, eché un vistazo a las manchas oscuras en la moqueta y di otro paso.

Empuñé el arma y oí un ruido a mi derecha. Había dos camas dobles y al pie de una de ellas se apreciaba un charco de sangre en forma de riñón. Al fondo de la habitación había aún más sangre.

A pesar del zumbido de un aparato de aire acondicionado obsoleto, confirmé que el sonido provenía de la otra habitación del fondo. Sonaba como si alguien caminara arrastrando algo. Extendí mi semiautomática de armazón grande.

Había algunas ropas tiradas en una cama sin deshacer y otro par de zapatos, pero lo que llamó mi atención fue el cable del teléfono tensado que partía de la mesilla de noche, cruzaba la pared y salía por la puerta adyacente.

Di otro paso y maldije en silencio los tablones de madera que crujían bajo mis pies. El sonido en la otra habitación enmudeció y el cable del teléfono cayó flácido sobre la moqueta.

Apunté la 45 milímetros hacia la puerta abierta e inspiré en silencio antes de dar un nuevo paso. Di otro más y distinguí un crujido y algo que se movía. Entré en la habitación y giré el Colt, apuntando en la misma dirección del sonido. Tran Van Tuyen sostenía un teléfono color beis con una mano y con la otra se sujetaba una toalla empapada en sangre contra la cabeza.

Incluso a esa distancia se oía la voz de Ruby saliendo del auricular del teléfono.

—¿Señor Tuyen? Señor Tuyen... ¿Sigue ahí?

La sangre de la herida en la sien se le había secado en la cara y le manchaba la sonrisa con la que me miraba desde el otro lado de la habitación.

—¿*Sheriff*?

Mantuvo la sonrisa hasta que se le pusieron los ojos en blanco y se golpeó contra el marco de la puerta, dejando un rastro de sangre en la hoja y desmayándose sobre la moqueta.

–Saizarbitoria cree que lo hiciste tú.

Oí un chasquido bajo el capó cuando doblamos la esquina y supuse que el vehículo asignado a la delegación de la oficina del *sheriff* del condado de Absaroka pronto necesitaría una revisión de la dirección asistida.

–¿De veras?

–No, pero hemos tenido una larga charla sobre relaciones interraciales. –Conduje el Suburban color rojo desvaído hasta la dirección que Phillip Maynard nos había proporcionado. Oso estaba toqueteando las salidas del aire acondicionado que no funcionaban y finalmente se decantó por bajar la ventanilla, que se atascó a la mitad–. Santiago es un joven muy inteligente, tú.

Le había prestado a Sancho mi camioneta después de estabilizar a Tuyen y los había enviado zumbando al hospital de Durant. Suponía que un viaje en el Bullet sería más rápido que dos trayectos con los de emergencias. A pesar de haber perdido mucha sangre, Tuyen había recobrado el conocimiento y había declarado que no tenía ni idea de lo que había pasado, solo que había entrado en la habitación del motel y que alguien le había golpeado por la espalda.

–Entonces, ¿estamos basando nuestras sospechas en unas rodadas de motocicleta del aparcamiento del motel?

–Más o menos.

–¿Cómo que más o menos, tú?

Me encogí de hombros.

–Exclusivamente en eso.

Él suspiró.

–¿Por qué iba a matar Phillip Maynard a Ho Thi Paquet y luego intentar asesinar a Tuyen?

–No lo sé, pero me parece el sospechoso más probable.

Henry se puso el cinturón, que se le quedó colgando sobre el pecho.

–Conduce con cuidado, tú. Me cuestiono seriamente si este cinturón puede evitar que me estrellé de cabeza contra el salpicadero en caso de accidente. –Nos dirigíamos al extremo sur del pueblo, junto a los terrenos donde montaban el rodeo–. Así que es nuestro único sospechoso. –Se quedó pensando en ello–. A veces vivir en Wyoming tiene ventajas insospechadas, tú.

–Vic dice que la mayoría de las ventajas de vivir en Wyoming son insospechadas.

–Es una mujer moderna y espera mucho de la vida. –Noté que se me quedaba mirando antes de volver a centrarse en la carretera. Estaba sonriendo.

La casa de Phillip Maynard no era una casa propiamente dicha, más bien era un gallinero a gran escala, lo que significaba que, comparada con las otras cabañas que daban a la orilla del brazo intermedio del río Powder, resultaba aún más inhóspita.

Henry se llevó las manos a las caderas y se quedó junto a la entrada de la parcela.

—¿Dónde crees que está la puerta, tú?

—Basándome en la experiencia adquirida durante mi infancia en el rancho, diría que está en un lado. —Lo seguí, rodeamos la ruinoso edificación y encontramos una puerta de madera hueca donde habían pegado un cartel de hojalata donde se leía «Prohibido el paso».

Se oía el murmullo de los anuncios de la tele procedente del interior, y llamé a la puerta. Esperamos y escuchamos con atención, pero no se distinguía ningún otro sonido aparte de la tele. Aquello tenía reminiscencias del incidente en la habitación del motel de Tran Van Tuyen.

—Phillip Maynard, soy el *sheriff* Longmire. ¿Le importaría abrir la puerta?

Nada.

Aguzamos el oído pero solo nos enteramos de que si usábamos pasta dentífrica de la marca X nuestros dientes se pondrían blanquísimos y nuestro aliento sería más fresco. De Phillip Maynard, ni rastro. Tanteé el pomo de la puerta, pero estaba cerrada con llave. Le lancé una mirada a Henry.

—Espero que esto no siga el mismo patrón.

—¿Quieres que la eche abajo o prefieres hacerlo tú?

Estudié la superficie combada y escamosa de la puerta, que se había pasado al menos un invierno sufriendo las inclemencias del tiempo de las altas llanuras.

—Creo que si soplamos se vendrá abajo. —Para probar mi teoría, agarré el pomo y empujé. La puerta se abrió, llevándose consigo parte del marco.

Nos miramos y nos encogimos de hombros. La tele era diminuta, de trece pulgadas, y estaba colocada sobre un puf. Había ropa desparramada por el suelo de linóleo amarillo y sucio, como si hubiera salido despedida de una mochila grande que descansaba sobre un catre adosado a la pared. Al contrario que en la habitación de Tuyen, en esta no parecía que hubiera muerto nadie aparte de Mister Proper.

Oso pasó junto a mí, observó a la presentadora de las noticias Suzanne Rico por el Canal 13 de Casper y luego apagó la tele. Había un libro abierto junto a la cama, además de una prenda que parecía una vieja cazadora de motero de piel de caballo, un buen número de botellas de Budweiser vacías y un cenicero repleto de colillas de cigarrillos y porros. Había otro montón de botellas junto a la única silla de la habitación.

Henry cruzó la habitación y miró el título del libro: *El zen y el arte de reparar motos*.

—Muy apropiado.

Me mostró la portada por si no le creía y luego señaló las botellas junto a la silla.

—Se diría que Phillip ha recibido la visita de alguien.

Me arrodillé y observé los cascos vacíos. Luego, con ayuda de un bolígrafo que me saqué del bolsillo de la camisa, volqué una botella lo suficiente como para levantarla por el cuello. Algo sonó en el interior y vi que era la chapa que alguien había doblado por la

mitad. Dejé la botella de nuevo donde estaba y miré al representante del pueblo cheyene.

—Creo que iré a hablar con la dueña.

Gladys Dietz había alquilado su elegante gallinero a Phillip Maynard por la friolera de cien dólares al mes, incluyendo el uso de zonas comunes, pero estaba empezando a arrepentirse. Yo también me arrepentí de estar allí cuando la vi fumarse un cigarrillo con un tubo de oxígeno metido por la nariz, pues pensé que el porche podría explotar de un momento a otro.

—Tiene la tele puesta todo el rato y esa maldita motocicleta arma mucho jaleo. —Se apoyó en su andador con una mano y cerró la puerta mosquitera con la otra.

Conocía a Gladys. Ella y su marido fueron en un tiempo los propietarios de un lago de pesca comercial que mi padre y yo habíamos frecuentado, y ya por aquel entonces le decía a todo el mundo que no tardaría mucho en morir.

Había pasado más de medio siglo y yo era el jefe de las fuerzas del orden de la zona, pero ella todavía se dirigía a mí como si tuviera ocho años. Sostuve el sombrero entre las manos.

—Señora Dietz...

—Tu camisa necesita un buen planchado, Walter.

Me alisé inconscientemente los bolsillos del uniforme y traté de recordar el nombre del marido.

—Sí, señora. ¿Cómo está George?

—Muerto.

Eso es lo que pasa por preguntar por gente mayor.

—Siento oír eso.

Ella se encogió de hombros meneando su plateada cabeza y se fijó en mis botas sin abrillantar.

—Yo no. En los últimos tiempos estaba de lo más cascarrabias.

Decidí ceñirme al tema.

—Señora Dietz, ¿ha visto hoy a Phillip Maynard?

La anciana echó una ojeada a la cabaña, Henry se encontraba junto al portón.

—¿Qué está haciendo ese indio junto a mi gallinero?

—Viene conmigo.

Ella me miró por encima de unas lentes tan gruesas como las lunas de mi camioneta.

—Oí que tu mujer había muerto.

—Sí, señora, hace unos años.

—¿Era cascarrabias?

—No, señora.

Ella agitó la cabeza.

—Se ponen así, ya lo sabes.

—Sí, señora, eso me han dicho. Entonces, volviendo a Phillip Maynard...

—¿Se ha metido en problemas?

—Necesitamos hablar con él. ¿Lo ha visto?

Ella no le quitaba ojo a Henry.

—Normalmente no alquilo a motoristas de esos.

Suspiré, me colgué el sombrero del brazo y le sostuve la mosquitera.

—Es bastante importante.

—¿El qué?

—Phillip Maynard.

—¿Qué pasa con él?

Esperé un segundo más, como hago siempre que me entran ganas de estrangular a alguno de mis votantes, algo particularmente importante en año de elecciones.

—¿Lo ha visto hoy?

—No.

Eché un vistazo a Henry.

—Bueno, su moto no está aquí.

—La guarda en el granero.

Me giré y la miré.

—¿Cómo dice?

—Esa tan lujosa que no quiere que le llueva encima. —Miró hacia fuera, al cielo despejado. El cigarrillo a medio consumir seguía peligrosamente cerca del tubo de oxígeno que tenía en la nariz—. Pero eso se va a acabar.

Nos observó mientras doblábamos la esquina y pasábamos junto a un corral en dirección al granero de los Dietz, una estructura con un tejado a dos aguas estilo holandés.

—Se cree que le vas a robar las gallinas.

—Si no hay gallinas, tú.

—¿Lo ves?

El granero presentaba una estructura corriente, con el tejado apoyado sobre grandes pilares de madera sin desbastar de 20x20 unidos por tablones que el tiempo había vuelto grises. En la puerta había un tirador de metal con un pestillo de madera, lo levanté y dimos unos pasos atrás para abrir el portón. En el entresuelo se oía el aleteo de las golondrinas; ojalá el vuelo de los ángeles sonara así. La Harley estaba aparcada con la patilla puesta, cubierta con la misma funda que había visto en el bar. Henry levantó la cubierta de vinilo y soltó un silbido.

—¿Qué pasa?

—Es una FLHRS Road King, customizada.

Me vino a la mente que Henry tenía una moto pero que casi nunca la conducía.

—¿Y eso qué significa?

—Que es cara. Casi veinte mil dólares.

Pensé en el gallinero.

—Bueno, lo cierto es que ahorra en alquiler. —Me agaché y toqué el motor cromado, que estaba ligeramente templado—. Parece que no la ha usado hace poco.

Me adentré otro paso en el granero y dejé que los ojos se acostumbraran a la

oscuridad. Olí algo, algo que conocía bien.

Desenfundé el Colt y miré por encima del hombro a Henry. Salvo por la moto, el compartimento principal del granero estaba vacío, pero había otros dos pasillos cubiertos que atravesaban los cubículos para el ganado. Le hice un gesto a Oso para que se dirigiera al de la izquierda y yo tomé el de la derecha.

Los establos no se habían utilizado como tales en los últimos tiempos y, en lugar de animales, estaban llenos de madera usada, maquinaria rota y leña añosa. Pasé por delante de los cuatro que había y me encontré con Henry en el otro extremo del pasillo principal.

—Bueno, no está escondido entre el maíz.

Se oyó otro aleteo y me fijé en las cicatrices que Henry tenía bajo la barbilla mientras él contemplaba las vigas.

—No, no está escondido entre el maíz, tú. —Se dio media vuelta hasta quedar frente a la puerta por donde habíamos entrado—. Pero parece que lo han sentenciado.

Me giré y seguí la dirección de su mirada hasta las vigas. De una soga de cáñamo colgaba el cuerpo de Phillip Maynard.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto?

T. J. Sherwin había tenido que atender otro aviso en Otto, así que nos enviaron a Bill McDermott, que era el forense de Billings, Montana. Llevaba sin coincidir con él desde antes de que se fuera de viaje a Guernica con Lana Baroja, aunque me alegré de volver a verlo.

—Con este calor es difícil de precisar, pero teniendo en cuenta el rígor mortis y la temperatura, diría que posiblemente la muerte tuviera lugar esta mañana temprano o a última hora de la noche.

—¿Suicidio?

—No me gusta hacer suposiciones, pero si tuviera que apostar... —Observó el cuerpo de Maynard. Phillip tenía la mandíbula caída y la lengua fuera como un niño grotesco a causa de la presión ejercida por la soga en la base del cuello y a la altura de las amígdalas—. Existen algunas contusiones adicionales a lo largo del trapecio pero podrían justificarse por la fuerza de la caída.

Levanté la vista al techo de vigas, que estaría a seis metros de altura más o menos.

—Menudo número tuvo que montar, ¿no?

—En realidad con poco basta, para ahorcarse ni siquiera hay que estar suspendido en el aire.

—¿Qué te parece?

Bill tenía pinta de monaguillo, apariencia que desmentía su ocupación. Levantó la vista y calculó a ojo.

—Desde la entreplanta, diría que saltó dos metros. —Volvió a abrir la bolsa del cadáver para revelar una abrasión y una incisión en forma de uve en la parte de atrás del cuello de Maynard, la marca dejada por la cuerda al desplazarse hasta el cartílago tiroides—. Se aprecia un círculo incompleto que señala el punto de donde tiraba la soga. —Se fijó un poco más en el cadáver—. No cambió de idea después de saltar.

—¿Por qué?

—No presenta arañazos en el cuello. Incluso he visto casos en los que los dedos quedan atrapados bajo la cuerda. Pero el salto de este tipo fue preciso, se rompió el cuello y probablemente hallamos una fractura entre la tercera y la cuarta o entre la cuarta y la quinta vértebra. —Bill se quedó mirándome—. ¿Era uno de los malos?

Inspiré y sentí el ambiente opresivo del granero. La luz que se filtraba entre las grietas de las tablas trazaba rayas sobre las superficies, como si la luz se colara entre unas rejas. Contemplé los ojos sin vida de Phillip Maynard y el punto donde un vaso sanguíneo había reventado, empañando el ojo y, extrañamente, alterando también el borde de la pupila.

—Aún no lo sé.

SAIGÓN, VIETNAM: 1968

Observé a toda la gente que se agolpaba en las pequeñas manzanas adyacentes a la calle Tu-Do y pensé en todos los bares que ya habíamos recorrido, incluyendo el burdel Flower, Rose's y un número considerable de saunas, salones de masaje, habitaciones bum-bum y hasta una franquicia americana. Incluso a esas horas de la mañana la calle estaba a rebosar y sospeché que probablemente se mantuviera así las veinticuatro horas del día. Aún era temprano, inspiré hondo y sentí que el tiempo se me escurría entre los dedos.

Mendoza se echó a reír.

—Oh, venga, no es para tanto.

Baranski había aparcado el Jeep en mitad de la acera pero a nadie parecía importarle, ni siquiera a los dos miembros de las Fuerzas Armadas de la República de Vietnam que casi nos llevamos por delante. Con sus enormes cascos blancos, la policía militar vietnamita recordaba vagamente a alguna mascota de un equipo de fútbol. Uno de ellos trató de gorronearle un cigarrillo a Mendoza, pero él negó con la cabeza y replicó:

—*Toi không hut thuốc lo.*

Entonces Baranski, tras sentarse en el capó del Jeep, les lanzó a los dos agentes sendos cigarrillos, se encendió uno y les prendió los suyos. Se detuvo un momento y luego les hizo un gesto.

—*Quels sont vos noms?*

Los dos agentes se presentaron como Bui Tin y Van Bo.

Baranski me señaló.

—*Je suis venu avec quelqu'un d'important, il s'appelle Sammy Davis Jr.*

Los dos agentes me miraron, yo sonreí y levanté el puño.

—Poder negro, hermanos.

Baranski continuó.

—*Il veut passer un bon moment. Tu vois ce que je veux dire.*

Bui Tin abarcó con un gesto la bulliciosa calle.

—*Choisissez une des portes.*

Baranski asintió e hizo un gesto de desolación con las manos.

–*Ouais, mais il aime les cowboys et il voudrait quelque chose qui fasse un peu western.*

Tin, que parecía estar al mando, señaló una calle lateral.

–*Il y a un club qui s'appelle Western Town un peu plus bas sur ce trottoir.*

Al pasar junto a ellos, Van Bo me agarró de la mano y me la estrechó calurosamente.

–*Je suis tellement heureux de vous rencontrer, Monsieur Davis. J'ai tous vos disques.*

Seguí a Baranski y a Mendoza y asentí, concluyendo la conversación con dos de las doce palabras que sabía en francés.

–*Merci beaucoup.*

Los alcancé cuando ellos iban a doblar la esquina.

–¿Qué me ha dicho?

Baranski se detuvo y miró al otro lado de la calle, donde se divisaba la pierna de neón de una *cowgirl* que subía y bajaba provocativamente, señalando un letrero pintado a mano donde se leía «Western Town».

–Dice que tiene todos tus discos.

Interferencia.

–En el departamento de policía de Chicago no tienen más información sobre él aparte de la que ya recibimos.

–¿Y su familiar más cercano?

Interferencia.

–Su madre vivía en Evanston, pero ese número ha sido dado de baja.

Suspiré y me quedé mirando el micro que tenía en la mano.

–De acuerdo, estaremos pendientes por si nos envían algún dato más del gran estado de Illinois pero, mientras tanto, enviaremos a Phillip Maynard a Billings con los chicos. Si alguien lo reclama, lo derivaremos al otro gran estado, Montana.

Interferencia.

–¿Y nosotros qué somos?

Pulsé el micro.

–Un estado intermedio. ¿Qué sabemos de Tran Van Tuyen?

Interferencia.

–Ha perdido mucha sangre, pero parece que saldrá de esta. Isaac Bloomfield ha dicho que ha sufrido un fuerte traumatismo infligido con un objeto romo.

–¿A qué se refiere?

Interferencia.

–Dice que un ángulo de hierro o algo por el estilo.

–¿O una pieza de una moto?

Interferencia.

–Es posible, pero ¿por qué no llegó a matar a Tuyen?

–Remordimientos.

Interferencia.

–Eso explicaría ambos crímenes, ¿no crees?

–Recibido. –Me disponía a colgar el micro.

Interferencia.

–¿Walt?

Volví a pulsarlo.

–¿Sí?

Interferencia.

–¿Quieres que le diga algo a Cady de tu parte?

–¿Dónde están?

Interferencia.

–Habían hablado de pasarse por allí.

–Diles que no vengán. Volveré pronto a Durant. Necesito hablar con Tuyen pero antes de regresar quiero hacer una parada más.

Interferencia.

–Recibido... Oye, esta vez no has cantado.

Observé cómo cargaban el cuerpo de Phillip Maynard en la camioneta.

–Supongo que no estoy de humor.

Bill se acercó y se unió a nosotros mientras yo sacaba el cuerpo del hueco de la puerta de la unidad, me acodaba en el techo y miraba a Henry, que se acababa de remangar la camisa vaquera desvaída. A pesar del bochorno, parecía fresco como una lechuga.

–¿Esto no es lo que se conoce como caso cerrado, donde todo es lo que parece?

Me eché hacia atrás el sombrero y apoyé la barbilla en los brazos. Yo no me veía fresco... ni tampoco me sentía así.

–Por lo que respecta a Phillip, lo es. –Me quedé mirando el resplandor cromado que se reflejaba en el ventilador de la Harley, preguntándome de dónde sacaría alguien como Maynard el dinero para permitirse una moto de veinte mil dólares, cuando expresé en voz alta mi preocupación principal–. La pregunta es por qué querría matar a Ho Thi Paquet, por no mencionar a Tuyen.

Henry cruzó los brazos a la altura del pecho y noté que los músculos se le destacaban bajo la piel oscura, trayéndome a la mente la serpiente enroscada del pueblo fantasma.

–Quizá ella volvió al bar y las cosas se pusieron feas.

–Tenemos los cargos de Chicago, pero no estoy seguro... –Me detuve de repente y pensé en la mujer del fax–. Mierda. –Volví a meterme en el vehículo y pulsé el micro.

–Ruby, ¿estás ahí?

Interferencia.

–¿Ya has preparado el bis?

–Maynard tenía una orden de alejamiento, busca el nombre de la mujer y trata de conseguir su número de teléfono.

Interferencia.

–Recibido.

Me enderecé y me encontré al representante del pueblo cheyene junto a la puerta y también a McDermott.

–¿De qué se le acusaba?

–Estuvo involucrado en una disputa doméstica con una mujer de Chicago, tenía un cargo por agresión y una orden de alejamiento... Creo que la mujer se llamaba Karol Griffith.

McDermott se quedó mirándonos.

–Entonces, ¿el tal Maynard tenía antecedentes?

–Sí, pero hay algo que no encaja. Me gustaría hablar con alguien que lo conociera antes de hacerle cargar póstumamente con el muerto de un asesinato y una tentativa de homicidio en primer grado.

Interferencia.

–¿Walt?

–Aquí estoy.

Interferencia.

–Es el número del trabajo. –Lo copié–. Del estudio Tatúate.

–Gracias. –Tiré el micro en el asiento mientras Oso se llevaba la mano al cinturón y sacaba el móvil de una pequeña funda de cuero muy chula.

–Entonces, ¿quieres que hagamos una llamada de teléfono, tú?

Yo asentí.

–Pues sí. Luego volveremos a por el Land Rover de Tuyen. Creo que agradecerá que recojamos sus cosas y que le acerquemos el coche.

Henry sonrió.

–Y además así tendrás otra oportunidad de registrar su habitación y el vehículo, ¿verdad?

–Verdad.

Él asintió.

–Yo conduciré el Land Rover, tú.

Aparcamos junto a la consulta del veterinario, Henry marcó el número y me pasó el teléfono. La señorita Griffith contestó al segundo tono; por la voz parecía una persona agradable y precisa. Le conté el motivo de mi llamada y, aunque dejó de parecer tan agradable, siguió siendo precisa.

–Me destrozó el coche.

La cobertura, incluso en este enclave privilegiado de Powder Junction, iba y venía.

–¿Que hizo qué?

–Me reventó mi Charger con un bate de béisbol, pero pagó la reparación al día siguiente. –Ella se detuvo. Los años de experiencia me habían enseñado que nunca se debe interrumpir el flujo de ideas–. Siento oír que ha muerto. ¿Ha tenido un accidente con esa mierda de moto?

–¿La nueva?

–Nueva ni de coña, le costaba que esa antigualla se mantuviera en pie.

–No estamos seguros del todo. –Decidí reservarme los detalles–. Señorita Griffith, ¿diría que el señor Maynard tenía arrebatos de violencia de manera habitual?

–No, lo cierto es que no.

Lo medité.

—Pero me ha dicho que le reventó el coche.

Oí el silencio al otro lado de la línea.

—Bueno, en cierto modo fue culpa mía.

—¿En qué sentido?

—Yo le reventé antes su moto. —La línea volvió a enmudecer y oí o creí imaginar las miles de transmisiones, intercambios e impulsos eléctricos del sistema nervioso—. No se tomaba nuestra relación en serio. Tenía debilidad por las chicas asiáticas.

Como solo estábamos a una manzana y media de distancia de cualquier punto de Powder Junction, aparcamos en la oficina y fuimos caminando hasta el motel Hole in the Wall en lugar de enfrentarnos al efecto lata de sardinas del Suburban.

—Entonces, ¿te ha contado que introducía constantemente en el país a mujeres asiáticas procedentes de Canadá?

—Algo sospechoso, a la luz de las circunstancias.

—Sí. —Pasamos junto a Ethan y Devin, los niños que habían identificado el Land Rover de Tuyen. Llevaban otras camisetas con motivos automovilísticos. Los saludé con la mano y ellos hicieron lo propio—. ¿Y qué hay de Virgil Búfalo Blanco, tú? Después de los últimos acontecimientos, es imposible que lo sigas considerando sospechoso.

Inspiré hondo y noté que el aire hirviente de la tarde me quemaba los pulmones.

—No sé qué voy a hacer con Virgil.

Henry se me encaró.

—Déjalo marchar.

Me detuve y miré la calle polvorienta.

—No puedo hacer eso y lo sabes.

Él no me quitaba la vista de encima.

—¿Por qué no?

—Es el posible testigo de un homicidio y no creo que se le pueda poner en libertad provisional sin fianza. —Volví a respirar hondo pero me costaba mirarlo a los ojos—. Henry, dejó fuera de combate a dos agentes de la patrulla de carreteras y a dos de mis ayudantes.

—Intentando que no lo metieran en la cárcel por un crimen que no había cometido.

Yo suspiré.

—Mira, no podemos estar seguros...

—Ya ha pasado demasiado tiempo entre rejas en esta vida, tú.

Por fin lo miré, pues me estaba empezando a enfadar.

—Si es un peligro en potencia para sí mismo y para los demás, se convierte en mi responsabilidad.

Él entrecerró los ojos y estos brillaron como esquiras de obsidiana.

—¿Y dónde termina esa responsabilidad, tú?

—Pues no termina nunca. —Nos quedamos allí quietos. El eco en la calle desierta me trajo de vuelta mi voz, más exaltada de lo que pretendía—. Nunca se acaba. Jamás. —Ahora hablé con más suavidad—. Mientras se encuentre en mi condado, Virgil será mi

responsabilidad y me arriesgo a que mucha gente piense que dejar vivir a un sociópata de más de dos metros en un túnel bajo la autopista equivale a una negligencia seria.

—Entonces, ¿lo vas a tener encarcelado por el bien común?

—Hasta que encuentre algún sitio donde pueda estar, así es. —Me disponía a rodear a mi amigo pero me detuve—. Henry, no puedo dejar que continúe viviendo debajo de la autopista. No es humano.

—Tampoco es humano tenerlo enjaulado como un animal, tú.

Inspiré de nuevo y el aire me pareció aún más caliente que antes. Contuve la respiración un instante.

—Soy consciente de ello. —Caminé unos pasos antes de girarme para mirarlo—. ¿Y ahora qué?

Se quedó donde estaba y me estudió con atención.

—Te conozco.

—¿Y eso qué se supone que significa? —No se movió—. ¿Qué?

—Sé que el verdadero motivo de que retengas a Virgil es que intentas arreglar su vida, pero eso escapa a tus posibilidades. Lo miras y ves que compartís experiencias y decisiones similares, solo que las tuyas terminaron mal. —Henry echó a andar hacia mí—. No puedes corregir el camino que él ha elegido, es su camino. Lo único que puedes hacer es evitar castigarlo por algo que nunca hizo.

—No pretendo castigarlo, Henry, pero tiene que haber algo mejor para él que vivir debajo de la I-25.

Su rostro era impassible cuando contestó:

—Quizá, pero eso es algo que él tendrá que descubrir, a ti no te corresponde dárselo.

Echamos a caminar juntos.

—Bueno, quizá pueda ayudarlo.

Oso sonrió.

—Lo sé. Como decimos los indios, no es la primera vez que te calzas los mocasines de otro hombre.

Oso, que estaba acucillado como un cazador para estudiar las rodadas de la moto, se levantó.

—Son las mismas, tú.

Cogí la llave que me dieron en la recepción, abrí la puerta de la habitación número 5 y pasé bajo la cinta con las palabras «Oficina del *sheriff*. Prohibido el paso» que habíamos utilizado para precintarla. Le había preguntado a la chica con el auricular que estaba en la recepción si había oído el ruido de alguna moto por la mañana, pero me había dicho que no.

Le pregunté si normalmente se ponía los dos auriculares cuando limpiaba.

Me contestó que sí, que solía hacerlo.

Le pregunté si había limpiado la habitación a Tuyen por la mañana.

Me contestó que podría habérsela limpiado pero que, como no estaba, no lo hizo ya que nunca entraban en una habitación sin el permiso expreso del huésped.

Le pregunté si estaba de broma.

Me contestó que no.

Le pregunté acerca de la noche anterior, pero me contestó que casi siempre cerraban a las nueve y que dejaban el número de los dueños por si alguien tenía algún problema, que vivían a menos de un kilómetro de distancia.

Le dije que ya se podía poner el otro auricular.

Había dado vía libre a Bill McDermott y a su tropa. Me imaginé que la escena del crimen más importante era el granero de Dietz y que Henry y yo podíamos pasarnos por la habitación de Tuyen y hacer un estudio preliminar antes de llamar a la caballería.

El lugar estaba tal y como yo lo había dejado horas atrás. Había una gran mancha de sangre a los pies de la cama, una más pequeña más hacia el fondo y un rastro intermitente que conducía a la habitación adyacente y al baño.

Me volví y miré a Henry, que continuaba de pie junto a la puerta.

—Si entraras en la habitación y hubiera alguien esperando para golpearte, ¿dónde crees que se colocaría?

Él miró hacia la derecha de la entrada.

—Detrás de la puerta.

—Vale, ¿te importa entrar y cerrarla? —Hizo lo que le había pedido y vino hasta donde yo estaba, calculando la distancia entre la puerta y la primera mancha de sangre—. ¿Qué hizo, saltar cuando lo golpearon?

—Quizá el atacante esperó a que avanzara por la habitación.

Negué con la cabeza.

—Eso no tiene sentido. Veamos, si estuvieras planeando ir a por alguien, ¿esperarías a que cerrara la puerta y diera tres o cuatro pasos antes de golpearle? ¿Y, sobre todo, tratándose de alguien tan en forma como Tuyen?

—Entonces, ¿crees que lo conocía, tú?

Caminé hasta la cama y me arrodillé junto a la mancha más grande.

—No le pude sacar mucho a Tuyen, pero declaró que alguien lo había golpeado por detrás y que se había caído, que trató de levantarse, no lo consiguió y volvió a darse de bruces con el suelo.

Henry estaba de pie ante el ropero.

—Eso explicaría el primer charco de sangre, luego intentó levantarse y cayó donde está el charco más pequeño. ¿Dice que estaba inconsciente antes de que llegaras aquí?

—A ratos.

Se agachó a mi lado.

—¿Dónde tenía la herida?

—En el lado derecho de la cabeza, más bien atrás, casi en la coronilla.

—¿Solo tenía una?

—No estoy seguro.

Henry volvió la vista hacia la puerta.

—¿Cabría la posibilidad de que lo golpearan una vez y que, cuando se disponía a levantarse, el asaltante le diera otro golpe? Eso explicaría las dos manchas.

—Es posible.

Estudié la colcha que habían retirado de la esquina de la cama, dejando al descubierto el borde del somier, una pieza angular de hierro, y la esquina del colchón, manchada de sangre.

Henry estudió la esquina del somier.

—Entonces, ¿lo golpearon y luego él se dio contra el borde de la cama?

—Quizá.

La nación cheyene me estudió.

—¿En qué estás pensando, tú?

—En que quiero hablar con Tuyen. —Me levanté y me fijé en que el maletín metálico que había en el Land Rover estaba sobre la cómoda—. Si nos tomamos la ley al pie de la letra, no debería estar husmeando en sus efectos personales.

—No.

Fui hasta el aparador y levanté el mango de cuero.

—No dijo que faltara su cartera y no parece que hayan tocado nada de la habitación, lo que me induce a pensar que no fue una tentativa de robo. —Le di un golpecito a la esquina del maletín con el dedo—. Es pesado, posiblemente sea un portátil. Si el atacante quisiera robar algo en esta habitación, creo que habría comenzado por esto.

—Sí.

—Eso lo convierte en un objeto sospechoso.

—Sí.

–Y, como agente de la ley electo, mi responsabilidad sería abrirlo.

–Sí.

–Solo hay un problema.

–¿Sí?

–Está cerrado.

Con un suspiro exasperado, Henry atrajo hacia sí el maletín y lo levantó, observando la combinación de cuatro dígitos. Se detuvo un momento y luego movió las ruedecillas para poner 1975.

–La fecha de la caída de Saigón.

Clic.

SAIGÓN, VIETNAM: 1968

Oí que alguien le quitaba el seguro a un arma pero no sabía quién habría sido. El gorila de la puerta estaba de pie ante nosotros y era un tipo grande, demasiado grande para ser vietnamita, probablemente fuera samoano. Apenas quince centímetros separaban nuestras narices. Yo sería un poco más alto que él, pero él pesaría casi veinte kilos más. Lo más desconcertante de todo es que él llevaba puesto un sombrero de *cowboy* y yo no.

Baranski pasó el brazo por encima de mi hombro y le plantó al tipo la placa en las narices.

–Mira, Babu, somos del Servicio de Inteligencia del ejército. Estamos investigando un homicidio.

Eso era verdad de la buena.

–Estamos trabajando con la Oficina de Inteligencia de las Fuerzas Armadas de la República de Vietnam...

Eso era una verdad relativa.

–... y, si no te apartas, le voy a pedir al especialista Longmire, del cuerpo estadounidense de marines, que te lleve a rastras a la prisión militar de Long Bin y que se dedique a arrojarte a los charcos y pisotearte el pecho para que el muy hijoputa pueda caminar sin mojarse.

Esa podía llegar a ser una verdad como un templo.

El gorila no se movió pero, unos segundos después, se volvió hacia un individuo enclenque muy acicalado que estaba a su lado; este desapareció detrás del gigante y luego reapareció. Asintió con la cabeza y el gorila se hizo a un lado. Yo di un paso hacia delante pero me encaré con él mientras Baranski y Mendoza pasaban junto a mí.

–Jódete, hijoputa.

Le dirigí la mejor de mis sonrisas como buen oriundo del río Powder, una sonrisa del Oeste que habría hecho sentirse orgulloso al mítico escritor Owen Wister.

–Sonríe cuando me hables así.

La temática del Western Town era el Oeste, pero dónde quedaba ese Oeste no estaba del todo claro. Las bailarinas omnipresentes llevaban botas blancas de *cowboy* y sombreros de vaquero o tocados de guerra indios, de esos que en Estados Unidos se compran en cualquier Woolworth. Bajo una luz tenue se distinguía que las paredes

estaban pobremente decoradas con imágenes de películas del Oeste pintadas a mano con caracteres vietnamitas, o quizá japoneses. No se podía dar ni un paso de lo abarrotado que estaba el local. Los clientes eran casi todos vietnamitas, aunque había algunos soldados rasos mezclados entre la masa de civiles. Llamábamos la atención, parecíamos la pasma, para bien y, sobre todo, para mal. Mendoza y Baranski ya estaban reconociendo el terreno y miraban en todas direcciones estirando el cuello, por lo que aún no debían de haber localizado entre la multitud a Hollywood Hoang.

Mendoza se inclinó hacia mí y gritó para hacerse oír por encima de la música.

—Oye, tío, quédate aquí. Atravesaremos el local a ver si podemos pescarlo.

—¿Y qué hay de la parte trasera?

Él negó con la cabeza.

—¿Es la primera vez que vienes al rodeo? No hay puerta trasera.

Vi cómo desaparecían entre la multitud. Había una pista de baile donde se oía el *Pop a Top* de Jim Ed Brown a un volumen atronador y me entró la morriña en ese angosto edificio. Me eché contra el poste de la escalera que conducía a la puerta del sótano, tapada con una cortina de cuentas. Estaba cansado y solo tenía ganas de dormir, de modo que cerré los ojos solo por un segundo. Cuando los abrí, tenía delante a una chica vietnamita diminuta con un colorido tocado de plumas infantil que se había puesto de puntillas para atraer mi atención.

—¿Quiere baile?

—No, gracias.

—¿Yo hacer precio especial?

—No, estoy bien. —Era fácil mirar por encima de ella, solo las puntas de las plumas se interponían en mi campo de visión. Con el constante ir y venir de gente era difícil seguirle la pista a todo el mundo, pero si Hoang llevaba puesto el mono celeste y el pañuelo de seda blanco no sería difícil distinguirlo entre la multitud.

Ella se me acercó un poco más y posó las manos sobre el uniforme.

—¿Baile privado especial?

Soplé para apartarme las plumas de la cara.

—No, de verdad...

—¿Tú buscar amigo?

—No... —Bajé la vista y comprobé que me miraba con más intensidad de lo que cabría esperar—. ¿Qué?

Ella bajó la voz pero seguía empleando un tono de urgencia.

—¿Tú buscar amigo?

Yo miraba por encima de su cabeza para ver si veía a Baranski o a Mendoza, pero ninguno de los dos estaba a la vista.

—No, de verdad, soy monje.

Se quedó mirándome fijamente un instante, luego repasó la zona principal del local y echó un vistazo a las escaleras que conducían al sótano.

—Solo tú.

Me quedé allí mirando el brillo de la noche del Sudeste Asiático sobre su piel y pensé

en Mai Kim. La música artificial me tenía atontado pero, de repente, caí en la cuenta.

—¿Conoces a Hoang? ¿Hollywood Hoang?

Ella volvió a mirar por encima del hombro y luego escaleras abajo.

—Solo tú.

—¿Hoang está abajo? —Su cara permaneció impassible—. No voy a hacerle daño pero no puedo irme de aquí a no ser que esté ahí abajo.

Las plumas se movieron imperceptiblemente cuando ella asintió. Mi gesto de asentimiento fue igual de discreto. Rodeé la barandilla y comencé a bajar las escaleras pensando en Hoang. Me estaba muy agradecido por haberle salvado la vida en Khe Sanh y, de haber querido matarme, ya lo habría hecho. Oportunidades no le habían faltado, desde luego.

Pero nunca se sabía.

Abrí la funda de mi Colt y lo amartillé. No había puerta, solo una cortina de cuentas, y todo estaba a oscuras. Consciente de que allí a contraluz presentaba un blanco perfecto, abrí la cortina y me colé rápidamente en la estancia.

El sótano era aún más angosto que el bar. Pasé junto a una estantería sucia que albergaba unos compresores diminutos que parecían ruedas para hámster en lugar de aparatos de aire acondicionado que intentaran valientemente mantener fresco el piso de arriba. A mi izquierda distinguí a duras penas unas cajas apiladas hasta el techo gracias a la poca luz que se colaba por la puerta. En el piso de arriba, Jim Ed Brown le había pasado el testigo a Buck Owens and The Buckaroos, de modo que levanté un poco la voz y me arriesgué a desenfundar el arma.

—¿Hoang?

Me pareció oír un ruido como si algo se moviera detrás de mí, a mi derecha. Me giré despacio y me encontré con el cañón de una pistola Tipo 64 de fabricación china con silenciador.

Tenía los ojos muy abiertos y el mono, antes celeste, había adquirido un tono azul marino a causa del sudor. Levanté las manos sin que hiciera falta que él me lo pidiera.

—¿Cómo estás, Hoang? —Él no dijo nada y miró de reojo a la derecha por si alguien me había seguido—. Estoy solo.

No podía dejar de mirar a todas partes, y vi que el grueso cañón le temblaba entre las manos.

—Mai Kim...

—Está muerta.

Tenía los ojos llorosos y trató de tragar saliva, como si algo se le hubiera atragantado. Fijó la vista en el trozo de suelo que nos separaba, aunque la pistola no se movió del sitio. Unos segundos después, habló con voz temblorosa.

—¿Sabes quién mató a ella?

Bajé las manos un poco y él no dio muestras de reaccionar, de modo que dejé caer los brazos a ambos lados y devolví lentamente el arma a la pistolera reglamentaria, aunque dejé el seguro quitado y la funda desabrochada.

—¿Sabes qué? Tiene gracia... Hemos estado hablando del tema y tu nombre ha salido a

colación.

Él negó vehementemente con la cabeza.

—Yo no mato Mai Kim.

Desde que estaba en Vietnam había empezado a distinguir por las malas las mentiras de la gente. Él me resultaba convincente y dejé que su declaración cayera por su propio peso y que nos condujera a hablar más.

—Bueno, ¿y entonces quién lo hizo?

—¡Yo no mato Mai Kim!

El grueso cañón vaciló un instante pero volvió a apuntarme a la cara un momento después. Le mostré las palmas de las manos y retrocedí medio paso, le pedí que bajara la pistola e hice un gesto con el otro brazo.

—De acuerdo, de acuerdo. —Hoang se pasó la pistola a la otra mano—. Si no la mataste, ¿por qué me estás apuntando con una pistola?

Él apretó los labios y volvió a tragar, pero el cañón continuaba inmóvil.

—¿Tú legal?

—¿Cómo?

—¿Tú legal?

Incliné la cabeza.

—¿Me estás preguntando si soy un tío legal?

Él asintió.

—Sí, tío legal.

Respiré hondo y suspiré.

—Sí, soy un tío legal, ¿por qué si no iba a estar en el sótano de un bar al lado de la calle Tu-Do con el arma enfundada?

Él se detuvo un momento, inspiró hondo, se estremeció y por fin bajó la pistola. Di otro pasito hacia atrás para demostrarle que le había dicho la verdad, me apoyé contra la estantería polvorienta y oí el zumbido de los compresores mezclado con Buck and The Buckaroos.

—Hoang, si te quisiera muerto, te habría dejado tirado en el barro en Khe Sanh.

Ahora su mirada era más firme, a pesar de tener la cara surcada por el sudor.

—No mortero.

—¿Qué?

—No mortero —repitió, enfatizando cada palabra.

—¿Y eso qué significa?

—En Khe Sanh, no fuego de mortero.

Sentí un escalofrío que nada tenía que ver con la temperatura.

—¿Te refieres al disparo que derribó el helicóptero?

Él levantó el cañón hacia mi izquierda con un gesto.

—No mortero. Temporizador que...

El disparo resonó en ese espacio reducido y una ráfaga de sangre me entró en los ojos, obligándome a parpadear. Creía que no me habían dado pero algo cayó encima de mí y lo sostuve. Era Hoang, que se atragantaba con su propia sangre y presentaba una herida

en el pecho que emitía unos sonidos escalofriantes. Ya estaba cubierto de sangre y me miró con cara de súplica. Lo dejé con cuidado en el suelo lleno de polvo mientras Baranski y Mendoza se acercaban con las armas en ristre.

Le abrí el mono de piloto y eché un vistazo a la herida en el costado. Cada vez que respiraba, salían burbujas de aire mezcladas con la sangre que no paraba de manar. Le quité con cuidado el pañuelo de seda del cuello e incorporé al piloto ligeramente, envolviendo su hombro con la tela para tratar de taponar los orificios de entrada y salida.

Me quedé mirando al oficial de seguridad y al investigador del Servicio de Inteligencia.

—Por todos los santos, ¿por qué habéis disparado?

Baranski me miraba con incredulidad.

—Oye, novato, te acabamos de salvar la puta vida.

—No iba a dispararme.

Él miró a Mendoza y luego a mí.

—Te estaba apuntando con ese bazuca a la cabeza, ¿por qué si no iba a usar un silenciador, pedazo de imbécil? Estabas a punto de pasar a mejor vida.

Lo ignoré y me dispuse a levantar a Hoang.

—¿Qué estás haciendo?

Atraje al hombrecillo hacia mi hombro, con cuidado de evitar las heridas de entrada y salida.

—Voy a llevarlo al hospital.

Baranski soltó un bufido. El tejano continuó callado.

—Pero si está muerto.

—No está muerto. —Bajé la vista y miré al hombrecillo a los ojos. Parpadeaba pero no parecía capaz de enfocar me la cara—. No estás muerto, ¿me oyes? Estás malherido pero vamos a llevarte al hospital y allí te curarán. ¿Me oyes?

Apretaba los ojos como si quisiera capturar mis palabras y supe que me había entendido. Di un paso hacia delante y los dos hombres retrocedieron.

—Y vosotros dos podéis ayudarme o podéis apartaros de mi camino.

Es increíble lo rápido que la gente se quita de en medio en un club atestado cuando uno lleva armas encima y un hombre mortalmente herido. Me subí a la parte de atrás del Jeep y sostuve a Hoang en brazos con cuidado. Tenía las pupilas un poco contraídas y yo empezaba a sospechar que el piloto y también camello en sus ratos libres quizá hubiera probado un poco de su propio producto y que eso era la único que lo mantenía con vida.

Baranski dio marcha atrás con el Jeep por la calle abarrotada, trazó un círculo y giró a la izquierda en la siguiente manzana. Yo sabía que el hospital más cercano estaba en la otra dirección. Grité para hacerme oír con el ruido de las marchas mientras el M-1A1A sorteaba el tráfico y se dirigía hacia el norte por la Autopista 1.

—¿Adónde demonios crees que vas?

Él me gritó por encima del hombro:

—No voy a llevar a este cabroncete a un hospital civil en Saigón para que desaparezca cuando más le convenga. Lo llevo de vuelta a Tan Son Nhut.

Miré a Mendoza, que tenía la vista al frente y se sujetaba al salpicadero con una mano. Luego miré a Hoang.

—Va a morir.

—A cinco minutos de aquí tenemos la mejor atención médica de todo el Sudeste Asiático, así que aguanta y cierra la puta boca. —Baranski metió tercera y el Jeep dejó atrás el tráfico de las afueras de una ciudad convulsionada por la guerra y siguió el sendero que abrían sus faros en dirección al atardecer.

—¿Cómo se encuentra?

Él sonrió y se encogió de hombros.

—En realidad me siento como un tonto. Bueno, también me duele la cabeza.

—Apuesto a que sí. —Me senté en la silla color malva que el hospital de Durant ofrecía a las visitas y me quité el sombrero, colocándolo sobre el maletín metálico de Tuyen que tenía entre las piernas. Santiago Saizarbitoria se encontraba junto a la puerta y, cual mosca en la pared, hacía todo lo posible para pasar desapercibido—. Espero que se encuentre lo bastante bien para contestar algunas preguntas.

—Oh, sí. —Usó el control remoto para levantar ligeramente la cama y se bajó un poco la almohada—. Voy a pasar la noche en observación pero, aparte del dolor de cabeza, me encuentro bien.

—Le dieron un buen golpe.

—Los he conocido peores. —Eché un vistazo al suelo—. ¿Ese es mi maletín?

—Sí, lo es. Pensé que quizá querría tenerlo.

—Gracias.

Los dos éramos conscientes de que yo no tenía ninguna intención de entregárselo por el momento.

—Señor Tuyen, ¿seguro que no sabe quién pudo atacarle?

Él levantó la vista.

—No tengo ni la más mínima idea.

—¿Lo visitó alguien ayer? Antes de ser atacado, claro.

Él no dudó en responder.

—No.

—¿Está seguro?

Ésperó un momento, quizá estuviera sopesando esa vieja máxima que dice que, cuando un agente de la ley hace preguntas, normalmente conoce las respuestas. Se miró las manos.

—Alguien vino a visitarme por la mañana temprano.

—¿Quién era?

—El camarero.

—¿Phillip Maynard?

—Sí.

Me incliné hacia delante, apoyé los codos sobre las rodillas y comencé a darle vueltas a mi sombrero despreocupadamente asiéndolo del ala.

–¿Le importaría decirme por qué me acaba de mentir?

–Quería más dinero y yo no quería meterle en problemas. Obré mal al pagarle para que no dijera nada y no deseaba cometer dos veces el mismo error.

–Señor Tuyen, esta es la segunda vez que me oculta información cuando le formulo una pregunta directa. Le recomiendo encarecidamente que no lo vuelva a hacer.

Él asintió.

–Lo siento, yo...

–¿Qué le dijo?

Pareció sorprendido por mi rudeza.

–Él... Él dijo que podía hacerme la vida difícil si no le daba más dinero.

–¿Difícil en qué sentido?

–La conversación no pasó de ahí, en realidad. Le dije que si volvía a amenazarme se lo contaría a usted.

Me quedé mirando el sombrero, a sabiendas de que mis preguntas iban a quedar sin respuesta.

–Pero no lo hizo. No me contó nada de la visita de Maynard, ni de sus intenciones de extorsionarlo ni nada de nada. –Nos quedamos callados oyendo el zumbido del aire acondicionado—. ¿No pensó que Phillip Maynard podría haber sido el hombre que asesinó a su nieta y que omitir este tipo de prueba podría considerarse obstrucción a la justicia?

–Lo siento mucho.

Me quedé mirando la etiqueta gastada en el interior del sombrero y luego volví a mirar a Tuyen a la cara.

–¿Maynard se marchó?

–Sí.

–¿Cómo?

La cara de perplejidad de nuevo.

–Me temo que no...

–Cuando se marchó, cómo se fue, ¿en patinete?

–En su moto. –Continué observándolo y advertí que arrugaba ligeramente las comisuras en un gesto de rabia—. Llegó y se marchó en su moto.

Yo asentí.

–Señor Tuyen, ¿le golpearon una o dos veces en la habitación del motel?

–Creo que fue una pero podría equivocarme.

–Señor Tuyen, empieza a cansarme su falta de precisión.

Él se pellizcó el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

–*Sheriff*, mi nieta ha muerto...

–Señor Tuyen, aún tiene que proporcionarme algún documento que pruebe que realmente Ho Thi era su nieta.

Inspiró hondo pero mantuvo los ojos cerrados.

–No creará que...

–No tengo muy claro qué creer, pero usted no me lo está poniendo fácil. –Me levanté,

volví a calarme el sombrero y recogí el maletín—. Me temo que voy a tener que pedirle un certificado de nacimiento, ya sea americano o vietnamita.

Él me interrumpió.

—*Sheriff*, sin duda será consciente de los trámites burocráticos que eso implica.

—U otros documentos tales como el certificado bautismal, expedientes académicos o cualquier cosa que confirme que Ho Thi era realmente su nieta. —Yo seguía sin soltar el maletín y ambos éramos conscientes de ello—. O bien usted me proporciona esta información o bien yo contactaré con el tribunal competente y haré que un ayudante de la oficina del *sheriff* del condado de Orange nos remita la documentación.

Él me miró y habló despacio.

—Ho Thi no fue adoptada. Con mi nieta me unían lazos de sangre.

—Entonces les pediré que se pongan en contacto con la oficina del censo de Sacramento.

Él asintió con los labios apretados.

—*Sheriff*, nunca esperé hallar muerta a Ho Thi. Absolutamente todos sus documentos oficiales, incluyendo el visado y el certificado de nacimiento, están en la caja fuerte de mi despacho de Los Ángeles.

—Entonces será mejor que se ponga en contacto con alguien para que nos envíen la información por fax y para que manden los originales por correo urgente esta misma noche. —Extraje una 9 milímetros del bolsillo de atrás de los vaqueros—. Y más le vale tener licencia de armas.

Saizarbitoria me siguió hasta el viejo Suburban, que estaba aparcado detrás de mi camioneta. Pensé que lo mejor sería quedármelo yo y darle a él el Bullet. Merecía tener algún incentivo si iba a continuar trabajando en Powder Junction. Además, dudaba que el otro vehículo destartado consiguiera ir y volver del pueblo demasiadas veces. Dependiendo del resultado de las elecciones en otoño, alguien tendría que solicitar al condado un vehículo relativamente nuevo para la delegación de Powder Junction.

Cuando levanté la vista, Santiago estaba de pie junto a la ventanilla bajada.

—¿Por qué has llevado el portátil al hospital?

Me fijé en que el cuentakilómetros marcaba 279.176 y me sentí exactamente igual de viejo que el coche.

—Pensé que querría saber que se lo estábamos cuidando. —Él continuó mirándome y sus ojos me parecieron más oscuros—. ¿Qué, Sancho?

—Has mencionado el maletín un par de veces. ¿Estás seguro de que no querías ver su reacción?

Negué con la cabeza.

—Tienes unas ideas de lo más sórdidas y desconfiadas. —Me quedé donde estaba mirando el cuentakilómetros y me pregunté cuál sería la cifra real, ya que llevaba años sin funcionar—. Como no pudimos descifrar la contraseña, pensé que lo mejor sería guardar el maletín bajo custodia.

—¿Y por qué no le has contado que Maynard había muerto?

Me ceñí el cinturón de seguridad que no ceñía y accioné el encendido.

—Él tiene sus secretillos y yo los míos.

Esta vez fue su turno de asentir.

—¿De verdad quieres que me quede por aquí para vigilarlo?

El Suburban arrancó por fin y el motor rugió.

—Eso es. Llama a la cárcel y pídeles a Frymire o a Superduro que vengan a relevarte a medianoche.

Santiago miró en dirección al sol, que trataba de escapar por encima de las montañas Big Horn; yo no lo culpaba, ni a Saizarbitoria tampoco, por querer distanciarse de todo lo que estaba ocurriendo.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Voy a cenar con mi hija, su nuevo novio, su hermana y Henry, y luego iré a dormir a la cárcel.

Saizarbitoria apoyó los brazos en el hueco de la ventanilla del Suburban.

—¿De verdad crees que Tuyen sería capaz de intervenir en este asunto?

Reflexioné un momento sobre lo rápido que progresaba el vasco y el tiempo que tardaría en sentirse insatisfecho trabajando de ayudante.

—No lo sé pero, según tú, alguien ha intentado acabar con él y nunca se sabe, podrían volver para rematarlo.

—Entonces, ¿no crees que Maynard lo golpeará o que asesinará a la chica?

Metí la marcha atrás y esperé cinco segundos a que el coche se diera por aludido.

—Llegados a este punto de la investigación, no pienso descartar a ningún sospechoso.

—Papá.

Quizá Tuyen había sido atacado de verdad, pero ¿le habían golpeado dos veces o todo era un montaje?

—¿Papá?

Lo había presionado, pero ¿lo había presionado lo suficiente? ¿Estaba presionando al tipo que no era?

—¡Papá!

Me concentré en mi hija, que me lanzaba miradas asesinas mientras Henry se reía entre dientes y los Moretti sonreían y continuaban dando cuenta de los entrantes.

—Perdón.

Cogí un champiñón relleno de la bandeja de aperitivos y miré a Michael de reojo para recabar apoyos mientras él se servía otra ostra de las Rocosas. El poli de Filadelfia acudió a mi rescate como si me hubiera leído la mente.

—Entonces, ¿no crees que Tuyen esté implicado del todo?

Masqué el champiñón sin saborearlo apenas y eché una ojeada al interior del restaurante Winchester y a las réplicas de armas de fuego antiguas que colgaban sobre la chimenea.

—No sé muy bien de qué manera está involucrado o lo mucho que lo está, pero hay algo en ese tío que me huele a falso. —Miré a Henry, que sabía leerme la mente a la perfección, prácticamente había convertido esa actividad en un pasatiempo—. ¿Tú qué crees?

La nación cheyene suspiró.

—Da mala espina. Mata a un gato y te llaman matagatos, tú.

Me quedé pensando en el viejo refrán, asentí y miré a Vic. Me estaba costando trabajo acostumbrarme a verla vestida con camiseta de tirantes ajustada y falda corta ceñida.

—¿Tú qué crees?

Ella mordisqueó un palito de queso frito y extendió una mano con la palma hacia abajo, agitándola y haciendo entrechocar las pulseras de turquesa como no queriendo dar a entender ni que sí ni que no. Luego la observé mientras le servía a Michael otro testículo de novillo empanado de la bandeja del centro.

No tenía claro si el chaval era consciente de que lo que estaba comiendo no tenía nada que ver con las ostras.

—Una de las cosas que más me mosquea es la precisión del ahorcamiento. —Ví que una señora mayor en la mesa de al lado se quedaba mirándome y que Cady me fulminaba, de modo que bajé la voz y me incliné hacia delante—. Es un ahorcamiento de manual: la

caída es acorde con el peso y la altura y solo hay un puñado de personas entre la plebe que sabrían cómo llevar a cabo una ejecución así.

Vic jugueteaba con sus pendientes de plata y cuentas que le había comprado en la reserva de los indios cuervo por su cumpleaños.

—¿Y Tuyen sí?

—Es posible. Algunas de las organizaciones con las que se relacionaba eran conocidas por realizar esta clase de ejecuciones.

—¿Y quién más sabría hacerlo?

Hice girar el vaso de cerveza Rainier sobre el posavasos.

—Odio admitirlo, pero Den Dunnigan trabajó un tiempo de guardia en el correccional de Deer Lodge, en Montana. Eran los viejos tiempos, entonces solían colgar a los presos. Además de eso, hace un rato hemos visto que los hermanos Dunnigan se disponían a tomar el desvío a Bailey con su camioneta pero que luego han preferido continuar por su camino.

Michael mojó la delicatessen de las altas llanuras en salsa rosa.

—¿Tiene antecedentes?

—Tiene mal carácter y estuvo a punto de moler a palos a un tipo con una pala.

Aunque tenía sus reservas, Cady se sumó a la conversación.

—¿Ese es el granjero loco?

—No está loco.

Henry habló con su voz de trueno.

—No tengo claro que confundir a tu madre con el temporizador de una cafetera eléctrica denote un alto grado de estabilidad mental, tú.

Me volví hacia Cady.

—No nos referimos a James, sino a su hermano Den.

Mi hija se inclinó hacia delante un poco más.

—¿Cree que su madre es una cafetera?

Me quedé mirándolos a todos.

—Es complicado...

La camarera nos interrumpió.

—¿Necesitáis alguna otra cosa?

Michael levantó la vista para mirarla mientras seguía masticando su testículo.

—Esto está buenísimo, ¿nos puedes traer otra ración?

Pensé en la chica, en la desaparecida. ¿Quién era? Y más importante aún, ¿dónde se había metido? Lo único que se me ocurría que podíamos hacer era ir llamando a los ranchos puerta por puerta para preguntar si alguien la había visto. Era algo descabellado pero no se me ocurría otra forma mejor de batir el vasto territorio que rodeaba Hole in the Wall.

—¿Qué pasa con la segunda chica? —Oso volvía a leerme la mente y yo no sabía si alegrarme de haber convertido mi monólogo interior en el tema de conversación de todo el grupo.

—¿Hay una segunda chica? —No había tenido oportunidad de poner a Vic al día.

–El encargado de la estación de servicio de Casper aseguró que en el coche iban dos chicas de pelo largo y oscuro. Les pregunté a Maynard y a los Dunnigan y todos dijeron que Ho Thi viajaba sola. –Me dirigí a Henry–. James dijo que había tenido una... No sé. ¿Cómo podríamos llamarla?

Henry sonrió.

–Visión.

–Total, que fuimos al pueblo fantasma y echamos un vistazo pero no encontramos nada.

Michael cogió la última ostra de las Rocosas. No se había dado cuenta de que era el único que estaba comiendo criadillas.

–¿Pueblo fantasma?

–Hay un viejo asentamiento al oeste de Powder Junction, un pueblo minero abandonado.

Michael dejó de masticar y miró a Vic.

–Tienes que llevarme allí.

Los miré a los dos.

–Hay serpientes.

Vic dejó escapar un bufido entre sus labios pintados.

–A la mierda las serpientes.

Cady sonrió y le tendió la mano a Michael, que se la estrechó. Los dos se giraron para mirarme. Cady parecía preocupada.

–¿Qué clase de visiones?

La pareja mayor de la mesa de al lado también estaba pendiente, así que bajé la voz.

–Dijo que había visto a la chica asesinada en Bailey.

–¿Se refiere a cuando encontraron el cuerpo? –Cady había subido un poco la voz y la reprimí con una mirada.

–Después. James nos contó que la vio de pie junto a la carretera una noche que se dirigía a casa conduciendo, después de encontrar el cuerpo de Ho Thi.

Cady seguía sin molestarse en bajar la voz.

–¿Y qué hizo?

Me encogí de hombros.

–Dijo que detuvo la camioneta pero que, cuando se apeó, ella había desaparecido.

Henry se echó hacia atrás, le dio un sorbo al vino y se quedó mirando a la pareja mayor, que de repente ya no parecía tan interesada en nuestra conversación. El representante del pueblo cheyene depositó la copa de tinto sobre la mesa, dejó pasar un momento y habló.

–¿Den fue guardia de prisiones?

–Sí.

–Se diría que antes estaba a la defensiva.

Cady parecía desconcertada.

–¿El loco?

–Su hermano, aunque está claro que toda la familia es algo excéntrica. –Me quedé

mirando mi cerveza abandonada sobre la mesa; se me habían quitado las ganas—. Bueno, el caso es que Den se siente en la obligación de proteger a James.

Henry asintió.

—Sí, pero ¿por qué iba a matar Den, o incluso James, a Ho Thi, después a Maynard y luego intentar cargarse a Tuyen?

Todos se quedaron callados y entonces pensé que mi trabajo era un asco.

Cady bebió un sorbo de vino y sonrió. Siempre fue una optimista, estaba intentando encontrar el lado bueno de la situación.

—Eso significa que Virgil Búfalo Blanco es inocente.

—Pues sí. —Observé las burbujas diminutas que surcaban mi vaso, evitando todas sus miradas, especialmente la de Henry.

—¿De modo que vas a dormir de nuevo en la cárcel?

Detuve el Suburban junto a la casa prefabricada de Vic y aparqué el viejo trasto.

—Me toca a mí.

—¿Vas a relevar a Frymire?

—Pues sí. Luego Frymire irá al hospital a relevar a Saizarbitoria, porque Superduro no tenía buena cara. —Henry había desaparecido con el Thunderbird y había llevado a Cady y a Michael a mi casa, por eso yo había acompañado a Vic. Observé que mi ayudante subía una pierna al asiento, dejando al descubierto un fragmento de muslo por encima de las botas.

—¿Qué vas a hacer con Virgil, Walt?

—No lo sé. Puede que llame a la gente de Servicios Sociales o quizá intente que alguien de los programas sociales de la reserva se haga cargo. —Ella se desabrochó el cinturón, se giró y apoyó las botas negras con rosas azules bordadas en mi regazo. Acaricié el bordado con los dedos—. Pleuresía...

—¿Cómo?

—Rosas azules. Así se refería Tennessee Williams a la pleuresía que padecía su hermana.

Ella agitó la cabeza con incredulidad, suspiró y me examinó atentamente.

—Joder, mira que eres raro. —Se cruzó de piernas y se puso cómoda—. Tienes que dejar que se marche.

Pensé en el gran indio y posé una mano en una de sus pantorrillas, por encima de las botas, maravillado por la suavidad de su piel.

—Pues sí.

Ella se estiró y me hincó los tacones en el regazo. Dobló un brazo y apoyó en él la cabeza. La ligera brisa que se colaba por la ventana abierta le agitaba el pelo.

—¿Qué vas a hacer con Tuyen?

Le acaricié la pierna y detuve la mano a la altura de la corva, mientras ella se incorporaba haciendo que la falda se le subiera un poco más.

—Supongo que lo tendré bajo arresto domiciliario hasta que me envíen de California algún tipo de documento que acredite la identidad de su nieta.

—¿Y con los hermanos Dunnigan?

—Bueno, teniendo en cuenta las circunstancias, no me queda más remedio que someterlos a un interrogatorio oficial.

Ella me regaló una de sus sonrisas carnívoras características, la que dejaba al descubierto un canino demasiado grande y, sin embargo, hermoso.

—¿Y qué vas a hacer conmigo?

Me eché hacia atrás el sombrero, suspiré y eché un vistazo al reloj analógico del coche, prácticamente la única cosa que funcionaba en todo el salpicadero.

—Tengo que estar en la cárcel en diez minutos.

Sus ojos dorados eran enormes y traté de concentrarme en ellos cuando la falda se le subió más aún.

—Tú te lo pierdes.

Ay, por Dios.

—Me vendría como agua de mayo, aunque aquí no llueve ni en mayo ni nunca.

Mi apuesta ayudante meneó la cabeza con sorna y cambió de postura. Como un derviche, trazó un giro con las piernas y se arrodilló en el asiento, disfrutando de la ventaja que le proporcionaba la altura y capturando mis labios con los suyos. Fue un beso bandido, rápido y rudo, diseñado para dejar a la víctima con una sensación de lo que pudo haber sido y no fue.

Luego se corrigió el lápiz de labios con el dedo corazón, se apeó, cerró la puerta de la camioneta y dio media vuelta. Antes de alejarse sin molestarse siquiera en bajarse la falda, me dijo por encima del hombro:

—Ya me contarás.

Me sentí como si me hubieran atropellado y se hubieran dado a la fuga.

Cuando llegué a la cárcel solo encontré despierto a Virgil Búfalo Blanco. Después de arrancar unos cuantos *post-it* del marco de la puerta, descubrí a Frymire con el ordenador de Tuyen sobre las piernas y roncando de nuevo. Posiblemente a eso se debiera el insomnio del enorme indio. No acostumbraba a hablar mucho, pero yo había tomado la costumbre de dirigirle la palabra siempre que me era posible, con la esperanza de que él volviera a retomar el hábito.

—Hola, Virgil.

No dijo nada pero señaló con la cabeza a mi ayudante.

Le quité cuidadosamente a Chuck el ordenador de encima y lo sacudí ligeramente para despertarlo. Él abrió los ojos y me miró. Metí el portátil en la funda que había en la encimera y leí las últimas misivas de Ruby.

—Supongo que he vuelto a quedarme sopa, ¿no?

—Sí, pero si Virgil no te dirige la palabra y no juegas al ajedrez, lo más normal es que te suceda eso. ¿Alguna novedad?

—He estado toqueteando el portátil, pero no he logrado pasar del código de seguridad.

—¿Se te dan bien estas cosas?

—Sí, hice un grado de informática.

–¿De veras? –Me quedé pensando en ello–. No recuerdo haber visto eso en tu solicitud.

–Pensé que daría igual... en Powder Junction no tenemos ordenador. –En eso no le faltaba razón.

Sostuve uno de los *post-it* en la mano y leí el contenido.

–ACSS-CPB. –Levanté la vista para mirarlo–. ¿Qué demonios es CPB?

–No tengo ni idea.

Leí el cuadradito de papel amarillo.

–¿Y WiFi?

–Mecanismo de conexión de dispositivos electrónicos de forma inalámbrica. Se utiliza para acceder a internet con casi todos los portátiles. ¿No has visto los carteles que hay en los moteles junto a la autopista?

La siguiente nota se refería a un robo de maquinaria de perforación al este del pueblo.

–Sí.

Él bostezó.

–Significa que puedes usar tu ordenador sin tener que conectarte a una toma de red. Solo tienes que abrirlo y buscar una señal.

Pensé en ello.

–Pero ¿qué significan en realidad las siglas WiFi?

–Wi es de *wireless*, sin cables, y... –Hizo una pausa–. No estoy seguro de lo que significa Fi.

Me guardé los *post-it* en el bolsillo de la camisa.

–*Semper*... –No sabía si había pillado mi referencia al lema de los marines. Lo observé soltar otro bostezo.

Me pilló mirándolo e hizo un gesto en dirección al ordenador de Tuyen.

–¿Quieres que me lleve el cacharro a ver si averiguo algo?

Eran los efectos personales de alguien, pero si acabábamos verificando la historia que nos había contado el vietnamita, no tendría más remedio que devolvérselo en el hospital.

–Claro, quizá te sirva para mantenerte despierto.

Dejé que se marchara con sus deberes y me senté en la silla frente a Virgil. Acerqué la papelera boca abajo con el tablero y la coloqué entre nosotros. Virgil Búfalo Blanco, con sus honores de guerra inmerecidos, del clan Perro Loco, me estudiaba.

–Me temo que, comparado con Lucian, no voy a representar ningún desafío.

Le dio la vuelta al tablero y yo ignoré el simbolismo cuando él me ofreció las blancas y la apertura. Todavía tenía la voz ronca, pero igualmente sonaba como un violón, haciendo vibrar el aire que nos separaba.

–Quizá seas mejor de lo que crees.

Detuve el dedo en seco sobre un peón.

–Lo dudo.

–Debes de ser un oponente digno. Pantalones-cortos me contó que los ancestros hablan contigo. –Levanté la vista y Virgil no apartó su mirada de la mía, mientras ambos oíamos el tictac del viejo reloj de pared Seth Thomas. Movié la mano entre los barrotes

y reanudó la partida. Yo llevé el peón a G4 y él contraatacó con otro a B5. Hicimos una pausa. Se oía su respiración al ritmo del reloj—. A mí los ancestros nunca me han hablado.

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1968

—Está muerto. —Me fijé en los ojos de Hoang y observé cómo miraban hacia el infinito con indiferencia. Tenía la boca blanda y silenciosa y la sangre que le empapaba el pecho ya no burbujeaba. Le enderecé la cabeza y la apoyé contra mí.

Baranski pasó un brazo por encima del asiento de Mendoza y echó un vistazo hacia atrás.

—¿Qué?

El amanecer teñía el cielo de naranja y yo pugnaba desesperadamente por contener la rabia.

—Puedes aminorar la velocidad, está muerto.

El oficial de inteligencia echó una ojeada a la carretera y volvió a fijarse en mí a través del retrovisor.

—¿Qué es lo que acabas de decir?

—Digo que está muerto y que ya puedes ir más despacio. Has logrado lo que te proponías.

Él miró a Mendoza, que iba en el asiento del acompañante sin apartar la vista del frente. De no haber estado tan seguro, habría jurado que en lugar de uno había dos muertos en el Jeep.

—¿Me estás acusando de...?

—Me contó lo de la saca, la que le entregaste para que la transportase en el helicóptero cuando nos dirigíamos a Khe Sanh. —A pesar de la luz tenue de la madrugada, vi que me miraba de reojo—. Me lo contó y yo te vi hacerlo. Has sido muy hábil al deshacerte de todas tus cartas.

—Oye, tú, puto novato, no tienes ni idea de en qué mierda te estás metiendo.

Lo ignoré y continué.

—No tenía sentido que la explosión del helicóptero se produjera del lado noroeste si los *charlies* nos estaban disparando desde esa misma dirección. Si nos hubieran disparado habríamos explotado en dirección contraria. —Hice un gesto para señalar el cuerpo que sostenía en brazos—. Supongo que Hoang tampoco sabía que pretendías matarlo también a él. Y, como eso no funcionó, intentaste convencerlo para que me matara. Verás, creo que se suponía que Hoang debía asegurarse de que me emborrachaba y luego llevarme al búnker, donde tú ya habrías liquidado a Mai Kim, para acabar conmigo allí. —Tragué saliva y se me atragantó—. Pero le salvé la vida a Hoang en Khe Sanh y él no fue capaz ni de dispararme ni de llevarme a rastras hasta el lugar acordado, donde tú acabarías el trabajo. Ni siquiera te contó dónde estaba yo. —Bajé la vista para mirar el rostro sin vida de Hoang—. Resulta que al final era un buen tipo, ¿eh?

El Jeep iba casi a cien por hora.

—Que te jodan, puto cabrón.

Metí una mano entre las piernas de Hoang para alcanzar mi Colt, que seguía dentro de la pistolera con el seguro quitado.

—Por la misma época que tú llegaste a Tan Son Nhut el tráfico de drogas se incrementó. La única duda que tengo es si sabías lo de la investigación de antemano y solo intentabas proteger tus intereses o si te topaste con todo este follón y decidiste montar tu tinglado en ese momento.

Miró a través del parabrisas como si fuera a encontrar una respuesta allá afuera.

—No sabes una mierda.

Mendoza habló de repente.

—Eh...

Miré a Baranski.

—Creo que todo me ha quedado bastante claro, salvo una cosa. —Estudié la nuca de Mendoza—. ¿Él también está en el ajo?

El tejano extendió una mano y señaló la carretera.

—¡Eh!

Mientras Baranski miraba el perfil de su compañero yo saqué mi Colt por entre las piernas de Hoang y el tejano agarró el volante. Baranski viró bruscamente cuando chocamos con algo y el Jeep salió despedido hacia la izquierda sobre dos ruedas.

—¡Qué coño...!

El vehículo no llegó a volcar pero el cuerpo de Hoang se me escapó con la sacudida y yo caí hacia atrás con la pistola oportunamente agarrada. Choqué contra un montón de tierra y caí a la zanja junto al arcén arrastrando parte de la tierra conmigo. Permanecí tumbado allí un momento, tratando de recuperar el aliento, y miré a mi alrededor por si veía a Mendoza o a Baranski, pero el único cuerpo a la vista era el de Hoang, que yacía de costado a menos de veinte metros frente a mí.

Agité la cabeza y noté que me sangraba la mejilla. Debía de haberme raspado la cara al golpearme contra el asfalto. Me incorporé sobre los codos despellejados y volví a agitar la cabeza para despejarme la vista. Daba la impresión de que los arbustos a mi alrededor se estaban aproximando al cuerpo de Hoang y al Jeep, que estaba de medio lado sobre la carretera elevada. Hasta que el bosque de Birnam se mueva contra Dunsinania, que diría Macbeth.

Notaba un martilleo en la cabeza que sonaba como disparos de tanques y me limpié parte de la tierra y de la sangre de la cara con la mano libre. Inspiré hondo y me levanté, creyendo que sería mejor que encontrara al tipo del Servicio de Inteligencia y a su compadre antes de que ellos me encontraran a mí.

Entonces los arbustos se giraron y me miraron.

Llevaban monos negros y sombreros planos y sostenían unos AK-47 relucientes. Uno de los últimos arbustos cargaba con un lanzagranadas RPG de fabricación soviética e hizo un gesto para que los otros le ayudaran a tirar de una metralleta ligera con la que debía de haber chocado el cuerpo de Hoang al salir despedido del Jeep.

Levanté la 45 milímetros al tiempo que el soldado más próximo, el de la RPG, comenzaba a gritar. Le disparé y él se desplomó hacia atrás, donde se quedó sentado con

el camuflaje a un lado. Corrí en dirección a los otros. Era un movimiento arriesgado, pero el alcance de mi Colt no tenía nada que hacer contra los AK a menos que me acercase. Corrí hacia delante mientras el siguiente arbusto me encañonaba con el arma. Desvié el cañón agarrando el fusil por la culata plegable y el disparo se perdió en las colinas. Le clavé el Colt en el abdomen, apreté el gatillo y me quedé con su arma cuando él cayó.

Una ráfaga de disparos surgió de la zanja y me tiré junto al hombre al que acababa de liquidar, levanté el rifle y apunté al soldado del Vietcong que me estaba acribillando. El retroceso era un poco más fuerte que el de un M16 o quizá fuera por la incómoda culata de madera; el caso es que el otro tipo cayó abatido y yo le disparé a otros cuantos *charlies* mientras el resto desaparecía entre las hierbas altas.

Haz lo que te enseñaron en la instrucción y quizá salgas de una situación así con vida. Toma las decisiones adecuadas como si te fuera la vida en ello, porque es así. Como dudes, dudarás para siempre.

Me quedé allí tirado tratando de no pensar en las múltiples maneras en las que podría haber muerto en los últimos minutos y opté por concentrarme en el martilleo de mi cabeza. Tensé los músculos de la mandíbula y miré la carretera, hacia donde se dirigían los zapadores del Vietcong y su escuadrón. Sabía que no estábamos demasiado lejos de la puerta oeste de nuestra base aérea, pero las chozas de la zona parecían desiertas y no había ningún civil en la carretera, algo hasta entonces nunca visto. Entonces fue cuando advertí los restos de un tanque M48. Había cadáveres en todas las escotillas y era evidente que el vehículo estaba fuera de combate. Detrás de él había un transportador blindado M113 que debía de haberse empotrado contra el Patton cuando este recibió el impacto; otro cuerpo sin vida yacía sobre la ametralladora de calibre 50 en el asiento delantero.

A lo lejos podía ver más vehículos de transporte de personal siniestrados y acribillados a balazos. Junto al otro tanque que quedaba, había otros cinco vehículos desplegados en espiga a un lado de la carretera, disparando contra una vieja fábrica textil situada al oeste.

Lo que había sucedido era obvio. Bien pertrechados, habían enviado nuestra caballería desde el norte, posiblemente desde Cu Chi, para acudir a defender Tan Son Nhut, pero el Vietcong los había dejado secos en la Ruta 1.

Un tipo que había hecho la instrucción en la academia de las Fuerzas Acorazadas en Fort Knox me había contado que les habían mostrado cómo era supuestamente un fuego cruzado en una recreación conocida como Minuto Loco, pero, mientras que en la simulación las ráfagas de ametralladora y los disparos de los tanques iban dirigidos a un único objetivo, aquí y ahora había miles de láseres trazadores verdes que iluminaban la penumbra aproximándose hacia mí.

Alguien disparó varias veces un bazuca desde una valla publicitaria hasta que una de las detonaciones trazó una trayectoria en forma de carambola que impactó en uno de los vehículos de transporte desde donde partía el fuego amigo que quedaba más cerca de donde yo me encontraba. El M113 salió volando en mil pedazos con una sacudida atronadora.

Algunos miembros del escuadrón del Vietcong que iban disfrazados de arbusto se encontraban en esos momentos arrojando granadas de mano por encima del arco de la autopista, a unos cien metros de allí. Yo no estaba familiarizado con los AK-47 pero finalmente encontré la palanca que accionaba el mecanismo de disparo simple y apunté al *charlie* más cercano. Fue un disparo bajo y ligeramente desviado hacia la derecha, pero el tipo cayó abatido y la granada que llevaba hizo explosión, llevándose por delante al portador y a los dos hombres que había más próximos a él.

Retrocedí entre el bambú para ponerme a cubierto, conté hasta cinco, luego me asomé y volví a disparar. Erré el tiro y mi objetivo echó a correr hacia el otro lado para unirse a otro escuadrón que había salido de las chozas junto a la carretera.

Había cientos de ellos.

Comencé a replantearme mi táctica y pensé que quizá debería tratar de encontrar a alguien que estuviese de mi lado y, a ser posible, vivo. Le eché un vistazo al cuerpo de Hoang y pugué por subir el terraplén para llegar al M48 destrozado. El terreno no cedió y conseguí alcanzar uno de los montículos de tierra que bloqueaban la carretera. Algunas ráfagas enemigas impactaron en la superficie. Inspiré hondo una y otra vez, rodeé la barricada por el este y me oculté tras otro montón de tierra para llegar a la parte de atrás del vehículo de transporte de personal. El conductor era el que quedaba más cerca aunque era obvio que había muerto. Eché un vistazo a la cúpula del comandante y comprobé que él también había fallecido. Decidí probar suerte con el siguiente transportador.

Aunque no había nadie abriendo fuego desde ese vehículo, se oían ruidos procedentes del interior. La escotilla principal estaba abierta y parecía que la mayor parte del personal había escapado y solo se habían producido unas cuantas bajas. Olía a sangre, un olor tan dulce que resulta casi agrio, y estaba a punto de continuar cuando descubrí a un sargento que todavía respiraba sentando con la espalda apoyada contra la carcasa del motor. Le pegué un grito.

—¡Amigo! ¿Estás bien?

Él giró la cabeza y levantó la cara. Le faltaba el ojo izquierdo.

Pasé con dificultad a través de la escotilla y lo agarré del brazo, tirando de él mientras otra ráfaga de los AK rebotaba en la cubierta del vehículo acorazado y las balas impactaban justo donde yo me encontraba hacía un momento. Sentí una oleada de rabia contra los hombres que habían abandonado al sargento herido mientras andaba penosamente por el interior del vehículo y lo colocaba contra el mamparo.

—Pensándolo bien, quizá estemos más seguros aquí dentro.

Agarré el botiquín de primeros auxilios del interior blindado y, tras sacar algodón y una caja de vendas, le envolví la cabeza con cuidado para detener la hemorragia. El disparo debía de haberle atravesado el ojo y la bala había salido por la oreja más cercana, algo que ya de por sí era todo un milagro. Luego cogí una jeringuilla de morfina monodosis y se la clavé en el pecho.

Se sobresaltó y me miró con su único ojo.

—¿Sabes a qué día estamos?

Hablaba con el acento marcado de los Apalaches. Yo lo estudié, sorprendido de que aún fuera capaz de hablar o de oír.

—¿Cómo?

Lo observé mientras él trataba de hablar solo con un lado de la boca.

—¿Sabes a qué día estamos?

Intenté tragar saliva pero sentía la lengua como si fuera papel para atrapar moscas.

—Creo que a martes.

Él asintió.

—Sabe a martes.

Le sonreí y le puse la pegatina de la jeringuilla en la solapa del uniforme para advertir a los médicos que se le había administrado una dosis.

—Sí, así es. —Él murmuró algo más mientras yo echaba un vistazo al cargador en forma de plátano y comprobaba que solo le quedaban dos balas al rifle.

Los soldados enemigos se aproximaban y era cuestión de tiempo que nos alcanzara otro disparo de mortero o que lanzaran una granada por la escotilla. Deposité el AK-47 casi descargado en los brazos del oficial.

—Sargento, necesito que te quedes sentado, porque si no comienzo a abrir fuego de contención nos van a alcanzar.

Vi que el cañón de una de las ametralladoras M60 había estallado y que la otra tampoco tenía buena pinta. Estaba intentando evitar al comandante muerto pero la ametralladora de calibre 50 parecía nuestra única opción. Levanté los brazos, bajé al capitán cuidadosamente de su puesto y lo dejé junto al sargento. Le habían alcanzado en el pecho al menos tres balas y había muerto con cara de concentración. No parecía sorprendido, era como si hubiera sabido lo que le estaba sucediendo en todo momento. Miré al sargento, que se había desplomado y tenía el ojo entrecerrado, y esperé poder ser capaz de darnos un respiro antes de que él dejara de respirar definitivamente.

Comprobé la ametralladora y vi que no había sido disparada nunca. Agarré la empuñadura móvil, afiancé los pies y subí la cabeza con cuidado por la escotilla. Se oían voces a mi izquierda y al girarme vi a algunos soldados norvietnamitas trepando por el M48 que yo había abandonado momentos antes.

Giré el cañón de la pesada ametralladora y traté de acordarme de las características que me enseñaron en la instrucción, acordándome de que antes de recalentarse podía alcanzar una cadencia de tiro de 550 disparos por minuto pero que, si la forzabas tanto, podías destrozar el cañón. Entonces presioné ligeramente el gatillo, abrí fuego y recé.

El arma había sido diseñada con un propósito evidente y deseé no tener que volver a presenciar un espectáculo así en toda mi vida.

Apunté hacia el arcén y abrí fuego de contención a lo largo del terraplén. Aquellos que todavía podían arrastrarse o correr se refugiaron en las chozas o huyeron entre la vegetación como pavos salvajes el Día de Acción de Gracias.

Si iba a sacarnos de allí con vida, ese era el momento.

Bajé de un salto de la plataforma del comandante y me giré a tiempo de ver a Baranski. Su figura estaba enmarcada perfectamente en la escotilla trasera del vehículo

acorazado y estaba sonriendo.

Me quedé helado y aquellos segundos transcurrieron a cámara lenta, mientras él levantaba la pistola china con silenciador de Hoang, me apuntaba a la cara y disparaba.

—¿No vas a contestar?

Tenía la voz tan bronca que si hubiera sido más grave se habría salido de la escala.

Miré a Virgil a los ojos y traté de no fijarme en la cicatriz de su ceja izquierda.

—¿Cómo?

Él dejó escapar una risita.

—Estás jugando muy bien, pero el teléfono está sonando.

Bajé la vista a la partida de ajedrez a medio terminar y luego la levanté para mirar el teléfono que había en la pared de la cárcel.

—Gracias. Avísame si gano, ¿vale? —Me levanté y descolgué el auricular—. ¿Oficina del *sheriff* del condado de Absaroka? —Me salió como si no estuviera del todo seguro.

—¿Walt?

Salí de mi ensimismamiento cuando me di cuenta de que era Frymire.

—¿Sí?

—He venido al hospital, pero Sancho no está aquí.

Eso no era propio del vasco.

—¿Qué hay de Tuyen?

—Durmiendo como un bebé.

—Quizá haya ido al baño o a por algo de comer.

Chuck parecía un poco mosqueado.

—*Sheriff*, llevo aquí media hora y ni rastro de él. Le he preguntado a la enfermera de guardia y me ha confirmado que no lo ha visto desde su ronda de las once cuarenta y cinco. —Levanté la vista para mirar el reloj, habían transcurrido tres cuartos de hora—. ¿Quieres que lo llame a casa?

Me acordé de Marie y del niño que estaban esperando, y pensé en cómo reaccionaría la esposa ante una llamada de la oficina de *sheriff* a la una de la madrugada preguntando por el paradero de su marido.

—No, cogeré el busca e iré a donde estás.

Le lancé a Virgil una mirada rápida por encima del hombro después de colgar y recordé lo que haría en la cárcel si lo dejaba a solas. De todas maneras tenía pensado ponerlo en libertad por la mañana y, como técnicamente ya era el día siguiente, ¿dónde estaba el problema? Le entregué sus efectos personales después de sacarlos del cajón, incluyendo el portarretratos, la chaqueta y la navaja.

—Virgil, ¿te gustaría hacer una excursión?

Surcamos la noche lúgubre de las altas llanuras y, cuando llegamos a la entrada de Urgencias del hospital, la enfermera de guardia, Janine Reynolds, nos estaba esperando.

Miró a Virgil con gesto de preocupación, sin duda se estaba acordando de su última visita.

—No irás a poner esto patas arriba otra vez, ¿verdad?

Él se mantuvo impasible.

—No.

Cuando llegamos, Frymire estaba en el pasillo al lado de la silla que había junto a la habitación de Tuyen. Se incorporó con cierta dificultad y enderezó el hombro, sujetando debajo del brazo el ordenador del vietnamita.

—Aún no lo he visto y llevo aquí casi una hora.

Me giré hacia la nieta de Ruby.

—¿Janine?

Ella señaló la silla.

—Cuando hice la ronda antes de medianoche estaba ahí sentado.

Frymire trató de interrumpirla pero yo seguía mirando a Janine.

—¿Y Tuyen?

Ella señaló con la cabeza la puerta cerrada.

—Me llevé la bandeja de la cena. Estaba mirando por la ventana cuando le dije que sería buena idea que apagase la luz y descansara.

Tras encogerme de hombros giré el pomo de la puerta y la abrí.

—Bueno, por lo menos no lleva mucho rato durmiendo. —Frymire sostuvo la puerta para que no se cerrara mientras yo entraba y encendía la luz—. ¿Señor Tuyen? —Estaba tapado por completo con las sábanas y una manta de poliéster y se encontraba de espaldas a nosotros, girado hacia las ventanas—. Señor Tuyen, siento molestarlo pero...

No respondía y, al acercarme, comprobé que había una mancha oscura en la ropa de cama. Me incliné hacia delante y le retiré con cuidado la sábana de la cara.

—Oh, Sancho.

No estaba muerto, pero le había faltado poco.

Tuyen había cogido el cuchillo de sierra de la bandeja de la cena y había utilizado la delgada hoja de la peor forma posible, hincándosela en el riñón y retorciéndola hasta partirla. Como consecuencia, Saizarbitoria había sufrido una hemorragia interna masiva y una parálisis parcial. Por suerte para él, el ataque se había producido en un hospital y lo intervinieron de urgencia en menos de diez minutos.

—Yo llamaré a Marie, tú llama a todos los demás y consigue una orden de busca y captura para mi camioneta. Tiene la pistola de Sancho, así que asegúrate de que sepan que va armado, luego vuelve a la oficina y encárgate de coordinarlo todo.

—¿Quién es todo el mundo?

Nos encontrábamos junto a las puertas automáticas.

—Vic, Ferg, Ruby, Superduro, la patrulla de carreteras, las oficinas del *sheriff* de los condados de Natrona, Campbell, Sheridan... y si encuentras de servicio a algún policía montado del Canadá, también quiero que lo pongas a trabajar.

—¿Qué hay de Henry?

Escruté a Frymire, con el rostro reventado y el brazo roto, que seguía cargando con el portátil de Tuyen.

—Sobre todo avisa a Henry.

Me disponía a salir por la puerta de Urgencias cuando me fijé en que algo encima de mi hombro bloqueaba la luz de los fluorescentes del techo del pasillo. Me giré y miré a Virgil. ¿Cómo podía haberme olvidado de un indio de más de dos metros? Señalé a Frymire, que estaba haciendo llamadas desde el puesto de enfermeras.

—Virgil, ¿podrías marcharte con él?

Él no se inmutó, me estudió y luego se esforzó por encontrar las palabras.

—Necesitas ayuda...

Me quedé mirándolo.

—Estoy a punto de conseguir un montón de ayuda.

Me miré en el reflejo brillante de sus pupilas y supe que le estaba costando mucho trabajo hablar.

—Necesitas ayuda ahora.

Si hubiera querido detenerlo no me habría quedado más remedio que dispararle. O puede que me sintiera avergonzado por haberle tenido encerrado casi una semana sin una causa justificada, pero no tenía tiempo para discutir.

—Mira, agradezco tu ofrecimiento, pero...

—Conozco la zona.

Levanté la vista y me sentí como un niño discutiendo con un adulto, pues la bolsa de medicina india que llevaba colgada en el pecho me llegaba a la altura de los ojos.

—¿Qué?

—Te diriges a Bailey, el pueblo fantasma. Conozco esa zona mejor que nadie.

—¿Qué te hace pensar que voy...?

—La mujer de pelo plateado dijo que los mensajes eléctricos venían de la escuela.

Me llevó un segundo establecer la relación.

—¿Los correos electrónicos?

—Sí.

Medité sobre ello.

—Proviene de la red inalámbrica o como se llame del colegio del condado.

—Los mensajes eléctricos son del CPB. —Su mirada se ensombreció. Ahora ni reflejaba la luz ni dejaba traslucir nada—. Son las mismas siglas de la placa que hay en el exterior del edificio. Las he visto mientras observo a los niños... CPB. Colegio Público Bailey.

Fue como darse de bruces contra el suelo. De repente todo encajaba. Los correos electrónicos aleatorios, el portátil perdido que tanto le interesaba a Tuyen, la aparición de la segunda chica... El hecho de que Ho Thi no se pareciera demasiado a Mai Kim. La bisnieta de la mujer que yo conocí en Tan Son Nhut estaba en Bailey y había intentado desesperadamente ponerse en contacto conmigo de la única forma segura que se le había ocurrido.

—Ella está allí. Tenemos que encontrarla antes de que lo haga él.

Después de llamar a Marie y de pedirle al doctor Bloomfield que me pusiera al corriente del estado de Santiago, Virgil y yo montamos en el viejo Suburban y nos echamos a la carretera. Llamé por radio para informar a todo el mundo de dónde nos encontrábamos y hacia dónde nos dirigíamos y me respondió Rosey.

Interferencias.

—Maldita sea, estoy en la I-90, al este de Durant, pero ahora mismo doy media vuelta. Me he adelantado y he avisado a la patrulla de Casper, los he mandado hacia el norte.

Pulsé el botón del micro.

—Recibido. —Virgil continuaba con la mirada fija en la carretera que se abría ante nosotros. Pisé a fondo el acelerador y el viejo motor rugió como el de un coche de carreras: quizá fuera viejo, pero sus 7.500 centímetros cúbicos hacían de él un trasto con fuerza.

Treinta minutos después tomamos la salida de Powder Junction y nos dirigimos al oeste a toda velocidad, al extremo sur de las montañas Big Horn, directos a Bailey. Virgil se sujetó al salpicadero con una mano que lo cubrió casi entero cuando tracé la última curva antes de bajar la colina desde donde se divisaba con claridad el pueblo abandonado.

Tenía la esperanza de ver mi camioneta aparcada en la única calle de la antigua comunidad minera o en el colegio en lo alto de la colina, pero el único vehículo que distinguí fue la camioneta Ford turquesa y blanca propiedad de los hermanos Dunnigan.

Detuve el Suburban y traté de decidir si debía proseguir hasta el colegio o bajar hasta el pueblo y ver qué tramaban Den y James. Decidí ir en busca de los hermanos y giré el volante.

Paré el vehículo junto a su camioneta y me apeé. Virgil abrió la puerta del acompañante y se colocó en mitad de la calle mientras yo echaba un vistazo al interior de la Ford.

El soporte para los rifles estaba vacío. Por lo demás, todo parecía en orden y las llaves del coche colgaban del contacto. Toqué el capó y noté el calor del motor, pero no había ni rastro de mi camioneta, de los hermanos, de Tuyen o de la chica desaparecida.

No tenía ningún sentido. ¿Los hermanos Dunnigan sí que estaban aquí y Tuyen no?

Obviamente Virgil me leyó la mente cuando rodeó el coche para reunirse conmigo.

—Ve al colegio y yo me quedaré aquí mientras tanto.

Lo medité y miré a ambos lados de la calle desierta.

—Virgil, no puedo...

—Debes encontrar a la chica.

—Son capaces de dispararte.

Abrió la puerta del asiento del conductor y me empujó al Suburban antes de que pusiera más objeciones. Se quedó allí de pie mirándome y sonrió al cerrar la puerta. Luego posó su manaza en el cuchillo que llevaba al cinto.

—No sería la primera vez.

TAN SON NHUT, VIETNAM: 1968

Estaba tirado en el suelo del vehículo de transporte de personal, pensando que eso de estar muerto dolía una barbaridad. Levanté la vista y contemplé a través de la escotilla abierta el cielo amarillento enfermizo mientras el sol pugnaba por caldear esa mañana del Sudeste Asiático. Oí que se aproximaban refuerzos aéreos desde la base de Tan Son Nhut y observé los helicópteros de combate Huey ir y venir por el fragmento de cielo que tenía encima.

El cartucho de 7,65 x 17 se había llevado consigo parte de la clavícula y un montón de masa muscular, y todo lo que podía hacer era estar alerta y observar cómo Baranski trepaba por la abertura del vehículo acorazado. No había dejado de apuntarme a la cara con la Tipo 64. Yo tenía la cabeza encajada entre el mamparo y el puesto del conductor, con el brazo izquierdo inmovilizado bajo mi cuerpo. Le di una patada inútil cuando se aproximó hasta mí.

El oficial de inteligencia se detuvo a observar cómo los helicópteros pasaban sobre nuestras cabezas.

—Repostar, sobrevolar y repartir leña. Así son los helicópteros de combate de la Tropa D; diría que esto es el fin de la pequeña sorpresa del Tet de los *charlies*. —Baranski apoyó un pie sobre el asiento y me miró con gesto indiferente—. Joder, estos putos amarillos escurridizos no son un blanco fácil.

Traté de responder y me atraganté, creyendo que cuanto más tiempo pasara, más posibilidades tendría de que alguien se presentara.

—Me has disparado.

—Sí, pero te estaba apuntando entre los ojos. —Se echó a reír—. Deberías haberte quedado en el cuartel general de tu batallón, gilipollas. Allí habrías estado completamente a salvo.

Hice una mueca al notar otra punzada en el hombro que me cortó la respiración.

—Entonces, ¿era tu operación?

Sacó el paquete de Camel del bolsillo de la camisa, extrajo un pitillo utilizando solo una mano y se lo llevó a los labios.

—Yo me adueñé de ella. —Volvió a guardarse el paquete en el bolsillo, sacó el Zippo y encendió el cigarrillo—. Era una operación bastante chapucera, pero prometedora. —Inhaló el humo con fuerza y me miró una vez más—. Le saco casi cien mil dólares al mes; estaba dispuesto a darte una tajada, pero eres tan *gung-ho*, tan honesto...

—¿Hoang era tu socio?

Se sorbió la nariz y carraspeó antes de darle otra calada larga al cigarrillo.

—Sí, será difícil reemplazarlo. Las sacas eran una operación de la hostia, podía agenciarme de todo: hachís, opio... Podía conseguir cualquier cosa que se le antojara a la gente y, todavía mejor, había encontrado una manera de introducir y sacar el producto de nuestras bases aéreas. Tendré que conseguir otro piloto que se encargue de esa ruta, pero eso no supondrá demasiado problema. —Me estudió y se echó a reír—. El problema comenzó cuando esa puta estúpida decidió hablarte de nuestro negocio. ¿Te lo puedes creer? Todo este follón lo comenzó una maldita *putain*. —Dio otra calada y me escrutó—. Podemos hablar todo el rato que quieras, porque no va a venir nadie. Los *charlies* están en la *ville* disparando a los prisioneros ahora mismo. —Su mirada era despreocupada y sopesó la pistola china mientras hablaba—. Como verás, señor oficial investigador, a nadie le importas un carajo.

Traté de cambiar de postura pero en el pasillo tampoco había ningún otro sitio donde refugiarse.

—¿Qué pasa con Mendoza?

—¿El frijolito? ¿Qué hay de él?

Hasta respirar me dolía, pero tenía que continuar hablando.

—¿Estaba en el ajo?

—No, lo tenía bien entrenado para que hiciera la vista gorda. Pero me figuré que sospecharía si te quitaba de en medio. —Se sacó el cigarrillo de la boca y escupió una brizna de tabaco que tenía en la lengua—. Quedó bastante hecho polvo por culpa del accidente, así que fui hasta él y le disparé en la nuca. No quería que sufriera. Prácticamente es lo mismo que voy a hacer ahora contigo. Me alegra no haberte matado la primera vez. Está bien esto de tenerte delante para ver la cara que pones cuando te pegue un tiro en la jeta. —La pistola Tipo 64 se elevó de nuevo y quedó situada a la altura de mis ojos—. Mirame, ni un solo rasguño. ¿Sabes lo que dicen? Que a George Washington le pasaba lo mismo. Y a Patton, también. En el campo de batalla las balas silbaban a su alrededor y ni les rozaban. —Volvió a sonreír y vi que afianzaba el dedo sobre el gatillo—. Me pasa lo mismo que a ellos, supongo que tengo suerte para esas

cosas.

Se oyó una doble detonación y la sangre salpicó por todas partes.

Me quedé un momento tirado pensando que no debería estar pensando.

Parpadeé, miré hacia arriba y vi la sangre en el rostro de Baranski y el cigarrillo que aún pendía de sus labios, justo antes de que cayera y aterrizara sobre mí. Se estremeció una única vez y luego se quedó inmóvil. Me quedé mirando al sargento tuerto que estaba sentado contra el mamparo sosteniendo el AK-47 con el cañón todavía humeante.

Su voz me llegó cantarina justo antes de que volviera a cerrar su único ojo.

—Supongo que tu puta suerte se ha acabado, cabrón.

En el colegio no había nadie.

Aparqué en el camino de acceso y me bajé, no sin antes coger la linterna de la guantera y la radio. La linterna casi no tenía pilas, pero arrojaba más luz que la luna apática que estaba saliendo. Distinguí el tintineo metálico que se desprendía del asta de la bandera y me acordé de la escuela en el río Powder a la que solía ir. Fui caminando hasta la entrada principal del edificio de cemento de una sola planta y comprobé que estaba cerrada con un candado. Eché un vistazo por la ventana y vi un par de pupitres y un ordenador en una mesita. El colegio se quedaba desierto en verano y parecía que nadie se hubiera dejado caer por allí en los dos últimos meses.

Suspiré y eché un vistazo a mi alrededor, con la esperanza de ver a una chica vietnamita en mitad de la noche de las altas llanuras. Me quedé con las ganas.

Pulsé el botón de la radio y oteé los riscos rojos que parecían absorber la luz de la luna.

—Oficina del *sheriff* del condado de Absaroka, al habla la unidad uno. ¿Hay alguien ahí?

Interferencias.

Malditos riscos.

Bajé la colina de regreso a Bailey y detuve el Suburban delante de la vieja camioneta Ford de los Dunnigan. Me bajé empuñando de nuevo la linterna y comprobé que esta vez había alguien en el asiento del conductor. Saqué mi 45 milímetros y apunté el tenue haz de luz a la cabina. Reconocí el perfil del hombre y me dirigí a él a través de la ventanilla abierta del lado del acompañante.

—¿James?

Se giró para mirarme y oculté el arma debajo de la ventanilla, donde no pudiera verla.

—¿Qué hay, Walt?

Esperé un segundo y luego bajé la linterna, pero él no dijo nada más.

—¿Qué estás haciendo aquí, James?

Él inspiró hondo, se echó hacia atrás el sombrero de paja y echó un trago de una petaca deslucida. Vi un rifle de calibre 30-30 con mecanismo de palanca apoyado contra la portezuela.

—Oh, volvía a casa después de pasar por el bar y me he detenido a buscar a la chica, la que murió...

Lo estudié y luego me acodé en la puerta para adoptar una pose más apropiada para conversar.

—¿Y para qué quieres el Winchester?

Él sonrió y noté que se avergonzaba.

—Es este sitio, me pone nervioso..., supongo que me he vuelto miedoso.

—¿Te importa si lo cojo?

Él se quedó mirando el rifle y luego a mí.

—Claro, claro... Si tú estás aquí no tengo nada que temer.

Introduje la mano en el vehículo con cautela y saqué el Winchester por la ventanilla, accioné el mecanismo de palanca un par de veces para quitarle la munición y luego lo deposité en el suelo del Suburban junto con los cartuchos sueltos. Cerré la camioneta con llave y observé a James, que no se había movido salvo para beber de la petaca.

—¿La has encontrado?

Él cogió aire para darse tiempo a pensar y luego negó con la cabeza.

—No, no, no... —Se quedó mirando el salpicadero mientras se oía el leve tictac del gran motor de mi camioneta enfriándose. Me tendió la petaca y me llegó el olor de su licor favorito—. ¿Te apetece un poco?

—No, gracias —dije, negando con la cabeza—. James, ¿has visto a alguien más merodeando por aquí?

Se llevó de nuevo la petaca a los labios y echó un trago, luego levantó un dedo y tocó la palanca de marchas de la vieja camioneta.

—¿Sabes qué? La mayoría de la gente no se cree nada de lo que digo... —Giró la cabeza y me miró—. Así que no les cuento nada. —Sus ojos vacilaron un poco y noté que miraba más allá de donde yo me encontraba, hacia la derecha. Me giré y seguí la dirección de su mirada, pero allí no había nadie—. ¿Sabías que te están siguiendo?

Me giré y volví a escrutar la oscuridad, aunque seguía sin ver a nadie.

—¿Ahora mismo?

—Todo el tiempo. —Echó otro trago y volvió a concentrarse en el salpicadero—. Siempre te acompañan, al menos siempre que te veo. —Continué estudiándolo pero él no se movía—. He conocido a un gigante.

Me llevó un segundo responder.

—¿De veras?

—Sí, un tipo indio bien grande.

—¿Y dónde ha sido eso?

Se inclinó un poco y apuntó con la cabeza a través del parabrisas. Seguí la dirección de su mirada y vi que señalaba algún punto más allá del cementerio y la pared rocosa al final del pueblo.

—Allí arriba.

Me aparté con el Colt todavía disimulado junto a la pierna.

—Gracias, James.

—El indio grande me trajo hasta aquí, se llevó mis llaves y me dijo que esperara en la camioneta. —Su mirada se perdió en dirección al cuartel sindical—. Le ofrecí mi escopeta

pero me dijo que prefería trabajar en silencio. –Asentí y me giré para enfilarse calle arriba, donde la luna volvía a despuntar por encima de los riscos. Estos parecían de color negro, la misma tonalidad que adquiere la sangre a la luz de la luna.

–Oye, Walt.

Me detuve y volví a mirarlo a través del reflejo de la ventanilla.

–¿Sí?

–¿El indio grandullón es amigo tuyo?

Me pensé la respuesta.

–Sí, lo es.

Echó un vistazo por la calle y luego volvió a fijarse en mí.

–Y él, ¿está...?

Esperé, pero el hombre ebrio que veía cosas que nadie más veía continuaba escrutándome.

–¿Está qué?

Dio otro trago y luego volvió a mirar hacia la colina.

–¿Él también está muerto?

–Pues, sinceramente, espero que no. –Quise sonreír, pero no me salía–. Quédate en la camioneta, James.

Él asintió.

–Lo haré.

Caminé calle arriba sintiendo punzadas de ansiedad en los pulmones cada vez que registraba un edificio abandonado. Todavía no había encontrado ni rastro de Virgil, de Tuyen o de la chica. Descontándonos a James y a mí, aquel era un pueblo fantasma y desierto.

Como si aquel lugar se tragase las almas.

Vi el destello de algo junto al muro derrumbado del *saloon* y me asomé lo bastante por la acera de madera como para ver el morro de mi camioneta. Inspiré hondo y levanté el Colt. Resguardándome contra el muro derrumbado, me deslicé hasta el Bullet y comprobé que las puertas estaban cerradas y que no estaban las llaves.

Me saqué la radio del cinturón y lo volví a intentar.

–Aquí unidad uno, ¿alguien me recibe?

Y dale con las interferencias.

Dirigí la vista más allá del cementerio, al cuartel sindical, a las cornisas almenadas y a la segunda planta en saliente que le daban la apariencia de una fortaleza en lo alto de la colina. La luna seguía apática, en cuarto creciente, pero advertí que el pico de la media luna acababa de coronar los riscos.

Comencé el ascenso, manteniendo la 45 milímetros por delante de mí. No me preocupaban las serpientes de cascabel ya que la noche era fresca y lo más probable es que estuvieran durmiendo en las grietas de los salientes de piedra que quedaban a mi derecha, tratando de absorber el calor del día que todavía podían retener las rocas.

Me detuve ante el cementerio y apoyé la mano en la reja de hierro forjado, levanté la

vista hacia las ventanas a oscuras y luego oteé el camino. De noche resultaba difícil saber si alguien había pasado por ahí. Los escalones se veían igual que antes pero, cuando me eché hacia atrás el sombrero para ver mejor, distinguí que la puerta del cuartel sindical estaba abierta. Y yo estaba seguro de haberla cerrado.

Tenía la camisa del uniforme pegada a la espalda a causa del sudor y me estremecí cuando se levantó una brisa fresca.

Era una cuesta empinada y tuve que inspirar hondo varias veces para controlar la respiración. Me quedé ante la puerta del edificio y eché un vistazo por el pasillo al que daban todas las habitaciones, más allá de lo que solían ser las oficinas, en la penumbra de las estancias traseras. Las pisadas del número 47 que yo había dejado durante mi visita anterior con las botas de montar de suela de goma eran perfectamente visibles sobre la espesa capa de polvo, y se distinguía el camino que había seguido para adentrarme en el edificio y el rastro que había dejado al retroceder para subir las escaleras que conducían al salón de baile.

Apenas visibles, en el interior de las pisadas que habían dejado mis botas se apreciaban un par de diminutas huellas de pies arqueados y bien definidos que habían caminado sobre mis pasos.

Puse un pie en el vestíbulo y continué avanzando con la 45 milímetros en ristre. La chica había continuado hacia delante, colocando con cuidado sus pies desnudos por donde antes habían pasado los míos. Cambié el peso de un pie a otro, apagué la radio y miré escaleras arriba para luego subir tan silenciosamente como pude. Fue inútil, mi ascenso fue acompañado por un coro de chirridos y crujidos.

Me detuve en el descansillo y miré el suelo de la pista de baile. La fluctuante luz de la luna atravesaba la superficie plana e iluminaba nuestras pisadas conjuntas como si fueran charcos de mercurio líquido. Continué subiendo los escalones y me agarré a la barandilla de todo lo alto. Descubrí el viejo piano de pared en el escenario, solo.

Todas las entradas agotadas y no había nadie para escuchar el concierto.

La media luna decidió tomar cartas en el asunto y la luz entró en ese momento por los ventanales de la fachada del salón, a través de la puerta de cristal que daba al balcón, inundando la pista de baile con un resplandor azul que proyectaba sombras rectangulares.

Continué caminando por la pista de baile, siguiendo con la vista las diminutas pisadas que habían ido en pos de las mías para cruzar la habitación, subir los tres escalones a la derecha y atravesar el escenario.

Apunté el Colt hacia todas las esquinas y luego me aproximé al proscenio. La chica se había detenido junto al piano. Me sujeté a la parte elevada del escenario con la mano libre, apoyé una bota en el borde e hice mi debut sobre las tablas, con más pragmatismo que gracia.

Las pisadas morían ahí. Como si ella hubiera llegado hasta allí caminando para luego desaparecer.

La tapa del piano estaba levantada y distinguí el polvo acumulado en los martillos correspondientes a las teclas que no había pulsado y una nueva capa en aquellas que sí. Ella no había tocado el instrumento.

La banqueta estaba bajo el piano. No se apreciaban marcas de dedos, ni ningún otro signo de que hubiera estado allí sentada. La moví un poco, solté la 45 milímetros y me senté con el cuerpo medio girado hacia la pista de baile. Extendí el dedo índice y pulsé un fa. El tono desafinado sonó casi reverencial en el salón vacío. Creí que *Moonglow* podría ser un tema apropiado para la situación, pero cambié de opinión pensando que debía tocar *A Good Man is Hard to Find* en honor a la bisnieta de Mai Kim.

Interpreté la canción una escala más grave de lo habitual intentando limitarme a la parte del teclado que aún sonaba. No estaba seguro de qué esperaba conseguir pero, después de tocar algunos compases, percibí un sonido a mi izquierda. Cogí el Colt y me giré apuntando con él para comprobar que una trampilla en el suelo del escenario se había levantado apenas diez centímetros.

Dejé de tocar y mi respiración fue lo único que se oyó en la habitación. La trampilla del suelo se cerró lentamente sin hacer ruido.

Noté que las pisadas que pasaban por encima de la trampilla estaban ligeramente borrosas. Debía de haber caminado sobre ellas y luego haber vuelto sobre sus pasos. Bajé el arma a la altura de la rodilla, me volví de nuevo hacia el piano y coloqué la mano libre sobre el teclado, pulsando de nuevo el fa para retomar la melodía. Esta vez la toqué a una sola mano y, unos segundos después, la puerta de la trampilla volvió a abrirse dejando entrever los dedos pequeños que la habían empujado.

Continué tocando con una sola mano, luego me giré, solté la 45 milímetros sobre la banqueta y dejé que la mano izquierda acompañase a la derecha. Me acordé de Vietnam y de cómo había llenado la monotonía de las tardes en el bar Buenos Chicos Buenos Ratos con el sonido de Fats Waller.

Como un encantador de serpientes, toqué la canción que Mai Kim debió de cantarle a su hija que, con el tiempo, esta le tararearía a la suya. Toqué una versión fluida y rítmica y la finalicé con un trino. Me quedé allí sentado sin moverme hasta que no pude aguantar más. Entonces me giré.

La chica estaba de pie junto a la trampilla del suelo del escenario. Era menuda y llevaba puesto un vestido lencero barato que la aniñaba de una manera perversa. El pelo negro, largo y enredado, le cubría la cara parcialmente, de manera que solo podía ver uno de sus ojos oscuros. Sujetaba contra el pecho un portátil. Tenía los brazos cruzados sobre la tapa y parecía un ordenador al que le hubieran crecido brazos y piernas.

La chica no hizo ningún movimiento y comprobé que una palabra me subía por la garganta y me llenaba la boca.

—Hola...

Ella seguía sin moverse pero hizo una leve inclinación de cabeza.

—Hola.

Sonreí y afiancé la 45 milímetros sobre una rodilla. Ella dio un paso hacia atrás y yo levanté la mano para tranquilizarla.

—Espera, no voy a hacerte daño. —Ella se quedó callada donde estaba—. Te he estado buscando, creo que tú también me buscabas a mí.

Ella se balanceó hacia el otro lado pero eso fue todo. Se parecía a Mai Kim.

—¿Cómo te llamas?

—Su nombre es Ngo Loi Kim.

Levanté el Colt de inmediato y apunté hacia el rostro medio oculto de Tuyen, que se encontraba en el último escalón de la escalinata con el brazo también extendido. Empuñaba la Glock de Saizarbitoria y estaba apuntando con ella a la chica. No lo había visto ni tampoco lo había oído llegar.

Ngo Loi Kim se agachó para alcanzar la trampilla y rascó el suelo en busca del asidero pero, al no conseguir abrirla, retrocedió hasta la pared trasera y se agazapó contra las tablas. Sostenía el ordenador ante ella como un escudo y dejó escapar un gemido, aterrorizada. Yo me había levantado de la banqueta del piano y había dado un paso en dirección al borde del escenario.

—Estás arrestado.

Con un último paso, Tuyen salió de la penumbra. Con la luz de la luna arrojando sombras sobre sus piernas, su voz parecía incorpórea.

—Estoy dispuesto a hacer un trato.

—Yo no negocio. Suelta el arma.

—Intente dispararme y yo le dispararé a ella. —No se movía—. La chica a cambio del ordenador.

Me quedé mirándolo y vi que los músculos se le marcaban bajo la manga de la chaqueta de cuero. Pensé que no me dejaba más alternativa que disparar. Él estaba apuntando a la chica al pecho y había la posibilidad de que le diera, si bien mi primer disparo podía alcanzar antes su objetivo y causar más daños que la réplica.

Sentí el peso de mi enorme Colt en la mano. Y si fallaba, ¿qué? ¿Y si él no lo hacía? Estaba dispuesto a jugarle la vida, pero no la de ella. Pensé en quién era y por todo lo que había pasado, y todo por encontrarme.

Hablar, esa era la única vía.

—Ho Thi no era tu nieta.

—No.

Tragué saliva y me preparé para cualquier eventualidad que se presentara.

—¿La mataste tú o lo hizo Maynard?

Él me miró.

—Fue él.

No lo creí ni por un instante. Phillip Maynard no encajaba con el perfil, pero Tran Van Tuyen sí.

—Vale, pongamos que es cierto. ¿Por qué matarlo a él entonces?

La mano que sostenía el arma no había vacilado ni por un instante y estaba concentrado en la chica que gimoteaba junto a la pared. Había tenido la mayor parte de la semana para conocerme y había hecho bien los deberes: sabía que yo no la pondría en peligro.

—Se quitó la vida, tal y como usted dijo.

—Estás mintiendo.

Él me miró de reojo.

–Uno de los granjeros, el señor Dunnigan...

–Eso también es mentira.

–Deduzco de todo esto que las chapas dobladas de las botellas no le pusieron sobre una pista falsa.

–No.

–Phillip Maynard me informó de esa costumbre. –Hasta sonrió, y por fin cogió aire–. En realidad, Phillip me estaba chantajeando. Se suponía que tenía que recuperar a las chicas y, más importante aún, el portátil. Lo estropeó todo y mató a Ho Thi. Supongo que creyó que si dejaba a la chica junto a la alcantarilla y depositaba el bolso donde estaba el indio, nadie haría muchas preguntas. Entiendo que contaba con los prejuicios raciales.

–¿Así que lo drogaste, como a Rene Paquet, y lo ahorcaste?

Él no contestó. La verdad no dicha impregnaba el aire como un mal olor y yo empecé a urdir un nuevo plan con la esperanza de ponerlo nervioso y que me tomara como nuevo objetivo.

–Paquet quería salvar a Ho Thi y sacarla de ese turbio negocio de trata de personas que habías montado, por eso el policía de incógnito de Los Ángeles dio con ella.

Él me estudió.

–¿Sabe una cosa, *sheriff*? He tenido muy mala suerte viniendo a su condado.

–Por eso lo mataste en Compton y, de paso, a otras cuarenta y dos personas más. –Él volvió a coger aire pero no se movió ni dijo nada–. Así, bajo el auspicio de Hijos del Polvo, recuperaste a Ho Thi y la volviste a meter en un burdel pero, una vez allí, ella conoció a la única superviviente de la masacre del camión en Compton. –Señalé apenas con la cabeza a la chica pegada a la pared–. Ngo Loi Kim. Ella y Ho Thi estaban desesperadas y supongo que Paquet fue el que les había entregado ese portátil a modo de seguro de vida por si algo malo le sucedía. –No había perdido ni un ápice de su resolución, de modo que continué hablando–. La carta que nadie esperaba que se sacaran de la manga era la fotografía de la bisabuela de Ngo, sentada en el bar Buenos Chicos Buenos Ratos con un oficial investigador del cuerpo de Marines sin identificar que interpretaba a Fats Waller y que le habló de su lugar de pesca favorito en las montañas Big Horn de Wyoming, Estados Unidos.

–Tiene una imaginación desmesurada, *sheriff*.

–No me hace falta imaginarme nada, y sigues arrestado.

Se hizo un largo silencio que ambos aprovechamos para repasar nuestras opciones.

–Mi oferta sigue en pie: la chica a cambio del ordenador. –Yo estaba pensando cómo podía prolongar la conversación pero se me estaban agotando los recursos y él interpretó mi silencio como si estuviera considerando su ofrecimiento–. No sabe lo que el ordenador contiene y tampoco debería importarle. No significa nada en comparación con la vida de esta chica, la bisnieta de su amiga de los tiempos de guerra, y usted tiene la oportunidad de salvarla. –Dio otro paso–. La semana pasada ni siquiera sabía de mi existencia y le garantizo que mañana creerá que nunca existí.

–No pensarás que vas a escapar de esta.

—Es algo que se me da muy bien —dijo, y volvió a sonreír.

De eso ni hablar, pero era el momento de tomar una decisión: dispararle o entregarle el ordenador a cambio de Ngo Loi. Inspiré hondo y algo se movió entre las sombras, como si la escalera entera se cerniera sobre Tuyen. Entonces apareció una cara a casi medio metro por encima de él.

Ahí había algo.

O alguien.

Virgil.

Por lo visto, Tuyen no había sido el único que había aprovechado mi concierto de piano para subir las escaleras subrepticamente, a pesar de nuestra conversación. Debí de cambiar de expresión porque mi ágil oponente se puso rígido y se giró.

Me abstuve de disparar por miedo de darle al enorme indio pero salté del escenario abalanzándome sobre los dos cuando oí el sonido amortiguado de la 9 milímetros. Di de bruces con ellos y caí de espaldas sobre el suelo de madera polvoriento.

La Glock volvió a abrir fuego pero la bala rebotó en el muro y observé cómo Virgil levantaba a Tuyen, lo volteaba por los aires como una bomba de extracción de petróleo y lo arrojaba contra el suelo. El vietnamita debía de ser un tipo muy duro porque no soltó el brazo de Virgil y consiguió que el gran indio se tambaleara. Me apresuré a volver donde estaban ellos y en ese momento Tuyen le propinó al gigante dos patadas poderosas en mitad del estómago.

Virgil gruñó y agarró a Tuyen con una mano. La semiautomática se disparó por tercera vez y oí que el tiro atravesaba el techo antes de que la pistola cayera al suelo. Me lancé hacia delante al tiempo que Virgil volvía a enganchar a Tuyen y me golpeé la cara con las piernas de este último.

Todo estuvo en silencio durante menos de un segundo. Yo intentaba incorporarme sobre los cascotes de yeso rotos y, entonces, Virgil soltó a Tuyen con un lanzamiento que tenía algo de movimiento de danza moderna. Vi que el cuerpo de Tuyen chocaba contra la puerta de cristal del fondo de la habitación y pasaba por encima de la baranda del balcón del segundo piso. Se quedó suspendido un instante en el aire, la viva imagen de la desesperación. Trató de aferrarse a la madera rota y podrida y durante un momento pareció que iba a lograr salvarse, asiendo los trozos de baranda que se iban desmenuzando entre sus dedos.

Pero no lo consiguió y cayó al vacío sin hacer ni un ruido.

Yo di un paso hacia delante con dificultad y eché un vistazo a la chica por encima del hombro. No se había movido y le hice un gesto con la mano abierta para que continuara donde estaba.

—¡No te muevas!

Todo estaba en silencio salvo por la respiración entrecortada de Virgil, que ocupaba el centro de la estancia como un gigantesco Wendigo salido de una leyenda india. Pasé corriendo a su lado por encima de las anchas tablas de la pista de baile y me detuve en seco ante la puerta y el balcón desmantelados. Miré hacia abajo, a la ladera de la colina iluminada por la luna.

Se había golpeado con las rocas en dos ocasiones, primero en un saliente pequeño y luego había caído más abajo sobre uno mayor. En cualquier caso, seguía vivo. Al principio pensé que estaba tratando de levantarse o de echar a rodar para escapar, pero no se trataba de eso.

Yo estaba en lo cierto al pensar que las serpientes de cascabel estaban dormidas. Tuyen se revolvió contra la superficie del saliente para tratar de sacudirse los reptiles, pero ni él ni los crótalos tenían ningún otro lugar al que ir. Finalmente sus gritos cesaron, dejó de moverse y el silencio se apoderó de la noche.

Epílogo

Lucian estudió su fragmento del informe y luego levantó la vista de las hojas que nos habían enviado por fax.

—¿Crees que este mamarracho era quien dirigía el cotarro?

Por Dios.

Vic, Lucian y yo estábamos sentados junto a la cama de Saizarbitoria en el hospital de Durant. A pesar de que al vasco le habían extirpado un riñón, no tenía mal aspecto y estaba leyendo las páginas de lo que ahora se conocía como Informe Tuyen, que nos habíamos estado pasando una a una entre nosotros. Ned Tanen nos había reenviado casi toda la información desde el departamento del *sheriff* del condado de Los Ángeles y, por la cara que había puesto Santiago, su lectura le había asqueado tanto como a mí.

El informe del Servicio de Inmigración y Ciudadanía revelaba que a lo largo de los últimos años alrededor de cincuenta mil mujeres inmigrantes habían sido introducidas ilegalmente en Estados Unidos para ejercer la prostitución. Aunque la historia de Ho Thi Paquet y de Ngo Loi Kim fuera espantosa, no era la única.

—Hijos del Polvo era una tapadera para traficar con mujeres jóvenes y la distribuidora Hermanas Trung se encargaba de trasladarlas a burdeles de otros países. Hasta había uno en Londres. Está todo en el informe. —Inspiré hondo—. A Ngo se le daban bien los ordenadores y tenía una vaga relación con Wyoming y, como Ho Thi sabía conducir, pues...

Vic levantó la vista de su parte del informe.

—¿Ngo no habla nuestro idioma?

—No, por eso nos enviaba correos en vietnamita que escribía utilizando su transcripción fonética, de ahí que nos parecieran un galimatías.

Saizarbitoria levantó la cabeza y me miró mientras le pasaba la última parte del informe a Lucian.

—Entonces, ¿Phillip Maynard fue drogado antes de ser ahorcado?

—Lo drogaron igual que a Paquet, según el forense del condado de Yellowstone. —Tiré de una brizna de paja suelta de mi sombrero—. Tuyen envió a Maynard de avanzadilla, él pertenecía a la rama que tenía la organización en Chicago. Henry tradujo del vietnamita y Ngo completó las lagunas que quedaban en la historia. Las chicas se separaron: Ho Thi acabó en Powder Junction y Ngo huyó hasta Bailey. Tuyen vino a terminar el trabajo. Encontró a Ho Thi pero no pudo dar ni con el ordenador ni con Ngo. Asesinó a Ho Thi cuando ella se negó a decirle dónde estaba Ngo. Necesitaba un cabeza de turco y ganar algo de tiempo. Había visto a Virgil y sabía que vivía en el desagüe cerca del arroyo Murphy Creek, de modo que dejó allí el cadáver y arrojó el bolso al túnel, pero cuando

vio que yo no picaba el anzuelo, sacrificó a Maynard fingiendo que había sido un suicidio. –El vasco se agarró a las mantas y yo jugueteé con mi sombrero intentando ahuyentar nuestro malestar–. Todo indicaba que Tuyen se había infligido a sí mismo las heridas y el tema de las chapas de las botellas dobladas resultaba demasiado obvio, de modo que comencé a pensar a quién le convendría implicar a los Dunnigan.

Saizarbitoria continuaba estudiándome cuando Marie abrió la puerta con la bandeja que contendía su almuerzo.

–¿Qué hay de las monedas de cuarto de dólar?

Nos habían advertido que no lo fatigáramos demasiado, de modo que me quité el sombrero de la rodilla, me lo calé en la cabeza y me puse de pie.

–Se lo pregunté a Ned. Me contó que las chicas que traían ilegalmente, muchas de apenas diez años, eran encerradas en fábricas que había llenado de habitáculos de poco más de tres metros cuadrados. Una vez allí las... –Miré a Marie de reojo–. Las «entrenaban» y les decían que debían veinte mil dólares por cabeza a Hermanas Trung por haberlas traído a Estados Unidos, que tenían que trabajar para saldar esa deuda y que luego las liberarían. Y les daban veinte dólares a la semana en cuartos sueltos para que pudieran adquirir alimentos y bebida en las máquinas expendedoras del edificio.

El vasco dejó escapar el aire lentamente.

Vic me entregó el resto del informe y ella y Lucian también se levantaron.

–¿Qué pasará ahora con Ngo?

–Se fue con la gente del Servicio de Inmigración hace una hora y la han llevado de vuelta a Los Ángeles en calidad de residente protegida. Gracias a la ley de protección de víctimas de la violencia y del tráfico de personas, probablemente le concedan un visado y consiga la ciudadanía por medio de la adopción.

Saizarbitoria observó a su esposa embarazada mientras esta acercaba una mesita con ruedas para que pudiera comer en la cama y le quitaba la tapa de acero inoxidable a la bandeja. Su almuerzo tenía una pinta horrorosa, no me extrañaba que estuviera intentando sobornarnos a todos para que le lleváramos algo de comer de La Abeja Hacendosa.

–¿Y quién va a adoptarla?

Me metí el grueso informe debajo del brazo.

–Si fuera jugador, apostarí a que un *sheriff* del condado de Los Ángeles que tiene dos hijas está a punto de tener una tercera. –Sonreí a Marie mientras ella se sentaba lo más cómodamente posible en una silla de una esquina y les hice un gesto a mis subordinados para que me siguieran tras abrir la puerta–. Te dejamos con tu almuerzo y con tu mujer. –Volví a sonreírle–. ¿Cuándo sales de cuentas?

Ella se colocó las manos a ambos lados de la tripa.

–En noviembre.

Hice salir a Vic y a Lucian de la habitación. El antiguo *sheriff* iba a almorzar con Isaac Bloomfield, los demás iríamos por nuestra cuenta. Me dispuse a cerrar la puerta.

–Oye, jefe.

Me detuve y me asomé a la habitación.

—¿Sí?

Santiago contempló la carne cocida pero yo estaba bastante seguro de que no estaba pensando en ella.

—Yo... —Se detuvo, levantó la vista y se dispuso a añadir algo.

—No te preocupes por eso, Sancho.

Ya en el aparcamiento del hospital de Durant, Vic bajó la ventanilla de la unidad de ocho años.

—Supongo que solo queda un misterio por resolver.

Abrí la puerta de mi camioneta y observé cómo Henry movía las bolsas de la compra al centro del asiento y se subía por el otro lado. Perro estaba durmiendo en el asiento de atrás.

—En realidad, no. Mai Kim había dado a luz a la abuela de Ngo Loi tres años antes de que yo llegara a Tan Son Nhut.

—Supongo que estás libre de pecado. —Dejó entrever el destello del canino y puso en marcha el motor—. Eres rápido, pero no tanto. —Metió la marcha—. Acuérdate de que tienes un debate esta noche.

Saqué mi reloj de bolsillo y comprobé la hora.

—Pues sí, eso será sobre las ocho.

—¿Y?

Me volví a guardar el reloj en el bolsillo y sopesé la posibilidad de pedirle una cita a mi ayudante delante de Henry. Estuve a punto de acobardarme pero decidí que ya era hora de airear el asunto.

—Me estaba preguntando...

Ella no dijo nada.

Miré por encima del hombro al representante del pueblo cheyene, que continuaba observándonos.

—Henry tiene que ocuparse del bar y Cady y Michael han hecho planes puesto que él se va mañana, así que me preguntaba...

Ella me miró fijamente. Pensé que debía añadir algo más pero luego ella empezó a hablar y yo me detuve.

—Tengo que lavarme el pelo.

Me quedé mirando cómo se alejaba en su coche haciendo chirriar las ruedas traseras al salir del aparcamiento. Traté de adivinar qué había hecho mal. Sabía que me faltaba práctica pero su reacción me resultaba demasiado abrupta. Puse en marcha el Bullet y me ajusté el cinturón de seguridad. Henry continuaba sentado sin decir ni palabra. Perro tampoco habló.

—¿Qué?

Él giró la cabeza para mirar a través del parabrisas.

—Nada.

—¿Qué?

Lo observé mientras él trataba de reprimir una sonrisa.

—Solo un pequeño consejo. —Se volvió para mirarme de nuevo—. La próxima vez, intenta que no parezca que no tienes nada mejor que hacer, tú.

Tan Son Nhut, Vietnam: 1968

Como no tenía nada mejor que hacer, pensé que lo más indicado sería pillarme una buena cogorza.

El maldito hombro derecho me seguía doliendo como un condenado, pero descubrí que, con un poco de práctica, era capaz de beber con la mano izquierda. Había estado practicando sin pausa desde que me dieron el alta en el hospital de la base dos horas antes. No me iba hasta las 18:20 horas y el vuelo hasta el cuartel general no duraría más de veinte minutos. Luego el capitán preboste quería que le informase personalmente acerca de mi investigación. No le iba a gustar encontrarme borracho, pero, como yo nunca le había gustado, pensé: qué demonios. Me quedé mirando el papel en blanco sobre la banqueta del piano y me eché otro whisky al cuerpo. No es que fuera mi bebida favorita, pero tenía prisa. La velada comenzaba a animarse en el bar Buenos Chicos Buenos Ratos y el sitio se estaba llenando, pero nadie se me acercó.

Si no tienes suerte en la vida, es posible que la gente empiece a asociarte con la muerte.

Ya había escrito tres cartas y me resultaba deprimente escribir sobre gente fallecida. Le Khang me había prometido entregarle esta última a una chica que conocía a alguien cerca del poblado donde supuestamente vivía la familia de Mai Kim. ¿De verdad llegaría a su destino? ¿Le importaría a la familia? ¿Algo de esto importaba lo más mínimo?

Cogí la botella, rellené el vaso y traté de luchar contra las sensaciones que me embargaban: remordimientos, lástima, rabia y repulsión, todo revuelto con los vapores del alcohol. Pensé que tendría que despedirme de alguien, pero ya no quedaba nadie con vida.

La carta número uno tendría como destino San Antonio, Texas. Efectivamente, Baranski le había pegado un tiro en la cabeza a Mendoza junto a la Ruta 1.

La carta número dos iría a West Hamlin, en Virginia Occidental. El nombre del sargento tuerto era George Seton y había sobrevivido durante cuatro días después de que las dos balas del AK se llevaran por delante gran parte del pecho de Baranski. Antes de morir a causa de las heridas que recibió durante lo que ahora se conocía como la Ofensiva del Tet, había prestado declaración ante los investigadores de la 337 y me había exonerado de la muerte de Baranski. Probablemente yo acabaría recibiendo una Estrella de Bronce y un Corazón Púrpura por mis esfuerzos por contrarrestar la ofensiva. Supuse que con eso y una moneda me permitirían realizar una llamada a casa.

La carta número tres iría a la división aérea de las Fuerzas Armadas de la República de Vietnam y de allí sería remitida a los padres de Hoang en Saigón. Traté de convertir en un acto valiente y honorable el hecho de que su hijo se hubiera desangrado en el asiento de atrás de un Jeep de camino a la base aérea de Tan Son Nhut.

La carta número cuatro todavía no la había escrito. Dejé el vaso de chupito y me quedé mirando las teclas desportilladas del piano. No había música en el Buenos Chicos

Buenos Ratos porque yo había arrancado el cable de la máquina de discos del bar y lo había arrojado entre las matas de bambú de fuera. Extendí el dedo índice y pulsé un fa, escuchando el tono que me acompañaría toda la vida.

En memoria de Mai Kim, me embarqué en una versión a una sola mano del clásico de Fats Waller *A Good Man is Hard to Find*. Había terminado con el interludio y me disponía a realizar una versión un tanto fúnebre del estribillo cuando me fijé en que un soldado de baja estatura se había colocado junto al piano y cantaba: «A good man is hard to find, you always get the other kind. Just when you think he's your pal, you find him foolin' 'round some other gal. Then you rave, you even crave to see him laying in his grave...»².

Levanté la vista y en lugar de un soldado vi a una mujer provocativa y bajita de labios carnosos. No es que cantara demasiado bien, pero tenía torrente de voz.

—Marine, tus ciento treinta kilos no derrochan jazz, ni swing, ni nada por el estilo. — Tenía una sonrisa enorme—. Pero llevaba bastante tiempo sin escuchar a Fats Waller.

Me miré la mano y me di cuenta de que había dejado de tocar. Me quité la gorra del uniforme y me cuadré ante los dos hombres de las Fuerzas Especiales que la acompañaban. Ella no me saludó, por lo que entendí que era la jefa y me dispuse a incorporarme, pero ella extendió una mano y no dejó que me levantara de la banqueta del piano. Nuestros ojos estaban a la misma altura.

—¿Eres el teniente Walt Longmire?

—¿Señora?

Ella meneó la cabeza con incredulidad y volvió a sonreír al leer el nombre de mi placa.

—¿Eres el inspector marine Walter Longmire, de Durant, Wyoming?

—Señora.

—Yo soy de Butte, Montana. —Como no sabía qué responder a eso no dije nada. Ella se sacó un trozo de papel del prominente bolsillo de su camisa y trató de entregármelo. Como me quedé mirándola a ella y al papel, la mujer cogió el vaso de chupito todavía lleno y dejó el papel sobre el piano—. Es de parte de un amigo tuyo que está en el norte. Él sabía que yo iba a venir a Tan Son Nhut y le prometí que te lo entregaría en persona. —Ella me estudió un momento más—. ¿Eres Walt Longmire?

—Sí, señora.

Ella sonrió, se bebió de un trago mi chupito y dejó delicadamente el vaso encima de la nota.

—Cuídate, teniente. —Me dio un beso en lo alto de la cabeza y yo me quedé mirándola mientras se encaminaba hacia la puerta.

Se me acercó un piloto y se me quedó mirando mientras yo cogía el vaso y desprendía el papel que se le había quedado pegado. El mensaje estaba mecanografiado con letras negras y el que lo hubiera escrito solo había utilizado dos dedos, ya que la presión era idéntica en todos los caracteres. Provenía de algún lugar montañoso en Laos, a unos quince kilómetros de la frontera: un puesto que teóricamente no debía existir siquiera. El equipo de reconocimiento de Wyoming me aseguraba que se encontraba bien y se preguntaba si había salido bien parado a la luz de los recientes acontecimientos de la

guerra. Lo hacía a su manera, pues leí: «¿Has visto a tu espíritu últimamente?».

Me quedé con el vasito en la mano mientras me acordaba de un profesor que enseñaba a Shakespeare en la universidad y que le había leído a una clase aburrida: «Me han dicho, aunque no lo creo, que las almas de los muertos pueden volver a este mundo».

El piloto se inclinó hacia delante y me miró a la cara fijamente.

—¿De qué la conoces?

Me serví otro whisky.

—¿A quién?

—A la coronel Maggie.

—¿A quién?

—A Martha Raye, teniente. Salía en el *Show de Steve Allen*, es una estrella de cine...

Vacíé el vaso de un trago y lo dejé sobre la nota de Oso, cogí el bolígrafo y comencé a escribir la carta a la familia de Mai Kim con ánimos renovados. Tenía que salir de Vietnam, se había vuelto un lugar tan raro como Wyoming.

Dejé a Henry junto a su T-Bird y a Perro con Ruby. Aunque llegaba tarde al gimnasio, me cambié de ropa y subí rápidamente los escalones que conducían al segundo piso. Doblé la esquina al llegar al descansillo y estaba a punto de comenzar el último tramo cuando oí unas risas que me hicieron aflojar el paso.

Me detuve en las escaleras. Podía ver a Cady desde donde me encontraba: estaba sentada en la prensa de piernas y Michael, el hermano de Vic, se sentaba frente a ella de espaldas a mí. A Michael se le pegaba la camiseta en sus anchos y jóvenes hombros. En ella se leía: «Departamento de Homicidios de Filadelfia, nuestro día comienza cuando el suyo acaba». Se echaron a reír de nuevo y yo me quedé escuchándolos mientras él intentaba motivar a mi hija para que acabase las repeticiones correspondientes del ejercicio.

—Dos más...

Esperé a ver cómo se resolvía el conflicto mientras trataba de combatir el cansancio que se había apoderado de mí, que impedía que despegase los pies de los escalones de cemento y me obligaba a pensar en la escena que había presenciado hacía solo una hora. Traté de respirar con calma mientras las emociones me rasgaban por dentro de la misma manera que los ruseñores habían rasgado las bolsas de la compra que había dejado para Virgil.

La bolsa que había dejado a principios de semana en el guardarraíl de la carretera del Oso Solitario continuaba en el mismo sitio.

Me senté con Perro a mi lado, coloqué las nuevas bolsas de la compra a mis pies y me fijé en que los escasos coches que pasaban reducían la marcha obedientemente e invadían el carril contrario. Al fin y al cabo, Wyoming era un estado donde se podía cambiar de carril en caso de emergencia. Pensé en los acontecimientos de la mañana, pensé en Ngo Loi Kim y cómo se había negado a bajarse de mi camioneta.

La conversación a tres bandas había durado casi una hora y Henry había ejercido de intérprete, pero todavía faltaban muchas cosas por decir y el tiempo no bastaba. Traté de hablarle de Mai Kim y de la guerra.

Ngo me había entregado una carta. Las palabras habían sido escritas por una mano insegura y zafia. Eran palabras simples y sentimentales y al tipo que las había escrito le faltaba experiencia dando pésames. Con el tiempo la había adquirido.

Me pregunté qué le habría dicho a ese marine de rostro aniñado y las cosas que no le mencionaría. Me pregunté qué me habría dicho él a mí. ¿Le parecería bien en qué nos habíamos convertido? ¿Creería que me había esforzado todo lo posible? ¿Pensaría que era un buen hombre?

Esperaba que así fuera y, mientras leía esa carta sobada, con los bordes desgastados por donde había sido doblada y redoblada, me acordé de que le había contado a la familia de Mai Kim que le había hablado a su hija de un lugar al otro lado del mundo –un paso anodino en una pared de roca roja imponente donde una serie de personajes despreciables encontraron un refugio donde podían esconder el ganado robado, donde las truchas gordas se impulsaban con sus colas poderosas por el agua transparente y helada–, le había hablado de mi casa, un lugar donde los picachos coronados de nieve montaban guardia.

–No esperarías encontrarlo aquí, ¿verdad, tú?

Levanté la vista para encontrarme con Henry Oso en Pie y luego la bajé para fijarme en la bolsa del supermercado IGA movida por el viento, reducida a un gurrño en el suelo. Desde fuera se distinguía el perfil de los alimentos intactos: algunas manzanas que los ruiseñores habían picoteado a través de la bolsa, una caja de galletas saladas y una lata de ostras ahumadas.

El sol de la tarde nos reconfortaba el cuerpo. Se levantó una brisa fresca de las montañas cuando me detuve a observar la boca del túnel sin hallar ninguna huella en el barro poco profundo del Murphy Creek.

–Supongo que pasa como con los nidos de aves salvajes. Si los tocas, se trasladan a otra parte.

Oso se sentó junto a mí en el guardarraíl y oteó las Big Horn. Sobre la cumbre del Cloud Peak había dos nubes que parecían señales de humo.

–Quizá sea así, tú.

Virgil había recibido dos heridas de bala pero ninguna le había provocado daños graves, una le había pasado rozando las costillas y la otra le había alcanzado la pantorrilla sin dañar el hueso. Henry acompañó al gigante durante las intervenciones y luego durante los dos días y noches siguientes. Al tercer día, el representante del pueblo cheyene declaró que había aprovechado que Virgil dormía para ir a darse una ducha pero que, cuando regresó, el hombretón se había marchado.

Esa era su versión y, por el momento, no la cambiaba.

Saqué la caja de la bolsa vieja, abrí la lata de ostras, colé el aceite de algodón y puse unas cuantas sobre una galleta. Mientras Perro nos observaba con mucha atención, se la pasé a Oso.

—¿Adónde crees que ha ido?

Él miró con escepticismo mi aperitivo de obrero y luego se lo metió en la boca para ahorrarse la respuesta.

Esperé un poco, le di una galleta a Perro, me preparé una tapa y me sumé a Henry en la contemplación de los neveros que quedaban en las montañas. Notaba el sol en la cara y entrecerré los ojos, disfrutando de la calidez de los rayos y del momento.

—Aunque lo supieras tampoco me lo dirías, ¿verdad?

—Dos más.

La voz de Michael interrumpió mis ensoñaciones y regresé al drama que se desarrollaba en esos momentos en el gimnasio al final de la escalera. Cady levantó la vista para mirarlo y sonrió. Qué hermosa era.

—Una más.

La voz de él era amable pero insistente.

—No, dos más.

Sonreí al comprobar que me estaba poniendo celoso y que solo de pensar que podía estar siendo reemplazado me entraba ansiedad. En cualquier caso, retrocedí escalones abajo. A Michael solo le quedaba una tarde con Cady y yo disponía de un mes entero antes de que ella regresara a Filadelfia. De todas formas, seguro que él la estaba motivando mucho mejor de lo que yo podría hacerlo nunca. Me detuve al pie de la escalera.

—Una más...

Me quedé allí oyendo sus risas. Oso se había reído de mí por dejar las bolsas de comida, por querer resolver todos los misterios, pero lo había hecho sin maldad. Virgil Búfalo Blanco, del clan de los Perros Locos y la Lanza Torcida, se encontraba ahí fuera en alguna parte, y puede que Henry hiciera lo correcto al no revelarme dónde estaba exactamente.

Sabía que nuestros caminos no habían sido tan distintos. Ambos habíamos intentado dejar atrás la guerra apartándonos a los confines de nuestras respectivas sociedades pero, incluso allí, Vietnam nos había alcanzado: la casualidad, dos chicas desesperadas, un hombre malvado, una fotografía ajada y una carta desvaída se habían encargado de ello.

Puede que no estuviéramos malditos, puede que la clave fuese la forma y el momento que escogimos para lidiar con aquellas reverberaciones de nuestras vidas pasadas que tanto habían marcado nuestra personalidad. Puede que la batalla que yo había escogido luchar en Vietnam me hubiera dejado una huella indeleble. Era un legado que había establecido un vínculo con los muertos más fuerte que el que tenía con los vivos. Y ese era, como Ruby había dicho, mi punto débil.

Los ecos de las voces me llegaban desde el piso de arriba.

—No, dos más...

Notas

¹ «Un buen hombre es difícil de encontrar, son los otros los que te suelen tocar». (*N. de la T.*)

² «Un buen hombre es difícil de encontrar, son los otros los que te suelen tocar. Cuando crees que todo va bien te lo encuentras tonteando con otra. Luego te vuelves loca, casi le desearas la muerte». (*N. de la T.*)

Índice

Portadilla	2
Créditos	4
Dedicatoria	5
Agradecimientos	6
LOS MOCASINES DE OTRO HOMBRE	7
Cita	8
1	9
2	22
3	34
4	45
5	59
6	73
7	87
8	99
9	112
10	124
11	137
12	150
13	162
14	173
15	184
16	197
Epílogo	210
Notas	218